AGATHA CHRISTIE

EL CUADRO

Tommy y Tuppence Beresford visitan a su tía Ada en la residencia de ancianos en la que vive. Allí conocen a algunas ancianas que dicen que las están envenenando o que hay escondido el cadáver de un niño. Al poco tiempo fallece la tía Ada y ellos recogen sus pertenencias, incluyendo un cuadro que otra de las ancianas regaló a su tía. En él se ve una casa que Tuppence ha visto desde el tren, así que no descansa hasta encontrarla.

Agatha Christie

El cuadro

Saga: Tommy y Tuppence Beresford - 4

ePub r1.0
guau70 17.06.14

Título original: *By the pricking of my thumbs*
Agatha Christie, 1968
Traducción: Ramón Margalef Llambrich
Retoque de cubierta: guau70

Editor digital: guau70
Corrección de erratas: paco_anayad
ePub base r1.1

By the pricking of my thumbs, something wicked this way comes.

MACBETH

Dedico este libro a aquellos lectores, muy numerosos dentro de Inglaterra y otros países, que me escribieron preguntándome:

«¿Qué ha sido de Tommy y de Tuppence? ¿Qué hacen actualmente?».

Para todos ellos, mis votos más fervientes de felicidad. Y espero que disfruten en este nuevo reencuentro con Tommy y Tuppence, unos años más viejos, sí, pero con su admirable espíritu de siempre.

AGATHA CHRISTIE

Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

ALBERT: Cocinero de los Beresford.

BERESFORD (Tommy): Miembro de la 1. U. A. S.; durante la Segunda Guerra Mundial, afecto al servicio de espionaje británico, esposo de:

BERESFORD (Tuppence): Eficaz colaboradora del referido servicio, hoy aficionada a la investigación detectivesca.

BLIGH (Nellie): Antigua secretaria de *sir* Philip Starke.

BOSCOWAN (William): Pintor, famoso por sus cuadros de escenas rurales.

COPLEIGH (Liz): Señora excesivamente locuaz, durante el verano se dedica a alquilar habitaciones.

ECCLES: Abogado de la señora Lancaster.

FANSHAWE (Ada): Anciana señorita de agrio carácter, interna en la residencia para damas ancianas, Sunny Ridge, tía de Tommy.

JOHNSON: Prima de la señora Lancaster.

LANCASTER: Señora anciana de fantástica imaginación, compañera de internado y amiga de la señorita Fanshawe.

MOODY (Elizabeth): Señora fallecida en Sunny Ridge.

MURRAY: Doctor de la citada residencia.

O'KEEFE: Bella joven irlandesa, enfermera de la señorita

Fanshawe.

PACKARD (Millicent): Señorita directora de Sunny Ridge.

PERRY (Amos): Rudo hombretón, arrendatario de la mitad de la Casa del Canal, esposo de:

PERRY (Alice): Campesina de unos cincuenta años, aspecto de bruja, aunque amable y bondadosa.

PENN (*Sir* Josiah): Comandante general de más de ochenta años, pretendiente de la señorita Fanshawe en sus buenos tiempos.

ROCKBURY: Abogado de la señorita Fanshawe.

SMITH (Ivor): Antiguo amigo de Tommy Beresford.

STARKE (*Sir* Philip): Rico terrateniente, aficionado a la botánica y amante de los niños.

WILLIAM: Tío de Tommy Beresford.

WING (Emma): Escultora de notoria personalidad, viuda de Moscowan.

LIBRO PRIMERO

SUNNY RIDGE

Capítulo I

Tía Ada

El señor y la señora Beresford se hallaban sentados a la mesa, frente a los platos de su desayuno. Formaban una pareja corriente. Centenares de parejas exactamente iguales que aquella, se encontraban desayunando en aquellos momentos, distribuidas por toda Inglaterra. También el día era uno más entre otros, de esos que se dan cinco veces por semana. Todo indicaba que iba a llover, pero esto no era seguro.

Los cabellos del señor Beresford habían sido rojos en otro tiempo. Todavía se observaban huellas de su tono rojizo de antaño en ellos, pero ya no conservaban ese peculiar matiz grisáceo que distingue las cabezas de los pelirrojos, a menudo, al cruzar la meta del camino medio de la vida…

Los de la señora Beresford habían sido negros y rizados, además de espesos. Ahora, el tono oscuro estaba adulterado por efecto de las canas, al azar, aparentemente. El aspecto de aquella cabeza femenina era más bien agradable. La señora Beresford había pensado más de una vez en teñirse el pelo, diciendo siempre al final que le gustaba más presentarse tal como era, lo más natural posible. Había optado, en cambio, por usar un nuevo tono de carmín para los labios, para dar más color a su rostro.

Una pareja ya entrada en años, dos personas que desayunaban juntas. Una pareja agradable, pero que no presentaba nada sobresaliente. Es lo que habría pensado un hipotético espectador. De haber sido este espectador joven, hombre o mujer, habría completado su pensamiento con otra idea: «¡Oh, sí! Una pareja muy agradable, por supuesto, pero mortalmente aburrida, como sucede

con todos los viejos».

Sin embargo, el señor y la señora Beresford no habían llegado todavía a esta etapa de la vida en que la gente se considera vieja. Y no tenían la menor idea de que ellos y otros muchos como ellos eran considerados «mortalmente aburridos» por sólo esa razón. La idea partía de los jóvenes, naturalmente… Pero entonces ellos habrían pensado indulgentemente que aquellos no saben de la vida absolutamente nada. ¡Pobrecillos! Siempre andaban preocupados con sus exámenes, cuando no con su problema sexual o la compra de unas ropas extraordinarias; en otras ocasiones hacían cosas notables con sus peinados, para llamar más la atención. El señor y la señora Beresford, desde su punto de vista, se hallaban en la flor de la vida. Encontrábanse a gusto uno en la compañía del otro y pasaban los días del modo más tranquilo y también más agradablemente posible.

Había momentos especiales en su existencia, momentos aparte de los normales. ¿Quién no los tiene? El señor Beresford abrió un sobre, echó un vistazo a la carta que sacó del mismo y la dejó caer con otras colocadas a su izquierda. Cogió el siguiente, pero no lo abrió… Ni lo miraba siquiera. Se había quedado con la vista fija en las tostadas. Su esposa estuvo observándole unos segundos antes de preguntarle:

—¿Qué te pasa, Tommy?

—¿Qué me pasa? —inquirió él, distraído.

—Sí, es lo que te he preguntado.

—No me pasa nada, ¿qué me va a pasar?

—En este momento estabas pensando en algo —dijo Tuppence, acusadora.

—La verdad: creo que no pensaba en rada, en absoluto.

—¡Oh, sí, sí! ¿Ha ocurrido algo?

—Por supuesto que no. ¿Qué podía ocurrir? —el señor Beresford añadió—: He recibido la cuenta del fontanero.

—¡Ah! —exclamó Tuppence, con el aire de una persona que sabe ya a qué atenerse—. Más de lo que tú esperabas, me imagino.

—Naturalmente —respondió Tommy—. Siempre es así.

—Yo no sé por qué no nos dedicamos a aprender algo de fontanería —declaró Tuppence—. Si tú lo hicieras, yo podría

ayudarte. Seguro que ganaríamos dinero.

—Demostramos ser muy cortos de entendimiento al no descubrir estas oportunidades.

—¿Era la cuenta del fontanero lo que estabas viendo ahora?

—Pues no. Se trataba de otra cosa…

—¿Noticias referentes a la delincuencia juvenil…? ¿Problemas sobre la integración racial?

—No. Van a abrir otro hogar para las personas ancianas.

—Es de lamentar, desde luego —dijo Tuppence—. No comprendo, sin embargo, por qué ha de preocuparte eso.

—¡Oh! No pensaba en ello.

—Bien… ¿En qué pensabas entonces?

—Me imagino que fue lo que me hizo recordar…

—Habla, hombre —insistió Tuppence—. Sabes que al final me lo vas a contar todo.

—Realmente, no se trata de nada importante. Pensé que quizá… Bueno, pensaba en tía Ada.

—¡Oh! Ya —contestó Tuppence, comprendiendo de pronto—. Sí —añadió en voz baja, reflexiva—. Tía Ada… —Sus miradas se encontraron—. Lamentablemente cierto: en la actualidad no existe ni una sola familia que no se enfrente con el problema que podría denominarse «de la tía Ada». Los nombres difieren de una casa a otra: tía Amelia, tía Susan, tía Cathy o tía Joan. Cuando no se trata de una tía es una abuela, o una prima o de un pariente de uno u otro sexo, siempre entrado en años. Estos seres originan problemas que no se pueden eludir. Hay que adoptar determinadas medidas. Es preciso enterarse de qué establecimientos existen para cuidar de estas personas; es necesario formular preguntas sobre ellos. Hay que buscarse recomendaciones de médicos o amigos que en su día solucionaron sus problemas concernientes a las tía Ada respectivas, quienes «vivieron felices hasta el momento de su muerte» en esta o aquella residencia.

Pasaron los días en que tía Elizabeth, tía Ada y las demás vivían felices en sus casas, donde habían pasado casi todos los años de su existencia, cuidadas por servidores devotos, que algunas veces resultaban un tanto tiránicos. Ambas partes se sentían satisfechas por igual con el convenio establecido. O bien estaban los

innumerables parientes pobres, las sobrinas indigentes y las primas solteronas, medio tontas todas ellas, suspirando por un hogar cómodo donde comer tres veces al día y disponer de un buen dormitorio. La oferta y la demanda se hallaban equilibradas y todo marchaba bien. Ahora las cosas habían cambiado.

Para las tías Adas de hoy han de darse los pasos adecuados, pensando en su instalación definitiva. No es posible dejarlas en sus casas solas, a causa de su artritis o de su reuma; en idénticas condiciones se encuentra la persona que padece de bronquitis, y también las que se disgustan por cualquier cosa con sus vecinos o insultan a los vendedores domiciliarios.

Desgraciadamente, las tías Adas presentan más problemas que los seres situados en el extremo opuesto de la escala de la edad. Los niños pequeños son instalados en los hogares de infancia, entregados a otros parientes o enviados a colegios adecuados. Y nunca formulan objeciones al conocer las medidas adoptadas con respecto a ellos. Las tías Adas son diferentes. La de Tuppence Beresford —tía abuela—, había originado no pocos conflictos. Era imposible dejarla satisfecha. A lo mejor entraba en un establecimiento completamente garantizado, dotado de todas las comodidades para considerarlo un hogar, escribiendo a su sobrina varias cartas sucesivas elogiando aquella particular institución, para, más tarde, sin previo aviso coger la puerta y marcharse.

—¡Imposible! ¡No podía estar allí ni un minuto más! —En el período de un año, tía Ada, primero había estado en once establecimientos de aquella clase. Por último, escribió a su sobrina diciéndole que había conocido a un joven encantador. «Un joven muy cariñoso, realmente. Perdió a su madre cuando contaba él pocos años. Necesita que lo cuiden. He alquilado un piso y se vendrá a vivir conmigo. Este plan nos conviene a los dos. Tenemos afinidades naturales. Ya no tienes por qué estar inquieta, querida Prudence. Mi futuro ha quedado ordenado. Mañana iré a ver a mi abogado, por si tengo que firmar algún documento en favor de Mervyn, en el caso de que yo muera antes que él, lo cual cae dentro del curso natural de la vida, por supuesto. No obstante, te aseguro que me encuentro magníficamente de saluda».

Tuppence se había apresurado a trasladarse al norte (el episodio

había tenido por escenario Aberdeen). Pero sucedió que se le había adelantado la policía, la cual se llevó el flamante Mervyn, personaje tras el que los agentes andaban desde hacia algún tiempo. Había sido acusado de obtener dinero valiéndose de ciertas tretas en completo desacuerdo con las buenas costumbres. Tía Primrose se había mostrado muy indignada, calificando aquello de persecución. Pero luego, en posesión de los informes facilitados por el fiscal, relativos a veinticinco casos parecidos, se había visto obligada a mirar a su protegido de otro modo.

—Creo que debiera ir a echarle un vistazo a la tía Ada, ¿sabes, Tuppence? —dijo Tommy—. Hace demasiado tiempo que no la vemos…

—Supongo que tienes razón —declaró ella, sin entusiasmo—. ¿Cuándo hablamos con ella por última vez?

Tommy reflexionó un momento.

—Ha pasado un año casi, me parece.

—Más, más, seguramente.

—¡Cómo corren los meses, querida! Debes estar en lo cierto, Tuppence —Tommy hizo un rápido cálculo mental—. ¡Y con qué facilidad olvida uno! Me sabe mal, realmente…

—Bueno, tampoco tiene por qué reprocharte nada. Después de todo, siempre que necesita alguna cosa, se la enviamos y le escribimos con frecuencia.

—Claro, claro. Nadie duda de tu eficiencia, Tuppence. Sin embargo, a veces tiene uno ocasión de leer cosas que producen asombro, que nos dejan perplejos.

—Ahora estás pensando en ese libro terrible que adquirimos últimamente —acusó Tuppence—. Era terrible lo de las pobres ancianas. ¡Y cómo sufrían!

—Supongo que todo era verdad, que el tema había sido extraído de la vida.

—Sí. Deben de existir sitios como aquel. Y hay gente que es muy desgraciada, que no puede hacer nada para dejar de serlo. Pero ante eso, Tommy, ¿qué se puede intentar?

—Lo único que se puede hacer, por parte de cada uno, es andar con el máximo cuidado. Hay que examinar con detenimiento lo que se escoge, efectuar averiguaciones… En el caso de tía Ada, lo que

conviene es dar con un médico apropiado, atento, amable.

—Nadie mejor que el doctor Murray, tienes que reconocerlo.

—Sí —De los ojos de Tommy desapareció la mirada de preocupación—. Murray es un tipo excelente. Es amable, tiene paciencia… De haber marchado algo mal, lo, hubiera hecho saber.

—En consecuencia, me parece que no hay motivos para que estés preocupado. ¿Qué edad tendrá ella ahora?

—Ochenta y dos años… —respondió Tommy—. No, no… Creo que son ochenta y tres. Esto de sobrevivir a todo el mundo debe de ser terrible.

—Es lo que pensamos nosotros —alegó Tuppence—. No es esa la idea de ellas.

—¿Y tú qué sabes?

—Estoy segura de eso por lo que a tía Ada respecta, ¿es que no te acuerdas de la satisfacción con que hacía recuento delante de nosotros de los amigos y amigas que no habían podido alcanzar su edad? Terminó diciendo: «… y en cuanto a Amy Morgan, he oído afirmar que no durará más de seis meses ya. Ella sostenía siempre que yo era una persona muy endeble y mira por donde resulta ahora prácticamente cierto que voy a sobrevivirla. Con muchos años de diferencia, además». Su aire, recuérdalo, era de consumado triunfo ante esa perspectiva.

—Sin embargo…

—Ya sé lo que piensas. Pese a todo, crees que es nuestro deber atenderla e ir a verla.

—¿Y no crees que tengo razón?

—Desgraciadamente —manifestó Tuppence—, creo que la tienes. Indudablemente. Yo te acompañaré —añadió Tuppence, con una inflexión en la voz que hablaba de heroísmo.

—No —respondió Tommy—. ¿Por qué habías de ir tú? Se trata de una tía mía. Iré yo solo.

—Ni hablar, querido —manifestó la señora Beresford—. Quiero sufrir contigo. Aguantaremos eso juntos. Tú pasarás un mal rato y yo también. Y tía Ada tampoco va a disfrutar mucho, desde luego. Me hago cargo, no obstante, de que es una de esas cosas que hay que hacer.

—No, no quiero que me acompañes. ¿No te acuerdas de la

rudeza con que te trató la última vez que nos vimos?

—¡Oh! No me importa —declaró Tuppence—, probablemente, no tendrá ocasión de atender a otras visitas. Si se enfrenta conmigo adoptando una actitud desagradable, no pienso hacerle ningún desplante, descuida.

—Siempre fuiste muy atenta con ella, a pesar de que no te ha sido nunca simpática.

—Tía Ada es una de esas personas que no caen bien a nadie.

—Sin embargo, a uno le dan mucha lástima esas mismas personas cuando alcanzan una edad avanzada.

———A mí siguen pareciéndome insoportables. Mi carácter es menos placentero que el tuyo.

—Para ser mujer, resultas mucho más brusca —dijo, Tommy.

—Pues sí, es posible. Lo que pasa es que las mujeres sólo disponemos de tiempo para mostrarnos realistas. Quiero decir que la gente me da lástima cuando cae enferma o entra en la ancianidad, siempre y cuando se trate de personas agradables. Pero si no lo son…, bueno, la cosa difiere, tengo que reconocerlo. Si tú eres antipático a los veinte años, y sigues lo mismo a los cuarenta, y empeoras al cumplir los sesenta, convirtiéndote en un auténtico diablo al alcanzar los ochenta… Bueno, realmente, es que no comprendo por qué razón ha de sentir lástima por los que se han hecho viejos, únicamente por eso. Imposible cambiar. Conozco algunas mujeres que han cumplido los setenta y los ochenta. Está la señora Beauchamps, y Mary Carr, y la abuela del panadero, la señora Poplet, que hacía en otro tiempo las faenas de limpieza de nuestra casa. Todas ellas eran estupendas, cariñosas y yo habría hecho todo lo que me hubieran pedido…

—Está bien, está bien, mujer. Sigue siendo realista, si ese es tu gusto. Ahora, si deseas portarte noblemente, y de veras, deseas acompañarme…

—Quiero acompañarte —dijo Tuppence—. En fin de cuentas, yo me casé contigo para compartir tanto los momentos buenos como los malos. Así que la visita a tía Ada es, decididamente, uno de tales instantes malísimos. Nos presentaremos delante de ella cogidos de la mano. Le llevaremos un ramo de flores y una caja de bombones y una revista o dos, quizá. Ya podías estar escribiendo a la señorita «

No-sé-qué
» anunciándole nuestra llegada.

—¿Vamos la semana que viene? El martes me iría bien a mí. Si tú no tienes ningún inconveniente…

—¿Tú dices que el martes? Pues, el martes… ¿Cómo se llama esa mujer? No consigo recordar su nombre… Me refiero a la encargada, directora, superintendente del establecimiento, o lo que sea… El apellido empieza con una P.

—La señora Packard.

—Es verdad.

—Es posible que esta vez todo se nos antoje diferente.

—¿Diferente?

—Sí…, no sé qué decirte… Quizá suceda allí algo interesante.

—Tal vez tengamos un accidente de ferrocarril durante el desplazamiento —dijo Tuppence, con el rostro radiante.

—¿Por qué diablos deseas que tengamos un accidente de ferrocarril?

—No lo sé, desde luego. Sólo era que…

—¿Qué?

—Bien. Podríamos vivir una aventura, ¿no? ¿Y si se presenta la ocasión de salvar la vida a alguien? Seríamos útiles y además viviríamos unas horas de emoción.

—¡Qué cosas se te ocurren!

—Verás —contestó Tuppence—. Esta es una de esas raras ideas que de cuando en cuando nos pasan por la cabeza…

Capítulo II

¿Pensaba usted en su pobre criatura?

Es difícil de explicar el porqué del nombre de Sunny Ridge[1] aplicado a aquel lugar. Nada había allí que sugiriera la idea de una prominencia. El terreno era llano, lo cual se acomodaba a las circunstancias personales de los ocupantes del edificio. Poseía un jardín amplio, que no ofrecía, sin embargo, ninguna nota peculiar. La construcción era de estilo victoriano, habiendo sido conservada en buen estado gracias a las continuas reparaciones. Había unos árboles de sombra, de enormes copas. Por una de las paredes laterales de la casa corría una enredadera. En los puntos más oportunos se veían convenientemente distribuidos, varios bancos de madera, donde se podía tomar el sol con toda comodidad. Se veían sillas de jardín, también. Una terraza cubierta podía acoger a las ancianas internas, protegiéndolas contra los molestos vientos del este.

Tommy oprimió el botón del timbre, en la puerta, y él y Tuppence fueron atendidos por una joven de aire azorado, que se cubría con una bata de nylon. Luego, pasaron a un pequeño cuarto de estar y la muchacha dijo casi sin aliento:

—Voy a avisar a la señorita Packard. Les esperaba y sólo tardará unos minutos en venir. No les importará aguardar un poco, ¿verdad? Se trata de la señora Carraway. Se ha vuelto a tragar su dedal, ¿saben?

—¿Cómo demonios ha podido hacer eso? —inquirió Tuppence, sorprendida.

—Lo hace para divertirse —explicó la doncella brevemente—.

Siempre anda igual.

La joven se marchó. Tuppence tomó asiento, diciendo, pensativa:

—Creo que me disgustaría mucho si por cualquier causa llegara a tragarme un dedal. Esto podría ocasionarme algunas complicaciones al depositarse el objeto en el estómago, ¿no te parece?

No tuvieron que esperar mucho, sin embargo. Se abrió la puerta del cuarto y entró la señorita Packard, disculpándose. Era una mujer muy grande, de rojizos cabellos, que contaría unos cincuenta años de edad. Tenía esos aires de calmosa eficiencia que Tommy siempre había admirado en ella.

—Lamento haberles hecho esperar, señor Beresford. ¿Cómo está usted señora Beresford? Me alegro de que también haya venido.

—Me han dicho que alguien se tragó no sé qué cosa —manifestó Tommy.

—¡Oh! Fue Marlene quien le dijo eso, ¿verdad? Pues sí…, fue la señora Carraway. Se pasa la vida tragándose objetos. Es muy difícil impedirlo, ya que una no se puede pasar las horas vigilándola. Desde luego, los chicos hacen lo mismo, con frecuencia, pero cuesta trabajo creer que tal cosa pueda constituir el pasatiempo favorito de una anciana. Y su afición va en aumento. Cada año que pasa se pone peor. Y lo más curioso es que no sufre nunca ningún daño. Es lo más extraordinario del caso.

—Es posible que su padre fuese tragasables de profesión —sugirió Tuppence.

—He aquí una idea muy interesante, señora Beresford. Quizá lográramos explicárnoslo todo con ella —la señorita Packard añadió —: Comuniqué a la señora Fanshawe su inminente visita, señor Beresford. No sé si llegó a comprender lo que le dije. No siempre le ve una despejada…

—¿Qué tal se encuentra últimamente?

—Verá usted, Creo que ha dado un bajón notable en estos últimos meses —respondió la señorita Packard inalterable—. Nunca se sabe, en realidad qué es lo que comprende o deja de comprender. Le di la noticia anoche y me contestó que tenía la seguridad de que yo estaba equivocada porque el curso aún no había terminado. Al

parecer, piensa que usted está estudiando todavía. Estas pobres ancianas mezclan unas cosas con otras. Especialmente, por lo que al tiempo se refiere están siempre completamente desorientadas. Esta mañana, al volver a recordarle su probable visita me dijo que era imposible que viniese usted porque ya había fallecido. Bien —agregó, animosa—; espero que le reconozca nada más verle.

—¿Cómo va de salud? ¿Igual?

—Todo lo bien que cabe esperar a sus años. Con franqueza: me parece que no estará con nosotros mucho tiempo ya. No padece, no sufre, pero su corazón dista mucho de ser fuerte. Ha ido empeorando en este aspecto. Le hablo con tanta claridad, porque se me figura lógico que esté enterado. Así, si su fallecimiento se produjera de repente, usted no se sentiría tan impresionado…

—Le hemos traído unas flores —declaró Tuppence.

—Y una caja de bombones —dijo Tommy.

—¡Oh! Son ustedes muy amables. Se pondrá muy contenta. ¿Quieren subir ahora mismo?

Tommy y Tuppence se pusieron en pie, saliendo de la habitación detrás de la señorita Packard. Llegaron a una escalera de amplios peldaños. Cuando se deslizaban por un pasillo de la planta superior, se abrió de pronto una puerta, por la que salió una mujer muy menuda, de poco más de un metro y cincuenta centímetros de estatura, que dijo con voz chillona:

—Quiero mi chocolate, quiero mi chocolate… ¿Dónde está Jane, la enfermera? Quiero mi chocolate.

Una mujer que vestía el uniforme de enfermera salió de la habitación contigua, respondiendo:

—Vamos, vamos, querida. Ya tomó usted su chocolate. Se lo tomó hace veinte minutos, ¿no se acuerda?

—No, enfermera. Eso que dice usted no es verdad. No he tornado mi chocolate todavía. Tengo sed.

—Bien. Le serviré otra taza, si le apetece.

—No puedo beberme una segunda taza no habiéndome usted servido ninguna.

La señorita Packard llamó a una de las puertas del final del corredor, abriéndola después.

—Señorita Fanshawe —dijo alegremente—: Su sobrino ha

venido a verla. ¿Qué? ¿Está usted contenta?

En una cama que quedaba al lado de la ventana del cuarto, la anciana que había allí se incorporó, apoyándose en las almohadas. Sus cabellos tenían un tono grisáceo; la faz, con muchas arrugas, era alargada, y grande la nariz. Su gesto era de desaprobación hacia todo lo circundante. Tommy dio un paso adelante.

—Hola, tía Ada —dijo—. ¿Cómo está usted?

Tía Ada no le prestó atención, dirigiéndose a la señorita Packard, irritada:

—¿Qué se propone usted al permitir así porque así la entrada de un hombre en el dormitorio de una dama? —inquirió—. En mi juventud eso hubiera sido muy censurado. ¡Y mira que decirme que este es mi sobrino! ¿De quién se trata, en realidad? ¿De un fontanero? ¿De un electricista?

—Vamos, vamos, señorita Fanshawe. Esto no está nada bien —le reprochó la señorita Packard, suavemente.

—Soy su sobrino, Thomas Beresford —declaró Tommy—. Le he traído una caja de bombones —añadió, ofreciéndosela.

—No me salga usted por ahí —respondió tía Ada—. Conozco muy bien a los individuos de su calaña. ¿Y esta mujer quién es? —añadió señalando a la señora Beresford con aire de disgusto.

—Soy Tuppence —manifestó la señora Beresford—. Su sobrina Tuppence.

—¡Tuppence! ¡Qué nombre tan ridículo! —exclamó tía Ada—. Parece el de una doncella. Mi tío Mathew tenía una criada llamada Comfort y a otra de sus servidoras le llamaban «
Regocíjate-en-el-Señor
». Era metodista. Pero mi tía Fanny acabó pronto con todo eso. Le anunció que la llamaría Rebecca por todo el tiempo que estuviera en su casa.

—Le he traído unas rosas —anunció Tuppence.

—Las flores no vienen bien en la habitación de una persona enferma. Acaparan todo el oxígeno.

—Las colocaré en un jarrón —dijo la señorita Packard.

—Usted no hará nada de eso. Debiera usted saber ya que sé muy bien qué es lo que me conviene.

—Tiene usted un aspecto muy bueno, tía Ada —declaró el señor

Beresford.

—Nada más verle, me he dado cuenta de la clase de persona que es usted. ¿Qué pretende haciéndose pasar por mi sobrino? ¿Cómo me dijo que se llamaba? ¿Thomas?

—Sí. Thomas o Tommy.

—Nunca oí hablar de usted. Yo tuve un sobrino que se llamaba William. Lo mataron en la última guerra. Y es lo mejor que pudo ocurrirle. De haber sobrevivido, habría optado por seguir el mal camino. Estoy cansada —manifestó tía Ada, recostándose en las almohadas y mirando a la señorita Packard—. Lléveselos. No vuelva a permitir la entrada de gente extraña en mi habitación.

—Me figuré que una visita como esta la animaría —contestó la señorita Packard, imperturbable.

Tía Ada emitió una risita agresiva.

—Conforme —dijo Tuppence, despreocupadamente—. Nos iremos. Dejaré aquí las rosas. Es posible que cambie de opinión sobre las flores. Vámonos, Tommy.

Tuppence se volvió hacia la puerta.

—Adiós, tía Ada. Siento mucho que no se acuerde de mí.

Tía Ada permaneció silenciosa hasta que Tuppence hubo salido de la habitación con la señorita Packard. Tommy se dispuso a seguirlas.

—¡Eh, tú! Vuélvete, hombre —dijo tía Ada, alzando la voz—. Te conozco perfectamente. Tú eres Thomas. Tenías los cabellos rojos antes, con el color de las zanahorias. Acércate. Quiero hablar contigo. La que me disgusta es ella. No conseguirá nada alegando que es tu esposa. Estoy informada. Aquí no me traigas esa clase de mujeres. Siéntate y háblame de tu madre. ¡Tú, fuera! —añadió la anciana, agitando una mano en dirección a Tuppence, que vacilaba en la puerta.

Tuppence se retiró inmediatamente.

—No está de humor hoy —explicó la señorita Packard, tan serena como al salir, escaleras abajo—. A veces sabe ser muy desagradable. Cuesta trabajo creer en estos cambios tan radicales.

Tommy se sentó en la silla que acababa de señalarle tía Ada, declarando dulcemente que pocas cosas podía contarle de su madre, ya que esta había fallecido cuarenta años atrás. Estas palabras

dejaron a la anciana tan tranquila.

—Es curioso. ¿Tanto tiempo ha transcurrido desde entonces? Bueno, es que el tiempo pasa rápidamente —la mujer examinó atentamente el rostro de Tommy—. ¿Por qué no te has casado? —inquirió—. Búscate una mujer adecuada, que sepa cuidarle. Estás metiéndote en años, ¿eh? Sepárate de todas esas mujeres perdidas. Mira que traerse una aquí, que se atreve a hablar como si fuese tu esposa…

—La próxima vez que vengamos a verla le diré a Tuppence que traiga consigo su certificado matrimonial.

—Haz de ella una mujer honesta, Tommy —recomendó tía Ada.

—Llevamos casados más de treinta años —le explicó Tommy—. Tuvimos una hija y un hijo, los cuales contrajeron matrimonio ya.

—Lo peor de todo —declaró la anciana, retirándose airosamente —, es que nadie me dice nada de nada. Si me hubierais tenido al día en lo tocante a los asuntos familiares…

Tommy no quiso iniciar una discusión. Tuppence, una vez, le habíale dado un consejo excelente: «Si alguien que haya rebasado los sesenta y cinco años te hace quedar mal, no se lo reproches ni discutas. Nunca intentes hacerle ver que tú eres quien está en lo cierto. Excúsate inmediatamente y echa la culpa de todo sobre ti, añadiendo que estás arrepentido y que jamás volverás a hacer lo que sea».

Pensó Tommy entonces que allí tenía precisamente la línea a seguir con tía Ada.

—Lo siento, tía Ada. Ya sabe lo que pasa andando el tiempo: uno tiende a olvidarse de todo. No todo el mundo tiene la dicha de conservar la memoria tan fresca como usted —declaró sin ruborizarse.

Tía Ada sonrió. Ya no habla por qué volver a hablar de aquello.

—Veo que te das cuenta… Bueno, siento haberte recibido con alguna brusquedad. Es que no me gusta que se me imponga nadie. En esta casa no se sabe nunca que va a pasar. Permiten que cualquiera entre a verte. Cualquiera. Si yo aceptara a todo el mundo, ateniéndome a lo que dicen ser, me expondría a ser asesinada y robada en mi lecho.

—Bueno, no creo en tal posibilidad, tía Ada —dijo Tommy.

—Nunca se sabe… En los periódicos se leen las cosas más raras. Y luego están aquellas que nos cuentan los demás, de viva voz. Bueno, no es que yo me crea todo lo que me dicen. Pero sí procuro mantenerme atenta, vigilante. ¿Querrás creer que el otro día hicieron pasar aquí a un individuo desconocido..? Yo era la primera vez que lo veía. El doctor Williams, se hacía llamar. Dijo que el doctor Murray se había marchado de vacaciones y que él era su nuevo compañero. ¡Un nuevo compañero o colaborador! ¿Cómo podía saber yo que no mentía? Lo dijo él y basta.

—¿Era o no su nuevo compañero?

—Bueno, en realidad, sí que lo era —manifestó tía Ada, ligeramente enojada al comprobar que perdía terreno—. Pero nadie habría podido afirmarlo con seguridad. Llegó en un coche, llevaba consigo el clásico maletín negro, con el instrumento que emplean los médicos para medir la presión sanguínea…, todos esos objetos, en fin… Es como esas cajas mágicas de los prestidigitadores. ¿Qué otra persona podía ser?

Tommy guardó silencio, aguardando las siguientes palabras de la anciana.

—Mi punto de vista es este: Cualquiera puede entrar en una casa como la nuestra, declarándose médico. Inmediatamente, sea quien sea, las enfermeras sonríen, las muy estúpidas… Doctor por aquí, doctor por allá… ¡Qué necias! Y si la paciente jura que no ha visto nunca al hombre en cuestión, ellas dirán solamente que aquella ha perdido la cabeza, que olvida fácilmente los rostros. Cuando yo, precisamente —añadió la Ada con firmeza—, me acuerdo siempre de todas las caras. ¿Qué tal se encuentra tu tía Caroline? Hace tiempo que no oigo hablar de ella. ¿La has vuelto a ver?

Tommy contestó en tono de excusa que su tía Caroline había fallecido quince años atrás. Tía Ada no encajó esta noticia con gestos de pesar. No se trataba de una hermana suya, sino de una prima hermana solamente.

—Todos se mueren —comentó la anciana con cierta complacencia—. Carecen de vigor, de energía. Sí. Eso es lo que les pasa… Un corazón defectuoso, una trombosis, coronaria, hipertensión, bronquitis crónica, artritis reumatoide… y todo lo demás. Son gente floja. Con personas así los médicos hacen su

agosto. ¡Y venga a recetar cajas de inyecciones, frascos de tabletas Y jarabes! ¡Y vengan tabletas amarillas, tabletas rosadas, tabletas verdes! No me sorprendería nada que las hubiera negras también. ¡Uf! En mis buenos tiempos, con azufre y meladuras lo curaban todo. Lo mismo que en los de mi abuela. Supongo que esas cosas eran tan eficaces como otras… Como solamente se podía optar entre dos cosas, una, invariablemente, te ponía buena —la anciana asintió, satisfecha—. No se puede confiar en los médicos… ¿Te atreves tú? En cuestiones profesionales, cuando se trata de una novedad, ¡ni hablar…! A mí me han dicho que se han producido aquí muchos casos de envenenamientos. A fin de conseguir corazones para los cirujanos, me han informado. Pero yo misma no doy crédito a tales afirmaciones. La señorita Packard es una mujer que no consentiría eso jamás.

En la planta baja, la señorita Packard, siempre excusándose, indicó a Tuppence una habitación algo apartada del vestíbulo.

—Lamento lo ocurrido, señora Beresford, pero espero que comprenda: los viejos son así. Imaginan cosas fantásticas o suelen dejarse llevar por la simpatía o antipatía.

—Regir una casa como esta tiene que ser muy difícil —opinó Tuppence.

—¡Oh, no realmente! —contestó la señorita Packard—. A mí me gusta mi trabajo. Y la verdad es que tengo cariño a todas estas mujeres. Lo normal es que nos aficionemos a la gente cuyo cuidado se nos ha encomendado. Todo el mundo tiene sus antojos y extravagancias, pero estas mujeres son fáciles de gobernar cuando se sabe lo que se lleva entre manos.

»Son como criaturas, realmente —añadió la señorita Packard, con una sonrisa de indulgencia—. Sucede, sin embargo, que los niños, con su especial lógica, nos ponen a menudo en aprietos, ¿no es así? Ahora bien, estas personas ancianas lo que desean principalmente es que los que estamos a su alrededor les confirmemos sus suposiciones, que les demos la razón en todo. Por de pronto, son felices. Yo dispongo aquí de unas auxiliares magníficas. Son chicas pacientes, de buen carácter, no muy inteligentes… Verá… Es que si fuesen muy despiertas su paciencia se acabaría. ¿Qué hay, señorita Donovah?

La señorita Packard había vuelto la cabeza en dirección a una joven con pinteñez que acababa de bajar corriendo las escaleras.

—Es la señora Lockett de nuevo, señorita Packard. Dice que se está muriendo y quiere que la visite el médico.

—¡Oh! —exclamó la señorita Packard, siempre serena—. ¿De qué se muere esta vez?

—Afirma que en las setas de la comida de ayer debía de haber restos de algún fungicida y que se ha envenenado.

—Eso es nuevo. Subiré para hablar con ella. Siento dejarla a usted sola unos momentos, señora Beresford. Ahí encontrará varias revistas y periódicos para entretenerse.

—No se preocupe por mí.

Tuppence penetró en el cuarto que le había señalado la directora del establecimiento. Era una estancia agradable, que daba a un jardín, por medio de unas puertas grandes de cristales. Había allí unos sillones y jarrones con flores sobre las mesitas. Adosada a una de las paredes se encontraba una estantería repleta de novelas y libros de viajes. Sobre una de las mesas había diversas revistas.

En aquel instante no había más que una persona en la habitación. Era una anciana de blancos cabellos, peinados hacia atrás. Tenía un vaso de leche en las manos y se había quedado con la vista fija en el mismo. Su faz era de un tono rosado claro. Sonrió afectuosamente al ver entrar a Tuppence.

—Buenos días —dijo—. ¿Va usted a vivir aquí, con nosotras o está en la casa de visita?

—Estoy de visita —respondió Tuppence—. Una tía mía reside aquí. Mi marido está hablando con ella en estos instantes. Pensamos que los dos a la vez en su cuarto podría suponer un poco de agobio para ella.

—Es una atención por su parte —respondió la anciana. A continuación tomó un sorbo de leche—. Me pregunto… No, creo que es correcto. ¿Le gustaría a usted tomar algo? ¿Una taza de té, de café, quizá? Voy a hacer sonar el timbre… Atienden bien, aquí.

—No, gracias —contestó Tuppence—. De veras.

—¿Un vaso de leche, tal vez? Hoy no está envenenada.

—No, no… Nosotros estaremos aquí ya solamente unos minutos.

—Muy bien… Pero su deseo no daría lugar aquí a molestias,

realmente. Nadie piensa en tal cosa dentro de estas paredes. A menos, que usted pida algo imposible.

—Yo me atrevería a decir que mí tía es de las que piden imposibles —declaró Tuppence—. Mi tía es la señorita Fanshawe.

—¡Ola, la señorita Fanshawe! —exclamó la anciana—. La conozco claro.

Algo pareció contener su locuacidad, pero Tuppence añadió despreocupadamente:

—Es más bien una gruñona. Siempre lo ha sido.

—Tiene usted razón. Yo tuve una tía que era así también. Y su endiablado genio empeora con los años. Todas nosotras, no obstante, queremos a la señorita Fansliavve. Es muy, muy divertida cuando ella quiere…

—Sí sí…

Tuppence reflexionó, considerando la figura de tía Ada bajo nueva luz.

—Hablando de los demás es muy acre —añadió la anciana—. ¡Ah! Mi apellido es Lancaster… Señora Lancaster.

—El mío es Beresford.

—A veces una pone malicia en las cosas. Es inevitable, Hay que oír a su tía en sus descripciones de otras internas aquí y los comentarios que formula. Es verdad que una no debiera encontrar esto divertido, pero…

—¿Hace tiempo ya que reside aquí?

—Si, hace algún tiempo ya. Veamos… Siete, ocho años, Deben de ser más —la mujer suspiró—. Una llega a perder el contacto con ciertas cosas Y con la gente también. Los parientes que me quedan viven en el extranjero.

—Será triste eso.

—Pues no, en realidad, no. No me importa demasiado, la verdad. Ni siquiera los conocía muy bien. Sufrí una grave enfermedad, muy grave, y me encontraba sola en el mundo, por lo cual ellos pensaron que me hallaría mejor en una casa como esta. Me considero afortunada por haber venido a parar aquí. La gente que me rodea es amable, comprensiva. Y los jardines son realmente deliciosos. Sé perfectamente que no podría vivir apartada de los demás, ya que sufro confusiones lamentables —la anciana se tocó la

frente con la palma de una mano—. Aquí dentro unas cosas con otras. No siempre determinados acontecimientos consigo recordar bien.

—Es una pena. Pero claro, siempre surge algún achaque que otro…

—Hay enfermedades que resultan muy dolorosas. Hay aquí dos internas que padecen artritis reumatoide. Sufren terriblemente. Tal vez sea beneficioso esto de no ver con claridad lo que ha sucedido a nuestro alrededor, no saber identificar a las personas. Físicamente, por lo menos, eso no duele.

—Yo pienso que quizá tenga usted razón —manifestó Tuppence.

Se abrió la puerta de la habitación y entró en ella una joven portadora de una bandeja, en la que había dos tazas, una cafetera y un platito con un par de bizcochos. La muchacha colocó la bandeja junto a Tuppence.

—La señorita Packard se figuró que le agradaría tomar una taza de café —declaró.

—Muchas gracias.

La chica salió de la estancia y la señora Lancaster dijo:

—Ya lo ve usted, son muy atentos, ¿verdad?

—En efecto.

Tuppence vertió un poco de café en su taza, tomando un sorbo. Las dos mujeres guardaron silencio durante unos momentos. Luego, Tuppence ofreció el platito con los bizcochos a la anciana, pero esta hizo un movimiento denegatorio de cabeza.

—No, gracias, querida. Con mi vaso de leche tengo suficiente por ahora.

Dejó el vaso sobre la mesita y se recostó en su asiento, entornando los ojos. Tuppence pensó que tal vez aquella fuera la hora de la mañana en que su acompañante descabezaba un sueño. En consecuencia, decidió seguir callada. Después, de repente, la señora Lancaster pareció experimentar un sobresalto, despertándose. Abrió los ojos y dijo a Tuppence:

—Me he fijado en que miraba usted hacia la chimenea.

—¡Oh! ¿Sí? —inquirió Tuppence, algo impresionada.

—Sí. Me lo preguntaba… —la anciana se inclinó hacia delante, bajando la voz—. Perdone… ¿Pensaba usted en su pobre criatura?

Tuppence, desconcertada, no supo qué responder.

—Yo… No, creo que no —acertó a decir después.

—Me hice esa pregunta, sí. Me figuré que había venido aquí por esa causa. Alguien tenía que aparecer por esta casa, transcurrido algún tiempo. Quizás ellos lo quisieran así… Ahí es donde está, ¿sabe? Detrás de la chimenea.

—¿Sí?

—Siempre a la misma hora —siguió diciendo la señora Lancaster, todavía en voz baja—. Siempre a la misma hora del día —levantó la vista, fijándola en la repisa de la chimenea y Tuppence imitó un gesto—: Las once y diez. Sí. Siempre a la misma hora, todas las mañanas.

La anciana suspiró.

—La gente no comprende… Les dije lo que yo sabía. ¡Pero no me creyeron!

Tuppence sintió un gran alivio al advertir que en aquel momento la puerta de la estancia comenzó a abrirse. Entró Tommy. Tuppence se puso en pie.

—¿Nos vamos ya, Tommy? —Tuppence se encaminó hacia la puerta, volviendo la cabeza para saludar a la anciana—. Usted lo pase bien, señora Lancaster.

—¿Qué tal te ha ido por aquí? —inquirió Tommy al emerger los dos en el vestíbulo.

—Bien. ¿Y a ti?

—Después de marcharte tú, me he sentido como si me hallara en una casa en llamas —declaró Tommy.

—Al parecer, le caí mal a tu tía ¿eh? Es magnífico, según como se mire lo sucedido.

—¿Por qué magnífico?

—Hombre, a mi edad, y dada mi apariencia limpia, respetable y ligeramente vulgar, es halagador que alguien la tome a una por una depravada mujer, por una mujer fatal, saturada de sensuales encantos.

—¡Qué tonta eres! —respondió Tommy, pellizcándola en un brazo afectuosamente—. ¿Con quién alternabas ahí dentro? Me dio la impresión de ser una persona muy simpática esa anciana.

—Sí que lo es, la pobre vieja. Lo malo es que no anda muy bien

de la cabeza.

—¿Qué no anda bien de la cabeza, dices?

—Sí. Al parecer, está convencida de que hay una criatura muerta detrás de la chimenea o algo por el estilo. Me preguntó si se trataba de mi pobre hijo.

—¡Qué lástima! Supongo que aquí tendrán que admitir personas que no tengan su cabeza en orden. Habrá otras, en cambio, que no presenten más inconveniente natural que el de una edad avanzada. Aun así, es muy agradable.

—Sí que lo es, efectivamente —declaró Tuppence—. Es una mujer muy agradable, muy dulce. ¿Qué es concretamente lo que motivará sus curiosas fantasías?

Surgió la señora Packard de repente ante ellos.

—Adiós, señora Beresford. Supongo que la habrán servido una taza de café.

—Sí, sí. Es usted muy amable. Muchas gracias.

—Nos ha complacido mucho su visita, señora Beresford —la señorita Packard se volvió ahora hacia Tommy—. Tengo entendido que al final su tía se ha alegrado mucho de verle. Lamento que haya sido tan brusca con su esposa.

—Yo creo que ella ha disfrutado lo suyo conduciéndose así —señaló Tuppence.

—Sí. Tiene usted razón. Le gusta mostrarse ruda con los demás. Desgraciadamente, es algo que no le cuesta trabajo.

—Por el hecho de ensayar a menudo tal comportamiento —dijo Tommy.

—Ustedes son muy comprensivos —opinó la señorita Packard.

—He estado charlando con la señora Lancaster —declaró Tuppence—. ¿No es ese su apellido?

—Sí, sí, la señora Lancaster… Todas la queremos mucho. Es un poco especial, ¿no? Bueno. Tiene una gran imaginación —manifestó la señorita Packard indulgentemente—. Hay varias ancianas aquí por el estilo. Son inofensivas. Verán ustedes… piensan en cosas que creen haber vivido. Otras veces, las relacionan con distintas personas. Nosotras hacemos como que no nos damos cuenta; procuramos no animarlas en sus disparatadas figuraciones. Les seguimos la corriente. A mí me parece que se trata tan sólo de un

ejercicio mental, que da lugar a fantasías que les hubiera gustado vivir. Son siempre cosas emocionantes, de carácter serio, trágico. Es igual. No se desarrollan en estas mujeres manías persecutorias, a Dios gracias. Nunca se nos han dado tales casos.

—Bien. Esto se ha acabado —dijo Tommy con un suspiro, al subir al coche—. No tenemos necesidad de volver por aquí hasta dentro de seis meses, por lo menos.

No había de ser necesario tampoco aquello, ya que tía Ada, tres semanas más tarde, falleció mientras dormía.

Capítulo III

El funeral

—A mí los funerales me entristecen, normalmente. ¿No te pasa a ti lo mismo? —inquirió Tuppence, dirigiéndose a su esposo.

Acababan de regresar del de tía Ada. Para participar en él se habían visto obligados a hacer un largo y molesto desplazamiento por ferrocarril, ya que el entierro se había efectuado en la aldea de Lincolnshire, a dónde habían ido a parar la mayor parte de los familiares de la anciana.

—¿Qué otro efecto podría causarte un funeral? —le preguntó Tommy, siempre razonable—. No es una ceremonia alegre.

—Eso es según los sitios —declaró Tuppence—, ahí tienes a los irlandeses, por ejemplo. La gozan en los velatorios de sus difuntos. Primeramente, lloran estrepitosamente a sus muertos y a eso sigue la bebida en abundancia, y una terrible algarabía, de juerga. A propósito, ¿te apetece beber algo? —añadió Tuppence, mirando de reojo hacia el aparador.

Tommy se acercó al mueble, sacando del mismo lo que consideró más apropiado para aquel momento: una botella de *White Lady*.

—¡Oh! Esto no irá mal —comentó Tuppence.

Se quitó el sombrero negro que llevaba todavía puesto, arrojándolo al otro lado de la habitación, despojándose después del abrigo.

—Odio estas ropas de luto —dijo—. Huelen siempre a bolas de naftalina, por haber estado guardadas tanto tiempo…

—No tienes por qué vestir de luto a diario —dijo Tommy.

—¡Oh! Claro. Ya lo sé. Dentro de unos momentos voy a subir a

nuestra habitación para cambiarme de vestido. Me pondré un jersey escarlata para ver si así me animo un poco. Entretanto, sírveme otro *White Lady*.

—No sabía yo que los funerales te vestían el espíritu de fiesta.

—Te dije antes que los funerales me entristecen —manifestó ella unos minutos después, al reaparecer luciendo un vestido de color cereza, bastante chillón, adornado a la altura de un hombro con un lagarto en el que se veía un diamante y un rubí—, porque los funerales como el de tía Ada son siempre tristes. Se junta en ellos mucha gente de edad y hay pocas flores. No se observa la presencia de personas sollozantes, ni de curiosos. Se piensa en el difunto como un ser viejo y solitario, que nadie echará de menos.

—Yo me inclinaba a pensar que te sería más soportable ese funeral que el mío, por ejemplo.

—No quiero pensar en tu funeral porque prefiero irme de este mundo antes que tú. Si de todos modos, yo me viera obligada a ello, a estar en tu funeral, me figuro que asistiría a una orgía del pesar. Llevaría conmigo un puñado de pañuelos.

—¿De enlutados bordes?

—No había pensado en tal detalle, pero considero esta una acertada idea. Por otro lado, el servicio religioso del entierro es muy emotivo. Se siente una elevada. Hay un pesar real, que se sale del marco de la ceremonia. Se siente una terriblemente mal, pero produce un efecto beneficioso, a la larga.

—Te seré sincero, Tuppence, encuentro tus observaciones acerca de mi muerte y sus probables efectos en ti de evidente mal gusto. No me agrada el tema.

—De acuerdo. Hablemos de otra cosa.

—La pobre tía Ada se marchó para siempre —dijo Tommy—, y a todo esto, pacíficamente, sin sufrimientos. Todo ha pasado ya. Ahora voy a dedicarme a poner en orden mis cosas.

Tommy se aproximó a su mesa, examinando varios papeles.

—¿Dónde habré puesto la carta que recibí del señor Rockbury?

—¿Quién es el señor Rockbury? ¡Ah! ¿Te refieres al abogado que te escribió?

—Si. Para ocuparse de la liquidación de los efectos de tía Ada. Por lo visto, soy el último superviviente de la familia.

—¡Qué lástima que no te haya dejado una buena suma de dinero!

—De haber tenido dinero se lo habría dejado al Hogar de los Gatos —puntualizó Tommy—. Algo por el estilo se llevará las pocas monedas que le habrán quedado. ¿Qué puede entonces venir a parar a mis manos? Naturalmente, eso, como comprenderás, me tiene absolutamente sin cuidado.

—¿Era una mujer aficionada a los gatos?

—No lo sé. Supongo que sí. Nunca le oí hablar de ellos —Tommy reflexionó unos segundos, añadiendo—: Tengo entendido que se divertía a veces diciendo a sus viejas amistades, cuando iban a verla: «Me he acordado de ti en el testamento querida», o bien: «Este broche que tanto te gusta irá a parar a tus manos en virtud de una de las cláusulas de mi testamento». Ya verás como la única heredera, o la más beneficiada en este asunto, será la casa de los gatos esa…

—Me la imagino perfectamente a tía Ada dirigiéndose con esos términos a sus visitantes… ¿Amigas? No creo que las tuviera, realmente. Sencillamente: le gustaba traer y llevar de un lado para otro a sus conocidas. Era un diablo esa anciana, ¿no te parece? Desde luego tiene su mérito sacar algún partido de la vida cuando se cuentan tantos años como contaba ella, viéndose como se veía recluida en una residencia para ancianas. ¿Vamos a ir a Sunny Ridge?

—¿Dónde está la otra carta, la de la señorita Packard? ¡Ah! Aquí está. La puse con la de Rockbury. Sí… Me dice que hay algunas cosas allí de las que, al parecer, he pasado a ser dueño. Mi tía se llevó algunos muebles al irse a vivir a la residencia. Y, desde luego, se encuentran también algunos efectos personales. Ropas y cosas así… Tendremos que disponer de ellas. Estarán sus cartas… por el hecho de haberme nombrado su albacea habré de mediar en este asunto. No creo que haya dejado nada que deseemos nosotros conservar. Bueno… No me acordaba del pupitre que siempre me ha gustado tanto. Recuerdo que perteneció al tío William.

—Quédate con el pupitre, como recuerdo —sugirió Tuppence—. Lo demás podría ser vendido en pública subasta.

—La verdad es que tú no tienes por qué acompañarme en este

desplazamiento —opinó Tommy.

—Pues creo que me gustaría visitar de nuevo Sunny Ridge.

—¿Qué dices? ¿No supone eso un fastidio para ti?

—¿Cómo va a parecerse fastidioso examinar las cosas de tía Ada? ¡Ni hablar! Siento una gran curiosidad, Tommy. Las cartas de otras personas y sus antiguas joyas despiertan siempre un gran interés… Además, tenemos la obligación de examinarlo todo detenidamente. No estaría bien que enviásemos sus efectos a los subastadores, sin más. Iremos los dos, Tommy. Quizá veamos algo que consideremos conveniente conservar en nuestro poder.

—¿Por qué deseas volver de nuevo a Sunny Ridge? Tú debes de obrar impulsada por otro motivo, ¿a que sí?

—¡Ay, querido! Esto de estar casada con alguien que la conoce a una tan a fondo tiene sus quiebras.

—Hay otro motivo, pues, ¿no?

—En realidad…

—Vamos, vamos, Tuppence. Normalmente, tú no eres aficionada a meter las narices en las cosas de los demás.

—Pienso que es mi deber —replicó Tuppence con firmeza—. Obro así porque…

—Adelante. Explícate de una vez.

—Quisiera volver a hablar con… con la anciana de la primera visita.

—¿Con quién? ¿Con la que te dijo que había una criatura muerta al otro lado de la chimenea?

—Exacto —declaró Tuppence—. Me gustaría tener ocasión de charlar de nuevo con ella. Quiero averiguar qué era realmente lo que había en su mente al decirme aquellas cosas. ¿Es que se había acordado de algo ya pasado? ¿Era aquello fruto de su fantasía? Cuanto más pienso en eso más extraordinario se me antoja el caso. Quizá hubiera imaginado una historia… ¿Se acordaba de algo referente a una chimenea y a una criatura muerta? ¿Qué es lo que la llevó a pensar que la criatura podía ser mía? ¿Doy la impresión de haber vivido la triste experiencia de perder un hijo?

—No sé qué aspecto puede ofrecer la persona que ha pasado por tan desgarrador trance —dijo Tommy—. Sea lo que sea, Tuppence, nuestra obligación nos llama allí. Ahora, me sorprende que quieras

hallar un motivo de distracción en lo macabro. Asunto resuelto, querida. Escribiremos a la señorita Packard y fijaremos una fecha.

Capítulo IV

Un cuadro y una casa

Tuppence suspiró.

—Esto sigue igual —fue su comentario.

Ella y Tommy se habían plantado ante la puerta de Sunny Ridge.

—¿Por qué había de cambiar?

—Lo ignoro. Fue una sensación que experimenté, algo que tiene relación con el tiempo. Este marcha a diferente ritmo, según los sitios. Vuelve a un lugar al cabo de cierto tiempo y te encuentras con que este ha corrido alocadamente. Aquí, en cambio, parece no haber pasado nada. El tiempo se ha detenido en este lugar. Todo lo que veamos nos parecerá lo mismo que antes.

—No acabo de entenderte. ¿Es que te propones permanecer aquí, quieta, sin oprimir el botón del timbre siquiera? Tía Ada ya no se encuentra en esta casa, para empezar. He aquí algo distinto de la vez anterior.

Tommy hizo sonar el timbre a continuación.

—Es la única diferencia que encontraremos. Mi anciana amiga se estará bebiendo un vaso de leche y hablará de chimeneas… La señora «
Cómo-se-llame
» se habrá tragado un dedal o una cucharita; una mujer menudita saldrá chillando de una habitación, reclamando su chocolate. La señorita Packard descenderá por las escaleras…

Se Abrió la puerta. Una joven que llevaba encima del vestido otro de nilón, inquirió:

—¿El señor y la señora Beresford? La señorita Packard les está esperando.

La muchacha se disponía a pasar a los recién llegados al cuarto de estar cuando la señorita Packard descendía por las escaleras, saludándoles desde ellas. No estaba tan animada como en la ocasión, anterior: Adoptaba una expresión de gravedad que llamaba la atención. Era una experta en cuanto a la fijación del grado exacto de condolencia en cada caso.

Tres veintenas de años y diez más era el período de vida señalado para los humanos en la Biblia, y las muertes, en su establecimiento, se daban raras veces por debajo de esa cifra. Eran muertes esperadas, que se producen ineludiblemente.

—Han sido ustedes muy amables al venir. He arreglado todas las cosas para que se molestaran lo menos posible durante el rato que dediquen a su examen. Me alegro de que hayan venido en seguida porque ya hay tres o cuatro personas que han solicitado la habitación libre. Ustedes se harán cargo. No quiero que piensen en ningún momento que les di prisa…

—No se preocupe. Somos comprensivos —repuso Tommy.

—Nada se ha tocado en el cuarto que ocupó la señorita Fanshawe —subrayó la señorita Packard.

Esta abrió la puerta del dormitorio en que los dos vieran por última vez a tía Ada. Tenía ese aire especial de abandono y soledad que poseen las estancias cuando sus muebles han sido cubiertos con sábanas. En la cama, la tela que la cubría revelaba nítidamente la disposición del lecho, las bien ordenadas almohadas…

Las puertas del guardarropas estaban abiertas. Las prendas que usara tía Ada habían sido colocadas en completo orden sobre la cama, perfectamente dobladas.

—Habitualmente, ¿qué suelen hacer ustedes con esas ropas? —inquirió Tuppence.

La señorita Packard se mostró tan competente como siempre con su respuesta.

—Puedo facilitarle los nombres de dos o tres sociedades privadas que gustan de recibir estos obsequios. La señorita Fanshawe tenía una estola de piel y un abrigo de mucho valor, pero me inclino a pensar que usted no piensa utilizar personalmente estas ropas. Puede suceder también que usted se dedique a socorrer a alguna gente desgraciada y entonces es natural que prefiera quedarse con

todo.

Tuppence movió la cabeza a un lado y a otro.

—Tenía algunas joyas —prosiguió diciendo la señorita Packard —. Me las llevé para guardarlas en la caja de caudales. Ahora las encontrará en el cajón de la mano derecha de la cómoda. Las puse ahí antes de que ustedes llegaran.

—Le estamos muy agradecidos. Se ha tomado usted muchas molestias —dijo Tommy. Tuppence había fijado la mirada en un cuadro colgado por encima de la repisa de la chimenea. Era un óleo en el que aparecía una casa pintada con tonos vagamente rosados, situada junto a un canal que cruzaba airosamente un curvado puente. A alguna distancia de la misma se divisaban dos álamos. El tema era bonito. No obstante, Tommy se preguntó a qué venía aquella atención con que su mujer estudiaba el lienzo.

—¡Qué divertido! —exclamó Tuppence.

Tommy la miró inquisitivamente: Muchos años al lado de su esposa le habían demostrado que cuando Tuppence juzgaba alguna cosa divertida, la misma generalmente, no merecía tal calificativo.

—¿Qué quieres decir, Tuppence?

—Es divertido. La otra vez no me di cuenta de ese cuadro. Pero lo más raro es que a mí me parece haber visto esta casa en alguna parte: Estoy segura de ello… Es curioso que no acierte a recordar cuándo ni dónde.

—Supongo que la estarías contemplando como contemplamos tantas cosas que se nos ponen delante de los ojos inconscientemente, casi sin advertir lo que hacemos —contestó Tommy, componiendo una declaración tan confusa como la de su mujer…

—¿Viste tú aquí, Tommy, el cuadro en el curso de la anterior visita?

—No. Pero es que, claro, estuve atento a otros detalles que me preocupaban más.

—Ese cuadro… Sí. Me inclino a pensar que no vieron el cuadro por el hecho de estar casi segura de que no se encontraba en el sitio que ahora ocupa… —declaró la señorita Packard—. Perteneció a una de nuestras huéspedes, quien se lo regaló a su tía. La señorita Fanshawe expresó la admiración que el lienzo le inspiraba y su

amiga insistió en que dispusiera del mismo como regalo. Por eso, naturalmente, no puede haberlo visto aquí.

—Sigo pensando, sin embargo, que la casa me es conocida. ¿No te sucede a ti lo mismo, Tommy?

—No.

—Bueno, ahora me veo obligada a dejarles —manifestó la señorita Packard con viveza—. No tienen más que llamarme cuando me necesiten.

La mujer sonrió, abandonando la habitación, cuya puerta cerró.

—Creo que no me gustan nada los dientes de esa mujer —dijo Tuppence.

—¿Qué pasa con sus dientes?

—Tiene demasiados. O es que me parecen muy grandes… «Son para comerte mejor, hija mía», como se dice en el famoso cuento de «Caperucita Roja».

—Te encuentro rara hoy, Tuppence.

—Algo me pasa, sí. Siempre juzgué a la señorita Packard una mujer agradable… Hoy, en cambio, se me figura una fémina siniestra. ¿No experimentas tú igual sensación?

—No. Bueno, vamos a lo nuestro, a lo que nos ha traído aquí. Hay que proceder al examen de los «efectos» de la pobre tía Ada. ¿No es ese el término que emplean los abogados? He aquí el pupitre de que te hablé, el de tío William… ¿Te gusta?

—Es precioso. De la época de la Regencia, diría yo. Para las personas que se acomodan en estos establecimientos es un consuelo traer consigo algunas de sus cosas. Las sillas de crin me tienen sin cuidado, pero en cambio, la mesa… Esa mesita es precisamente lo que necesitaba para rellenar el hueco que queda junto a la ventana que tú sabes, ocupado en la actualidad por un odioso juguetero.

—De acuerdo —dijo Tommy—. Haré una nota por esos dos muebles.

—El cuadro lo colocaremos encima de la repisa de la chimenea. Me gusta el lienzo, aparte de que estoy segura de haber visto en alguna parte la casa que figura en él. Veamos ahora las joyas.

Abrieron el cajón de la cómoda. Había allí un juego de camafeos, un brazalete florentino, varios pendientes y una sortija con piedras diversas.

—He visto estas piedras antes —declaró Tuppence—. Hay aquí un diamante, una esmeralda, una amatista… ¿Por dónde empiezo? Rubí, esmeralda, otro rubí… Veamos de nuevo. Una piedra granate, una amatista, una piedra rosada… Esto debe de ser un rubí, con un menudo diamante en el centro. Es una joya pasada de moda, un recuerdo de carácter sentimental.

Tuppence se colocó la sortija en la palma de una mano.

—Creo que a Deborah le gustaría poseer una sortija como esta. Y el brazalete florentino. Las cosas de la época victoriana la dislocan. Eso le ocurre a mucha gente hoy día. Ocupémonos ahora de las ropas. Estos quehaceres tienen siempre algo de macabro, ¿no te parece? He aquí una estola… Es de valor, creo. Personalmente, sin embargo para mí, no ofrece interés. Supongo que habrá por aquí alguien…, alguien que haya sido especialmente amable con tía Ada, una de sus amigas, una servidora. No estaría mal que le ofreciéramos este recuerdo. Es de marta cebellina auténtica. Nos pondremos al habla con la señorita Packard. Las otras cosas podrían ser cedidas a las instituciones de caridad. ¿Conforme? Localizaremos a la señorita Packard ahora. Adiós, tía Ada —dijo Tuppence en voz alta, volviéndose hacia el lecho—. Me alegro de haberle hecho esa última visita. Lamento no haberle sido simpática, pero en fin, como disfrutaba mucho tratándome con brusquedad, nada tengo que objetar. De alguna manera tenía usted que divertirse. No te olvidaremos, tía Ada. Cada vez que pongamos los objetos en el pupitre de tío William, nos acordaremos de ti.

Fueron a buscar a la señorita Packard. Tommy le dijo que tomaría las medidas necesarias para que la mesita elegida por Tuppence y el pupitre que a él le agradaba fuesen enviados a sus señas. En cuanto a los restantes muebles, ella se entendería con los subastadores de la localidad. La señorita Packard quedaba en libertad para designar aquellas sociedades caritativas que habían de hacerse cargo de las ropas.

—No sé si hay aquí alguna persona que se alegraría de recibir como regalo la estola —manifestó Tuppence—. Es muy bonita. Hemos de pensar en alguna de sus amigas, ¿quizá? ¿Se lo ocurre a usted alguna enfermera que haya cuidado con más frecuencia de tía Ada hasta el momento de morir esta?

—Es usted muy amable, señora Beresford. Siento decirle que la señorita Fanshawe no tenía ninguna amiga destacable entre las internas. Está, sin embargo, la señorita O'Keefe, una de las enfermeras, quien se ocupó mucho de ella, que tuvo paciencia y obró en todo momento con extraordinario tacto… Me parece que se quedaría muy complacida ante un regalo de este tipo y que incluso se sentiría honrada con tal atención.

—En cuanto al cuadro de la chimenea —indicó Tuppence—, quisiera quedarme con él… Bueno, si eso es posible, lo que no sé si la persona que se lo regaló a tía Ada querrá que ahora le sea devuelto. Tendríamos que preguntárselo…

La señorita Packard la interrumpió:

—¡Oh! Lo siento, señora Beresford. No podremos proceder a cubrir ese trámite. Fue la señora Lancaster quien se lo regaló a la señorita Fanshawe, que ya no se encuentra entre nosotros.

—¿No? —inquirió Tuppence, sorprendida—. ¿La señorita Lancaster? Aquella anciana con quien estuve charlando durante unos momentos en el transcurso de nuestra visita anterior, ¿no? ¿La de los cabellos blancos, que llevaba echados hacia atrás? Estaba bebiéndose un vaso de leche en el cuarto de estar de la planta baja. ¿Se ha marchado, dice usted?

—Sí. Todo ocurrió de pronto, más bien. Una de sus parientes, una tal señora Johnson, se la llevó hace cosa de una semana. La señora Johnson regresó de África, donde ha vivido cuatro o cinco años… Fue algo inesperado. Ahora se encuentra en condiciones de cuidar a la señora Lancaster, en su propio hogar, además, ya que ella y su marido iban a quedarse con una casa en Inglaterra. Yo me inclino a pensar —declaró la señorita Packard—, que la señora Lancaster hubiera preferido quedarse aquí, en realidad. Había encajado muy bien en el ambiente general, se llevaba perfectamente con todo el mundo y era feliz. Se puso muy nerviosa, se le saltaron las lágrimas, ¿pero qué podíamos hacer nosotros? La mujer se mostró prudente, a causa de que habían sido los Johnson quienes le pagaran la estancia en Sunny Ridge. Yo me limité a sugerir que habiendo estado tanto tiempo aquí y sintiéndose a gusto quizás era más aconsejable dejar las cosas como estaban.

—¿Cuánto ha durado, pues, la estancia de la señora Lancaster en

la casa? —inquirió Tuppence.

—Unos seis años, calculo. Sí… Había llegado a considerar Sunny Ridge su segundo hogar.

—Me hago cargo perfectamente de su situación, desde luego.

Tuppence frunció el ceño y miró, nerviosamente, a Tommy.

—Siento que se haya marchado. Cuando hablé con ella, experimenté la impresión de que nos habíamos visto antes en alguna parte… Su rostro me era vagamente familiar. Y posteriormente pensé que la había conocido hallándome yo en compañía de una amiga mía, una señora apellidada Blenkinsops. Luego, me dije que con esta nueva visita podría averiguar si andaba equivocada. Pero, claro, si se ha ido con los suyos, ya no es posible.

—Naturalmente. Sin embargo, yo no recuerdo que ella mencionara a esa señorita Blenkinsops de que usted habla.

—¿Podría usted darme alguna información más sobre su persona? ¿Quiénes eran sus parientes? ¿Cómo fue el venir aquí?

—Poco es lo que puedo explicarle, realmente. Hace unos seis años nos escribió la señora Johnson para hacernos unas preguntas sobre esta residencia. Más tarde, se presentó aquí ella, con objeto de echar un vistazo. Dijo que tenía referencias de una amiga sobre Sunny Ridge y se interesó por nuestras condiciones y todo lo demás. Seguidamente, se despidió. Una semana o dos después recibimos una carta de una firma de abogados de Londres, haciéndonos algunas consultas más. Finalmente, nos escribieron diciéndonos que deseaban ingresar en el establecimiento a la señora Lancaster. La señora Johnson se encargaría de traerla en el plazo de una semana, si disponíamos de alguna plaza libre. Como disponíamos de una habitación, pronto se presentó aquí la señora Johnson, en compañía esta vez de la anciana. La señora Lancaster pareció sentirse complacida al ver la habitación que le habíamos asignado. Luego, la señora Johnson dijo que ella pretendía trasladar allí algunos de sus efectos personales. No nos opusimos a ello, naturalmente. Es corriente que nuestras huéspedes procedan así, ya que de tal manera se sienten más a gusto. Todo salió bien. La señora Johnson nos explicó que la anciana era parienta de su esposo. Tratábase de un parentesco lejano, ¿sabe usted? Para ellos, la anciana constituía una preocupación, debido a que se hallaban a punto de trasladarse

a África… A Nigeria, creo que dijo. A su esposo le habían dado un cargo en aquel país y lo más probable era que estuviesen ausentes varios años. Después, regresarían a Inglaterra. Lo que quería el matrimonio era asegurarse de que la señora Lancaster, ya que no podía acompañarles, estuviese bien instalada, que lo pasara lo mejor posible. Estaban convencidos, por lo que les habían referido acerca de esta casa, de que acababan de hacer una elección afortunada. Puestos todos de acuerdo, la señora Lancaster empezó a vivir con nosotros.

—Ya.

—La señora Lancaster cayó bien a todo el mundo aquí. Era un poco rara… Bueno, usted me entiende; no tenía cabeza muy firme. No andaba muy bien de memoria; confundía unas cosas con otras y olvidaba a veces nombres y direcciones.

—¿Recibía muchas cartas? —preguntó Tuppence—. ¿Cartas del extranjero, objetos…?

—Me parece que el señor o la señora Johnson le escribieron un par de ocasiones desde África. Eso fue un año después de su partida, o más. La gente, ya se sabe, olvida con facilidad. Especialmente cuando se traslada a otro país, cuando se ve obligada a llevar otra vida. Me inclino a pensar que no se mantuvieron en contacto constante con ella. La señora Lancaster era una parienta lejana, una responsabilidad familiar, y para el matrimonio, la cosa no pasaba de ahí. Todos los arreglos de tipo económico fueron realizados por el abogado señor Eccles, un hombre muy agradable, perteneciente a una reputada firma. Ya habíamos tenido relación anteriormente con ese hombre. Lo conocimos, pues, y nos conocía. Yo creo que la mayor parte de las amistades de la señora Lancaster, así como sus parientes, habían fallecido ya. Tenía por ello pocas noticias del mundo exterior y a mí me parece que no vino nadie a verla. Bueno, ahora me recuerdo… Un año más tarde, recibió la visita de un caballero de gran porte. Me inclino a pensar que no la conocía personalmente, que era amigo del señor Johnson y que también había servido en las colonias. Debió de venir para comprobar si estaba contenta aquí.

—Y tras eso, todos se olvidaron de la señora Lancaster.

—Seguramente —replicó la señorita Packard—. Da pena,

¿verdad? Sin embargo, esto no debe asombrarnos, es lo que sucede todos los días. Afortunadamente, cada una de nuestras internas se forman aquí su círculo de amistades. Se reúnen con quienes comparten sus gustos o tienen algo en común. La vida, entonces, toma un giro más grato. Yo creo que hay algunas ancianas que llegan a olvidar casi por completo su existencia anterior.

—Algunas de ellas también, me imagino que están un poco… —Tommy se llevó la mano a la frente, bajándola inmediatamente—, un poco… Bueno, no quiero decir precisamente…

—¡Oh! Le entiendo muy bien, señor Beresford —contestó la señorita Packard—. Nosotros no aceptamos aquí enfermas mentales. Tenemos, en cambio, casos que podrían decirse que bordean la demencia. Son mujeres con debilidades seniles, propias de la edad… Muchas son incapaces de cuidar de sí mismas o imaginan cosas fantásticas. Hay quien se cree, a veces, un personaje histórico. Estas personas no hacen daño a nadie, claro. Aquí hemos tenido dos María Antonieta… Una de ellas se pasaba el día hablando del Petit Trianon, dedicándose a beber leche, bebida que parecía asociar con ese lugar. Y tuvimos también una huésped que aseguraba ser María Curie y que había descubierto el radio. Leía los periódicos con gran interés, especialmente las noticias referentes a la fabricación de bombas atómicas o descubrimientos científicos. Luego, decía a quien quería oírla que había sido ella, con su esposo, la iniciadora de los experimentos en dicho campo. La ilusión inofensiva es algo que ayuda a vivir al llegar a una edad avanzada. No duran siempre tales fantasías. No se es María Antonieta o *madame* Curie todos los días. La fantasía dura una quincena, frecuentemente. Más adelante, la persona que sea, se cansa de representar su comedia. Lo más corriente entre estas mujeres ancianas es la pérdida de la memoria. Pierden a veces hasta la conciencia de sí mismas, de su identidad. Aseguran haber olvidado cosas muy importantes, de las que les gustaría acordarse…

Tuppence vaciló unos segundos antes de decir:

—Y la señora Lancaster, cuando daba rienda suelta a su imaginación, ¿se refería siempre a la chimenea del cuarto o a otra?

La señorita Packard miró atentamente a su interlocutora.

—¿Habla usted de una chimenea? No comprendo…

—Se trata de algo que ella me dijo y que yo no entendí… Es posible que su mente albergara algún mal recuerdo con respecto a una chimenea, o que leyera alguna novela que le causara una fuerte impresión.

—Quizá.

Tuppence añadió:

—Todavía sigo preocupada con el asunto del cuadro que regaló a tía Ada.

—En realidad, no sé por qué tiene usted que estar preocupada, señora Beresford. La señora Lancaster no se acordará de eso ya. No creo que sintiera por el lienzo un aprecio extraordinario. La halagaba que la señorita Fanshawe gustara de él. De enterarse de que ha ido a parar a su casa, se sentiría igualmente complacida, porque sabría que lo admira. El cuadro es bonito, a mi juicio. Bueno, no es que yo entienda de pintura…

—Voy a decirle lo que pienso hacer. Escribiré a la señora Johnson, si tiene la amabilidad de facilitarme sus señas, y le preguntaré si existe algún inconveniente en que me lo quede.

—Las únicas señas que yo poseo son las del hotel de Londres en que iban a hospedarse: el «Cleveland», me parece que era. Sí, «Cleveland Hotel», George Street, W. 1. La señora Johnson pensaba tener allí a la anciana por espacio de cuatro o cinco días, tras lo cual se trasladarían a casa de unos parientes de Escocia. Supongo que en el «Cleveland» dejarían sus señas posteriores, por si llegaba después alguna correspondencia.

—Bien. Muchas gracias… Quisiera ocuparme ahora de lo de la estola de tía Ada.

Voy en busca de la señorita O'Keefe.

La señorita Packard salió de la habitación.

—Lo de la señora Blenkinsops me ha llegado al alma, querida —manifestó Tommy.

Tuppence miró a su esposo, muy complacida.

—Es una de mis mejores creaciones —declaró—. Me alegro de haberla utilizado… Intentaba inventarme un nombre y de repente se me vino a la memoria la señora Blenkinsops. ¿Qué divertido resultó aquello, eh?

—Ha llovido mucho desde entonces… Se acabaron para nosotros

las misiones de espionaje y contraespionaje en tiempo de guerra.

—¡Qué lástima! Aquello resultaba divertido… Me refiero a lo de vivir en la casa de huéspedes, tras haberme procurado una nueva identidad… Llegué a creer que era, en efecto, la señora Blenkinsops.

—Tuviste suerte de escapar con vida de aquella aventura —declaró Tommy—. En mi opinión, como ya te notifiqué entonces, te pasaste de la raya.

—No. Estuve en mi sitio en todo momento. Me moví siempre dentro de los límites marcados por mi personaje. La señora Blenkinsops era una mujer más bien necia, constantemente preocupada por sus hijos. Tres, Tommy, tres.

—A eso quería referirme. Con un hijo te hubiera bastado. Con tres recargabas demasiado la nota.

—Los tres se tornaron casi reales para mí —alegó Tuppence—. Douglas, Andrew y… ¡Dios mío! ¡No me acuerdo ya del nombre del tercero! Recuerdo su aspecto físico exactamente, y sus caracteres respectivos, donde se encontraban. Hablaba con frecuencia en un tono indiscreto de lo que me contaban en sus cartas.

—Bueno, querida, todo eso terminó ya… Aquí no hay nada que descubrir… Olvídate, por tanto, de la señora Blenkinsops. Cuando yo esté enterrado y tú te vistas de luto y te traslades a una residencia para ancianos, espero que te pasarás la mitad del tiempo representando el papel de la señora Blenkinsops.

—Es muy aburrido dedicarse constantemente a representar el mismo papel —declaró Tuppence.

—¿Por qué crees que hay personas que desean ser una María Antonieta, o una *madame* Curie? —inquirió Tommy.

—Supongo, sencillamente, que esas personas se aburren. Una se aburre. Estoy segura de que tú también te aburrirías de no poder valerte de tus piernas, de no poder ir de aquí para allá. Lo mismo es de molesto que se te agarroten los dedos, siéndote imposible hacer labores de punto. Se ansía entonces, desesperadamente, algo divertido, recurriéndose entonces a un personaje conocido por todo el mundo… Se vive una experiencia inédita, al meterse una en la piel de aquel. Yo comprendo esta cuestión sin el menor esfuerzo.

—De eso estoy completamente convencido —dijo Tommy—. Que Dios proteja la residencia para ancianas que se digne acogerte.

Te pasarás haciendo de Cleopatra la mayor parte del tiempo.

—No imitaré a ningún personaje famoso —informó Tuppence—, seré una simple doncella de cualquier comedia, dedicada a propagar habladurías.

Se abrió la puerta de la estancia, apareciendo a la vista de ellos la señorita Packard, quien llegaba acompañada de una joven de aventajada estatura, con el rostro cubierto de pecas, pelirroja. La chica vestía el uniforme de las servidoras de la casa.

—Les presento a la señorita O'Keefe… el señor y la señora Beresford. Este matrimonio tiene algo para usted. Dispénseme. Una de nuestras huéspedes me estaba llamando.

Tuppence enseñó a la muchacha la estola de tía Ada. La señorita O'Keefe se quedó encantada al saber que era para ella.

—¡Oh! ¡Es magnífica! Pero esto es demasiado… Tal vez a usted, señora, le hubiera gustado…

—No. A mí no me va bien. Resulta demasiado grande, ¿comprende? Yo, como ve, soy pequeña. La prenda le irá mejor a usted, que es alta. Tía Ada era una mujer de buena talla.

—Es verdad… De joven, debió ser muy hermosa.

—Eso creo —repuso Tommy, muy convencido—. También debió de tener un genio terrible.

—No era una mujer fácil de contentar, desde luego. Pero tenía mucho carácter. Nada la abatía. Y de tonta no tenía un pelo. Siempre estaba al cabo de la calle en todo. Era más fina que el coral.

—Su genio, sin embargo…

—Sabía imponerse por las buenas también, cuando que ría. La señorita Fanshawe no le parecía a una nunca aburrida. Contaba cada caso de sus buenos tiempos… Una vez subió a lomos de un caballo por la escalinata de una gran casa de campo, siendo una niña. Eso decía, al menos… ¿Quién haría eso ahora?

—A estas alturas, ya desaparecida, yo no me atrevería a poner en duda sus afirmaciones. —Tommy guardó silencio después de pronunciar estas palabras.

—Nunca se sabe aquí qué es lo que una tiene que creer o dejar de creer. Todas las internas de la residencia nos vienen con sus cuentos… Hay quien habla de criminales que creen haber

reconocido, invitándonos a ponerlo en conocimiento de la policía, sosteniendo que el peligro nos afecta a todas…

—La última vez que estuvimos aquí, alguien sufrió un envenenamiento, recuerdo —alegó Tuppence.

—¡Oh! Está usted refiriéndose a la señora Lockett. Eso le pasa a diario. Pero ella no reclama la presencia de la policía, sino la del médico… Los médicos la traen loca.

—Vi entonces en un pasillo a una mujer de pequeña estatura, que pedía chocolate…

—Esa sería la señora Moody. ¡Pobrecilla! Pasó a mejor vida.

—¿Murió?

—Sí. De una trombosis, de repente. Sentía una gran devoción por su tía… Bueno, no es que la señorita Fanshawe la acogiera en su habitación a todas horas precisamente…

—Tengo entendido que la que se ha ido es la señora Lancaster.

—Sí. Vinieron los suyos por ella. La pobre no quería marcharse.

—¿Qué significa esa historia que me contó… acerca de la chimenea del cuarto de estar?

La joven se apresuró a responder:

—Eran muchas las historias raras que ella refería… Aludía a las cosas que le habían pasado, a los secretos que conocía… ¡Yo qué sé!

—Había una relacionada con una criatura secuestrada o asesinada…

—Las cosas que se le ocurren a estas mujeres… Muchas veces es la televisión la que les facilita las ideas.

—¿Supone para usted un gran esfuerzo trabajar aquí, con todas estas ancianas a su alrededor? Debe de ser bastante cansado.

—¡Oh, no! A mí me gustan los viejos… Me apasiona la especialidad de geriatría…

—¿Está usted aquí mucho tiempo ya?

—Un año y medio… —la joven se detuvo—. Pero me marcho el mes que viene.

—¡Oh, sí! ¿Por qué?

Por primera vez, la enfermera O'Keefe pareció querer contener su locuacidad.

—Verá usted, señora Beresford… Uno necesita cambiar de aires de cuando en cuando.

—¿Pero seguirá haciendo el mismo trabajo?

—Sí, claro… —la joven cogió la estola de tía Ada—. Le doy nuevamente las gracias por su interés… Y también me alegro de poseer un recuerdo de la señorita Fanshawe… Era una gran señora… Quedan ya pocas mujeres en el mundo, como ella.

Capítulo V

Desaparición de una anciana

Las cosas de tía Ada llegaron en el momento oportuno. El pupitre quedó instalado en su sitio, siendo debidamente admirado en su nuevo emplazamiento. El juguetero fue desplazado por la mesita… Aquel pasó a un oscuro rincón del vestíbulo. Tuppence colgó el cuadro de la casa junto al canal y el puente encima de la repisa de la chimenea, en su dormitorio, donde le sería posible verlo todas las mañanas mientras desayunaba.

Como le remordía la conciencia un poco todavía, Tuppence redactó una carta explicando cómo el lienzo había ido a parar a sus manos y ofreciéndose a devolverlo si la señora Lancaster lo prefería así. No tenía más que decírselo, en este caso. Estampó en el sobre las señas del «Cleveland Hotel», suplicando su entrega a la señora Lancaster.

No recibió ninguna contestación a su escrito. Y una semana más tarde, la carta le fue devuelta. Alguien había garabateado unas palabras en el sobre: «Desconocido en estas señas».

—¡Qué fastidio! —exclamó Tuppence.

—Tal vez se hospedara allí durante una noche o dos —sugirió Tommy.

—Lo lógico es dejar las señas posteriores…

—¿Pusiste en el sobre «Reexpedir al destinatario si procede»?

—Sí. Ya sé lo que voy a hacer. Les consultaré por teléfono. Quizás existan unas señas en el libro registro del hotel…

—Yo, en tu lugar, me olvidaría ya de todo esto —opinó Tommy —. ¿A qué vienen todos esos pasos? Lo más seguro es que la anciana no se acuerde siquiera del cuadro.

—Debo intentar localizarla por lo menos, ¿no?

Tuppence descolgó el microteléfono. En seguida le pusieron con el «Cleveland Hotel».

Unos minutos más tarde se reunía con Tommy, en el estudio de este.

—Es muy curioso, querido… Esa gente no ha estado en el hotel. En el libro no aparece ninguna señora Johnson, ni la señora Lancaster… Nadie sabe una palabra acerca de las habitaciones reservadas para ellas, claro. Nadie sabe que se hayan hospedado allí anteriormente.

—Lo más seguro es que la señorita Packard te haya dicho el hotel que no es, que se haya equivocado. Lo escribiría a toda prisa y perdería luego la nota. Estas cosas pasan a cada momento.

—Es lo último que yo pensaría de ella. La señorita Packard, no hay más que verla, es una mujer eficiente.

—Pues también es posible que no reservaran las habitaciones y que luego, encontrándose con que no había ninguna libre, se trasladaran a otro. Tú sabes perfectamente cómo está la cuestión de los hospedajes en Londres… Tras esto, ¿te empeñas en seguir haciendo gestiones?

Tuppence se retiró.

Volvió a la habitación al cabo de un rato.

—Ya sé lo que voy a hacer. Telefonearé a la señorita Packard para que me diga la dirección de los abogados…

—¿Qué abogados?

—¿No te acuerdas de que nos dijo algo referente a una firma de abogados que se encargó de resolver el asunto de la estancia de la señora Lancaster a causa de que los Johnson estaban en el extranjero?

Tommy, que se hallaba redactando el discurso que iba a pronunciar en una próxima asamblea, murmuró en voz muy baja:

—… la política adecuada en tales circunstancias…

—¿Has oído lo que te he dicho, Tommy?

—Sí, sí.

—¿Qué escribes ahí?

—El texto de mi discurso, que pronunciaré en la I. U. A. S. No sabes lo mucho que te agradecería que me dejases en paz, querida.

—Lo siento.

Tuppence salió del cuarto. Tommy continuó escribiendo frases y más frases. De cuando en cuando, tachaba algunas. Su rostro se iluminaba conforme iba avanzando en su labor. Y, de pronto, la puerta de acceso al estudio tornó a abrirse.

—Aquí está —anunció Tuppence—. «Partingdale, Harris, Lockridge & Partingdale», Lincoln Terrace, número treinta y dos, W. C. 2. Es el teléfono de Halborn 051386. Uno de los ejecutivos de la firma es el señor Eccles.

Tuppence alargó la nota a su esposo.

—Ahora te toca a ti actuar.

—¡No! —respondió Tommy con firmeza.

—¡Sí! Se trata de tu tía Ada.

—¿Qué tiene que ver con esto tía Ada? Y la señora Lancaster a mí no me dice nada…

—Hay unos abogados por en medio —insistió Tuppence—. Lo de enfrentarse con abogados ha sido siempre trabajo de hombres. Esa gente cree que las mujeres somos unas estúpidas y no nos prestan nunca la menor atención.

—He aquí un sensatísimo punto de vista —declaró Tommy.

—¡Oh, Tommy! Ayúdame, hombre. Mientras tú telefoneas, yo cogeré el diccionario y consultaré la pronunciación de las palabras que se te antojen más difíciles.

Tommy miró de reojo a su mujer, pero se marchó.

Por fin, regresó. Se expresó ahora con más firmeza que nunca.

—Este asunto ha quedado liquidado definitivamente, Tuppence.

—¿Hablaste con el señor Eccles?

—A decir verdad, he estado hablando con un tal señor Wills, indudablemente el brazo ejecutivo de la firma Partingford, Lockhaw y Harrison. Me demostró, sin embargo, estar muy informado. He de destacar su locuacidad. Todas las cartas y comunicaciones van vía el Southern Counties Bank, sucursal de Hammersmith, encargada de reexpedir aquellas. Y ahí, Tuppence, permíteme que te lo diga, el rastro desaparece. Los bancos hacen esas cosas, pero no te facilitarán nunca direcciones, ni a ti ni a nadie que haga preguntas de este tipo. Se rigen por sus normas y se aferran a ellas… Sus labios, es decir, los de los hombres que los gobiernan, se mantienen

sellados, al igual que los de nuestros más pomposos primeros ministros.

—Está bien. Escribiré…

—Hazlo, si quieres. Y, por el amor de Dios, déjame en paz. De lo contrario, no acabaré en todo el día mi discurso.

—Gracias, querido —dijo Tuppence—. No sé cómo podría arreglármelas sin ti.

Tuppence depositó un beso en la coronilla de Tommy.

En la noche del jueves siguiente, Tommy preguntó a su mujer, de repente:

—Oye: ¿recibiste contestación a la carta que dirigiste a la señora Johnson?

—Eres muy amable al hacerme esa pregunta —respondió Tuppence, sarcásticamente—. Pues no. —A continuación, añadió—: Es lógico…

—¿Por qué te parece lógico?

—¡Bah! Este asunto no te inspira el menor interés —dijo Tuppence, fríamente.

—Un momento, un momento, Tuppence… Reconozco que he andado preocupado… En todo esto de la I. U. A. S. Menos mal que se trata de una vez al año.

—La cosa empieza el lunes, ¿no? Y durará cinco días.

—Cuatro.

—Todos os iréis a Hush hush, la casa ultrasecreta, situada en algún lugar de la campiña, donde pronunciaréis discursos, donde leeréis periódicos y designaréis a los jóvenes que han de desempeñar reservadísimas misiones en Europa y más allá de Europa. Ya no me acuerdo de lo que quieren decir las siglas I. U. A. S. Menos mal que ahora…

—«*International Union of Associated Security*».

—¡Vaya nombre! Es ridículo. Y supongo que el edificio estará lleno de micrófonos ocultos y que todo el mundo se hallará al tanto de las manifestaciones más secretas de los demás.

—Es muy probable —dijo Tommy, haciendo una mueca.

—Y pese a todo lo pasaréis bien, ¿no?

—En cierto modo, sí. Hay ocasión de ver a muchos amigos.

—En efecto. Mucho bla… bla… bla. Es lo que me imagino. ¿Sirve todo eso de algo?

—¡Cielos, qué pregunta! ¿Tú crees que puede ser contestada con un simple «sí» o «no»?

—¿Habrá personas allí de auténtico valor?

—A eso puede responderte tu Tommy afirmativamente. Algunos de esos amigos, en efecto, valen mucho.

—¿Estará allí el «Viejo Josué»?

—Sí, estará allí.

—¿Cómo es en la actualidad?

—Está sordo, apenas ve y se halla atormentando por el reumatismo… Y te quedarías sorprendida al descubrir la cantidad de cosas que no le pasaron.

—Ya —contestó Tuppence, que se había quedado pensativa—. Me gustaría formar parte de la reunión.

Tommy habló en un tono de excusa.

—Espero que seas capaz de encontrar algo con qué entretenerte mientras dure mi ausencia.

—Es posible —dijo Tuppence, cavilosa.

Tommy miró un tanto receloso a su mujer.

—¿En qué estás pensando?

—En nada, todavía… Recordaba algo, sencillamente.

—¿Qué?

—Me he acordado de Sunny Ridge. He evocado la figura de una anciana bebiéndose su vaso de leche, hablando sin ton ni son de chiquillos muertos y de chimeneas. Consiguió intrigarme. Me dije que intentaría hacer algunas averiguaciones sobre su persona cuando repitiera mi visita a tía Ada… Pero la oportunidad no se presentó, debido a la muerte de tía Ada… Y cuando nos presentamos nuevamente en Sunny Ridge… ¡la señora Lancaster había… desaparecido!

—Quieres decir que su gente se la llevó, ¿no? Eso no es lo que pueda llamarse una desaparición. Es un hecho completamente natural.

—Es una desaparición, sí, señor… No hay manera de dar con sus señas actuales, nadie contesta a las cartas que se le escriben… ¡Vaya si es una desaparición! ¡Y planeada, además! Cada vez estoy más segura de ello.

—No obstante…

Tuppence interrumpió a su marido.

—Escucha, Tommy… Supongamos que en una época u otra alguien cometió un crimen… Todo está bien tapado, el arreglo ha sido perfecto… Bueno. Sigamos suponiendo que surge algún miembro de la familia que ha visto algo raro, o que conoce cualquier detalle sospechoso… Ese alguien es una persona de edad, muy parlanchina, capaz de comunicar sus pensamientos al primer hombre o mujer que se le ponga delante… Entra ya en la categoría de peligrosa, entonces… ¿Qué medidas tomarías ante semejante situación?

—¿Estaría bien que le echara arsénico en la sopa? —sugirió Tommy, alegremente—. ¿O sería mejor pagarle un buen garrotazo en la cabeza..? ¿Tal vez resultaría más conveniente arrojarla escaleras abajo?

—Te vas a los extremos… Las muertes repentinas atraen la atención de todo el mundo. Tú buscarías un método más simple… Y darías con él, probablemente. Pensarías en una residencia respetable para damas ancianas. Visitarías la casa presentándote como la señora Johnson o la señora Robinson… Eso cuando no te decidieras por utilizar un tercer personaje, que no suscitara sospechas de ninguna clase, quien se encargaría de arreglarlo todo. Luego, te valdrías de la ayuda de una firma reputada de abogados para solventar el aspecto financiero del asunto. Has apuntado ya, entretanto, que tu parienta, mujer de mucha edad, imagina cosas disparatadas frecuentemente. A muchas ancianas les pasa eso, después de todo. A nadie le extrañaría tus afirmaciones. Nadie le hará caso cuando hable insistentemente de un vaso de leche envenenado, de unos niños muertos colocados detrás de una chimenea, de un secuestro siniestro… Nadie la tomará en serio. Todos pensarán que la pobre vieja es víctima de sus alucinaciones de siempre. Nadie considerará esto extraño, en absoluto.

—Con la sola excepción de la esposa de Thomas Beresford —

apuntó Tommy.

—Pues sí —contestó Tuppence—. Ya me he dado cuenta.

—¡Vaya! ¿Por qué razón?

—Lo ignoro, querido —manifestó Tuppence, reflexiva—. Aquí sucede lo que en los cuentos de hadas. *By the pricking of my thumbs, something evil this way comes*[2]… Me sentí asustada de repente. Siempre se me antojó Sunny Ridge un lugar magnífico, donde se vivía normalmente… Y de pronto empecé a preguntarme… No puedo darte explicaciones. Quisiera hacer algunas averiguaciones. Y ahora me encuentro con que la pobre señora Lancaster ha desaparecido. Es como si se hubiese disuelto en el aire.

—¿Por qué ha de haber alguien interesado en que nadie sepa de ella?

—Sólo se me ocurre pensar que era porque había ido empeorando (empeorando desde el punto de vista de los otros), es decir, recordando más y más, quizás, hablando con más y más personas… Cabe la posibilidad de que la mujer reconociera a alguien, o de que alguien la reconociera a ella, o que le dijese alguna cosa que avivase su memoria en relación con un episodio de tiempo atrás. De un modo u otro, por una razón u otra, la anciana se tornó peligrosa para alguien cuya identidad desconocemos.

—Tú, fíjate, Tuppence, en que en todo esto no hay más que suposiciones. Es solamente una idea que ha cruzado por tu cabeza. Tienes que procurar no meterte donde no te llaman…

—Este asunto, Tommy, no tiene por qué preocuparte.

—Olvídate para siempre de Sunny Ridge. Es mejor…

—No pretendo volver a visitar Sunny Ridge. Creo que allí me han dicho ya cuanto sabían. Me inclino a pensar que esa mujer estuvo a salvo de cualquier raro percance todo el tiempo que pasó allí. Lo que yo quisiera averiguar ahora es su paradero actual. Quiero establecer contacto con ella; deseo llegar a tiempo, antes de que le suceda algo desagradable.

—Pero ¿qué diablos crees que puede sucederle?

—No quiero formular más hipótesis. Sigo un rastro… Voy a ser Prudence Beresford, detective privado. ¿Te acuerdas de cuando éramos los detectives «*Blants Brilliant*»?

—Yo era quien desempeñaba ese papel —respondió Tommy—.

Tú eras la señorita Robinson, mi secretaria particular.

—No siempre, De todos modos, esa va a ser mi labor mientras participas en el juego del Espionaje Internacional en Hush Hush Manor. Mi lema va a ser: «Salvad a la señora Lancaster». Esta tarea ocupará mi tiempo.

—Darás con ella, probablemente, y verás que se conserva inmejorablemente.

—Espero que sea así. Nadie se alegrará de eso más que yo.

—¿Qué camino te propones seguir?

—Tengo que reflexionar, primero. ¿Qué tal vendría un anuncio? No. Esto constituiría una equivocación.

—Bueno, hagas lo que hagas, ten cuidado.

Tuppence no se dignó replicar a estas palabras.

El lunes por la mañana, Albert, el servidor de los Beresford desde hacía largos años, que se había visto embarcado en actividades anti criminales por sus señores más de una vez, depositó la bandeja con el desayuno en la mesita existente entre los dos lechos. Seguidamente, descorrió las cortinas del dormitorio, anunció que el día era inmejorable y se marchó por donde había llegado.

Tuppence bostezó, incorporándose en su cama; se frotó los ojos y llenó una de las tazas. Luego, arrojó una rajita de limón al líquido y observó que si bien el día parecía magnífico nunca se sabía cómo podía terminar.

Tommy dio una vuelta en su lecho, lanzando un gemido.

—Despiértate, Tommy —dijo Tuppence—. Acuérdate de que te enfrentas con una movida jornada.

—¡Santo Dios! No tengo ganas de nada.

Una vez incorporado, se sirvió también su té. Fijó la vista después en el cuadro de la chimenea.

—Tengo que decirte, Tuppence, que tu lienzo me gusta.

—Es que el sol le da de lado, prestándole una luz especial.

—Es una pacífica escena la que nos ofrece.

—¡Lo que daría por recordar dónde he visto yo esa casa antes!

—No sé qué importancia tiene eso. Lo recordarás cuando menos te lo figures.

—Eso no me sirve de nada. Quiero recordarlo ahora.

—¿Por qué, mujer?

—¿No te das cuenta? Es la única pista que tengo. El cuadro perteneció a la señora Lancaster…

—Hay dos cosas que no coinciden —alegó Tommy—. Me explicaré. Es cierto que el cuadro perteneció en otro tiempo a la señora Lancaster. Ahora bien, ¿no has pensado que pudo haberlo comprado en una exposición? También es posible que fuese adquirido por uno de los miembros de su familia. Tal vez llegara a su poder en calidad de obsequio. Se lo llevó a Sunny Ridge por la sencilla razón de que era de su agrado. No hay motivos para afirmar que por fuerza había de estar ligado a ella personalmente. De ser así no habría llegado a regalárselo a tía Ada.

—No tengo ninguna otra pista, Tommy —insistió Tuppence.

—La casa es preciosa —comentó él—, todo en el lienzo da una impresión de profunda paz…

—Yo pienso que se trata de una casa vacía.

—¿Vacía?

—Sí —corroboró Tuppence—. Yo me imagino que no la habita nadie. En ningún momento me he figurado que fuese a salir alguien de esa casa. Nunca he pensado que el puente estuviese a punto de ser cruzado por una persona. He creído firmemente, en todo instante, que no se presentaría nadie en la orilla con el propósito de embarcar en el bote y remar un poco…

—¡Por el amor de Dios, Tuppence! —Tommy miró atentamente a su mujer—. ¿Qué te ocurre?

—Es todo lo que pensé nada más ponerme delante del cuadro, Tommy —contestó Tuppence—. Me dije: «He aquí una casa preciosa, propia para ser habitada». Y luego pensé: «Pero ahí no vive nadie, con seguridad». Esto debe demostrarte que la he visto antes. Espera un momento. Un momento… Ya me acuerdo. Creo que voy recordándolo…

Tommy escrutó el rostro de su mujer.

—La vi desde una ventanilla —dijo Tuppence, excitada—, ¿desde la ventanilla de un coche? No. La perspectiva no se presta.

Corriendo a lo largo de un canal… Un curvado puente las rosadas paredes de la casa, los dos álamos… Más de dos… Había muchos álamos, sí. ¡Ay, querido! Si yo pudiera…

—Vamos, vamos, Tuppence…

—Acabaré recordándolo todo perfectamente.

Tommy consultó su reloj de pulsera.

—¡Santo Dios! Ahora resulta que tengo que correr… Tú y tu *deja-vu* cuadro tenéis la culpa.

Tommy saltó del lecho, encaminándose al cuarto de baño. Tuppence se recostó en las almohadas, cerrando los ojos. Intentaba traer a su mente un recuerdo que se mostraba persistentemente alusivo.

Tommy se encontraba en el comedor, sirviéndose una taza de café cuando apareció allí Tuppence. Su rostro se hallaba enrojecido. Su aire era de triunfo, indudablemente.

—¡Ya lo tengo..! ¡Ya sé dónde vi esa casa! La vi desde la ventanilla de un vagón de ferrocarril.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

Ella se encogió de hombros.

—Lo ignoro, Tendré que pensármelo. Recuerdo que en aquellos momentos me dije: «El día que se me ocurra, iré a echarle un vistazo a ese edificio…». Después quise ver cuál era el nombre de la estación siguiente. Pero, bueno, ya sabes cómo andan las cosas de los ferrocarriles en nuestros días. La mitad de las estaciones andan medio abandonadas… La siguiente, la que a mí me interesaba, era un verdadero desastre. Por los andenes de tierra había una cantidad de hierbajos indescriptibles. Ni siquiera contaba con un rótulo indicador.

Tommy escuchaba a su esposa a medias.

—¿Dónde diablos estará mi cartera de mano? ¡Albert!

Comenzó una busca frenética por toda la vivienda. Tommy regresó casi sin aliento para decir adiós a su mujer. Tuppence permanecía absorta, mirando sin ver el huevo frito que tenía delante.

—¡Adiós! —dijo Tommy—. Y, por lo que más quieras, Tuppence, no insistas en meter la nariz donde no te llaman.

Siempre en actitud reflexiva, Tuppence respondió:

—Me parece que lo que voy a hacer es darme unos cuantos paseos en ferrocarril por ahí.

—Sí —contestó, queriendo animarla—. Eso te conviene. Cómprate un billete de temporada. Te permitirá, gracias a un buen razonado plan de viajes, visitar diversos parajes de las Islas Británicas; a lo largo de centenares de kilómetros. Y todo por una suma irrisoria. La experiencia te ayudará a poner otra vez los pies en el suelo, Tuppence. Súbete a todos los trenes que se te antojen, querida, trasladándote a los parajes que creas más oportunos. Esta tarea hará que estés entretenida durante todo el tiempo que dure mi ausencia.

—Dale muy cariñosos recuerdos a Josué.

—Descuida, lo haré.

Tommy se quedó inmóvil, contemplando a su mujer con una mirada que traslucía su preocupación.

—Me gustaría que me acompañases… No… no vayas a cometer ninguna estupidez, ¿eh?

—Por supuesto que no —se limitó a contestar Tuppence.

Capítulo VI

Tuppence sigue una pista

—¡Dos mío! ¡Dios mío! —suspiró Tuppence.

Miró a su alrededor entristecida. Se dijo que jamás se había sentido tan desanimada. Naturalmente, ya había previsto que echaría mucho de menos a Tommy…

No había caído en la cuenta, sin embargo, de lo mucho que añoraría su compañía.

Durante el dilatado periodo de su vida de casados apenas se habían separado. Con anterioridad a su matrimonio, se habían llamado a sí mismos una pareja de «jóvenes aventureros». Habían conocido dificultades y afrontado peligros juntos. Después de unir definitivamente sus vidas habían criado dos hijos y precisamente en el momento en que entraban en el período de la edad media, había estallado la segunda guerra mundial, viéndose ligados a las actividades de especial índole de un grupo afecto a los servicios de espionaje británicos.

Formaban una pareja apartada de las normas ortodoxas, siendo reclutados por un individuo silencioso, de aspecto corriente, llamado «el señor Carter», apellido ante el cual todos se inclinaban respetuosos. Habían vivido numerosas aventuras juntos. Esto no había sido planeado por el señor Carter. El personaje en cuestión había reclutado a Tommy, solo. Pero Tuppence, haciendo un despliegue de natural ingenio, había salido al paso a los dos hombres, hasta el punto de que cuando Tommy llegó a una casa de huéspedes sita junto al mar, desempeñando el papel de un tal señor Meadows, la primera persona que viera allí había sido una dama de mediana edad ocupada con sus labores de punto, quien le

obsequiara con una ingenua mirada. Luego, se había visto obligado a llamarla por el nombre de señora Blenkinsops. A partir de entonces habían trabajado siempre en equipo.

«En la presente ocasión —se dijo Tuppence— no puedo hacer lo que hice entonces». No le serviría de nada, pensó, penetrar en Hush Hush Manor, ni intentar participar en los complicados asuntos de la I. U. A. S. Pero sin Tommy, el piso le parecía vacío y el mundo un desierto. «¿En qué demonios podría yo pasar el rato?», se preguntó ella.

Esta pregunta no venía a cuento, verdaderamente. Por la sencilla razón de que Tuppence había dado ya los primeros pasos en relación con lo que tenía planeado. No se trataba ahora de misiones de espionaje, de contraespionaje y cosas por el estilo. No había nada por en medio de carácter oficial. «Prudence Beresford, investigadora privada, eso es lo que yo soy», se dijo la mujer de Tommy.

Después de la comida del mediodía, una vez despejada la mesa, esta fue ocupada por una serie de guías de ferrocarriles, mapas y unos cuantos dietarios que Tuppence había sacado de un rincón de la casa.

En el curso de los últimos tres años (y no más, estaba segura de ello), había realizado un solo viaje por ferrocarril. Instalada en su compartimiento, desde la ventanilla había divisado un edificio.

¿Un solo viaje? Tuppence se apresuró a enmendar aquel error inicial. Los desplazamientos por ferrocarril habían sido varios, si bien menos que los realizados en coche por carretera. ¿Cuál era el viaje por ferrocarril en cuyo transcurso viviera la experiencia rememorada?

Los Beresford, desde luego, habían ido a Escocia, donde se encontraba su hija Deborah, ya casada… Pero aquel había sido un desplazamiento nocturno.

Penzance era toda una evocación de los días veraniegos… Lo malo era que Tuppence se sabía de memoria el trayecto.

No. El viaje que a ella le interesaba especialmente había sido de otro tipo.

Diligente, perseverante, Tuppence confeccionó una meticulosa lista de todos los viajes que recordaba haber realizado y podían

responder a lo que andaba buscando. Uno o dos desplazamientos a las carreteras, una visita a Northumberland, dos sitios posibles en Gales, un bautizo, dos bodas, una subasta a la que habían asistido, unos cuantos cachorros que había entregado en cierta ocasión a una amiga, que se dedicaba a criar perros y que posteriormente había caído enferma en la cama, con una gripe fortísima… Se habían visto en una región de árido aspecto, en un lugar que no podía recordar por más que se esforzaba.

Tuppence suspiró. Comenzaba a pensar que tendría que aferrarse a la orientación que le señalara su esposo… Es decir, adquirir uno de aquellos billetes especiales, el cual le permitiría repasar la mayor parte de los tramos de vía férrea que podían encerrar algún interés a su juicio.

En una pequeña agenda había anotado cosas sueltas… Eran como centelleos, que podrían ser útiles…

Un sombrero, por ejemplo… Sí, un sombrero que había lanzado desde lejos en dirección a la percha. Lo había utilizado en el bautizo, en las bodas…

Otro centelleo en la oscuridad: se vio a sí misma descalzándose apresuradamente, por el hecho de dolerle enormemente los pies. Sí; aquella era una sensación concreta… Había estado contemplando realmente la casa… Y había movido bruscamente los pies, uno tras otro, para desprenderse de los zapatos con la mayor rapidez, ya que su excesivo ajuste le causaba dolor…

Así, pues, iba camino de alguna reunión de tipo social, si es que no regresaba de ella… Sí, se trataba del regreso, por supuesto. Porque su dolor de pies procedía de haberlos llevado embutidos en sus mejores zapatos y de no haberse sentado durante largo rato. En cuanto al sombrero… ¿Cómo era aquel sombrero de que se acordaba? ¿Uno de ores, que sugería la idea de una boda, por ejemplo, dentro del período veraniego?

—¿Había sido uno de terciopelo, de los que usaba en el invierno?

Tuppence andaba ocupada, tomando nota de todos estos detalles y leyendo los horarios de las distintas líneas de ferrocarril, cuando entró en la habitación Albert para preguntarle qué deseaba para cenar, para consultarle sobre las compras que convenía hacer en su

visita al carnicero y a la tienda de comestibles.

—Creo que voy a ausentarme por unos días —anunció Tuppence —. En consecuencia, no es necesario que compre nada, Albert. Voy a hacer unos desplazamientos por ferrocarril.

—¿Quiere que le prepare algunos bocadillos?

—Pues sí. Puede prepararme unos cuantos de jamón o cualquier otra cosa.

—Unos huevos duros y un poco de queso le irán bien. En la despensa queda una lata de *pâte*… lleva allí mucho tiempo ya.

—Aprovéchela, sí.

—¿He de enviarle las cartas a algún sitio?

—Ni siquiera sé a dónde me encamino —comentó Tuppence.

—Comprendido.

Lo mejor de Albert era que siempre se hacía cargo de cualquier situación, por extraña que fuese. Nunca había la necesidad de explicarle nada.

El hombre salió del cuarto y Tuppence se concentró de nuevo en sus preparativos… Tornó a sus reflexiones enfrentándose concretamente con un compromiso social y como secuela de este se destacaban en su memoria un sombrero y un par de incómodos zapatos. Desgraciadamente, todo lo que había registrado afectaba a diferentes líneas de ferrocarril: una boda en el sur, otra en el este… El bautizo había tenido lugar en el norte de Bedford.

Si hubiera podido recordar entonces algo más acerca del escenario de aquello…

Se habían acomodado en la parte de la derecha, dentro del compartimento. ¿Qué había estado contemplando antes del canal..? ¿Alguna arboleda? ¿Una serie de árboles aislados? ¿Una granja? ¿Una distante aldea?

Frunció el ceño… Albert había entrado de nuevo en la estancia. ¡Qué lejos estaba de suponer en aquellos instantes que Albert, plantado allí, aguardando que lo atendiera, era exactamente la respuesta a su plegaria..!

—Bien. ¿Qué pasa ahora, Albert?

—Puesto que va usted a estar ausente todo el día de mañana…

—Y pasado mañana también, probablemente.

—¿Le parece bien que tome mi día libre?

—Sí, desde luego.

—Se trata de Elizabeth… Tiene unas manchas rojas en la piel. Milly cree que es el sarampión…

—¡Vaya! —Milly era la esposa de Albert y Elizabeth la menor de sus hijos—. Naturalmente, Milly prefiere tenerlo a usted cerca, en casa.

Albert ocupaba con los suyos una pequeña vivienda situada en una calle próxima a la de los Beresford.

—No es eso precisamente… Milly prefiere que yo me ocupe de lo mío cuando tiene realmente en qué pensar… Dice que le complico las cosas… Estaba pensando en las otras criaturas. Podría sacarlas de la casa, llevárselas a otro sitio.

—Naturalmente. Estarán todos ustedes en cuarentena, supongo.

—Verá… Charlie ya pasó el sarampión y también Jean… De todos modos, ¿no es lo más correcto esto que he pensado?

Tuppence le aseguró que sí.

Algo se agitaba en las profundidades de su subconsciente. Una feliz anticipación… Un reconocimiento… El sarampión… Sí, el sarampión. Algo que tenía que ver con el sarampión.

¿Pero qué podía tener que ver la casa del canal con aquello?

¡Desde luego! Anthea. Anthea era la ahijada de Tuppence… Y la hija de Anthea se encontraba en el colegio… Era su primer curso. Anthea había telefoneado… Sus dos hijos más pequeños se encontraban en la cama con el sarampión y ella no tenía en la casa nadie que la ayudara… La desilusión de Jane sería terrible si no asistía ninguno de los suyos a la entrega de premios… ¿Podía Tuppence, quizá…?

Y Tuppence había accedido… No se le encomendaba ninguna cosa del otro mundo. Se presentaría en el colegio y luego comería con Jane, tras lo cual asistirían a las exhibiciones deportivas y todo lo demás. Incluso había un tren especial con tal motivo.

Todo volvió a su memoria con asombrosa claridad. Hasta recordó el vestido que llevaba en aquella ocasión, un vestido veraniego adornado con pequeñas flores.

Había visto la casa en el viaje de regreso.

Había estado absorta en la lectura de una revista que adquiriera durante el viaje de ida. A la vuelta, careciendo ya de lectura, se

había dedicado a contemplar el paisaje que se divisaba por la ventanilla. Luego, agotada por las carreras del día, con los pies doloridos, había acabado por quedarse dormida.

Al abrir los ojos de nuevo, observó que el tren corría a lo largo de un canal. Aquella zona se encontraba cubierta de vegetación en parte; de cuando en cuando veía algún pequeño puente, una serpenteante carretera o camino y una distante granja… No descubrió ninguna aldea.

El tren empezó a perder velocidad, obedeciendo a alguna señal indicadora, quizá. Después se detuvo en las proximidades de un puente, un pequeño puente de pronunciada curvatura, que cruzaba el canal, desusado, probablemente. En la orilla opuesta, cerca del agua, estaba la casa, una de las más atractivas que Tuppence había visto. Era un edificio de sobrias líneas, que sugería ideas de paz, de quietud, cuya belleza realzaba la dorada luz de la última hora de aquella tarde.

No vio a ninguna persona por allí… No vio perros, ni ganado. Y, sin embargo, los verdes postigos de las ventanas no se hallaban cerrados. La casa debía de estar habitada. Pero en aquellos momentos, no obstante, estaba con toda seguridad, vacía.

«Tengo que hacer algunas averiguaciones sobre esta casa —pensó entonces Tuppence—. He de volver por aquí para estudiarla con más detenimiento. Es la clase de casa que a mi me gustaría poseer algún día».

El tren volvió a ponerse en marcha tras unas pequeñas y estridentes sacudidas.

«A ver si me entero de cuál es la próxima estación, para conocer el emplazamiento exacto».

Pero no había descubierto por allí una estación propiamente dicha. Era la época en que se llevaban a cabo interminables reformas en las líneas de ferrocarril. Algunas pequeñas estaciones eran cerradas, derribadas incluso; la hierba crecía libremente por los abandonados andenes. Durante veinte minutos, o media hora, el tren siguió avanzando, pero Tuppence no acertó a localizar nada sobresaliente en el paisaje. En una ocasión, a gran distancia, Tuppence creyó ver el capitel de una iglesia.

Luego había aparecido ante su vista algún complejo industrial…

altas chimeneas… una fila de casas prefabricadas… Y la campiña de nuevo.

Tuppence se dijo que aquella casa le parecía un sueño.

¡Tal vez lo fuera! «Supongo que no me acercaré nunca por aquí con la pretensión de volver a verla. Se haría demasiado difícil dar con ella. Por otro lado, es una lástima…».

«Es posible también que el día menos pensado dé con la casa por pura casualidad».

Posteriormente, la había olvidado.

Hasta que un cuadro que colgaba de la pared de una chimenea había reavivado aquel recuerdo.

Y ahora, gracias a una palabra casualmente pronunciada por Albert, la indagación preliminar llegaba a su término.

Y empezaba otra.

Tuppence apartó tres mapas, una guía y unos cuantos elementos accesorios más.

Conocía por encima la zona en que concentraría sus averiguaciones. Había marcado en uno de los mapas con un lápiz rojo el emplazamiento del colegio de Jane… Luego, estaba la línea de ferrocarril secundaria, que posteriormente se unía a la principal londinense… El período de tiempo que estuviera durmiendo…

La extensión abarcada era considerablemente amplia… Comprendía el norte de Medchester, al sudeste de Market Basin, que si bien se reducía a una pequeña aldea, era un importante nudo ferroviario, y, probablemente, la parte occidental de Shaleborough.

Tuppence cogería su coche e iniciaría el recorrido en las primeras horas de la mañana siguiente.

Se levantó, entrando en el dormitorio. Estudió detenidamente el cuadro de la chimenea.

Sí. No andaba equivocada. Aquella era la casa que viera desde el tren tres años atrás. La casa que se había prometido visitar algún día…

El día había llegado… Sería el siguiente.

LIBRO SEGUNDO

LA CASA DEL CANAL

Capítulo VII

Una amable bruja

A la mañana siguiente, antes de partir, Tuppence echó un último vistazo al cuadro de su habitación, tanto para fijar sus detalles en su mente como para recordar el emplazamiento del edificio en el paisaje. Esta vez iba a verlo no desde la ventanilla de un tren, sino desde la carretera. La perspectiva sería muy distinta. Existía la posibilidad de que diera con muchos puentes similares a aquel, con otros canales parecidos, quizá… También podía ser que viese casas semejantes (Tuppence no creía en esto último).

En el ángulo inferior derecho había una firma, la del artista que pintara el cuadro, pero era ilegible… únicamente se veía allí que el apellido comenzaba por una B.

Apartada su atención del lienzo, Tuppence procedió a efectuar una comprobación de sus efectos: una guía de ferrocarriles con su correspondiente mapa; una selección de cartas geográficas; una relación de nombres probables, que incluía Medchester, Westleigh, Market Basin, Middlesham, Inchwell… Estos delimitaban el triángulo que había decidido examinar. Tuppence se preparó, asimismo, un maletín con cosas puramente personales… La esperaban tres horas de volante antes de plantarse en la zona de operaciones. Después, se deslizaría lentamente por carreteras de segundo o tercer orden, en busca de unos probables canales…

Tras detenerse en Medchester, donde tomó café y un tentempié, avanzó por una carretera de segundo orden, próxima a una línea de ferrocarril. Pasó por una zona cubierta por espesas arboledas y surcada por numerosas corrientes de agua.

Como en la mayor parte de los distritos rurales ingleses,

abundaban allí los postes indicadores, en los que figuraban nombres desconocidos por completo para Tuppence, y que por alguna razón u otra, raras veces conducían al sitio señalado. Aquella muestra del sistema de comunicación por vía terrestre vigente en Inglaterra constituía una auténtica jugarreta. El camino serpenteaba para alejarse del canal y cuando el conductor, esperanzado, se dirigía al punto en que debía haber estado aquel, el chasco era casi seguro. Yendo hacia Great Michelden, el siguiente poste indicador ofrecía dos vías, una que apuntaba a Pennington Sparrow y la otra a Farlingford… Escogido Farlingford, llegábase al sitio citado, pero casi inmediatamente el siguiente poste lo enviaba a uno de vuelta sin más a Medchester, de manera que el viajero volvía ineludiblemente sobre sus pasos. En realidad, Tuppence no dio nunca con Great Michelden, y durante largo rato fue incapaz de localizar el perdido canal. De haber tenido alguna idea sobre el nombre de la población que andaba buscando, todo se hubiera presentado mejor. La localización de los canales en los mapas era una labor que producía desconcierto. Una y otra vez fue a parar a la línea de ferrocarril, circunstancia que la reanimaba, pasando ilusionada por Bees Hill, South Winterton y Farrell St. Edmund. Farrell St. Edmund había tenido en otro tiempo estación, pero se encontraba fuera de servicio, cerrada. Tuppence pensó: «De dar con alguna carretera bien conservada que se deslizara a lo largo del canal, o junto a la línea de ferrocarril, todo me resultaría mucho más fácil».

Conforme avanzaba el día, Tuppence se sentía más y más desorientada. Incidentalmente, llegó a una granja emplazada junto a un canal, pero la carretera insistía luego en no tener nada que ver con este, apuntando hacia una elevación. Llegó así a un sitio denominado Westpenfold, que contaba con una iglesia dotada de una torre cuadrada.

Desconsoladamente, siguió por una carretera llena de baches que parecía ser la única salida de Westpenfold. Guiándose por su sentido, puramente instintivo, de la orientación (en el que cada vez confiaba menos), Tuppence continuó avanzando, convencida ya casi de que se dirigía a un punto completamente opuesto a su meta. Llegó así a una bifurcación, de pronto. Se le ofrecía entonces un

camino hacia la derecha y otro hacia la izquierda. Había entre ambas vías los restos de un poste indicador, los brazos del cual habían sido quebrados.

«¿Por qué camino me decidiré? —se preguntó Tuppence—, ¿quién puede saber aquí cuál es el que me conviene? Yo no, por supuesto».

Optó por avanzar a marcha moderada, por el situado a la izquierda.

Describía unas cuantas curvas. Al final de una de ellas, la carretera se ensanchaba, trepaba por una elevación, luego descendía y se, internaba por un paisaje despejado. Terminaba en cuesta, se detuvo, llegando a sus oídos entonces como un chillido…

«Parece el silbido de una locomotora», se dijo Tuppence, repentinamente esperanzada.

No se había equivocado. Aquello era un tren. Después descubrió la vía del ferrocarril. Un tren de mercancías avanzaba por, ella, resoplando, silbando continuamente su locomotora. Y más allá estaba el canal, y al otro lado del mismo había una casa que Tuppence identificó inmediatamente. El canal en cuestión era cruzado por un puente airosamente levantado, estrecho. La carretera quedaba por debajo del nivel de la vía férrea, ascendía luego, e iba en busca del puente… La casa estaba situada a mano derecha. Tuppence siguió avanzando. No parecía existir el camino que ahora buscaba para internarse en la zona de la casa. Un muro regularmente alto aislaba este de la carretera.

Tuppence detuvo el coche, apeándose. Seguidamente, echó a andar hacia el puente, contemplando lo que se podía ver de la casa desde allí.

La mayor parte de las ventanas altas se hallaban cerradas. Los postigos de las mismas eran verdes. El edificio seguía sugiriendo la idea de una insólita quietud. La luz del Sol, ya muy amortiguada, daba un especial encanto a la casa. No había ningún detalle que hiciera pensar en que estaba habitada. Tuppence regresó al coche, avanzando un poco más. El muro, moderadamente alto, corría a su derecha. La cuneta izquierda de la carretera estaba delimitada por una serie de matorrales, al otro lado de los cuales se veían unos amplios bancales que verdeaban.

Más adelante, llego a una parte de hierro forjado que interrumpía la continuidad del muro. Colocó el coche a un lado de la carretera y tornó a apearse. Después, escudriñó el terreno situado al otro lado de la puerta. Aumentó levemente un campo de visión poniéndose de puntillas. Contemplaba un jardín… Aquello no parecía estar montado en plan de granja, aunque Tuppence pensó que podía haberlo sido en otro tiempo. El jardín se veía atendido. No ofrecía nada de notable. Producía la impresión de que su dueño o dueños no habían conseguido imponer el orden allí más que a medias.

Desde la puerta de hierro, un camino circular abrazaba el jardín, rodeando la casa. La que tenía a la vista Tuppence debía de ser la entrada principal, si bien no lo parecía. Era algo burda. Una puerta de servicio, quizá. La casa ofrecía un aspecto distinto vista por aquel lado.

En primer lugar, no estaba vacía. Allí vivía alguien. Las ventanas estaban abiertas; flotaban las cortinas al viento; junto a la puerta había un balde lleno de verduras… En el extremo opuesto del jardín, Tuppence descubrió la figura de un hombretón que efectuaba una labor de cava. Era una persona ya entrada en años, que se movía con lentitud, pero siempre al mismo ritmo. Desde luego, la casa, contemplada desde allí, no ofrecía ningún encanto; ningún artista la habría elegido como tema de un cuadro. Era una vivienda más habitada por alguien, una familia corriente. Tuppence vaciló. ¿Qué procedía hacer en su caso? ¿Dar media vuelta y olvidarse del edificio que tanto reclamaba su atención? No. No podía obrar así después de todas las molestias que se había tomado. ¿Qué hora era en aquel momento? Consultó su reloj de pulsera. Entonces vio que se le había parado. Oyó el rumor de una puerta que se abría y miró por entre los hierros de nuevo…

Salió una mujer. Depositó una botella de leche en el suelo y al incorporarse, miró en dirección a Tuppence. Vio a esta y se quedó inmóvil. Luego, pareció tomar una decisión, echando a andar por el camino, en dirección a ella. «Es curioso —se dijo Tuppence—. Tiene todo el aspecto de una bruja, pero de una bruja buena».

Tendría aquella mujer unos cincuenta años. Sus cabellos eran largos y estaban un tanto desordenados a causa del viento. A

Tuppence le recordó una pintura (¿de Nevinson?) en la que aparecía una bruja montada en su escoba. A eso se debía que le hubiese venido a la mente el vocablo «bruja». En aquella mujer no había ninguna nota juvenil, ni de belleza. Tenía la faz arrugada y vestía bastante descuidadamente. Llevaba un gorro puntiagudo sobre la cabeza y su nariz se prolongaba en busca de la barbilla, levantada. Con todo, nada había de siniestro en su cara. Daba la impresión de ser una mujer bondadosa. «Sí —pensó Tuppence—, eres exactamente igual que una bruja, pero resultas una bruja buena, amable. Creo que eres en realidad, lo que se ha dado en llamar una bruja blanca».

La mujer se acercó a la puerta. Su voz era agradable, hablando con una entonación característica entre los campesinos de aquella zona.

—¿Busca usted a alguien? —inquirió.

—Lo siento —respondió Tuppence—. Debe de haberme juzgado un tanto descarada al curiosear así, sin más, en su jardín… Verá, usted. Es que me ha llamado la atención su casa.

—¿Quiere usted entrar? Así podrá echar un vistazo a nuestro jardín a su gusto —dijo la bruja, amablemente.

—¡Oh! Será un placer para mí. No tengo nada que hacer, de momento. ¡Qué buen tiempo el de esta tarde!, ¿eh? No quisiera entretenerla…

—¡Bah! No se preocupe.

—Siendo así…

—Primeramente, pensé que se había extraviado —manifestó la bruja buena—. No sería la primera vez…

—Bajando por la pendiente del otro lado del puente me dije que esta casa era preciosa.

—Desde allí ofrece una vista excelente —declaró la mujer—. Hay artistas que se instalan en ese punto para pintar sus cuadros. Bueno, esto ocurría en otro tiempo.

—Me lo explico. Yo estoy con la idea de que he visto antes esta casa en un cuadro, en no sé qué exposición —repuso Tuppence, apresuradamente—. Por lo menos, la casa a que me refiero se parecía mucho a esta. Es posible que fuese la misma, ¿no?

—Sí que es posible. Es curioso… Viene un artista y pinta su

cuadro. Más adelante, se presentan otros. Y luego, cuando en el pueblo se celebra la exposición anual, vemos que todos han ido a escoger el mismo tema, No sé por qué… Cuando no es el prado con el arroyo, o un gran roble, o un grupo de cauces, nos enfrentamos con la inevitable iglesia normanda. Los cuadros casi siempre son iguales, con escasas variantes… Claro que tengo que decirle que yo de arte no entiendo nada. Entre, entre…

—Es, usted muy amable. Y el jardín me parece muy bonito.

—¡Bah! Queda regular. Tenemos flores, un poco de huerta… Sucede que mi esposo, actualmente, no puede dedicarle toda la atención que requiere y yo no dispongo de tiempo para ocuparme de él a fondo.

—La primera vez que vi esta casa fue desde el tren —declaró Tuppence—; me fijé en ella porque precisamente por las inmediaciones el convoy aminoró la marcha. De esto hace ya algún tiempo. Suponía que no volvería a verla.

—Y ahora, al bajar por esa pendiente, se la ha encontrado de repente plantada delante de usted. Y es que en la vida ocurren cosas muy curiosas, ¿verdad?

«Menos mal —pensó Tuppence—, que hablar con esta mujer es la cosa más fácil del mundo. No he tenido siquiera que esforzarme para darle explicaciones. Aquí se arregla una con decir lo primero que se le venga a la cabeza».

—¿Quiere usted ver la casa? —inquirió la simpática bruja—. Veo que le inspira un gran interés. Es una vieja construcción, ¿sabe?, de estilo georgiano, según dicen todos. Claro que nosotros sólo disponemos de la mitad del edificio.

—Ya —contestó Tuppence—. Fue dividido en dos partes, ¿no?

—Esta es la parte posterior —manifestó la mujer—. La fachada principal queda al otro lado, el que vio usted desde el puente. Es una rara forma de dividir una casa, ¿no le parece? Yo creo que es más lógico en el sentido opuesto. ¿Me entiende? Derecha e izquierda, quiero decir.

—¿Hace mucho tiempo que vive usted aquí? —preguntó Tuppence.

—Tres años. Después de retirarse mi marido, nos dedicamos a buscar un sitio en el campo donde pudiéramos vivir tranquilamente.

Algo que estuviese bien de precio… Esta vivienda nos convenía. Tenía que resultar barata forzosamente, por el hecho de encontrarse aislada. Este sitio queda lejos de cualquier poblado.

—Vi el capitel de una iglesia a cierta distancia.

—¡Ah! Eso es Sutton Chancellor. Queda a unos cuatro kilómetros de aquí. Pertenecemos a esa parroquia, desde luego, pero entre este punto y la población, no hay ninguna casa. Bueno, la aldea es muy pequeña, ¿eh? ¿Le apetece una taza de té, señora? —preguntó la mujer—. Acababa de poner la tetera en el fuego cuando la vi. Un minuto y lo tendré todo preparado —se llevó ambas manos a la boca, en forma de bocina y gritó:— ¡Amos! ¡Amos!

El hombretón que Tuppence viera trabajando en el jardín volvió la cabeza.

—El té estará servido dentro de unos minutos.

El viejo levantó una mano para dar a entender a su mujer que la había comprendido. Esta abrió la puerta de la casa, invitando a Tuppence a pasar.

—Me llamo Perry —dijo la amable bruja—. Alice Perry.

—Beresford es mi apellido.

—Entre, señora Beresford.

Tuppence tuvo una vacilación que duró unos segundos. Pensó: «Por un momento, me sentía como Hansel y Gretel. La bruja me invita a entrar en su casa. Tal vez sea una casa de mazapán… Así debería ser».

Miró a Alice Perry de nuevo y dijo que aquella no era la bruja de la casa de mazapán de Hansel y Gretel. Alice era una mujer corriente. Bueno, corriente hasta cierto punto. Se conducía con una amabilidad extraordinaria. Era extraña incluso tanta solicitud, «Estoy segura de que produce hechizos —pensó Tuppence—. Pero los suyos tienen que ser buenos». Inclinó levemente la cabeza y cruzó el umbral…

El interior era más bien oscuro. Los corredores eran pequeños. La señora Perry la hizo pasar por una cocina, entrando después las dos en un cuarto de estar. Nada había de sorprendente en la vivienda. Tuppence pensó que probablemente toda ella se reducía a una adición al cuerpo principal. Cortada horizontalmente, era estrecha. Constaba en esencia de un pasillo bastante oscuro, al que

daban varias habitaciones. Ciertamente que aquel era un método muy raro de dividir una casa.

—Siéntese, que le voy a servir el té —dijo la señora Perry.

—Permítame que le ayude.

—¡Oh! No se preocupe. No tardaré ni un minuto, Está todo preparado en la bandeja.

Un leve silbido salió de la cocina. La tetera estaba a punto ya, evidentemente. La señora Perry se marchó, regresando en seguida con la bandeja, en la que Tuppence vio un plato de galletas, una jarrita de mermelada, tres tazas y varios platillos.

—Ahora que está usted dentro, me imagino que habrá sufrido una desilusión —apuntó la señora Perry.

La observación, muy aguda, se aproximaba a la verdad.

—No, ¡qué va!

—Es natural. Sucede que las dos partes de la casa no encajan; simplemente. Me refiero a la fachada y a la porción posterior. Sin embargo, la vivienda es acogedora. No hay muchas habitaciones, no hay mucha luz, pero el precio es interesante.

—¿Quién dividió la casa y por qué?

—Creo que eso fue realizado hace muchos años. Supongo que a alguien se le ocurriría que era demasiado grande. Es posible que la persona en cuestión pensara que con un rincón clásico donde pasar los fines de semana, le bastara. Fueron seleccionadas, en consecuencia, las mejores habitaciones y convirtieron el pequeño estudio que había aquí en una cocina; montaron el cuarto de aseo y un par de dormitorios y, finalmente, construyeron la pared divisoria.

—¿Quién habita en la otra parte?

—Actualmente, nadie —contestó la señora Perry—. Tome usted otra galleta, señora Beresford.

—Gracias —dijo Tuppence.

—A lo largo de estos últimos dos años, nadie ha aparecido por aquí, al menos. Ni siquiera sé quién es el propietario de la casa ahora.

—¿Y quién había aquí cuando ustedes llegaron por vez primera?

—Una mujer joven… Nos dijeron que era actriz. En realidad, casi no la vimos. De cuando en cuando, todo lo más. Venía los

sábados por la noche, a hora ya avanzada, después de actuar, me imagino. Solía marcharse los domingos, por la noche, también.

—Una mujer misteriosa —subrayó Tuppence, queriendo animar a su interlocutora.

—De misteriosa la calificué yo, sí, señora Beresford. Yo me imaginaba historias en las que ella figuraba como protagonista. En ocasiones, pensé que era como Greta Garbo. Llevaba siempre unas gafas negras y se tocaba con sombreros de alas anchas, ocultando cuidadosamente su rostro. Ahora que me acuerdo… ¡Pero si todavía llevo puesto mi sombrero picudo!

La señora Perry se quitó aquel, echándose a reír.

—Verá, usted… En Sutton Chancellor, en la parroquia, estamos ensayando ahora una obra —explicó—. Es un cuento de hadas… Va dirigido a los niños, principalmente. Yo desempeño en la obra el papel de bruja.

—¡Oh! —exclamó Tuppence, ligeramente desconcertada. A continuación, añadió—: Será divertido.

—Pues sí que lo es —contestó la mujer—. ¿Verdad que me cuadra muy bien el papel que me han asignado? —la señora Perry se echó a reír, tocándose la barbilla—. Tengo el rostro adecuado. Espero que este juego no provoque ideas raras en algunas cabezas pueblerinas. Alguien podría pensar que soy portadora de maleficios.

—No lo creo —opinó Tuppence—. Usted tiene que ser a la fuerza una bruja benéfica.

—Pues me alegro de que piense usted así. Como le iba diciendo… Esta actriz (no acierto a recordar su nombre con seguridad; me parece que se apellidaba Marchment, o algo por el estilo), no hubiera podido sospechar nunca las cosas que me imaginé en torno a ella. Apenas llegué a hablarle… Pienso a veces que era terriblemente tímida. Quizá fuese una neurótica. Se presentaban aquí reporteros que deseaban entrevistarse con esa mujer, pero nunca consiguieron su objetivo. En otras ocasiones (usted dirá que soy una tonta), le atribuía actos siniestros. Nacía esto de pensar que ella quería evitar por todos los medios a su alcance, ser reconocida. Tal vez m siquiera fuese una actriz. Tal vez la policía anduviese buscándola. Quizá, fuese una delincuente. Esto de forjar historias fantásticas es emocionante y divertido.

Espacialmente cuando no se presentan muchas oportunidades de alternar con otras personas, de hablar con los demás.

—¿Nunca la acompañaba nadie en sus visitas a la casa?

—No puedo contestarle con seguridad… Desde luego, este muro que divide la casa interiormente es bastante fino, lo cual ha sido motivo de que oyéramos voces al otro lado del mismo —la señora Perry asintió—. En los fines de semana debía hacerse acompañar por un hombre. La pareja gustaría de este sitio por su soledad. Indudablemente, no querían llamar la atención de nadie.

—Un hombre casado. ¿No le parece? —sugirió Tuppence con aire conspirador.

—Sí. Debía de ser un hombre casado —confirmó a su modo la señora Perry.

—¿Y por qué no pensar que la acompañaba su esposo? Es posible que él alquilara esta casa con el propósito de asesinar a su mujer, enterrando posteriormente su cadáver en el jardín.

—¿Qué me dice? —saltó la señora Perry—. Usted es también una persona de mucha imaginación. Nunca se me pasó por la cabeza tal idea.

—Supongo que habrá alguien por ahí que esté enterado de todo lo tocante a esa mujer —apuntó Tuppence.

—Por ejemplo: los agentes vendedores de fincas… Gente así. Quizá. Bueno, con todo, yo preferí seguir en mi ignorancia. No sé si usted me entiende…

—La entiendo perfectamente, señora Perry.

—Esta casa produce una impresión rara. Una piensa a veces que entre estos muros pudieron haber sucedido las cosas más extrañas.

—¿No venía nadie a limpiar?

—Aquí es difícil contratar servicios. No hay nadie a mano.

La puerta se abrió, Entró el hombretón que Tuppence viera trabajando en el jardín: Se Dirigió al fregadero de la cocina para lavarse las manos, evidentemente. Luego cruzó aquella, penetrando en el cuarto de estar.

—Le presento a mi esposo, señora Beresford —dijo la señora Perry—. Amos, es su nombre. Tenemos una visita, Amos. Esta es la señora Beresford.

—¿Cómo está usted? —preguntó cortésmente Tuppence.

Amos Perry era un hombre alto y desgarbado. De cerca, a Tuppence le pareció de mayor estatura y corpulencia. Caminaba lentamente, viéndose en seguida que era un individuo bien musculado.

—Mucho gusto, señora Beresford —contestó simplemente.

Su voz tenía un timbre agradable y el hombre sonreía. Pero Tuppence se preguntó por un instante si aquel ser se hallaba realmente en sus cabales. En su mirada no advertía la firmeza, la energía y aplomo correspondientes a sus años. Tuppence pensó que la señora Perry podía haber estado buscando tiempo atrás un sitio tranquilo en el campo con el fin de que su esposo convaleciera de cualquier trastorno mental en un marco adecuado.

—Es muy aficionado a la jardinería —informó la señora Perry.

Con la entrada en el cuarto de su marido, la conversación empezó a languidecer. La señora Perry siguió llevando la voz cantante en aquel diálogo, pero entonces dio la impresión de haber sufrido un cambio. Se expresaba con cierto nerviosismo y parecía estar pendiente de la actitud del viejo. Tuppence se dijo que lo animaba constantemente con sus palabras, lo mismo que una madre puede animar a un hijo para que despliegue ante un visitante de circunstancias sus habilidades mejores. Estaba, evidentemente, un poco inquieta, por si se conducía inadecuadamente. Cuando hubo apurado su taza de té, Tuppence se levantó, diciendo:

—Tengo que irme. Muchas gracias por todo, señora Perry. Han sido ustedes muy amables.

—Antes de marcharse, le enseñaré el jardín —el señor Perry se puso en pie—. Vamos.

Salieron al exterior, encaminándose al sitio en que viera al hombre cavando.

—Son bonitas estas flores, ¿verdad? —inquirió él—. Hemos conseguido algunas rosas conocidas… ¿Ve usted esta? Fíjese en los pétalos, a rayas rojas y blancas.

—«Comandante Beaurepaire» —informó Tuppence.

—Nosotros aquí las denominamos «York y Lancaster». La Guerra de las Rosas… Huele bien, ¿eh?

—Tiene un perfume delicioso.

—Es mejor que las nuevas híbridas Teas.

—En más de un aspecto.

El jardín ofrecía un estado patético. Las plantas habían sido tratadas con un cuidado muy relativo. Para un aficionado sin muchas pretensiones, sin embargo, lo que veía Tuppence no estaba mal.

—Observe usted que predominan aquí los colores llamativos —informó el anciano—. A mí me gustan los colores detonantes. Hay gente que viene aquí sólo con el fin de ver nuestro jardín. Su visita es muy grata para nosotros.

—Muchas gracias —respondió Tuppence—. En mi opinión, disfrutan ustedes de una casa y de un jardín preciosos.

—Debiera usted ver el lado opuesto.

—¿Está para alquilar? ¿Es que venden esa parte de la finca? Su esposa me ha dicho que allí no vive nadie.

—No lo sabemos. No hemos visto a nadie, ni hay ningún rótulo. Nadie tampoco ha venido por aquí pretendiendo ver la casa.

—Estoy segura de que ha de ser agradable habitar una vivienda como esa.

—¿Anda usted en busca de alguna casa?

—Pues sí —replicó Tuppence, tomando una decisión sobre la marcha—. A decir verdad, estamos buscando una casita en el campo, para cuando mi marido se retire. Esto será el año que viene, probablemente, pero hemos preferido ocuparnos de este asunto con tiempo.

—Por aquí hay tranquilidad, si es eso lo que a ustedes les apetece.

—Ya me lo imagino —declaró Tuppence—. Me dirigiré a los agentes de la región. ¿Fue así como dieron ustedes con esta casa?

—Nos valimos primeramente de un anuncio en los periódicos. Luego nos dirigimos a los agentes de la propiedad inmobiliaria, sí.

—¿Dónde fue eso…? ¿En Sutton Chancellor? Este es el poblado más próximo, ¿no?

—¿Sutton Chancellor? No. Los agentes se encuentran en Market Basin. Russell & Thompson, es el nombre de la firma. Vaya usted a verlos y expóngales su caso.

—Sí que lo haré. ¿Queda muy lejos de aquí Market Basin?

—Desde aquí a Sutton Chancellor habrá poco más de tres

kilómetros y desde allí a Basin siempre habrá unos diez u once… De Sutton Chancellor sale una carretera buena, pero después todos son caminos malos por los alrededores.

Tuppence procedió a despedirse del hombre.

—Adiós, señor Perry. Y muchas gracias por haberme enseñado su jardín.

—Aguarde un momento.

El señor Perry se agachó y cortó una enorme peonía.

Luego, insertó el tallo de la flor por el ojal de la solapa, en la chaqueta de Tuppence.

—Ya está. Hace bonito, ¿eh?

Por unos segundos, Tuppence sintió algo muy semejante al pánico. Aquel hombre alto y desgarbado habíala asustado de repente. El señor Perry la contempló sonriente, mirándola de soslayo, casi.

—Le cae a usted bien. Muy bien.

Tuppence pensó: «Lo que me alegro de no ser una joven en estos instantes… De ser una muchacha, creo que no me hubiera gustado mucho este gesto». Dijo adiós al hombre de nuevo y echó a andar apresuradamente, en dirección a la puerta de la finca.

Antes de salir de allí, entró en la casa para despedirse de la mujer. La señora Perry se encontraba en la cocina, lavando los útiles del servicio de té. Mecánicamente, Tuppence cogió una servilleta y comenzó a secarlos.

—Usted y su esposo han sido muy atentos conmigo. He de darles las gracias nuevamente… ¿Qué es eso?

Desde el otro lado del muro de la cocina llegó a sus oídos un agudo chillido. Alguien parecía estar arañando la pared también.

—Será algún grajo —manifestó la señora Perry—, que se ha caído por la chimenea de la otra casa. Siempre pasa lo mismo en esta época del año. La semana pasada se cayó por la nuestra otra de esas aves. Suelen hacer sus nidos en las chimeneas, ¿sabe?

—¿En la casa de al lado, dice usted?

—Sí. Ya se vuelve a oír.

Otra vez llegó a los oídos de Tuppence el chillido anterior y un rumor sordo de desesperados aleteos, los que podía producir un pájaro en apuros.

La señora Perry explicó:

—Nadie se ocupa de esa casa. Hubieran debido limpiar las chimeneas hace tiempo.

Los chillidos y aleteos se repitieron…

—¡Pobre animal! —exclamó Tuppence.

—Sé lo que le va a ocurrir. No podrá subir por la chimenea.

—Es decir, que encontrará allí la muerte.

—En efecto. He dicho antes que por nuestra chimenea cayó uno… No me acordaba. Fueron dos, realmente. Uno de ellos tenía pocos meses. Era joven… Nada más salir nosotros con él al jardín, remontó su vuelo. El otro grajo estaba muerto.

Más frenéticos aleteos y chillidos…

—¡Oh! —exclamó Tuppence—. Lo que daría por salvar a ese pobre animal de una muerte segura.

Entró en aquel momento el señor Perry.

—¿Sucede algo? —inquirió, mirando primero a su mujer y luego a Tuppence.

—Es un grajo, Amos. Debe de encontrarse en la chimenea del cuarto de estar de la casa de al lado. ¿No lo oyes?

—Ese se ha caído del nido.

—Me gustaría poder llegar hasta él y salvarlo —indicó la señora Perry.

—¡Ah! No se puede hacer nada. Se morirá del susto, ya que no de otra cosa.

—Pues entonces olerá mal.

—Desde aquí no vas a saber nunca si huele mal o bien. Eres muy blanda, Alise. Todas las mujeres lo son —insistió Amos, tornando a mirar alternativamente a su esposa y a Tuppence—. Lo sacaremos del aprieto, para que nadie se angustie. ¿Vale?

—Una de las ventanas está abierta, ¿no?

—Podemos entrar por la puerta.

—¿Qué puerta?

—La de ahí fuera, la del patio. Hay unas cuantas llaves juntas.

Amos Perry salió. Abrió poco después una pequeña puerta que daba a un pequeño recinto con macetas. Allí estaba la que conducía a la vivienda vecina. De un clavo, junto al marco, colgaba una argolla con seis o siete herrumbrosas llaves.

—Esta se ajusta a la cerradura.

La llave entró bien, pero para hacerla girar el señor Perry tuvo que hacer acopio de fuerzas. Finalmente, consiguió su propósito, oyéndose un fuerte chirrido.

—Ya entré ahí una vez —dijo el señor Perry—. Oí entonces un rumor de agua que corría… Alguien se había olvidado de cerrar el grifo adecuadamente.

Las dos mujeres le siguieron. La puerta daba a una pequeña habitación en la que se veían varios jarrones de flores, sobre un estante. Había también un fregadero con un grifo.

La segunda puerta del cuarto no se hallaba cerrada con llave. Perry la abrió y los tres se deslizaron por ella. Tuppence se dijo que aquello era como trasladarse a otro mundo. Una gruesa alfombra cubría el pavimento del corredor que recorrieron. Por otra puerta entornada llegaron a sus oídos los sonidos producidos por el ave en peligro. Amos no hizo más que empujar la hoja de madera. Su esposa y Tuppence continuaban marchando detrás de él.

Las ventanas de aquella habitación estaban cerradas. Pero había quedado entreabierto un postigo, por el cual se filtraba un poco de luz. Se advertía la hermosa alfombra que pisaban de verdosa tonalidad. Pegada a la pared había una estantería, pero nada de sillas ni mesa… Cortinas y alfombras habían sido dejadas, para que fuesen utilizadas por el siguiente inquilino.

La señora Perry se encaminó a la chimenea. Entre los hierros del piso había un pájaro que aleteaba desesperadamente, lanzando continuos chillidos. La mujer se agachó, cogiéndolo, tras lo cual dijo:

—Abre la ventana, Amos. Si es que puedes…

Amos soltó el otro postigo y levantó el pestillo, que rechinó. Tan pronto como la ventana hubo quedado abierta de par en par, la señora Perry se acercó a ella, lanzando al aire el grajo. El ave fue a parar al césped, donde aleteó un poco, dando unos cuantos saltos.

—Será mejor matarlo —opinó Perry—. No se encuentra en condiciones de remontar el vuelo.

—Déjalo un momento —dijo su esposa—. Con los pájaros una no sabe nunca a qué atenerse. Suelen recobrarse muy rápidamente. Es el temor lo que normalmente les paraliza.

La señora Perry no se equivoca. En efecto, a los pocos minutos, con un esfuerzo final, el grajo se elevaba en el aire, desapareciendo.

—Espero que no vuelva a caerse por la chimenea —declaró Alise Perry—. Es curioso lo que les pasa a estos animales. Cuando por cualquier razón penetran en un recinto cerrado, no aciertan a encontrar la salida. ¡Oh! —añadió—, ¡cuánta suciedad!

En el suelo de la chimenea había un montón de hollín, tierra y trozos de ladrillo. Evidentemente, aquella parte de la vivienda andaba necesitada de una reparación a fondo desde hacía tiempo.

—Esta casa no debiera estar deshabitada. No hay otra manera para conseguir que se conserve bien —dijo la señora Perry, mirando a su alrededor.

—Deberían cuidarla más —convino la señora Beresford—. Si aquí no entran los albañiles pronto, terminará por convertirse en un montón de escombros.

—Lo más seguro es que haya entrado agua en las habitaciones superiores, ya que los techos no estarán en mejor estado. No hay que levantar la cabeza, sin salir de aquí, para convencerse de ello.

—¡Qué pena! —exclamó Tuppence—. Desentenderse así de una casa tan bonita como esta… Esta habitación, sin ir más lejos, es muy hermosa, ¿verdad?

Ella y la señora Perry la estudiaron con todo detalle. Construida en 1790, la casa tenía en sus proporciones la gracia de muchos edificios pertenecientes a aquel período. El descolorido papel de las paredes presentaba unas desvaídas hojas de sauce…

—Esto es una ruina ahora —comentó el señor Perry. Tuppence hurgó en los escombros de la chimenea.

—Me dan ganas de pasar la escoba por aquí —confesó la señora Perry.

—Bueno, ¿y por qué has de preocuparte por una casa que no te pertenece? —inquirió su esposo—. Olvídate de ella, mujer. Mañana seguirá esto igual de mal.

Tuppence apartó unos cascotes de ladrillo con la punta de un pie.

Lanzó una exclamación de disgusto.

Había dos pájaros muertos entre el polvo. A juzgar por su aspecto, llevaban allí ya algún tiempo.

—Deben de ser del nido que cayó por la chimenea abajo hace unas semanas. Es sorprendente que esto no huela más mal.

—¿Qué es esto? —preguntó Tuppence.

Apartó algo que se hallaba escondido a medias en aquel revoltillo.

—Un pájaro muerto… No lo toque, señora Beresford —indicó Alice Perry.

—No es un pájaro —señaló Tuppence—. Es algo que también tiene que haber caído por la chimenea —se agachó un poco, contemplando lo que tenía ante los ojos con profunda atención—. Nunca me figuré… ¿Se da cuenta? Es una muñeca de una niña.

El matrimonio se fijó en lo que Tuppence les estaba mostrando. Aquello era, efectivamente, una muñeca… Lo había sido, mejor dicho, ya que ahora, con sus ropas desgarradas, quebrantada, con la cabeza colgando a medias, era un despojo. Uno de sus ojos de cristal había salido. Tuppence, sin apartar los ojos de la muñeca, dijo:

—¡Qué raro! ¿Cómo puede una muñeca trepar por las paredes de una chimenea? Esto es, sencillamente, extraordinario…

Capítulo VIII

Sutton Chancellor

Después de abandonar la casa del canal, Tuppence enfiló el coche por la estrecha y serpenteante carretera que, según le habían dicho, conducía al poblado Sutton Chancellor. Era aquella una solitaria vía de comunicación. Desde la misma no se divisaba casas y sí únicamente puertas de cercados en las que empezaban caminos cenagosos que acababan perdiéndose entre la vegetación. Resultaba también poco frecuentada, por lo que vio: sólo un tractor y un camión con gran anuncio. El capitel de la iglesia, que viera a distancia, parecía haberse perdido definitivamente. Surgió ante ella de pronto más tarde y como a su alcance, al salir de una pronunciada curva que abrazaba un grupo de árboles. Tuppence consultó entonces el cuentakilómetros. Desde la casa del canal allí había la distancia que le anunciaron: poco más de tres kilómetros.

Vio una antigua y bonita iglesia, junto a cuya puerta había un solitario tejo. El edificio dominaba un cementerio de medianas dimensiones.

Tuppence se apeó, inspeccionando el recinto y la iglesia desde la entrada exterior, por unos momentos. Luego, se acercó a la entrada del edificio, adornada con su característico arco normando. No estaba cerrada con llave y franqueó el umbral.

El interior carecía de atractivos. Indudablemente, aquella iglesia contaba ya muchos años, pero había pasado por una seria reforma y limpieza en la época victoriana. Sus bancos de pino y sus cristales, en detonantes colores, rojo y azul principalmente, habían acabado con su primitivo encanto.

Alrededor del púlpito vio a una mujer que arreglaba unos

jarrones de flores, de bronce. Había terminado de ordenar el altar. Acogió a Tuppence con una inquisitiva mirada. Tuppence se deslizó por uno de los pasillos laterales, fijándose en las placas de mármol de los muros. Una familia apellidada Warrender había estado abundantemente representada en la población, a juzgar por las inscripciones. Se referían las placas a su capitán Warrender, a un comandante Warrender, a Sara Elizabeth Warrender, esposa amada de George Warrender… Cierta placa recordaba la muerte de Julia Starke, esposa de Philip Starke, también de Sutton Chancellor. Al parecer, pues, los Warrender se habían desvanecido posteriormente. Ninguna de las inscripciones era particularmente sugestiva o interesante. Tuppence salió de la iglesia. Le atraía más el exterior que el interior del edificio. Familiarizada con la arquitectura eclesiástica, clasificó mentalmente la construcción. No era de su agrado, ciertamente, el período histórico a que pertenecía.

Se figuró, por cuanto estaba contemplando, que Sutton Chancellor había sido tiempo atrás un centro importante de la vida rural. Echó a andar en dirección al poblado, descubriendo una tienda, una estafeta de correos y una docena de casas pequeñas. Carecían de notas sobresalientes en su mayoría. Al final de la calle principal había media docena de viviendas más, de diferente estilo. Paseó la mirada, curiosa, por la placa de latón, en la que leyó: «Arthur Thomas, deshollinador».

Tuppence se preguntó si habría por allí algunos agentes de la propiedad inmobiliaria con suficiente sentido de su responsabilidad para contratar los servicios de aquel hombre. Se dijo que había sido una estúpida al no preguntar al matrimonio Perry el nombre de la casa.

Regresó a la iglesia, estudiando el cementerio con más atención. Había unas cuantas tumbas nuevas en él. La mayor parte de las lápidas correspondían a la época victoriana y otras anteriores. Los abundantes musgos les daban una pátina de vejez elocuente. Las piedras antiguas eran atractivas. Había empinadas láminas, con querubines en la parte alta, rodeadas de coronas. Empezó a leer mecánicamente las inscripciones. Otra vez los Warrender. Mary Warrender, de 47 años… Alice Warrender, de 33… El coronel John Warrender, muerto en Afganistán… Varios niños con el apellido

Warrender, cuyas muertes habían sido muy sentidas, según se veía por los versos labrados, cuajados de piadosas esperanzas. Tuppence se preguntó si quedaría todavía en el poblado algún representante de aquella familia. Sus muertos habían dejado de ser enterrados allí, evidentemente. No pudo encontrar ninguna tumba que datara de más allá de 1843. Al rodear el gran tejo, Tuppence tropezó con un anciano sacerdote que estaba agachado sobre una fila de viejas tumbas colocadas en la proximidad de un muro, detrás de la iglesia. El hombre se incorporó, mirando a Tuppence.

—Buenas tardes —dijo cortésmente.

—Buenas tardes —respondió Tuppence, que se apresuró a añadir —: He estado viendo la iglesia.

—Fue arruinada por la renovación victoriana —informó el sacerdote.

La voz y la sonrisa de aquel hombre eran muy agradables. Daba la impresión de contar unos setenta años de edad. Sin embargo, Tuppence le juzgó más joven. Sus piernas no parecían muy firmes. El reuma, seguramente, había hecho estragos en él.

—En la época victoriana había demasiado dinero —declaró, entristecido—. Había también excesivos forjadores de hierro. Eran individuos piadosos, pero desgraciadamente, no tenían el menor instinto artístico. Carecían de gusto. ¿Vio usted la ventana oriental?

Un escalofrío parecía sacudir el cuerpo del sacerdote.

—Sí —replicó Tuppence—. Es espantosa.

—No podíamos estar más de acuerdo —el sacerdote añadió, innecesariamente—: Soy párroco de esta iglesia.

—Me lo figuré en seguida. ¿Lleva usted aquí muchos años?

—Diez, aproximadamente. Y estoy a gusto aquí. La gente es buena. He sido muy feliz en este lugar. Es verdad que a mis feligreses no les agradan mucho mis sermones, pero… —se acentuó la expresión de tristeza en el rostro del sacerdote—, hago lo que puedo por perfeccionarme, aunque, desde luego, no pretendo ser muy moderno. ¿Por qué no se sienta? —añadió el hombre, señalando a Tuppence una lápida próxima.

Tuppence tomó asiento en ella y el sacerdote hizo lo mismo, dejándose caer sobre la de enfrente.

—No me es posible hacerle compañía mucho rato —dijo en tono

dé excusa—. ¿En qué puedo servirle? ¿Pasaba usted por aquí casualmente?

—Pues…, sí. Quise echar un vistazo a la iglesia. La verdad es que anduve perdida con mi coche por estos enrevesados caminos.

—Por supuesto, es difícil orientarse aquí. Hay muchos postes indicadores rotos y el ayuntamiento no se ocupa de su reparación con la debida diligencia. Pero, en fin, creo que tampoco esto tiene una excesiva importancia. Estas carreteras son poco usadas. Todo el mundo prefiere ahora las autopistas, más directas, que permiten desarrollar grandes velocidades. Ruido, velocidad y una conducción temeraria… La gente, en general, se decide por eso, con todos sus graves inconvenientes. Bueno, no me haga mucho caso, señora. Soy un viejo. A veces ni siquiera sé qué hago aquí…

—He observado que estaba usted examinando algunas de las tumbas de esta parte —declaro Tuppence—. ¿Qué pasa? ¿Se ha producido algún acto de vandalismo? ¿Han hecho algún destrozo los chicos que puedan haber entrado en este lugar?

—No. No me sorprende, sin embargo, su pregunta. Hoy día sólo se habla de cabinas telefónicas rotas, buzones incendiados y demás salvajadas atribuidas a los jóvenes, cometidas, en verdad, casi siempre por ellos. ¡Pobres criaturas! Es una pena que solamente encuentren divertidas las empresas destructoras. Es triste, muy triste, ¿eh? Pues no, señora, no ha habido ningún acto vandálico. Los chicos de nuestra población son magníficos. No han echado a andar todavía por esos peligrosos vericuetos… Yo andaba buscando la tumba de una criatura.

Tuppence se movió, nerviosa.

—¿La tumba de una criatura? —inquirió.

—Sí. Me han escrito… Me ha preguntado un hombre, el comandante Waters, si es posible que haya sido enterrado aquí un niño de ese apellido. He mirado en el registro de la parroquia, por supuesto, pero allí no he encontrado nada. Decidí venir por aquí y echar un vistazo a esas lápidas, previendo que se produjera en su vida algún error, un cambio de nombre…

—¿Cuál era el nombre del niño? —preguntó Tuppence.

—Lo ignoraba. ¡Ahí! Y se trataba de una niña concretamente, que, posiblemente, no es seguro, llevaba el nombre de su madre:

Julia.

—¿De qué edad?

—También en lo tocante a este detalle fue vago… Es muy incierto todo. Yo me figuro que ese hombre se ha equivocado de población. Yo no recuerdo que haya vivido aquí ningún Waters. Ni siquiera he oído hablar de esta familia.

—¿Y qué me dice usted de los Warrender? —dijo Tuppence acordándose de las inscripciones de la iglesia—. Este apellido figura en muchas placas de mármol del templo y también en numerosas lápidas en este cementerio.

—¡Oh! Esa familia desapareció. Poseían los Warrender una hermosa finca, que databa del año cuatrocientos. Fue pasto de un incendio hace casi un centenar de años… Suponga que si por entonces quedó en la población algún Warrender, este se fue para no regresar jamás. En el mismo sitio se levantó otra casa, propiedad de un hombre acaudalado llamado Starke. La casa es fea, pero muy cómoda, según dicen. Cómoda, sobre todo. Varios cuartos de baño y todo lo demás, ¿sabe usted? Me imagino que tales detalles son de la máxima importancia.

—Parece raro que surja alguien que se dedica a escribir preguntando por la tumba de una criatura —apuntó Tuppence—. Ese alguien…, ¿es un pariente?

—El padre… —contestó el sacerdote—. Me imagino que se trata de una de esas tragedias propias de la guerra. Un matrimonio que se rompe hallándose el esposo lejos, movilizado… La joven esposa que huye con otro hombre… Y luego está el hijo, el hijo que él jamás conoció. O la hija, en este caso. Que será mayor, supongo, si es que vive. Tendrá veinte años. O más.

—¿No ha transcurrido demasiado tiempo para ponerse a buscarla ahora?

—Es probable que se haya enterado de la existencia de esa hija recientemente. Por lo visto, la información llegó a él por casualidad. Es una curiosa historia.

—¿Qué es lo que le llevo a pensar que la hija podía estar enterrada aquí?

—Alguien que había tropezado con su esposa durante la guerra, según tengo entendido, le dijo que aquella había estado viviendo en

Sutton Chancellor. Se dan estos casos, sí… Usted, de pronto si ve a alguien, un, amigo o un conocido con el que no ha tenido relación durante años… Se entera así de cosas que de otro modo no habría sabido. Pero lo que sí es indudable es que ella no habita aquí ahora. Desde mi llegada no he sabido de ninguna persona de ese apellido que haya vivido en este pueblo. Ni siquiera en los alrededores, por lo que a mí se me alcanza. Claro que la madre pudo haber usado otro apellido. Sin embargo, tengo entendido que el padre ha requerido los servicios de unos abogados y de varios detectives privados, por lo que me inclino a pensar que al final averiguará algo en concreto. Todo es cuestión de tiempo…

—¿Pensaba usted en su pobre criatura? —murmuró Tuppence.

—¿Cómo dice, amiga mía?

—¡Oh! Nada, no es nada… —replicó Tuppence—. Cierta persona me preguntó el otro día: «¿Pensaba usted en su pobre criatura?». Es una pregunta que, de buenas a primeras, sobresalta. Ahora bien, creo que la pobre anciana que dijo eso no se daba cuenta siquiera del significado de sus palabras.

—Ya, ya, Me pasa a mí lo mismo a menudo. Digo algunas cosas por decirlas, sin darme cuenta apenas de ello… Es irritante.

—Usted estará al corriente hoy de todas las cosas de la gente de por aquí, ¿eh?

—Yo creo que sí. ¿Desea saber algo especial acaso?

—¿Ha vivido en el pueblo alguna vez una señora apellidada Lancaster?

—¿Lancaster? No recuerdo este apellido.

—Hay una casa, por otro lado… Verá usted. Viajaba hoy un poco sin rumbo… Me daba igual ir a parar a un sitio que a otro… Estuve avanzando por unos caminos de segundo o tercer orden…

—Ya sé. Estos caminos son verdaderamente pintorescos. Y se encuentran en sus bordes plantas raras. Y flores. Nadie se ocupa de ellas aquí. Esta región no se ha visto favorecida por el movimiento turístico. Yo mismo he dado con ejemplares muy curiosos. Por ejemplo…

—Junto al canal hay una casa —dijo Tuppence, deseosa de evitar que su interlocutor se explayara con el tema de la botánica—. Queda cerca de un pequeño puente. Está a unos tres kilómetros de

aquí. ¿Cómo se llama ese edificio?

—Veamos. El canal… El puente… Hay varias casas en tales condiciones… Usted debe referirse a Merricot Farm.

—No era una granja, ¿eh?, la que yo vi.

—¡Ah! Usted se refiere a la casa de Perry, aquella en que habita Amos Perry con su esposa.

—Cierto. Tal es el apellido del matrimonio.

—Ella es una mujer que sorprende la primera vez que se la ve. Siempre he pensado que es una persona muy interesante. Sumamente interesante. Yo diría que tiene un rostro medieval. En la obra de teatro que estamos ensayando en la actualidad desempeñará el papel de bruja. Tendrá por marco la escuela, ¿sabe usted? La señora Perry parece una bruja, ¿verdad?

—Sí —contestó Tuppence—. A mí me ha parecido una bruja simpática, amable.

Usted lo ha dicho: es simpática, amable, desde luego. Él, en cambio…

—¿Qué?

—¡Pobre Amos! No anda muy bien de la cabeza. Pero es inofensivo…

Forman una pareja muy agradable. Me invitaron a tomar el té en seguida —explicó Tuppence—. Pero lo que yo quería saber era el nombre de la casa. No me acordé de preguntárselo. La casa está dividida y ellos ocupan una de las dos partes de que consta.

—Sí, sí. Es lo que era la porción posterior de la finca. Creo que esta se llama «Waterside». Su nombre antiguo, no obstante, me parece que fue «Watermead».

—¿A quién pertenece la porción anterior de la casa?

—La casa entera perteneció originalmente a los Bradley. Hace de eso muchos años ya. Treinta o cuarenta, por lo menos… El edificio fue vendido luego. Y más tarde pasó a otras manos… Estuvo vacío durante mucho tiempo. Cuando yo llegué a este poblado estaba siendo usada como refugio de fin de semana, por una actriz, creo recordar, la señorita Margrave. No es que se presentara por el lugar con mucha frecuencia. De cuando en cuando… Nunca trabé relación con ella. Nunca hizo acto de presencia en la iglesia. La vi de lejos en algunas ocasiones. Era una hermosa mujer. Era muy

hermosa, en efecto.

—¿A quién pertenece la finca actualmente? —insistió Tuppence.

—No tengo la menor idea. Es posible que siga siendo suya todavía. Los Perry ocupan su parte en alquiler.

—Reconocí el edificio en cuestión en seguida debido a que poseo un cuadro en el que figura el mismo, ¿sabe usted? —informó Tuppence.

—¿De veras? Ese lienzo tiene que haber salido de las manos de Boscombe o Boscobel, no recuerdo ahora del todo su nombre… Es un apellido por el estilo. Era un pintor de Cornualles, de regular fama. Se me antoja que murió ya. Venía por aquí bastante a menudo. Sacaba bosquejos de lo que veía por la región. Pintó óleos en Sutton Chancellor. Tenemos algunos paisajes atractivos.

—Este cuadro que digo —añadió Tuppence—, fue regalado a una tía mía que falleció hace un mes. Tenía muchos años, la pobre. Se lo dio la señora Lancaster. Por eso le he preguntado antes si le era familiar este apellido.

El párroco movió la cabeza a un lado y a otro.

—¿Lancaster? ¿Lancaster? No. No se me viene a la memoria este apellido. No me dice nada. ¡Ah! Pero aquí tenemos a la persona que podría informarle. Estoy pensando en la señorita Bligh. Es una mujer muy activa la señorita Bligh. Está al punto en todo lo concerniente a la parroquia. Lo dirige todo. Está a la cabeza de los regentes del Instituto de la Mujer, de la organización local de «*boyscouts*», etcétera. Lo abarca todo. Pregúntele a ella. Es tremendamente activa.

El párroco suspiró. Las denodadas actividades de la señorita Bligh parecían preocuparle.

—En el poblado es conocida por el nombre como estribillo de sus canciones: Nellie Bligh, Nellie Bligh… No es su verdadero nombre. Ella se llama algo así como Gertrude o Geraldine.

La señorita Bligh, que era una mujer que Tuppence viera en la iglesia, se acercaba a ellos, a buen paso, llevando todavía en sus manos un recipiente con agua. Estudió a Tuppence con curiosidad al aproximarse, iniciando una conversación nada más llegar.

—Ya he dado fin a mi trabajo —explicó muy contenta—. Tuve que apretar un poco, hoy. ¡Oh, sí! Usted sabe que yo siempre me

ocupo de las cosas de la iglesia por la mañana. Pero es que, hoy tuvimos una reunión urgente en la parroquia y no quiera usted figurarse el tiempo que se llevó. Muchas discusiones, en su mayor parte inútiles… Yo creo que hay gente que pone «pegas» a todo, por el simple gusto de estar en la oposición. La señora Partington se mostró particularmente irritante. Quería que todo fuese sometido a discusión, sosteniendo que debíamos dirigirnos a más firmas comerciales en solicitud de precios. Lo que se va a hacer importa tan poco dinero que no vale la pena gastar de más unos chelines. Bueno, este es mi punto de vista. Además, siempre se ha podido confiar en Burkenheads. Creo que no debiera usted estar sentado encima de esa lápida, padre.

—¿Le parece irreverente, quizá? —inquirió el sacerdote.

—¡Oh, no! No he querido decir eso, por supuesto. Me refería a la piedra en sí exclusivamente. Pensaba en que su humedad pasará a su cuerpo y que no le ayudará a mejorar de su reumatismo…

La señorita Bligh miró de soslayo a Tuppence.

—Permítame que les presente —dijo el párroco—. La señora… la señora…

—Beresford —manifestó Tuppence.

—¡Ah, sí! —exclamó la señorita Bligh—. La vi en la iglesia hace unos minutos, durante su visita. Me hubiera gustado hablarle, atraer su atención sobre diversos puntos del templo muy interesantes. Pero ¡como llevaba tanta prisa para terminar mi tarea..!

—En todo caso, lo que yo hubiera debido haber hecho fue echarle una mano —manifestó Tuppence con el más dulce de sus registros de voz—. Sin embargo, creo que mis servicios no le habrían sido de mucha utilidad. Ya me di cuenta de que no necesitaba consultar a nadie para poner las flores en sus sitios respectivos.

—Es usted muy amable al decirme eso, pero también muy cierto lo que acaba de expresar. Ya son 91 los años que hace que me ocupo de preparar las flores para la iglesia. Los alumnos del colegio central de aquí y otros cuidan de las macetas correspondientes. Suelen coger flores silvestres, además, durante las jornadas festivas. Yo he dictado unas cuantas normas a este efecto, pero la señora Peke ya sabe usted cómo es, padre. No se atiene a ninguna

ordenanza. Es muy especial. Sostiene que esa costumbre anula toda iniciativa. ¿Va usted a hospedarse aquí? —preguntó la señorita Bligh a Tuppence.

—Me dirigía a Market Basin. Tal vez pueda usted recomendarme algún hotel adecuado donde hospedarme allí.

—Market Basin le va a producir una desilusión. Es, sencillamente, un mercado de esta región. «El Dragón Azul» es un hotel de segunda categoría, si bien esta clasificación oficial por categoría de tales establecimientos suele dar a entender muy poco. Me inclino a pensar que «El Cordero» le gustará más. Es más tranquilo, ¿comprende? ¿Va usted a estar hospedada allí mucho tiempo?

—¡Oh, no! Sólo uno o dos días, mientras curioseo por allí.

—Poco hay que ver en ese pueblo. No encontrará antigüedades de interés, ni cosa que se le parezca. Este es un distrito eminentemente rural. Todo lo que tiene se basa en la agricultura —declaró el sacerdote—. Ahora bien, aquí se respira tranquilidad, mucha tranquilidad. Y, como ya le expliqué, la flor silvestre es lo que más le agradará…

—Tengo presentes sus manifestaciones en tal aspecto y me dedicaré a recoger los ejemplares más curiosos una vez haya llevado a cabo las gestiones necesarias para la adquisición de una casa.

—¿Es que piensa usted venirse a vivir por aquí? —inquirió la señorita Bligh.

—Verá usted… Mi esposo y yo todavía no hemos decidido nada concretamente sobre el particular —explicó Tuppence—. No llevamos prisa. A él le faltan dieciocho meses todavía para retirarse. No está de más, sin embargo, que vayamos pensando en ese paso. De momento, lo que yo quiero es quedarme en un sitio u otro de los elegidos en principio, haciéndome con listas de las pequeñas propiedades que se hallen a la venta. Resulta cansado ponerse en camino cada vez que surja algo que merezca la pena verse… Tenga en cuenta que vivimos en Londres…

—Habrá venido usted en su coche, ¿no?

—Sí —dijo Tuppence—. Mañana por la mañana visitaré a uno de los agentes que residen en Market Basin, Aquí, en esta población,

no hay donde hospedarse, ¿verdad?

—Está la casa de la señora Copleigh, quien alquila habitaciones en verano. Es una mujer muy limpia. No se le puede oponer ningún reparo en este sentido. Solamente le proporcionará casa y desayuno. No sé si también la cena, a veces. Pero no creo que tome huéspedes antes de los meses de julio y agosto…

—Quizá fuera lo mejor ir a verla. Así me enteraría de sus condiciones —declaró Tuppence.

—Es una mujer que vale mucho —informó el sacerdote—. El único reparo que se le puede poner es que habla demasiado. Su lengua no descansa.

—En las poblaciones pequeñas, ya se sabe… —dijo la señorita Bligh—. Todo son habladurías. Voy a ayudarla en lo que esté en mi mano, señora Beresford. La llevaré a casa de la señora Copleigh y ya veremos lo que pasa.

—Es usted muy amable.

—Pues entonces, nos vamos —dijo la señorita Bligh con viveza —. Adiós, padre. ¿Sigue usted con sus investigaciones? Es una tarea bien triste la que, ha emprendido y, probablemente, no conseguirá obtener ningún resultado positivo. Continúo pensando que la petición carece de sentido.

Tuppence se despidió también del sacerdote, ofreciéndose para lo que necesitara de ella.

—No me costaría trabajo dedicar una o dos horas al examen de algunas tumbas. Disfruto de una vista excelente para mi edad. Usted lo que busca, esencialmente, es el apellido Waters, ¿no?

—En realidad, no, no es eso —contestó el anciano—. La edad es lo que más me importa. Ha de ser una criatura de unos siete años de edad. Una niña. El comandante Waters piensa que su esposa pudo haberle cambiado el nombre, siendo la chica conocida, probablemente, por la adopción. La cosa es difícil, ya que se desconoce por completo este.

—Un imposible, por lo que veo —insistió la señorita Bligh.

—Usted, padre, debiera haber formulado cualquier excusa para eludir esa misión. No hay derecho.

—El pobre hombre parece estar muy afectado por este asunto —alegó el sacerdote—. Es una triste historia. Bueno, no debo

entretenerlas más.

Tuppence se dijo que cualquiera que fuese la reputación de la señora Copleigh como persona habladora, apenas podría mejorar la marca (por así decirlo) de la señorita Bligh. Una serie de frases como sentencias salieron rápidamente de sus labios, siendo expresadas en un tono dictatorial.

La casa de la señora Copliegh, espaciosa, agradable, se hallaba situada al final de la calle principal del pueblo. Tenía un jardín muy cuidado. La puerta, escrupulosamente pintada de blanco, contaba con un picaporte de latón, muy brillante. A Tuppence le pareció la señora Copleigh un personaje extraído de una obra de Dickens. Era muy menuda y gruesa. Tan redonda era que hubiera podido ser llevada de un sitio para otro rodando como una pelota. Tenía unos ojos muy brillantes, que parpadeaban constantemente; rubios cabellos en forma de rizos y una energía que saltaba a primera vista. Vaciló un poco antes de empezar a hablar…

—No, señora, habitualmente no acepto huéspedes. Lo del verano es algo muy diferente. Todo el mundo los acepta en tal época del año, si se presenta la ocasión. En julio es el momento para estas cosas. Sin embargo, si se trata tan sólo de unos días y a la señora no le importa que ande todo dentro de la casa un poco manga por hombro…

Tuppence contestó que esto último le tenía sin cuidado. La señora Copleigh, habiéndole inspeccionado atentamente, sin cesar de hablar un instante, la invitó a subir al piso para inspeccionar la habitación. Podía ser que no le gustara… Luego, ya habría ocasión de concertar las condiciones.

La señorita Bligh optó en seguida por marcharse. Estaba algo pesarosa, por no haber logrado obtener de Tuppence toda la información apetecida. Hubiera querido preguntarle de dónde procedía, qué era su marido, qué edad tenía, si tenían hijos o no y otras cosas de sumo interés. Pero se celebraba una reunión en su casa, lo cual era forzoso que presidiera. Se sentía horrorizada nada más pensar que pudiera surgir alguna persona que la sustituyera en su codiciado puesto.

—Se sentirá usted a gusto en casa de la señora Copleigh —le aseguró a Tuppence—. La cuidará bien. Bueno, ¿ha pensado en su

coche?

—Lo recogeré más tarde —manifestó Tuppence—. La señora Copleigh me llevará donde lo dejé. O me dirá dónde es mejor tenerlo. Yo creo que aquí enfrente de la casa, no estará mal, ¿verdad? La calle es bastante amplia.

—Mi esposo se ocupará de eso, no se preocupe usted, señora Beresford —dijo la señora Copleigh—. Él se lo traerá. Hay al otro lado de la casa un espacio ideal. Con su cobertizo correspondiente, por añadidura.

Todo quedó arreglado en amistosos términos, sobre aquellas bases, y la señorita Bligh se marchó. Se habló luego de la cuestión de la cena. Tuppence preguntó si había en la población alguna casa de comidas.

—No tenemos aquí ningún establecimiento adecuado para una señora como usted —respondió la señora Copleigh—. Ahora bien, si se da por satisfecha con un par de huevos fritos, un poco de jamón, pan y mermelada casera…

Tuppence, naturalmente, manifestó que aquello compondría una cena espléndida. La habitación que le había asignado la señora Copleigh era muy bonita y alegre. Estaba empapelada; el lecho parecía muy cómodo y todo respiraba un aire de impecable limpieza.

—¿Qué? ¿Le gusta el papel de las paredes, verdad? —inquirió la señora Copleigh, que parecía haber adivinado el pensamiento de Tuppence—. Lo escogimos cuando vino a pasar aquí con nosotros una pareja, su luna de miel. El dibujo, como verá, de grandes rosas entrelazadas, no puede ser más romántico.

Tuppence convino con la dueña de la casa que aquellos detalles eran precisamente los que tenían un auténtico valor en la vida.

—Estas parejitas modernas gastan poco, generalmente. No me refiero concretamente a la que vino aquí… La mayor parte de los recién casados se dedican a ahorrar para comprarse una casa o están pagando algo a plazos. Otras veces están pensando en la compra de un mobiliario. En tales condiciones, poco es lo que queda para una luna de miel de categoría o algo por el estilo. Estos jóvenes de hoy son prudentes. No se gastan así porque sí el dinero.

Bajó las escaleras sin dejar de hablar un momento. Tuppence se

tendió en el lecho para descansar media hora. Había vivido una jornada muy movida. La señora Copleigh le inspiraba muy fundadas esperanzas y confiaba en que una vez se hubiese repuesto sería capaz de llevar la conversación al terreno que a ella le interesaba más, para hacerla fructífera. Estaba segura de que podría enterarse de todo lo que supiese concerniente a la casa del canal; pronto sabría quién había vivido allí, qué había habido de bueno y de malo dentro de sus muros, de qué escándalos había sido escenario y otros extremos. Su seguridad se acrecentó después de haber sido presentada al señor Copleigh, un hombre que en raras ocasiones abría la boca. Su conversación se fundamentaba principalmente en una serie de amistosos gruñidos, que habitualmente equivalían a un signo afirmativo. Los tonos más bajos correspondían a la negación.

Tal como pudo apreciar Tuppence, se contentaba con que su esposa hablara. Él se hallaba abstraído, repasando sus planes para la jornada siguiente, día de mercado.

Tuppence se hallaba muy satisfecha con el giro que tomaban las cosas. No podía ir mejor. Aquello era lo mismo que si la señora Copleigh o su marido le hubieran dicho: «¿Está usted necesitada de información? Pues bien, nosotros tenemos seguramente la que busca». La señora Copleigh venía a ser tan cómoda como un aparato de radio o un televisor. No había más que girar un botón y en seguida empezaban a oírse frases y más frases acompañadas de expresivos gestos. La señora Copleigh tenía también de goma la cara, no sólo el cuerpo, aquella redonda pelota… La gente de que hablaba cobraba vida, en forma caricaturesca, ante los ojos de Tuppence.

Esta dio buena cuenta de una espléndida ración de jamón con huevos, haciendo los debidos honores al pan y la mantequilla; saboreó y elogió la mermelada, de fresas, precisamente la que ella prefería, cosa que declaró, expresándose con toda sinceridad. Al mismo tiempo absorbió el aluvión de informaciones facilitadas por la dueña de la casa, hasta el punto de que más tarde tomó abundantes notas en su agenda. La señora Copleigh efectuó un completo repaso de la historia del distrito, hasta donde alcanzaban sus conocimientos.

Las secuencias facilitadas por su interlocutora no eran ordenadas

cronológicamente, por lo cual, a veces, Tuppence tropezaba con dificultades. La señora Copleigh se remontaba a lo mejor a un episodio de quince años atrás para pasar inmediatamente a otro acaecido dos años antes o a lo largo del último mes. Tuppence tendría que proceder posteriormente una clasificación severa de todos aquellos materiales. También se preguntó esta, en diversas ocasiones, si en realidad acabaría sacando algo en limpio.

El primer botón que había oprimido no le dio ningún resultado. Tuppence había aludido a la señora Lancaster…

—Yo creo que era por aquí —explicó, mostrándose deliberadamente vaga—. Poseía un cuadro, un cuadro muy bonito, debido a un artista que me parece que era conocido en esta región.

—¿Cómo ha dicho usted que se llamaba esa mujer?

—Lancaster era su apellido.

—No recuerdo a ningún Lancaster por aquí. Lancaster, Lancaster… Un caballero sufrió un accidente de automóvil… No. Me estaba acordando del coche, un Lancaster, es decir, un Lanchester… Oiga: ¿no sería esa la señora Bolton? Contará ahora los sesenta años ya. Puede ser que contrajera matrimonio con un hombre apellidado Lancaster Se marchó al extranjero y tengo entendido que se casó más tarde.

—El autor del cuadro que ella regaló a mi tía se llamaba Boscobel… Sí, ese creo que era su apellido… ¡Qué buena está la mermelada! —exclamó Tuppence.

—No le pongo manzana nunca. Es esto lo que hace la mayor parte de la gente. Dicen que mejora la mermelada, pero a mí se me antoja que le resta su sabor característico.

—Sí. Estoy de acuerdo con usted, señora Copleigh.

—¿Qué nombre ha mencionado usted ahora? Sé que empezaba con B, pero no he acabado de cogerlo.

—Boscobel.

—¡Oh! Ya recuerdo… El señor Boscowan. Veamos… Hace quince años, por lo menos, que no ha estado aquí. Vino varias veces seguidas. Le gustaba nuestro distrito. Luego, alquiló una casa. Era una de las de Farmer Hart, que retuvo para su labrador. Pero el Consejo le construyó otra nueva… Fueron cuatro las nuevas viviendas especialmente destinadas a los trabajadores.

»El señor B. era un artista de mediana categoría —continuó la señora Copleigh—. ¡Qué abrigo más raro solía usar! Era como de pana. Llevaba una especie de parches en los codos. Y también en los hombros. Se ponía camisas verdes y amarillas. Pintaba recurriendo a todos los colores: A mí me gustaban sus cuadros. Una vez, los expuso… Por Navidad, me parece. No, no. La exposición debió ser en el verano. Sí; sus lienzos eran bonitos. Nada del otro mundo, sin embargo, ¿me comprende? Invariablemente, pintaba un par de árboles o dos vacas asomándose por encima de una valla. Pero sus cuadros respiraban paz, quietud y tenían unos colores muy lindos. No eran como los de esos pintores de hoy en día.

—¿Es que suele haber muchos artistas por aquí siempre?

—No, en realidad, no. Que den que hablar, ¿me entiende? Cuando llega el verano aparecen por aquí dos o tres muchachas que se dedican a realizar bosquejos… Tuvimos en el pueblo un joven, hace cosa de un año, que se llamaba así mismo artista. Nunca iba correctamente afeitado. No puedo decir que me gustaran sus cuadros. Muchos colores, todos mezclados confusamente. No se podía ver nada claro en sus lienzos. Vendió muchos cuadros, eso es cierto. Y no eran nada baratos.

—Debían de costar unas cinco libras —dijo el señor Copleigh, mediando en la conversación tan inesperadamente que Tuppence sufrió un sobresalto.

—Voy a explicarle qué es lo que piensa mi marido —indicó la mujer, haciéndose la intérprete de aquel—. Él opina que ningún cuadro debiera costar más de cinco libras. Eso es lo que él dice, ¿verdad, George?

—¡Ah! —exclamó el hombre por toda respuesta.

—El señor Boscowan pintó un cuadro en el que aparecía la casa que hay junto al puente y el canal… ¿No era denominada «Waterside» o «Watermead»? Hoy pasé por allí.

—¿Fue usted por esa carretera? Es terrible… Muy estrecha. Siempre he pensado que la casa a que se refiere usted está muy solitaria. No me gustaría vivir en ella. Me parece excesivamente aislada. ¿Estás de acuerdo conmigo, George?

George produjo un ruido que expresaba disentimiento y quizá desprecio ante la proverbial cobardía de las mujeres.

—Allí vive Alice Perry… —comentó la señora Copleigh.

Tuppence abandonó su investigación sobre Boscowan para ocuparse ahora de los Perry. Había llegado a una conclusión: le convenía seguir a la señora Copleigh, que saltaba con facilidad de un tema a otro.

—Una rara pareja, sí, señora Beresford.

George hizo otro ruido que significaba que estaba de acuerdo.

—Son muy para ellos. En cuanto a Alice…

—Está loca —declaró tajante el señor Copleigh.

—Yo no diría tanto. Lo parece, todo lo más. Lleva siempre los cabellos desordenados, sin peinar, sueltos… Y luego, viste chaquetones masculinos y calza botas de goma. Suele decir, además, cosas muy raras y cuando una le pregunta cualquier cosa se sale por los cerros de úbeda, como si pensara en otro tema completamente distinto. No. Yo no la llamaría loca. La considero una mujer muy especial, eso es todo.

—¿Cae bien a la gente?

—La gente apenas la conoce, pese a que el matrimonio vive aquí desde hace varios años. Circulan por el lugar muchos cuentos sobre su persona. Pero a lo mejor no son más que eso: cuentos.

—¿De qué clase?

A la señora Copleigh no le molestaban las preguntas directas. Las acogía con la misma naturalidad que las otras, las formuladas con mayores o menores rodeos, contestándolas con idéntico agrado.

—Dicen que habla con los espíritus, por la noche. Se sienta para ello frente a una mesa… También se ha hablado aquí de que por las noches se ven luces en la casa, moviéndose de un lado para otro. Lee mucho, me han dicho. Sus libros tienen dibujos muy particulares en sus páginas, a base de círculos y estrellas. El que no está bien de la cabeza, a mi entender, es Amos Perry.

—Un tío muy simple —comentó el marido indulgentemente.

—Es posible que estés en lo cierto. Pero también se han dicho muchas cosas de él. Le tiene cariño a su jardín, pero entiende poco de eso…

—El matrimonio ocupa sólo la mitad de la casa —declaró Tuppence—. La señora Perry, amablemente, me invitó a entrar.

—¿Sí? ¿De veras? Creo que no me gustaría nada entrar en su

casa —dijo la señora Copleigh.

—Con la parte de la finca que ocupan ellos no pasa nada —informó el marido.

—¿Ocurre algo con la otra? —inquirió Tuppence—. Me refiero a la que da al canal.

—Pues verá usted… Se han contado muchas cosas de ella. Desde luego, allí no vive nadie desde hace años. Han circulado numerosos rumores. A la hora de concretar, nadie sabe dilucidar la verdad, sin embargo. Todo data de hace mucho tiempo. La casa fue construida hace un centenar de años, ¿sabe? Se afirma que allí, primeramente, estuvo recluida una hermosa joven, por obra de un caballero de la corte.

—¿La corte de la reina Victoria? —inquirió Tuppence con gran interés.

—Yo creo que no. La vieja reina se comportaba de una manera muy clara en ciertas situaciones. Me inclino a pensar que el episodio data de fechas anteriores. El caballero en cuestión iba a ver a su prisionera periódicamente. Más tarde sostuvieron un altercado y entonces, una noche, él la degolló.

—¡Es terrible! —exclamó Tuppence—. ¿Y fue colgado el asesino?

—No. Nada de eso. Se dice que viéndose obligado a deshacerse del cadáver, para ocultar su delito, el hombre la emparedó en la chimenea.

—¿Qué la emparedó en la chimenea?

—Hay quien afirma que la muchacha era una monja que se había escapado de un convento. A eso se debe que muriera emparedada. Es lo que suelen hacer con casos así en los conventos.

—Pero no fueron monjas las que impusieron el castigo.

—No, no. Lo hizo él. Su amante. Levantó un muro de ladrillo en la chimenea y lo forró con una plancha de hierro. Sea como sea, ella no fue vista por nadie, ya en lo sucesivo. ¡Pobrecilla! Caminaba siempre de un lado para otro, embutida en finos vestidos. También hay personas que afirman que la joven se marchó con él, con objeto de establecer su residencia en la ciudad. Fueron muchos los que aseguraron haber visto luces por la casa u oído diversos ruidos… No pocos se abstenían cuidadosamente de acercarse por allí después de

haber oscurecido.

—¿Y qué sucedió más tarde? —preguntó Tuppence, pensando que detenerse en el reino de Victoria era situarse demasiado lejos en el pasado, con vistas a sus indagaciones.

—No estoy muy enterada, si quiere que le diga la verdad. Me parece que cuando la casa fue puesta en venta, la adquirió un granjero llamado Brodgick. No duró mucho tiempo en sus manos. Brodgick era un caballero granjero. Por eso le gustaba la casa, supongo. Ahora bien, la tierra de labor era escasa y por otra parte no sabía qué hacer con la que tenía. Entonces, decidió vender a su vez la finca.

»Cambió de manos muchas veces… Se llevaron a cabo en el edificio algunos cambios… Nuevos cuartos de baño… Todo eso… Creo recordar en estos momentos que se estableció allí un matrimonio que se dedicaba a la cría de aves. Su mala suerte se tornó famosa. He de advertirle que todas estas cosas son anteriores a mi época. Me parece que el mismo señor Moscowan pretendió comprar la casa en cierta ocasión. Por entonces, pintó el cuadro…

—¿Qué edad tendría el señor Boscowan cuando estuvo aquí?

—Contaría unos cuarenta años, o un poco más. Era un hombre de muy buen ver. Luego, engordó algo. A las mujeres les caía bien.

—¡Ah! —exclamó el señor Copleigh.

Profirió un gruñido que venía a ser un aviso.

—Todos nosotros sabemos cómo suelen ser los artistas —dijo la señora Copleigh, abarcando con esta consideración a Tuppence—. Visitaba Francia con mucha frecuencia y sus modales acabaron por ser los de un francés.

—¿Era soltero?

—En efecto. Por lo menos, cuando estuvo aquí. Mostraba grandes preferencias por la hija de la señora Charrington, pero de tal relación no salió nada. Ella era una muchacha muy atractiva; pero excesivamente joven para él. La chica no tendría más de veinticinco años.

—¿Quién era la señora Charrington?

Tuppence se sintió profundamente desconcertada al ver que entraban en escena nuevos personajes.

«¿Qué demonios estoy haciendo aquí, en fin de cuentas? —se

preguntó de repente, al sentirse fatigada—. Estoy prestando oídos a una serie interminable de habladurías que ni me van ni me vienen. No debe de haber nada de verdad en cuanto me han referido. Ahora comprendo… Todo empezó cuando una agradable anciana, de cabeza poco o nada firme, mezcló en su mente las historias que este señor Moscowan, o alguien como él, le contó acerca de la casa, con su leyenda… Le hablaría de una persona que había muerto emparedada allí y la vieja, por una razón u otra, imaginó que había sido una criatura. Y aquí estoy, poco menos que buscando una aguja en un pajar. Tommy me dijo que era un estúpida y estaba en lo cierto. Sí, soy una estúpida, querido».

Esperó a que se produjera una pausa en el caudaloso fluir de frases de la boca de la señora Copleigh, con el fin de levantarse y despedirse cortésmente. No podía más ya. Quería acostarse cuanto antes.

La señora Copleigh, sin embargo, continuaba estando en forma.

—¿La señora Charrington? ¡Oh! Vivió en Watermead durante algún tiempo. Con su hija. La señora Charrington era toda una dama. Viuda de un oficial del ejército, creo. Dedicaba la mayor parte de sus horas a la jardinería. Le gustaba esta actividad. No era tan eficiente respecto a la conservación de la casa. Yo fui una o dos veces por allí, para ayudarla. Tuve que retirarme. Tenía que ir allí en bicicleta y la distancia a recorrer era superior a los tres kilómetros. Por esa carretera, entonces, no circulaban los autobuses de línea.

—¿Vivió en aquel sitio mucho tiempo?

—No más de dos o tres años, me parece. Se asustó con las complicaciones que vinieron después. Y la mujer ya tenía, además sus preocupaciones. A causa de su hija, Lilian, creo que se llamaba.

Tuppence tomó un sorbo del fuerte té con lo que la cena estaba siendo «respaldada», adoptando la decisión de aclarar lo referente a la señora Charrington antes de irse a descansar.

—¿Qué pasó con su hija? Cosas del señor Boscowan, ¿no?

—No. No fue el señor Boscowan quien provocó las dificultades. Nunca di crédito a eso. Fue el otro…

—¿Quién era el otro? —inquirió Tuppence—. ¿Alguien que vivió aquí?

—No creo que viviese aquí nunca. Fue alguien que la joven conoció en Londres. La muchacha se trasladó a la ciudad para estudiar ballet. ¿Era ballet? ¿O arte? El señor Boscowan se ocupó de realizar las gestiones necesarias para que ella ingresase en el colegio de la capital. Slate, me parece que era su apellido…

—¿Slate? —sugirió Tuppence.

—Es posible. Un apellido de ese corte. Bueno, el caso es que la chica marchó allí y así es como conoció a aquel individuo. A su madre no le gustaba. Le prohibió que se viera con él. Esto no podía ser bueno… La mujer era una necia en muchos aspectos. Como la mayor parte de las esposas de oficiales del ejército, ¿sabe usted? Se figuraba que una joven podía aceptar los consejos de su madre en el terreno amoroso. Se había quedado anticuada. Había vivido en la India y por ahí, pero todavía no había aprendido que cuando hay por en medio un hombre de buen ver y la hija se la pierde de vista, esta suele desoír los consejos de sus mayores. La chica venía de cuando en cuando, pero los dos jóvenes se veían fuera, lejos de aquí.

—Y entonces fue cuando quedaron planteadas las dificultades, ¿no es así?

Tuppence recurrió a aquel eufemismo, esperando que de esta manera la señora Copleigh no encontraría extraño el enorme interés que le inspiraban tantas e interminables habladurías.

—Sí. Todo estuvo claro. Yo vi la cosa venir, antes que la propia madre, creo. Era una hermosa muchacha… Alta, bien proporcionada, hermosa de veras. Pero me inclino a pensar que carecía de energía suficiente para hacer frente a los obstáculos de la vida. Se vino abajo, ¿me entiende? Solía pasear por los sitios más solitarios, hablando consigo misma. Aquel individuo, si quiere que le dé mi opinión, la trataba mal. La dejó al enterarse de lo que estaba ocurriendo. Desde luego, una madre como Dios manda hubiese cogido el tren para ir a verle, para hablar con él y hacerle comprender cuál era su deber. Pero la señora Charrington carecía de decisión para proceder así. La madre se enteró por fin, llevándose a la chica a otro lugar. Cerró la casa después, poniéndola a la venta. Las dos volvieron para recoger sus cosas, según tengo entendido, pero no visitaron el pueblo, ni dijeron nada a nadie. Ya

no regresaron jamás. Circulaba cierta historia por ahí. Nunca pude saber qué había en ella de verdad.

—Hay gente que saca partido de todo —manifestó el señor Copleigh, como siempre, por sorpresa.

—Pues sí, George. Tienes razón. La historia, sin embargo, puede ser cierta en todos sus extremos. Estas cosas pasan. Y con más frecuencia de la que fuera de desear. Como has dicho antes, esa mujer creo que no andaba muy bien de la cabeza.

—¿A qué historia se refiere usted ahora? —preguntó Tuppence, adoptando una expresión ingenua.

—No me gusta aludir a ella, si he de serle sincera… Ha pasado mucho tiempo y sólo quisiera hablar de cosas de las que pueda estar segura. Fue Louise, la hija de la señora Badcock, quien comentó eso. Esa chica era una embustera terrible. ¡La de comentarios que hizo! Todos ellos muy propios para componer una intrigante historia.

—¿Cuál? —insistió Tuppence.

—Dijo que la señorita Charrington había matado a su hija, suicidándose posteriormente, añadiendo que su madre se volvió loca a causa del tremendo disgusto que sufrió, viéndose obligados sus parientes a internarla en un establecimiento para dementes.

Nuevamente, Tuppence se sintió confusa, sin saber a qué atenerse. Llegó un momento en que le pareció que la silla en que sé hallaba sentada daba vueltas. Aquella señora Charrington, ¿sería la señora Lancaster? Podía haberse cambiado el apellido, viviendo luego obsesionada por el trágico destino de su hija. La señora Copleigh continuaba hablando implacablemente.

—Nunca creí una sola palabra de esa historia —manifestó—. Esa chica de la señora Badcock tiene una lengua… La verdad es que por aquellas fechas prestábamos poca atención a las habladurías y cuentos de esa clase… Teníamos otras preocupaciones. Lo cierto es que estábamos asustados todos por las cosas raras que ocurrían en el distrito… Cosas reales, además.

—¿De qué se trataba concretamente? —preguntó Tuppence, maravillada ante aquel impetuoso caudal de extraordinarios acontecimientos de que había sido testigo un poblado de apariencia tan inofensiva Como Sutton Chancellor.

—Es posible que recuerde usted algo por haberlo leído en los

periódicos, que se ocuparon de ello. Este asunto data de unos veinte años atrás. Sí, tiene usted que haber leído algunas informaciones… Me refiero a los asesinatos de varios niños. Primeramente fue una niña de nueve años de edad. Un día salió de su casa para ir al colegio y ya no regresó. Toda la vecindad se dedicó a la busca de la criatura… Su cadáver fue hallado en Dingley Copse. Había muerto estrangulada. Bueno, nada más pensar en esto siento un escalofrío… Esa fue la primera víctima. Tres semanas más tarde hubo otra, en Market Basin. Pero dentro del distrito. Un hombre que se hubiese valido de un coche, habría podido llevar a cabo aquella mala acción con bastante facilidad.

Y luego otros crímenes. Hubo entre ellos pausas de un mes o dos… Uno de los asesinatos se cometió a tres kilómetros de aquí, aproximadamente…

—¿No sospechaba de nadie la policía?

—La policía trabajó lo suyo —manifestó la señora Copleigh—. Detuvo a un hombre. Era de Market Basin… Ya sabe usted lo que pasa en estas ocasiones. Hay que dar satisfacción al anhelo de justicia de la gente sana. Y se procede oficialmente contra el primer individuo dudoso que se pone a tiro. Hubo varias detenciones, sin resultados positivos. A las veinticuatro horas, los agentes se veían obligados a poner en libertad a los detenidos, por falta de pruebas. Las coartadas presentadas por estos fueron irrebatibles.

—Un momento, Liz —medió el señor Copleigh—. Es posible que la policía supiera la identidad del autor de los crímenes. Yo sostengo que la conocía. Es lo que he oído afirmar en muchas ocasiones, ciertamente. Muchas veces, los agentes saben a qué atenerse, pero no pueden obrar en consecuencia por falta de pruebas. No es posible condenar a nadie sin pruebas.

—Lo que pasa también es que los testimonios de los padres y las madres no tienen valor casi nunca. Es necesario que sean corroborados por otras personas para que la policía los estime en su justo valor. Los agentes se desorientan fácilmente y no es, desde luego, porque estén siendo engañados. Esto resulta inevitable… Bueno, el caso es que pasamos unas semanas terribles. Todo el mundo andaba soliviantado. Nada más difundirse la noticia de que había desaparecido otro niño, se organizaban grupos para

emprender su búsqueda por todas partes.

—Es verdad —confirmó el señor Copleigh.

—A veces, la víctima era hallada en seguida. En otras ocasiones, la búsqueda duraba semanas enteras. Y los cadáveres aparecían en los sitios más impensados. Supongo que todo sería obra de un criminal maniático. Es terrible —dijo la señora Copleigh, adoptando una expresión más severa que nunca—. Es terrible que existan hombres así. Debieran ser ajusticiados. Debieran ser estrangulados. Si cayera en mis manos alguna vez un tipo así, no se me escapaba. Estos individuos que hacen blanco de sus criminales ataques a las inocentes criaturas, no tienen derecho a vivir. ¿Y qué se consigue metiéndolos en lujosas cárceles dotadas de todas las comodidades? Más tarde, estos sujetos recuperan la libertad y… vuelta a las andadas. Los que ingresan en manicomios, por haber sido considerados dementes, vuelven a sus casas como salieron y no curados como afirman los médicos en tales situaciones. Es lo que pasó en un pueblo de Norfolk. Me lo contó una hermana mía que vive allí… El maniático, un criminal, regresó a su casa y a los dos días había cometido otro terrible delito. ¿Qué hacen esos médicos, en qué piensan al dictaminar que tales sujetos se han recuperado de su dolencia mental cuando ello no es verdad?

—Y las sospechas, aquí en general, ¿no apuntaron nunca a ninguna persona concretamente? —inquirió Tuppence—. ¿Piensan ustedes que todo fue obra de un forastero?

—Pudo haber sido un forastero, por supuesto, el autor de todas aquellas atrocidades. Pero también existe la posibilidad de que se tratara de alguien que habitara por aquí, en un radio de treinta kilómetros. No podía ser, en cambio, ninguno de los hombres del pueblo…

—Tú siempre afirmaste lo contrario, Liz.

—Estás en un error —afirmó la señora Copleigh—. Tú eras el que sostenía que era uno de nuestros vecinos. Por la sencilla razón de que te hallabas atemorizado, me imagino. Yo me dedicaba a observar a la gente. También tú procedías así, George, pero… Buscabas a alguien que se comportara un poco extrañamente. Ahí estaba, quizá, tu equivocación.

—Yo creo que el autor de los crímenes no ofrecería ninguna rara

apariencia —declaró Tuppence—. Lo más seguro era que pudiese confundirse con los demás…

—Por ese camino va usted bien, probablemente. Quienquiera que fuese el criminal, no tendría apariencia de loco… Había quien decía que forzosamente sus ojos tendrían que brillar de una manera siniestra.

—Por entonces, el sargento de la policía aquí era Jeffreys —aclaró el señor Copleigh—. Pues bien, Jeffreys dijo en más de una ocasión que él tenía una idea muy atinada en lo tocante a la identidad del asesino, pero que no podía hacer nada.

—¿No llegaron a detener al hombre?

—No. Transcurrieron seis meses, un año casi… Luego, todo se quedó parado. Ya no se volvió a mover el asunto. El hombre debió de irse. Es lo que hizo a algunos pensar que conocían la identidad del misterioso personaje.

—¿A causa de haber dejado el distrito?

—Bueno, su marcha dio que hablar, ¿sabe? Se hizo entonces con tal motivo un cálculo de probabilidades.

Tuppence vaciló un poco antes de formular la siguiente pregunta. Pensó luego que la señora Copleigh tenía tantas ganas de hablar siempre, que no se la tomaría en cuenta.

—¿A quién juzgaron ustedes, autor de los crímenes? —inquirió.

—Verá… ¡Ha pasado ya tanto tiempo desde aquello! No me gusta hablar de eso, si he de serle sincera. Algunos pensaron que podía haber sido el señor Boscowan.

—¿Sí?

—En efecto. Era un artista. Y los artistas son casi siempre tipos muy raros. Todo el mundo decía eso. ¡Pero yo no lo creí nunca!

—Todavía había más gente que señalaba como culpable a Amos Perry —manifestó la señora Copleigh.

—¿El esposo de la señora Perry?

—Exactamente. Es un tipo extraño, muy simple. Podría ser incluido en la lista de posibles autores de aquellos salvajadas.

—¿Vivían entonces los Perry aquí?

—Sí. Pero no en Watermead. Tenían una casa a seis u ocho kilómetros de aquí. De lo que estoy seguro es de que la policía no lo perdía de vista.

—No pudieron acusarle formalmente de nada, sin embargo —declaró la señora Copleigh—. Siempre hablaba su esposa por él. Pasaba las veladas con su mujer, sostenía esta. Los sábados por la noche giraba una visita al bar… Ahora bien, ninguno de aquellos crímenes fueron cometidos en sábado, de manera que ahí no había nada. Además, Alice Perry es de esas personas que despiertan confianza cuando formulan una declaración. Jamás se contradecía; nunca daba marcha atrás cuando decía una cosa; no había quien la asustara… Pero el caso es que Amos no era el hombre que todos buscaban. Nunca pensé yo tal cosa. Tenía un presentimiento, eso sí. De haberme visto obligada a señalar a alguien, mi dedo hubiera apuntado a *sir* Philip.

—¿*Sir* Philip? —inquirió Tuppence. La cabeza parecía estar dándole vueltas. Entraba en escena un nuevo personaje—. ¿Quién era?

—*Sir* Philip Starke… Vive en Warrender House, un edificio que recibió la denominación de *Old Priory* cuando lo ocupaban los que llevaban aquel apellido, antes de que se incendiara. En el cementerio de la iglesia y dentro de ella podrá ver muchas placas de mármol con el nombre de los Warrender. Aquí ha habido Warrender siempre, prácticamente, desde el reinado del último Jaime.

—¿Era *sir* Philip pariente de los Warrender?

—No. Hizo su fortuna a lo grande, tengo entendido, O fue su padre… A base de fundiciones de acero y cosas por el estilo. *Sir* Philip era un tipo raro. Sus talleres se encontraban en el norte, pero él no vivía aquí, Muy reservado. Llevaba la existencia de un recluso… Recluso, se dice, ¿no?

—Sí, sí —se apresuró a contestar Tuppence.

—Es la palabra que más le cuadraba entonces. Era un hombre pálido, ¿sabe?, delgado, huesudo… Le gustaban mucho las flores. Era un botánico muy enterado. Coleccionaba florecillas silvestres, siempre las más menudas, aquellas de las que nadie suele hacer el menor caso. Hasta escribió un libro sobre las mismas, creo. ¡Oh, sí! Era inteligente, muy inteligente. Su esposa era toda una dama, una mujer muy hermosa, pero de aire triste. Esto es, por lo menos, lo que yo me decía…

El señor Copleigh produjo uno de sus gruñidos característicos.

—Eres una necia, Liz —dijo—. ¡Mira que pensar que podía haber sido *sir* Philip! *Sir* Philip era un hombre muy amante de los niños. Siempre estaba organizando reuniones infantiles.

—Sí, ya lo sé. Montaba a cada paso fiestas, fijando bonitos premios para los niños. En sus reuniones no faltaban los juegos ni las golosinas: helados, dulces y demás. No tuvo hijos… Muy frecuentemente, paraba a los chiquillos en la calle para darles caramelos o dinero con que comprárselos. No sé qué pensar, sin embargo… Creo que exageraba. Era un hombre extraño. Algo importante ocurrió para que su esposa, de repente, le dejara.

—¿Cuándo lo abandonó?

—Unos seis meses después de que comenzaran a producirse todos aquellos acontecimientos. Tres niños habían sido asesinados por entonces. *Lady* Starke se trasladó inesperadamente al sur de Francia, de donde no había de regresar jamás. No era una mujer de quien se pudiese esperar ese paso tan grave. Era una señora tranquila, respetable. No es que se fugase con otro hombre. Las mujeres de su clase no suelen proceder así. ¿Por qué, por qué lo abandonó? Yo siempre sostuve que por el hecho de saber algo… Seguramente, descubrió algún detalle comprometedor, elocuente…

—¿Vive él aquí todavía?

—No siempre, ni mucho menos. Se presenta, por lo general, un par de veces al año… La casa está cerrada durante sus prolongadas ausencias, cuidando de ella un guardián. La señorita Bligh era su secretaria… Es quien se ocupa, normalmente de sus cosas.

—¿Y qué fue de la esposa?

—Murió, la pobre señora. Murió poco después de haberse ido al extranjero. En la iglesia hay una placa que la recuerda. Debió de vivir una experiencia terrible. Quizá no estuviera segura al principio. Es posible que luego sospechase de su esposo y tal vez más tarde adquiriese la certeza de su culpabilidad. Entonces, no pudiendo soportarlo, pensaría en salir de aquí…

—¡Qué cosas sois capaces de imaginar las mujeres! —comentó el señor Copleigh.

—Todo lo que he dicho es que había algo raro en relación con *sir* Philip. Era demasiado aficionado a los niños y esto, en cierto

modo, no resulta completamente normal.

—Fantasías de mujeres… ¡Bah! —contestó el señor Copleigh, despectivamente.

Su esposa se puso en pie, comenzando a quitar cosas de la mesa.

—Tú vas a ser la culpable de que esta señora tenga pesadillas si insistes en referirle todo lo que sucedió en este distrito hace años. Son cosas que ya nada tienen que ver con la realidad actual.

—Lo que me ha contado usted, señora, no puede ser más interesante —declaró Tuppence—. Le confesaré, sin embargo, que ahora estoy medio muerta de sueño. Creo que lo mejor será acostarme.

—Habitualmente, nosotros nos acostamos temprano, ¿sabe usted? —contestó la señora Copleigh—. Y es lógico que después de todos los ajetreos del día se caiga usted de sueño.

Tuppence bostezó largamente.

—Bien. Buenas noches y muchas gracias por todo.

—¿Querrá una taza de té por la mañana? A las ocho de la mañana. ¿Es demasiado temprano para usted?

—No, no. Es una hora magnífica —repuso Tuppence—: No quisiera que se molestase usted por mi causa, sin embargo, señora Copleigh. Ya tiene bastantes atenciones conmigo.

—Para mí eso no supone ninguna molestia, créame. Tuppence subió las escaleras que conducían a su habitación. Abrió su maleta, sacó las prendas que necesitaba en aquellos instantes, se desvistió, tomó un baño y se tendió en el lecho.

Era verdad lo que había dicho a la señora Copleigh. Estaba agotada, Habían desfilado delante de ella, entrevistos como en un caleidoscopio de móviles figuras, numerosos acontecimientos con toda suerte de horrendos hechos.

Unos niños muertos, asesinados… Era demasiado. Tuppence buscaba el rastro de uno que hubiese ido a parar a una pared de chimenea. Quizá tuviera que ver esta con Waterside. La muñeca infantil… Una criatura había sido asesinada por una joven de poco cerebro, que se volviera loca por haber sido abandonada por su esposo.

Tuppence no tardó mucho en quedarse dormida. Pero tuvo una pesadilla. Contempló algo así como una «Dama de Shalott»

asomándose por la ventana de la casa. Advirtió un ruido, un arañazo, procedente de la chimenea. Había en la pared una gran plancha de hierro y alguien daba fuertes golpes en ella por el lado opuesto. Eran unos sonidos como de fuertes martillazos.

—¡Bum, bum, bum!

Tuppence se despertó. Era la señora Copleigh, que llamaba a la puerta. Entró con paso diligente en la habitación, depositó la bandeja con el servicio de té junto a la cama y descorrió las cortinas. Esperaba que Tuppence hubiese dormido bien. Esta no había visto nunca a una mujer más animada a aquella hora de la mañana que la señora Copleigh. ¡No había sido víctima de ninguna pesadilla!

Capítulo IX

Una mañana en Market Basin

—¡Ah! —exclamó la señora Copleigh al salir atropelladamente de la habitación—. Un día más. Es lo que siempre digo cada mañana, al despertar.

«¿Un día más? —pensó Tuppence, tomando un sorbo de té—. Comienzo a preguntarme si estaré haciendo la tonta por aquí… Podría ser que sí… Me gustaría mucho que Tommy me hiciera compañía ahora. Cambiaríamos impresiones… Lo de anoche acabó de desorientarme».

Antes de abandonar el dormitorio, Tuppence hizo unas cuantas anotaciones en su agenda, registrando los diversos sucesos de que se había hablado la noche anterior en aquella casa, con los nombres correspondientes de sus protagonistas o no. Se había sentido demasiado cansada por la noche para hacer aquello, antes de acostarse. Todo aquello componía una serie de historias melodramáticas pertenecientes al pasado, en las que habría, con seguridad, su poco o mucho de verdad… Se advertía, no obstante, mucha habladuría, una clara malicia, la romántica imaginación popular…

«La verdad es que me he familiarizado con las vidas amorosas de cierto número de personas, llegando a remontarme al siglo XVIII, me parece recordar —se dijo Tuppence—. Ahora bien, ¿a mí qué me importa eso? ¿Y qué es lo que, ando buscando? Ni siquiera lo sé. Lo peor del caso es que me he enredado y que no consigo deshacerme de la maraña que me envuelve».

Sospechando que lo primero que debía hacer era establecer contacto con la señorita Bligh, a quien Tuppence reconocía ya como

la amenaza efectiva de Sutton Chancellor, fue en su busca para explicarle que tenía una cita urgente que no podía aplazar… ¿Cuándo estaría de regreso? Tuppence, deliberadamente, se mostró vaga… ¿Tendría inconveniente en comer con ella…? La señorita Bligh era muy amable, pero Tuppence temía que…

—Tomaremos el té juntas, entonces. La espero a las cuatro y media.

Aquello era como una real orden. Tuppence, sonriente, asintió. Pisó el acelerador y enfiló en seguida la carretera. Tuppence se dijo que en el caso de que los agentes de la propiedad inmobiliaria de Market Basin le notificasen algo interesante, Nellie Bligh podría proporcionarle una información adicional de utilidad. Era una mujer que se vanagloriaba de saberlo todo. Lo malo era también que, a su vez, querría averiguar todo lo referente a Tuppence. Esta esperaba hallarse por la tarde suficientemente recuperada, apelando entonces a su inventiva sobre la marcha.

«Acuérdate de la señora Blenkinsops», se dijo Tuppence al tiempo que maniobraba diestramente en una cerrada curva para evitar ser destrozada por un enorme tractor que marchaba en dirección contraria.

En Maket Basin dejó el coche en una zona destinada al estacionamiento de vehículos que se hallaba en la plaza principal. Entró luego en la estafeta de correos y pasó a una de las cabinas telefónicas.

Le contestó Albert… Con su habitual y solitario «¡Diga!» vocablo que pronunciaba con voz recelosa siempre.

—Escucha esto, Albert… Mañana estaré de vuelta. Llegaré a tiempo de la cena, quizá bastante antes. También habrá regresado el señor Beresford, a menos que telefonee anunciando algún retraso. Compra algo… Un poco de pollo, si acaso.

—De acuerdo, señora. ¿Desde dónde llama…? —pero Tuppence había colgado ya.

Toda la vida de Market Basin parecía encontrarse concentrada en la plaza principal del lugar… Tuppence había consultado una guía de estafeta de correos, antes de abandonarla, y tres de las cuatro oficinas dedicadas a la compraventa de fincas estaban domiciliadas en aquel punto de la población… La cuarta paraba en

George Street.

Tuppence había tomado nota por escrito de las direcciones para indicar ordenadamente sus visitas.

Empezó por la firma Lovebody & Slicker, que parecía ser la más importante.

La recibió atentamente, una atractiva chica con cara llena de pecas.

—Estoy haciendo indagaciones sobre una casa —le explicó.

La muchacha acogió esta indicación sin el menor interés. La misma actitud habría adoptado, indudablemente, de haberle dicho Tuppence que seguía el rastro de algún animal extraño.

—Pues no sé qué decirle… —contestó la joven, mirando a su alrededor, por si localizaba, tal vez, algún colega a quien endosarle aquella visita…

—He hablado de una casa —insistió Tuppence—. ¿No son ustedes agentes de la propiedad?

—Somos eso y subastadores. Las subastas, sin embargo, se celebran los miércoles. Si a usted le interesan las que tenemos en marcha, puedo facilitarle el catálogo correspondiente, al precio de dos chelines.

—Las subastas no me interesan, Quiero hacer algunas preguntas sobre determinada casa.

—¿Amueblada?

—Sin amueblar… Con el propósito de alquilarla… o comprarla.

El rostro de la atractiva joven de las pecas se iluminó levemente.

—Creo que lo mejor es que se entreviste con el señor Slicker.

Al señor Slicker era a quien deseaba ver precisamente Tuppence. A los pocos minutos se encontraba sentada en el interior de un despacho, frente a una mesa, contemplando el rostro de un hombre joven, embutido en un traje de lana bien cortado, de salientes pómulos, quien empezó a enumerar una serie de viviendas disponibles particularmente interesantes. Al mismo tiempo, formulaba comentario, como si hablase en voz alta…

—El número ocho de Mandeville Road está bien. Tres habitaciones, cocina americana… Amabel Lordge es una residencia pintoresca, bastante extensa, que se vende a un precio reducido por apremiar su venta…

Tuppence interrumpió al hombre.

—He visto ya una casa que me gusta… Se encuentra en Sutton Chancellor… Mejor dicho: cerca de allí, al lado de un canal…

—Sutton Chancellor… —el señor Slicker vacilaba—. A mí me parece que no tenemos en nuestros libros nada de por allí. ¿Qué nombre lleva esa finca?

—No hay ningún rótulo… «Waterside» es, probablemente, su nombre. O «Rivermead»… Hubo un tiempo en que se denominó «La Casa del Puente». Tengo entendido que el edificio se halla dividido en dos partes. Una de ellas está alquilada, pero el inquilino que la ocupa no supo informarme sobre la otra, que da al canal cercano y es la que a mí me interesa. Por lo visto, no la habita nadie.

El señor Slicker, fríamente, indicó a Tuppence que no podía serle útil, pero sugirió, condescendientemente, que quizá los señores Bloget & Burgess se hallasen en condiciones de proporcionarle la información que buscaba. En el tono de su voz se notaba la velada insinuación de que Bloget & Burgess venía a ser una firma de menor cuantía.

Tuppence se trasladó al domicilio social de los señores Bloget & Burgess, radicado en el lado opuesto de la plaza, cuyas oficinas se parecían extraordinariamente a las de los señores Lovebody & Slicker. En sus ventanas se veían los mismos anuncios de ventas de fincas y de celebración de inminentes subastas. La puerta principal había sido pintada recientemente de un color verde bilioso.

La acogida fue igualmente desalentadora y Tuppence se vio conducida hasta una mesa ocupada por un tal señor Sprig, hombre ya entrado en años que era la viva imagen del abatimiento. Una vez más, Tuppence expuso sus pretensiones.

El señor. Sprig admitió hallarse enterado de la existencia de la casa citada por su visitante. Pero aquel asunto, evidentemente, le tenía sin cuidado.

—Creo que no está a la venta —manifestó—, sí. El propietario de esa finca no quiere vender, por ahora.

—¿Quién es él?

—No lo sé, realmente. La casa ha cambiado de dueño con frecuencia… He de decirle también que llegó a circular el rumor de una probable expropiación.

—¿Para qué pueden querer las autoridades locales esa finca?

—Mire, señora… —el hombre echó un vistazo al apellido de Tuppence, que había anotado antes en un bloc—. Mire, señora Beresford: si usted pudiera darme la respuesta correspondiente a su pregunta, demostraría una inteligencia muy superior a la de estas modernas víctimas de los atropellos oficiales. Los planes de las autoridades y de las sociedades inmobiliarias están arropados siempre por el mayor misterio. La parte posterior de la finca andaba necesitada de algunas reparaciones y fue alquilada por una cantidad de dinero irrisoria… El matrimonio Perry es quien la ocupa ahora. Por lo que se refiere al dueño de la propiedad, le diré que vive en el extranjero y parece no sentir un gran interés por ella. Me imagino que se planteó una cuestión de herencia y fue administrada por unos albaceas. Se presentaron algunas dificultades de tipo legal y… Estas cosas siempre cuestan mucho dinero, señora Beresford. Me figuro que al propietario le importa poco que la casa se venga abajo. En efecto, allí sólo se han realizado reparaciones en la parte ocupada por los Perry. En el futuro, el solar podría tener algún valor. Si usted está interesada por una finca de este tipo, adquirible a bajo precio y con la perspectiva de emprender determinadas obras, creo que podría ofrecerle algo que le convendría más que la casa de que estamos hablando. Si me lo permite, quisiera saber qué es lo que le ha llamado tanto la atención de ella…

—No sé… Me gusta su aspecto, simplemente —replicó Tuppence —. Es muy bonita… La primera vez que la vi fue desde el tren…

—¡Oh! Ya, ya —la expresión del señor Sprig valía por todo un comentario en voz alta y venía a significar: «Las mujeres llegan en sus estupideces a unos límites inalcanzables». Añadió, en tono de consuelo—: Yo, en su lugar, procuraría olvidarme de todo esto, lo más pronto que me fuera posible.

—Bueno, ¿y no podría usted escribir al propietario, preguntándole si estaba decidido a vender? Y si no, ¿por qué no me da sus señas?

—Si usted se empeña, nosotros nos pondremos en contacto con los abogados del dueño… Sin embargo, no quisiera que concibiese, esperanzas…

—Es inevitable… Para gestionar cualquier cosa hoy día es

indispensable recurrir a los abogados.

Tuppence parecía hallarse enfadada.

—Y luego, pasa que los abogados son muy lentos…

—¡Oh, sí! La ley suele ser muy fructífera en lo tocante a los retrasos.

—Lo mismo sucede con los bancos…

—Con los bancos… —repitió el señor Sprig mecánicamente, algo sobresaltado.

—A mucha gente le da usted como dirección la de un banco. También esto es enormemente fastidioso.

—Sí, sí… Como usted dice… Pero la gente es muy inquieta en la actualidad, se mueve mucho… Es corriente que una persona viva gran parte del año en el extranjero —el señor Sprig abrió uno de los cajones de su mesa de trabajo—. Veamos… Sabemos de una propiedad, Crossgates, situada a unos tres kilómetros de Market Basin, en muy buen estado, con un jardín precioso…

Tuppence se puso en pie.

—No me interesa. Muchas gracias.

Después de decir adiós al señor Sprig, salió del despacho.

Todavía visitó el tercer local de negocios, que parecía estar dedicado exclusivamente, casi, a la venta de granjas avícolas y ganaderas, así como fincas en general en mal estado.

La última visita fue para los señores Roberts & Wiley, establecidos en George Street. La empresa era pequeña, pero había allí ganas de trabajar y de servir al público. Sus promotores se desentendían de las cosas de Sutton Chancellor y parecían interesarse únicamente por la venta de fincas a medio construir, a unos precios que resultaban ridículamente exorbitantes. Tuppence se estremeció al contemplar la fotografía de una de ellas. El joven que la atendió, viendo que su cliente en perspectiva emprendía la retirada, descendió de su pedestal, admitiendo a disgusto que en el país existían poblaciones como Sutton Chancellor…

—Ha hablado usted de Sutton Chancellor… Será mejor que visite a Bloget & Burgess, cuyas oficinas se encuentran en la plaza. Administran algunas propiedades de los alrededores… Pero se trata de fincas en malas condiciones, en estado ruinoso casi…

—Conozco una bonita casa cerca de allí… Está situada unto a un

canal. La vi desde el tren. ¿Cómo es que no la habita nadie?

—¡Ah, sí! La conozco… Es «Riverbank»… Nadie se atreve a vivir en ella… Se dice que está embrujada.

—¿Habla la gente acaso de… duendes?

—Pues sí, de esas cosas hablan todos, en efecto… Circulan muchos cuentos por ahí. Hay en la casa ruidos extraños por las noches. Se oyen gemidos misteriosos…

—¡Válgame Dios! —exclamó Tuppence—. ¡Tan bonita como me parecía esa finca! Me gustaba su aislamiento…

—El público la encuentra demasiado aislada, a decir verdad. Y en el invierno suele haber alguna inundación que otra… Son detalles en los que conviene pensar.

Tuppence contestó con un deje de amargura:

—Son ya excesivos los detalles que hay que tener en cuenta.

Bajó cavilosa las escaleras del local. Decidió entonces dirigirse a «El Cordero y la Bandera», donde se proponía recuperar fuerzas haciéndose servir una buena y abundante comida.

«Hay muchas cosas en qué pensar, sí —se dijo—. Inundaciones, duendes, tintineos de cadenas que son arrastradas, propietarios ausentes, abogados… Es una casa que nadie quiere, que nadie ansía poseer, excepto yo… Bueno, lo que yo ansío ahora, por encima de todo es comer…».

La cocina de «El Cordero y la Bandera» era excelente. Se Caracterizaba, además, por la abundancia. Eran unos platos concebidos más bien para granjeros que para delicados turistas franceses de paso: sabrosas sopas, patas de cerdo, tarta de manzanas, queso de Stilton, ciruelas o flan… Tuppence rechazó esto último.

Después de vagar unos minutos por el poblado, Tuppence localizó su coche, iniciando el regreso a Sutton Chancellor. No había conseguido ver nada fructuoso en aquel desplazamiento.

En el momento de salir de la última curva del camino, cuando apareció ante ella la iglesia de Sutton Chancellor, Tuppence divisó al párroco, que emergía del cementerio. Avanzaba el hombre con el aire de una persona fatigada. Tuppence se aproximó a él.

¿Sigue usted buscando esa tumba? —le preguntó. El sacerdote se llevó una mano a la espalda.

—¡Ay! —exclamó—. Mi vista deja mucho que desear ya. La mayor parte de las inscripciones están medio borradas, por añadidura. Y me duele la espalda. Son muchas las lápidas colocadas a nivel del suelo. A veces, cuando me agacho, creo que no voy a poder incorporarme jamás ya.

—Yo de usted lo dejaría… —declaró Tuppence—. Si ha examinado atentamente las páginas del registro de la parroquia, ha hecho cuanto estaba en su mano para complacer a ese hombre.

—Ya sé, ya sé… Sin embargo, estaba mi comunicante tan interesado en este asunto, me pidió el favor con tanta insistencia… Estaba seguro desde el principio de que iba a perder el tiempo. Pero lo consideré mi deber. La verdad es que me queda todavía una pequeña zona por inspeccionar. Es la que va desde el tejo hasta el muro de la valla… Claro que ahí, la mayor parte de las lápidas datan del siglo dieciocho. Me gustaría rematar mi labor convencido de que he apurado todos los recursos. Así no me formularé nunca ningún reproche. Ahora, no obstante, voy a suspender mi tarea hasta mañana.

—Hace usted bien —dijo Tuppence—. No se puede hacer todo en un día. Verá usted lo que se me ocurre en este momento… —añadió—. En cuanto haya tomado una taza de té en compañía de la señorita Bligh, realizaré una inspección por mi cuenta. ¿Qué le parece? Desde el tejo hasta el muro, me ha dicho, ¿no?

—¡Oh! No está bien que se moleste…

—Nada, nada. Le ayudaré con mucho gusto. Opino que esto de vagar por un cementerio es bastante interesante. Y aleccionador, Las inscripciones de otro tiempo suelen facilitar ideas acerca de la gente de antaño. No crea ni por un momento que voy a aburrirme. Usted váyase a su casa, a descansar.

—Bueno… La verdad es que tenía que trabajar un rato en mi sermón esta noche. Es muy amable, extraordinariamente amable.

El sacerdote se despidió de ella obsequiándola con una sonrisa. Tuppence consultó su reloj de pulsera.

Poco después se detenía delante de la casa de la señorita Bligh.

«Todo este asunto puede ser que finalice aquí», pensó Tuppence.

La puerta principal de la casa estaba abierta. La señorita Bligh se disponía en aquel momento a introducir en el cuarto de estar una

bandeja con pastas para el té.

—¡Oh! ¿Está usted ahí, querida señora Beresford? Me alegro mucho de volver a verla. El té está listo ya. Supongo que habrá usted comprado muchas cosas hoy —dijo la señorita Bligh, contemplando con marcado interés el bolso que colgaba del brazo de Tuppence, más bien vacío.

—Bueno, en realidad no tuve mucha suerte —alegó Tuppence, poniendo la mejor cara posible—. Ya sabe usted lo que pasa a veces… Ha sido el de hoy uno de esos días en que, hablando por ejemplo de tejidos, una no da con el matiz que prefiere, o no encuentra el objeto especial que esperaba hallar. Ahora bien, yo siempre disfruto yendo de un lado para otro, observándolo todo, cuando llego a la población desconocida para mí, por poco interés que ofrezca.

La señorita Bligh se trasladó a la cocina para atender a los últimos preparativos del té. Al dar la vuelta, sin advertirlo, hizo caer al suelo unas cuantas cartas que se encontraban sobre la mesita del vestíbulo, esperando seguramente el momento de ser echadas al buzón de correos.

Tuppence se agachó para recogerlas y al depositarlas sobre la mesa vio que la que había quedado encima de todas estaba dirigida a una tal señora Yorke, de la Residencia de Rosetrellis Court para Damas Ancianas, en Cumberland.

«Es curioso —pensó Tuppence—. Empiezo a experimentar la impresión de que este país está sobresaturado de hogares para la gente de edad. Supongo que al final Tommy y yo iremos a parar a uno de tales establecimientos».

Unos días atrás, sin ir más lejos, un amigo fiel y servicial les había escrito para recomendarles una casa digna de toda confianza de Devon… Admitían en ella a matrimonios… Era gente retirada en su mayoría. La cocina era estupenda… Los internos podían llevarse consigo sus muebles y efectos personales más estimados.

Regresó la señorita Bligh y las dos se instalaron cómodamente para saborear su té.

La conversación de la señorita Bligh era de un tono menos dramático y jugoso que la de la señorita Copleigh. La dueña de la casa tendía en sus manifestaciones más a procurarse información

que a facilitarla.

Tuppence habló vagamente de los años pasados en el extranjero, dentro de los servicios públicos… Se refirió a las dificultades de la vida doméstica dentro de Inglaterra, dando detalles sobre el hijo y la hija, ya casados, ambos con hijos. Hábilmente, derivó el tema hacia el de las actividades de la señorita Bligh en Sutton Chancellor, muy diversas: el Instituto Femenino, la Unión de Guías y Exploradores, la Asociación de Lectores, el Grupo de Arte y conferencias, la Asociación Culinaria y de Arreglos de Flores, el Club de Pintura, el de los Amigos de la Arqueología… Se habló de la salud del párroco, de la necesidad de hacerle ver que tenía que cuidarse, de sus tremendas distracciones… Saltó luego, al primer plano de la atención de ambas mujeres, el problema de las diferencias de opinión entre los feligreses…

Tuppence ensalzó las pastas servidas por la señorita Bligh con el té. Después, dando las gracias a aquella por su hospitalidad, se puso en pie.

—Es usted una mujer maravillosamente enérgica, señorita Bligh —dijo—. Yo no sé cómo se las arregla para poder desarrollar todas esas actividades. He de confesar que después de un día de excursión y de compras, lo único que me apetece es descansar en mi cama, aunque sólo sea durante media hora, manteniéndome amodorrada, en un grato duermevela… ¡Oh! Los lechos cómodos me dislocan. Le estoy muy reconocida por haberme recomendado a la señora Copleigh…

—Es una mujer en la que se puede confiar, desde luego, pero habla demasiado…

—¡Oh! A mí me han parecido todas las historias que me ha contado de la localidad muy entretenidas.

—La mitad de las veces no sabe siquiera lo que se dice. ¿Va usted a estar mucho tiempo entre nosotros?

—Pues no… Pienso emprender el regreso a mi casa mañana. Me voy profundamente extrañada… ¡A quién se le diga que no me ha sido posible dar con una casita que me conviniera! Abrigaba ciertas esperanzas con respecto a la pintoresca finca del canal…

—¡Batel! Olvídela, señora Beresford. Anda necesitada de una reparación a fondo… Y los dueños se encuentran fuera… Es una

ruina…

—Ni siquiera pude enterarme de quién era su propietario. Usted lo sabrá sin duda. Usted, señorita Bligh, parece estar enterada de todo lo que ocurre aquí…

—Esa casa nunca me ha inspirado interés, realmente. Ha estado siempre cambiando de manos… No es posible mantenerse al tanto de todo. Los Perry ocupan una parte de la construcción… La otra mitad camina a velocidad vertiginosa hacia la ruina.

Tuppence se despidió de la señorita Bligh, dirigiéndose al hogar de los Copleigh. En la casa reinaba una gran quietud. Al parecer, no había nadie dentro. Tuppence subió a su dormitorio, se desprendió del bolso de compra, se lavó la cara y procedió a empolvarse cuidadosamente la nariz. Luego, avanzó de puntillas, salió a la calle, mirando arriba y abajo de la misma… Dobló rápidamente la esquina y, andando siempre a buen paso, siguió el camino que quedaba en la parte posterior del pueblo.

Una vez en el pequeño cementerio, comenzó a inspeccionar las tumbas, de acuerdo con lo prometido al sacerdote. No la había animado ninguna segunda intención al ofrecer su colaboración al hombre. Allí no esperaba descubrir nada Tuppence. Su gesto era, meramente, una cortesía. El sacerdote le había sido simpático y ya que había hecho de aquel asunto casi un problema de conciencia, quería que se quedase tranquilo. Tuppence llevaba consigo lápiz y una agenda. Los había cogido por si daba con algo de interés, para tomar nota de lo que fuera e impedir un olvido.

Supuso que su tarea se reducía a buscar una lápida que se refiere a una niña de corta edad. La mayor parte de las tumbas de aquella parte databan de hacía muchos años. Ofrecían escaso interés, ya que se referían a personas fallecidas a edades muy avanzadas. No obstante, Tuppence procedía en su labor lentamente, dejando correr su imaginación, espoleada por los nombres que leía: Jane Elwood había pasado a mejor vida un 6 de enero, a la edad de 45 años; William Marl, falleció el día anterior, siendo muy llorado por los suyos; Mary Travers había dejado este mundo a los cinco años, el 14 de marzo de 1835… Esto era remontarse mucho.

—«Tu presencia es el mayor gozo»… Aquella pequeña y afortunada Mary Treves…

Había llegado al muro, casi. Las tumbas aparecían en esta parte descuidadas. Habían crecido muchos hierbajos alrededor de las mismas. Nadie parecía haber prestado atención a aquella parte del cementerio. En su mayoría, aquí, las lápidas sepulcrales estaban colocadas al nivel del suelo. La misma pared había sido dañada por los elementos naturales y acabaría derrumbándose, indudablemente. En algunos sitios se habían desprendido algunas piedras.

Quedando aquella zona detrás de la iglesia y no pudiendo ser vista desde la carretera, los chiquillos de la localidad tenían que haber corrido por allí a sus anchas, entregados a sus juegos o haciendo todo el daño que podían. Tuppence se inclinó sobre una de las lápidas… Las letras de la inscripción estaban casi borradas, aquello era ilegible. No obstante, estudiándolas de lado, casi a su altura, se llegaba a distinguir una letra, una palabra suelta…

Se agachó un poco más, repasando con el dedo índice los contornos de aquellas…

Al que escandaliz… a uno de estos pequeñuelos… piedra de molino…

Y debajo… labrado desigualmente por la mano de un aficionado:

Aquí yace Lily Waters.

Tuppence suspiró profundamente… Era consciente en aquellos momentos de la sombra que se había situado a su espalda, pero antes de que pudiera volver la cabeza… sintió un fuerte golpe en la nuca, cayendo hacia delante, sobre la tumba. Notó instantáneamente un gran dolor y que se sumía en una densa oscuridad…

LIBRO TERCERO

LA CASA DEL CANAL

Capítulo X

Después de la conferencia

—Y bien, Beresford —dijo el comandante general *sir* Josiah Penn, K. M., C. B., D. S. O.,[3] expresándose con el aplomo que correspondía al impresionante aluvión de siglas que acompañaba a su nombre—, ¿qué le ha parecido todo esto?

Tommy dedujo de las palabras del «Viejo Josué», como aquel hombre era irreverentemente llamado a su espalda, que no se hallaba particularmente impresionado por el resultado de las conferencias en que los dos habían tomado parte.

—Mucho bla, bla, pero nada positivo —concluyó *sir* Josiah—. Y cuando a alguien se le ocurre decir algo sensato ya se encargan los demás oportunamente de obligarle a guardar silencio. No sé por qué razón acudimos a estas reuniones. Bueno, yo, por lo que a mí respecta sí lo sé. La losa no tiene remedio… De no haber venido aquí, habría tenido que quedarme en casa. ¿Y sabe usted lo que sucede si procedo así? Pues que nadie me deja en paz, Beresford. Me molesta mi asistente, me importuna mi jardinero… Este último es un escocés tan celoso de su misión profesional que ni siquiera me permite que toque mis melocotones. En consecuencia, opto por presentarme aquí y me hago notar pretendiendo ante mi mismo que realizo una útil función al trabajar por la seguridad del país. ¡Bah! ¡Tonterías!

—¿Y usted qué? Usted es un hombre relativamente joven, todavía. ¿Por qué viene usted a perder el tiempo en este lugar? Nadie le hará caso nunca, aunque diga algo que valga la pena…

Tommy se sentía muy divertido. Aunque ya entrado en años,

podía considerarse un joven al lado del comandante general *sir* Josiah Penn. Movió la cabeza tolerante. El general, que había rebasado con mucho los ochenta, andaba mal del oído y se sentía un tanto atormentado por los bronquios, pero no era ningún estúpido.

—No se hubiera podido hacer nada nunca de no haberse personado usted aquí, señor —manifestó Tommy.

—Me gusta pensar como usted —repuso el general—. Soy un mastín sin colmillos, pero todavía soy capaz de ladrar. ¿Qué tal se encuentra la señora Beresford? Hace mucho tiempo que no la veo…

Tommy replicó que Tuppence se hallaba perfectamente y que seguía mostrándose tan activa como siempre.

—Ha sido siempre incansable, en efecto. A mi me hacía pensar a veces en las libélulas. Se aferraba a cualquier idea aparentemente absurda y más tarde nos demostraba a todos que los absurdos éramos nosotros con nuestra manera de razonar —el general hizo un elocuente gesto de aprobación—. No me gustan estas mujeres de mediana edad de hoy en día. Todas tienen su Causa particular, con una C mayúscula. En cuanto a las jóvenes de ahora —el hombre movió la cabeza a un lado y a otro, enojado—. No son las que eran en mis tiempos juveniles. Eran preciosas, entonces. ¡Aquellas faldas de muselina! Y se tocaban con unos sombreros de cloche… ¿Se acuerda usted? No. Usted no puede acordarse de eso, ya que por aquella época se encontraría en el colegio. Había que asomarse por debajo del ala del sombrero para poder contemplar la cara de la chica. Era un delicioso tormento… ¡Y ellas lo sabían! Recuerdo ahora… Veamos… Ella era una parienta suya… Tía suya, ¿no? Sí. Ada. Ada Fanshawe…

—¿Tía Ada?

—Nunca vi una chica más linda que ella.

Tommy hizo un esfuerzo para disimular la sorpresa que tal declaración le produjo. Costaba trabajo creer que tía Ada hubiese sido una «linda chica» en otro tiempo. El «Viejo Josué» deliraba…

—Sí. Linda como una pintura. ¡Auténticamente juvenil, además! ¡Alegre como ella sola! ¡Oh! Me acuerdo de nuestro encuentro. Yo era un subalterno, con destino en la India. Fuimos de excursión a la playa, de noche, a la luz de la Luna… Ella y yo anduvimos de un

lado para otro y terminamos por sentarnos sobre una roca, contemplando en silencio el mar.

Tommy contempló el rostro del anciano con gran interés. Escrutó su doble barbilla, su calva cabeza, sus espesas cejas, y su enorme vientre. Luego, pensó en su tía Ada, en su incipiente bigote, en su severa sonrisa, en sus grisáceos cabellos, en sus maliciosas miradas… El tiempo, se dijo, ¡qué destrozos hacía el tiempo! Intentó imaginarse a un apuesto y joven subalterno colocado junto a una chica muy linda, ambos bañados por la luz de la Luna. Fracasó en su empeño.

—Muy romántico todo aquello, sí, señor —comentó *sir* Josiah Penn con un profundo suspiro—. Muy romántico, en efecto. Me hubiera gustado declararme aquella noche… Pero no era posible. Siendo sólo un subalterno, no era posible. No ganaba lo suficiente para formar un hogar. Hubiéramos tenido que esperar cinco años para poder casarnos. No se puede pedir a una chica que espere tanto tiempo. ¡Ay! Ya sabe usted lo que suele ocurrir en estas circunstancias. Marché a la India y pasaron meses antes de que me concediesen el primer permiso. Nos estuvimos escribiendo. Luego, las cosas se enfriaron, Lo de siempre. Yo no volví a verla más. Y, sin embargo, ya no llegué a olvidarla por completo. Pensé a menudo en ella. Recuerdo, incluso, que volví a escribirle en una ocasión, años más tarde. Me enteré de que vivía cerca del lugar en que yo estaba pasando una temporada, con unos amigos. Pensé en ir a verla, en pedirle permiso para hacerle una visita. Después me dije: «No seas tonto. Probablemente, ya no se parece en nada a la muchacha que conociste».

»Varios años después, alguien se refirió a ella en mi presencia. Le oí decir que no había visto nunca a una mujer más fea… Me costó trabajo dar crédito a tal comentario, pero ahora creo que fui un hombre afortunado al no volver a verla. ¿Qué hace? ¿Vive todavía?

—No. Falleció hace dos o tres semanas —dijo Tommy.

—¿De veras? ¿De veras? Sí, claro… Contaría ya unos setenta y cinco o setenta y seis años de edad. Quizá fuese más vieja…

—Había cumplido los ochenta —aclaró Tommy.

—¡Qué cosas! Ada… La muchacha de los cabellos negros.

¿Dónde falleció? ¿Estaba en algún establecimiento para personas ancianas? ¿Vivía con alguna amiga…? ¿No se casó, verdad?

—No. No llegó a casarse. Estaba en una residencia. Una muy buena, por cierto, llamada Sunny Ridge.

—Sí. He oído hablar de ella. Sunny Ridge. Una mujer conocida de mi hermana estuvo allí. Una tal señora… ¿Cuál era su apellido? ¡Sí! La señora Castairs, ¿llegó usted a conocerla?

—No. No fui muchas veces por el establecimiento. Ya sabe usted lo que pasa… Cuando uno va a esos sitios, se limita a ver a su familiar y nada más.

—Es un asunto espinoso. Generalmente, no se sabe qué decir en esas visitas.

—Tía Ada, por otro lado, era una persona difícil, particularmente difícil —declaró Tommy—. Tenía justa fama de gruñona.

—Es posible —el general dejó oír una risita—. De joven, cuando se encontraba de buen humor, era un verdadero diablillo.

El hombre suspiró.

—Esto de hacerse viejo, es terrible. Una de las amigas de mi hermana, al llegar a cierta edad, solía imaginarse cosas fantásticas, la pobre. Afirmaba haber matado a no sé quién.

—¿Sí? No sería verdad, desde luego…

—Creo que no, francamente. Nadie le dio crédito nunca. Supongo —manifestó el general, considerando detenidamente su idea—, supongo que pudo haber dado muerte a una persona. Si usted se dedicase a decir lo mismo por ahí, despreocupadamente, nadie le creería, ¿verdad? He aquí una reflexión que admite mil divagaciones, querido.

—¿A quién decía ella que había matado?

—Que me aspen si lo sé. ¿A su marido, quizá? No sabemos qué era él, cómo era… Había enviudado ya cuando trabamos relación con esa mujer. Bien —el general tornó a suspirar—. Lamento lo de Ada. No leí su esquela en los periódicos. De haberme enterado de su fallecimiento, le habría enviado un ramo de flores. Unas rosas; por ejemplo. Es lo que las chicas de su tiempo solían llevar sobre sus vestidos. Unas rosas sobre un hombro cuando lucían un vestido de noche. Era muy bonita, sí… Me acuerdo de que Ada tenía un

vestido de noche color malva. Un malva azulado… Una vez me regaló una de las rosas con que se adornaba. No eran flores naturales, desde luego. Eran artificiales. La guardé durante mucho tiempo, durante algunos años… Ya sé —añadió *sir* Josiah—, que todo esto le hará reír a usted, amigo mío. ¿Me equivoco? He de decirle que cuando uno llega a cierta edad, como me pasa a mí, se vuelve sentimental de nuevo, como en los años mozos. Bueno… Hemos conseguido superar el último acto de esta ridícula asamblea, Beresford. Dé muchos recuerdos a la señora Tuppence…

Al día siguiente, en el tren, camino de su casa, Tommy pensó en aquella conversación. Sonriente, trató de imaginarse la pareja que formarían su temible tía y el fino comandante general en sus años juveniles.

—Tengo que contarle a Tuppence esto. Se va a reír a carcajadas —dijo Tommy—. A propósito, ¿qué habrá estado haciendo ella durante mi ausencia?

Su sonrisa se hizo más amplia.

2

El fiel Albert le abrió la puerta, acogiéndolo con una radiante sonrisa de bienvenida.

—Me alegro de verle de nuevo, señor.

—También yo me alegro de volver a encontrarme en casa… —Tommy dejó en el suelo su maletín—. ¿Dónde está la señora Beresford?

—Todavía no ha regresado, señor.

—¿Quiere usted decir que se ausentó?

—Ha estado fuera por espacio de tres o cuatro días. Pero se presentará aquí a la hora de la cena. Ayer telefoneó, comunicándome eso.

—¿Qué ha estado haciendo, Albert?

—No puedo decírselo, señor. Se llevó el coche… Cogió con su cosas unas cuantas guías de ferrocarril. Ignoro dónde puede encontrarse en la actualidad.

—Yo casi lo aseguraría… Lo más probable es que haya perdido

el tren de enlace en Little Dither, en el Marsh, ya de regreso. Que Dios bendiga a los ferrocarriles británicos. Telefoneó ayer, me ha dicho… ¿No le hizo saber desde dónde llamaba?

—No, señor.

—¿A qué hora del día ocurrió eso?

—Por la mañana, antes de la comida. Me dijo que todo marchaba bien. Me comunicó que no sabía con exactitud cuándo llegaría a casa, pero que se figuraba que sería antes de la cena, sugiriéndome que comprara un pollo. ¿Le parece a usted bien la idea, señor?

—Sí —respondió Tommy, consultando su reloj—. Mi mujer tendrá que darse prisa ahora, si desea llegar a tiempo y hacerle los honores.

—Yo adelantaré todo lo que pueda —anunció Albert. Tommy sonrió.

—De acuerdo. Bueno, Albert. ¿Todo en orden por su casa?

—Estamos con el sarampión. El médico nos ha dicho que es sólo un amago…

—Esto entra en el capítulo de las cosas normales, Albert.

Tommy subió las escaleras silbando una cancioncilla. Entró en el cuarto de baño y se afeitó. Desde allí se trasladó al dormitorio, echando un vistazo a su alrededor. Tenía esa habitación ahora el aire especial de todas cuando son abandonadas por sus habituales ocupantes. La atmósfera del cuarto era de frialdad; no era nada acogedora. Todo aparecía escrupulosamente ordenado, inmaculadamente limpio. Tommy era presa de una sensación de desaliento profundo, semejante a la de un fiel can frente a la inevitable ausencia del dueño. Mirando a su alrededor, se dijo que todo le daba la impresión de que Tuppence no había pasado jamás por allí. No veía polvos derramados, ni libros abiertos y colocados con el lomo hacia arriba, sobre las butacas.

—Señor… —Albert acababa de plantarse en el umbral de la habitación.

—¿Qué ocurre?

—Me tiene preocupado el pollo.

—¡Maldito animal! —exclamó Tommy—. Al parecer, le ha puesto en tensión los nervios.

—Es que yo preparé las cosas de modo que la cena no fuese servida más allá de las ocho…

—Es un propósito muy lógico. Yo habría hecho lo mismo —manifestó Tommy, mirando otra vez su reloj de pulsera—. ¡Dios mío! ¡Pero si son ya las nueve menos veinticinco minutos!

—Sí, señor, En cuanto al pollo…

—¡Oh! Saque usted al pobre animal del horno. Le haremos los honores entre los dos. ¡Vaya con Tuppence! Conque iba a volver antes de la cena, ¿eh?

—Desde luego, hay gente que tiene la costumbre de cenar muy tarde —manifestó Albert—. En uno de mis viajes, estuve en España. Jamás conseguimos cenar antes de las diez de la noche. ¿Querrá usted creerlo? Las diez de la noche, nada menos.

Tommy se quedó pensativo.

—¿Y no tiene usted la menor idea, Albert, acerca del paradero real de mi esposa? ¿No sabe en qué sitios ha estado estos días?

—No, señor. Supongo que habrá estado haciendo indagaciones, viéndose obligada, por tanto, a ir de un sitio para otro. Su primer pensamiento fue utilizar el tren, hasta donde pudiera este llevarla. Se pasó varias horas consultando sus guías…

—Bueno. Cada uno tiene sus métodos propios a la hora de divertirse. A Tuppence parece irle bien el tren, ¿dónde se encontrará en estos momentos? ¿En la sala de espera de señoras de Little Dither, en el Marsh? Es posible…

—¿Sabía la señora que usted regresaba hoy? —inquirió Albert—: Ya verá cómo se las arregla para llegar a tiempo. Seguro.

Tommy notó que se le estaba ofreciendo una leal alianza. Él y la conducta de Tuppence, quien en el curso de sus coqueteos con los ferrocarriles británicos se olvidaba de volver al hogar a tiempo, para dispensar al esposo una oportuna bienvenida probable Albert desapareció con objeto de impedir la cremación del pollo en el horno.

Tommy, que había estado a punto de echar a andar detrás de su servidor, se detuvo, fijando la vista en la repisa de la chimenea. Se Acercó al lienzo, avanzando lentamente y contempló con atención el mismo. Resultaba muy curiosa aquella seguridad con que Tuppence afirmara que había visto la casa del cuadro antes.

Tommy, por el contrario, estaba convencido de no haberla visto nunca con anterioridad. De todos modos, se trataba de una casa más. Debían de existir por el país muchísimas como la que tenía frente a él.

Contempló el lienzo desde distintos puntos de la habitación, terminando por descolgarlo para acercarlo a una de las lámparas. Era una vivienda aquella que sugería ideas de paz, de tranquilidad. El cuadro estaba firmado. El nombre empezaba con una B. No le fue posible, sin embargo, leerlo. Bosworth… Bouchier, quizá… Cogió una lupa para verlo mejor. Un alegre tintineo de cascabeles llegó a oídos de Tommy, procedente del vestíbulo. Albert había estimado en su justo valor a Grindelwald. Era una especie de virtuoso de tales instrumentos. La cena estaba servida. Tommy se trasladó al comedor. Le parecía raro que Tuppence no hubiese regresado todavía por entonces. Podía ser que hubiese tenido algún pinchazo… Bien. ¿Por qué no había telefoneado, notificándoles su retraso?

—Ya podía pensar que a estas horas es natural que me sienta preocupado —dijo Tommy.

Claro que Tuppence no le había inspirado jamás ninguna inquietud. A Tuppence no le pasaba nada nunca. Albert provocó en él algunas vacilaciones.

—Ojalá no haya tenido ningún accidente —observó al tiempo que presentaba a Tommy un plato de verdura, mientras movía la cabeza sombríamente.

—Llévese esto, Albert. Sabe muy bien que odio las verduras —manifestó Tommy—. ¿Por qué había de sufrir un accidente? No son más que las nueve y media en estos momentos.

—La carretera ofrece hoy peligros constantes —señaló Albert—. Cualquiera puede sufrir un accidente, señor. Sonó el timbre del teléfono.

—Aquí está la señora —declaró Albert.

Colocando apresuradamente el plato de verdura en el aparador, salió precipitadamente del comedor. Tommy se levantó, dejando a un lado su trozo de pollo y siguiendo a Albert.

—Yo atenderé la llamada —dijo en el momento en que el criado empezó a hablar.

—Sí, señor. El señor Beresford está en casa. Aquí lo tiene… —Albert se volvió hacia Tommy—. El doctor Murray… Es para usted.

—¿El doctor Murray?

Tommy se quedó pensativo unos segundos. El apellido le era vagamente familiar, pero de momento no acertó a recordar la identidad de su comunicante. Si Tuppence había sufrido algún accidente… Inmediatamente, con un suspiro de alivio, recordó que el doctor Murray era el médico que atendía a las ancianas internas de Sunny Ridge. Tendría que hablarle, seguramente, de algo relacionado con el funeral de tía Ada. Auténtico hijo de su tiempo, Tommy se dijo que habría por en medio algunas formalidades que cubrir, además, en las cuales no había caído. Quizás algún documento que firmar…

—Diga, diga… Aquí Beresford.

—¡Oh! Me alegro de poder comunicar con usted. Espero que se acordará de mí. Atendí a su tía, a la señorita Fanshawe.

—Sí, naturalmente que me acuerdo. ¿En qué puedo servirle?

—La verdad es que quería charlar con usted un rato cuando haya ocasión para ello. ¿No podríamos ponernos de acuerdo para vernos cualquier día, en la ciudad?

—Sí, naturalmente. Esto no es difícil. Pero… Bueno, ¿es algo que no puede decirme por teléfono?

—Prefiero no decírselo por este medio. La cosa no corre prisa. No pretenderé tal cosa, pero… Mire: lo ideal sería que pudiera hablar extensamente con usted.

—¿Ha ocurrido algo desagradable?

Nada más pronunciar estas palabras, Tommy se preguntó por qué tenía que haber sucedido algo desagradable.

—No, no, Es posible que yo esté haciendo una montaña de una cuestión de poca importancia. Desde luego, es lo más probable… Es que… verá… En Sunny Ridge se han dado algunas cosas extrañas, que merecen ser analizadas.

—¿Es algo que tiene que ver con la señora Lancaster? —inquirió Tommy.

—¿La señora Lancaster? —el doctor Murray pareció sorprendido —. ¡Oh, no! Ella se marchó hace tiempo de aquí. Efectivamente…, antes de que su tía falleciera. Es algo que no tiene que ver nada con

eso.

—Yo he estado ausente… No he hecho más que regresar. ¿Quiere que le telefonee mañana por la mañana? Entonces podríamos ponernos de acuerdo…

—Conforme. Le daré mi número de teléfono. Estaré en mi consultorio hasta las diez.

—¿Malas noticias? —inquirió Albert al regresar Tommy al comedor.

—Por favor, Albert, no me hable en ese tono —contestó Tommy, irritado—. No, desde luego, hasta este momento, no hay malas noticias.

—Pensé que tal vez la señora…

—La señora se encuentra perfectamente. Siempre ha sido así. Lo más seguro es que se haya dedicado a seguir una de esas extrañas pistas con que ha dado más de una vez. Usted ya la conoce… ¿Por qué hemos de estar preocupados? Llévese este pollo. Ha estado en el horno demasiado tiempo y no hay quien se le coma ahora. Tráigame un poco de café. Seguidamente, me acostaré.

—Mañana traerá el cartero alguna carta, cualquier comunicación que por una causa u otra no haya sido entregada a su debido tiempo. Ya sabe cómo está el servicio de correos en al actualidad… Tendremos algún cable… Eso si no telefonea.

Pero al día siguiente no llegó ninguna carta a la casa, ni hubo ninguna llamada telefónica, ni ningún cable… Albert observó de reojo a Tommy, abriendo la boca en varias ocasiones, como si se hubiera dispuesto a decir algo, optando por guardar silencio, sabedor de que sus lúgubres predicciones no serían bien acogidas.

Finalmente, Tommy se compadeció de él. Acabó con su última tostada, se bebió una taza de café y dijo:

—De acuerdo, Albert. Seré yo quien haga las preguntas: ¿Dónde para? ¿Qué le ha sucedido? ¿Qué vamos a hacer a continuación para localizarla?

—¿Recurriremos a la policía, señor?

—No sé. Vamos a ver…

Tommy hizo una pausa.

—En el caso de que haya sufrido un accidente…

—Lleva encima su licencia de conducir, aparte de otros

documentos que pueden servir para identificarla fácilmente… Los hospitales se dan prisa a la hora de dar cuenta de estos sucesos… Se ponen en contacto con los familiares de las… de las víctimas. No quiero precipitarme tampoco. Es posible que ella esté rezando porque no haga ninguna tontería. ¿No tienes ninguna idea, ninguna, Albert, acerca de que pudiera ser para nosotros un dato revelador? ¿No citó ningún nombre?

Albert movió varias veces la cabeza, denegando.

—¿Cuál era su estado de ánimo? ¿Se sentía contenta, agitada, preocupada, abatida?

Albert no vaciló al responder:

—Yo la vi contentísima, radiante de satisfacción.

—Igual que un sabueso cuando se lanza tras un rastro —terminó Tommy.

—Cierto, señor. Usted sabe muy bien cómo se pone la señora cuando…

—Cuando persigue algo concretamente… Ya. Yo me pregunto ahora…

Tommy guardó silencio, quedándose pensativo.

Algo había surgido. Y Tuppence se había arrojado sobre el rastro, como diera a entender a Albert. Había telefoneado más tarde para anunciar su regreso. ¿Por qué no se hallaba de vuelta, entonces? «En este momento, a lo mejor —pensó Tommy—, está sentada tranquilamente en Dios sabe dónde, contando mentiras a quienes la escuchan, hallándose entregada a su tarea con tanta atención que no se acuerda de nadie».

En el caso de que anduviese detrás de una pista definida, se sentiría terriblemente enojada si él, Tommy, recurría a la policía, alegando que su esposa había desaparecido… Ya estaba oyendo los comentarios de Tuppence: «¿Cómo pudo ocurrírsete tal cosa, hombre? Sé cuidar de mí perfectamente. Dados los años que llevamos juntos, debieras saberlo, ¿no?». (Pero…, ¿sabía cuidar de sí misma, realmente?).

Nadie podía predecir a dónde era capaz de llegar Tuppence arrastrada por su imaginación.

¿Había un peligro cierto? Hasta aquellos momentos no había habido ningún indicio de riesgo en este punto… Fuera, claro está,

de la imaginación de Tuppence.

Si recurría a la policía, manifestando que su esposa no había regresado a su casa, pese a haber anunciado su vuelta… Bueno. Podía dar motivo con ello, incluso a una situación cómica. ¿Y si los agentes se permitían unas sonrisitas impertinentes, preguntándole, aunque fuese con tacto, qué clase de amistades masculinas cultivaba su mujer?

—Yo me encargaré de localizarla —declaró Tommy—. Tiene que estar en alguna parte… No sé si en el norte o en el sur, en el este o en el oeste… No tengo la más leve idea. Por supuesto, Tuppence incurrió en una solemne tontería al no señalar su paradero cuando llamó por teléfono.

—Quizá la hayan secuestrado los miembros de alguna pandilla de delincuentes…

—¡Albert, por Dios!

—¿Qué va usted a hacer, señor?

—Me voy a trasladar a Londres —anunció Tommy, echando un vistazo al reloj de pared—. Primeramente, comeré en mi club con el doctor Murray, que me telefoneó anoche, quien tiene que comunicarme algo referente a los asuntos de mi difunta tía… Tal vez me facilite alguna orientación útil… Después de todo, este asunto se inició en Sunny Ridge. Voy a llevarme el cuadro colgado encima de la repisa de la chimenea, en mi dormitorio…

—¿Va usted a presentarse con él en Scotland Yard?

—No, Albert —repuso Tommy—, voy a ir con él a Bond Street.

Capítulo XI

Bond Street y el doctor Murray

Tommy saltó del taxi y pagó al conductor, introduciendo luego medio cuerpo dentro del vehículo para sacar un objeto plano, torpemente envuelto, que se veía bien a las claras que era un cuadro. Con este debajo del brazo, penetró en las «New Athenian Galleries», una de las galerías de arte más antiguas y más importantes de Londres.

Tommy no era hombre a quien el arte preocupase excesivamente. Había estado en aquel edificio porque tenía un amigo que «oficiaba» allí.

«Oficiar» era el verbo aplicable a aquel hombre, por su aire de sereno interés al moverse de un lado para otro, su tono de voz, siempre bajo, su discreta y agradable sonrisa, todos ellos rasgos altamente eclesiásticos.

Un hombre joven, de rubios cabellos, fue a su encuentro. En sus labios se dibujó una sonrisa al identificar al visitante.

—Hola, Tommy —dijo—. Hacía tiempo que no nos veíamos. ¿Qué llevas bajo el brazo? No me digas que ahora, a tus años, te dedicas a pintar. Son muchas las personas que actualmente se lanzan por ese camino. Con unos resultados deplorables, por cierto.

—Indudablemente, no me he dado nunca por el arte creativo —contestó Tommy—. No dejó de llamarme la atención el otro día, sin embargo, un libro que vi en el cual se explicaba a los niños, en unos términos sencillísimos, la forma de empezar a pintar acuarelas.

—Dios nos coja confesados si alguna vez te da por seguir tales consejos.

—Mira, Robert: yo lo que deseaba era utilizar tus conocimientos,

como experto que eres en la materia. Quiero que me des tu opinión sobre este lienzo.

Robert cogió el cuadro que le entregó Tommy, despojándolo de su desmañada envoltura. Lo colocó sobre una silla y le echó un vistazo. Luego, se alejó de él seis o siete pasos. Seguidamente, miró a su amigo.

—¿Y bien? ¿Qué quieres saber? ¿Pretendes venderlo, no?

—No. No quiero venderlo, Robert. Deseo que me des algunas indicaciones… Empecemos por esto: ¿quién lo pintó?

—He de decirte que si quisieras venderlo, es una obra de fácil colocación. Diez años atrás, en cambio, no hubiera habido nada que hacer. Sucede, amigo mío, que Boscowan se ha puesto últimamente de moda.

—¿Boscowan? —Tommy miró a Robert inquisitivamente—. ¿Es ese el nombre del autor? He podido apreciar que su nombre empezaba por una B, pero no me fue posible averiguar más.

—Se trata de Boscowan, desde luego. Fue un pintor muy popular hace veinticinco años. Vendía bien. Celebró numerosas exposiciones. A la gente le gustaban sus cuadros. Técnicamente, puede ser considerado un pintor excelente. Luego, con la evolución normal en los medios artísticos, pasó de moda. Finalmente, se apagó. Mucho después, sus obras han experimentado una notable alza. Lo mismo ha sucedido con Stitchworth y Fondella… Los tres van para arriba.

—Boscowan… —repitió Tommy, Robert, servicial, le deletreó el apellido.

—¿Pinta todavía?

—No. Murió ya. Falleció hace varios años. Era un hombre ya de edad entonces. Creo que contaba los sesenta y cinco años… Fue un pintor muy fecundo. Por ahí hay muchos lienzos suyos. En la actualidad, planeábamos una exposición de sus cuadros aquí. Suponemos que la cosa va a salir bien. ¿Por qué te interesa tanto este artista, Tommy?

—Es una historia muy larga para ponerme a contártela ahora —repuso Tommy—. Uno de estos días te llamaré por teléfono para que comamos juntos y te facilitaré todos los pormenores del caso desde el principio. La historia, en efecto, es larga, complicada y un

tanto estúpida. Yo lo que quisiera saber es algún detalle más acerca de este Boscowan, ¿sabes, por casualidad, tú, dónde se encuentra emplazada la casa del cuadro?

—De momento, no puedo decírtelo… El tema de este lienzo es el usual de Boscowan. Generalmente, pintaba pequeñas casas de campo situadas en sitios, en paisajes solitarios; en ocasiones, se trataba de una granja, con una vaca o dos para completar el asunto. A veces, las vacas eran sustituidas por un carro, siempre a alguna distancia, en un plano muy posterior con respecto al tema principal. Su fuerte eran las escenas de la vida rural. En algunos cuadros, la superficie aparece como un esmalte. Boscowan utilizaba una técnica peculiar y la gente gustaba de ella. Muchos de los cuadros que pintó fueron a parar a Francia, a Normandía, principalmente. Sentía preferencia por las iglesias. Tengo aquí uno de los lienzos. Espera un momento que voy a traerlo.

Robert se aproximó al pie de las escaleras de la estancia en que se encontraban, dando una voz. Luego, regresó junto a su amigo, portador de un cuadro de reducidas dimensiones.

—Aquí lo tienes —dijo—. «Iglesia de Normandía».

—Sí, ya —contestó Tommy—. Otro cuadro por el estilo. Mi esposa sostiene que en la casa de mi lienzo no ha debido vivir nadie jamás. Ya comprendo el sentido de su comentario. A mí me parece que en esa iglesia no ha asistido nadie nunca a una función religiosa. Ni asistirá, seguramente.

—Bien. Es posible que tu esposa haya puesto el dedo en la llaga. Esta es una morada silenciosa, tranquila…, que no alberga a ningún ser humano. He de decirte que raras veces pintaba Boscowan la figura humana. Las hay, en sus paisajes, una o dos, todo lo más, pero lo corriente es que no… Yo estimo que, en cierto modo, tal peculiaridad da un tono especial a sus obras, un raro atractivo. El efecto de aislamiento es fuerte. Él parecía desnudar al paisaje de sus ocupantes. La paz de la campiña era entonces, sin ellos, más verdadera. Si vamos al caso, habrá que ver en esto último la causa de que el gusto general haya evolucionado en dirección a él. Hay mucha gente por todas partes hoy; son demasiados los coches que circulan por ahí; hay excesivos ruidos, demasiado bullicio… La paz, la paz perfecta. Esta sólo se encuentra en plena Naturaleza, mejor

dicho, en la Naturaleza en sí.

—Quizá tengas razón. ¿Qué tal era Boscowan como hombre?

—No lo conocí personalmente. Es de una época muy anterior a la mía. Se sentía satisfecho de sí mismo por todos los conceptos. Como pintor era mejor que como hombre, creo. Un individuo cortés, agradable… Le gustaban bastante las faldas.

—¿Y no tienes ninguna idea acerca del emplazamiento de este paisaje? Supongo que se trata de una campiña inglesa, ¿no?

—Yo diría que sí. ¿Quieres que lo averigüe?

—¿Podrías enterarte de eso?

—Lo mejor sería hacerle la pregunta a su mujer, a su viuda. Boscowan contrajo matrimonio con Emma Wing, la escultora. Es muy conocida, pero… poco rentable. Tiene obras muy personales. Visítala, si acaso. Vive en Hampstead. Puedo facilitarte sus señas. Últimamente, nos hemos mantenido al habla con ella, por escrito, con motivo de la proyectada exposición de lienzos de su marido. Poseemos también algunas de sus esculturas de menor tamaño. Voy a darte sus señas.

Se acercó a una mesa. Robert garabateó unas palabras en una tarjeta, que entregó a Tommy.

—Aquí las tienes. No acierto a imaginarme qué misterio habrá en todo esto. Tú has sido siempre un hombre enigmático, Tommy, ¿eh? Tienes ahí un cuadro típicamente representativo de Boscowan. Podríamos incluirlo en la exposición. Te escribiré unas líneas recordándotelo cuando la tengamos montada.

—Tú no conocerás a ninguna señora apellidada Lancaster, ¿verdad?

—Hombre, así, de momento, no. ¿Pinta? ¿Hace algo por el estilo, acaso?

—No, me parece que no. Se trata de una mujer ya entrada en años que ha vivido varios en una residencia para ancianas. Te hablo de ella porque fue la dueña de este cuadro, que acabó regalando a una tía mía.

—No puedo asegurarte que ese nombre me diga algo, Tommy. Será mejor que hables con la señora Boscowan.

—¿Cómo es ella?

—Boscowan llevaba a su mujer bastantes años, me parece. Ella

tiene, ciertamente, personalidad —Robert asintió dos o tres veces—. Sí, efectivamente, mucha personalidad. Espero que cuando la conozcas, compartas mi opinión.

Robert cogió el cuadro, que puso en manos de uno de sus ayudantes para que procediera a envolverlo.

—Eres muy amable —dijo Tommy—, ni la colaboración de tus hombres me regateas.

Volvió la cabeza a un lado y a otro, advirtiendo lo que había a su alrededor por vez primera.

—¿De quién son estos cuadros que tienes por aquí? —preguntó con un gesto de disgusto.

—De Paul Jaggerowski… Un joven eslavo muy interesante. Se dice que pinta siempre bajo la influencia de las drogas. ¿No te agrada?

Tommy concentró su atención en un gran saco castaño que parecía estar sumergido en un mar de color verde metálico, saturado de vacas distorsionadas.

—Con franqueza: ni pizca.

—Eres un filisteo —contestó Robert—. Acompáñame, Tommy. Voy a comer.

—No me es posible. Estoy citado con un médico en mi club.

—No estarás enfermo, ¿eh?

—Disfruto de una salud excelente a Dios gracias, Mi presión sanguínea es tan correcta que los doctores con quienes consulto se sienten desconcertados…

—Entonces, ¿qué necesidad tienes de entrevistarte con un médico?

—¡Oh! —exclamó Tommy, animadamente—. Hemos de ocuparnos los dos de cierto cuerpo. Gracias por tu ayuda, Robert. Adiós.

Tommy saludó al doctor Murray con bastante curiosidad… Presumía que quería hablarle de algunas formalidades relacionadas con el fallecimiento de su tía Ada. Ahora bien, ¿por qué no había querido aquel hombre ponerle al corriente de todo por teléfono? Tommy no sabía, decididamente, a qué atenerse.

—Creo que me he retrasado un poco —declaró el doctor Murray al estrechar su mano—. El tráfico, en esta ciudad, es cada vez más intenso y yo no estaba muy seguro en cuanto al emplazamiento de este local. Esta parte de Londres me resulta un tanto extraña.

—No debiera haberle hecho venir aquí —continuó Tommy—. Debiéramos haber elegido un sitio más a mano para usted.

—¿Dispone usted ahora de tiempo?

—En este momento, sí. He pasado la última semana fuera de la ciudad.

—Sí. Creo que eso es lo que dijeron cuando telefoneé. Tommy señaló una silla a su interlocutor, sugirió algo de beber y colocó un paquete de cigarrillos y una caja de cerillas al alcance del doctor Murray. Cuando los dos hombres se hubieron instalado cómodamente, fue aquel quien inició la conversación.

—Estoy seguro de haber despertado su curiosidad, señor Beresford —dijo el doctor—. La verdad es que paso por una situación algo enojosa en Sunny Ridge. Este asunto suscita mis dudas y en determinado aspecto nada tiene que ver con usted. No tengo derecho a inquietarle, pero… he pensado que existe una ligera posibilidad de que usted sepa algo que a mí podría serme de gran utilidad.

—Cuente conmigo, para lo que sea, por supuesto. ¿Está ese asunto a que alude relacionado con mi tía, la señorita Fanshawe?

—Directamente, no. Entra en el cuadro general del mismo, sin embargo. Puedo hablarle con entera confianza, ¿no, señor. Beresford?

—Sí, sí.

—El otro día estuve hablando con un amigo que también lo es de usted. Me refirió varios detalles acerca de su persona. Tengo entendido que en la última guerra le fueron confiadas misiones delicadísimas, sumamente reservadas.

—¡Oh! Nuestro amigo ha querido halagarme. Mis cosas no eran tan serias —replicó Tommy con naturalidad.

—Ya me doy cuenta de que no es prudente hablar de estos asuntos.

—Yo creo que en la actualidad da igual. Ha transcurrido ya mucho tiempo desde la guerra. Mi esposa y yo éramos jóvenes,

entonces.

—Bueno, nada tiene que ver con eso lo que yo deseo decirle. El caso es que tengo la impresión de que me puedo dirigir a usted con absoluta franqueza, confiando, además, en que no repetirá lo que voy a explicarle ante nadie, si bien cabe la posibilidad de que todo se divulgue más tarde.

—¿Han surgido complicaciones en Sunny Ridge?

—Sí. No hace mucho, una de nuestras internas falleció: la señora Moody. No sé si llegó usted a conocerla; ignoro si su tía le habló en alguna ocasión de esa mujer.

—¿La señora Moody? —Tommy reflexionó—. No, creo que no. Bueno, no recuerdo, al menos.

—Era una de nuestras más antiguas internas. No había cumplido todavía los setenta y se encontraba bien de salud. No sufría ninguna dolencia. Era, simplemente, una mujer que carecía de parientes cercanos, que no disponía de nadie que pudiese atenderla dentro de un marco hogareño. Se situó en la categoría que yo denomino para mí mismo de las personas revoloteantes. Son mujeres que conforme ganan en años se parecen más y más a las gallinas. Charlan por los codos. Es decir: cloquean a cada paso. Lo olvidan todo. Se ponen a veces en situaciones apuradas. Se preocupan por todo. No dejan vivir a nadie con el menor pretexto. Y, sin embargo, no sufren ningún trastorno de gravedad. No son lo que se dice perturbadas mentales, ni mucho menos.

—Pero no dejan de cloquear un momento, como usted ha indicado —apuntó Tommy.

—Exactamente. La señora Moody la armaba allí donde hacía acto de presencia. Pero todo el mundo la quería. Muy especialmente, se olvidaba de todo lo que se refería a las comidas. Protestando porque sostenía que no le habían servido la cena, por ejemplo, cuando en realidad había estado saboreando hasta el último plato de la misma, unos minutos atrás tan sólo.

—¡Oh! —exclamó Tommy, recordando por fin a la mujer—: La señora «Chocolate».

—¿Cómo ha dicho?

—Lo siento… Es el apodo que mi esposa y yo le dimos. Salía de su cuarto un día, en el momento en que nosotros pensábamos por el

corredor, llamando a gritos a la enfermera Jane, reclamando su chocolate. Decía que no lo habían servido. Era una mujer de buen aspecto, menuda. Nos hizo gracia y dimos en la costumbre de llamarla la señora «Chocolate» cuando aludíamos a ella. Así, pues, falleció…

—No me sentí particularmente sorprendido cuando se produjo su óbito —declaró el doctor Murray—. Anunciar con antelación, exactamente, la fecha del fallecimiento de una mujer ya anciana, es algo prácticamente imposible. Mujeres de salud muy precaria, a las que se les calcula un año de vida, todo lo más, como resultado de un reconocimiento médico, rebasan a lo mejor luego los diez. Se aferran tenazmente a la vida y la dolencia física no llega a quebrantar más que en último extremo su tesón, su afán de continuar viviendo. Existen otras personas que gozan de salud razonablemente buena, de las que uno piensa que tienen cuerda para rato, por así decirlo. Luego, cogen una bronquitis, o una fuerte gripe, e incapaces de recuperarse adecuadamente del tropezón, acaban sus días cuando uno menos se lo esperaba. En consecuencia, como médico que soy de una residencia que sólo acoge señoras ancianas, puedo asegurarle que no me siento sorprendido habitualmente cuando se produce una muerte inesperada. Este caso, no obstante, el de la señora Moody, fue algo distinto. Murió mientras dormía, sin haberse advertido en ella síntomas denunciadores de una enfermedad. Me dije que se trataba de una muerte inesperada. Utilizaré la frase que siempre me intrigó en la obra de Shakespeare, Macbeth. Siempre me he preguntado lo qué Macbeth quería significar al decir, refiriéndose a su esposa: «Debía haber muerto más adelante».

—Sí. Recuerdo que una vez me pregunté a dónde apuntaba Shakespeare con eso —manifestó Tommy—. No me acuerdo, en cambio, de qué montaje de la obra se trataba, ni del actor que representaba el papel de Macbeth. Pero había una enérgica sugerencia en aquella particular representación. Macbeth, ciertamente, se movía para señalar que él sugería al asistente médico que era mejor que *lady* Macbeth fuese eliminada. Fue entonces cuando aquel, sintiéndose a salvo tras la muerte de la esposa, advirtiendo que ya no podría ocasionarle ningún daño con

sus indiscreciones o sus fallos mentales, progresivamente crecientes, expresó su auténtico afecto y pesar. «Debía haber muerto más adelante».

—Exacto. El mismo sentimiento me inspiró la señora Moody. Me dije que debía haber fallecido más adelante y no hace tres semanas, sin causa aparente…

Tommy no respondió. Se Limitó a mirar al doctor inquisitivamente.

—Los médicos nos enfrentamos siempre con determinados problemas. Cuando se queda uno desconcertado ante la muerte de un paciente, sólo hay un medio para saber a qué atenerse: la autopsia. Las autopsias no son bien acogidas por los parientes de la persona fallecida, pero si un doctor exige aquella y se llega a la conclusión, como bien puede suceder, de que el óbito se ha producido por causas naturales, o como consecuencia de alguna enfermedad que no siempre tiene manifestaciones y síntomas externos, la carrera del doctor se ve seriamente en peligro por su formulación de un diagnóstico discutible…

—Ya me hago cargo de que este puede ser difícil de establecer.

—En este caso, se daba la existencia de unos parientes lejanos, unos primos. Eché sobre mí la responsabilidad de obtener su consentimiento. Tenía interés médico averiguar las causas de la muerte. Cuando un paciente muere mientras duerme, es aconsejable ampliar la esfera de nuestro conocimiento profesional. Por fortuna, a aquella gente le tenía sin cuidado tal paso. Me sentí profundamente aliviado. Una vez efectuada la autopsia, de salir todo bien, yo podía extender un certificado de defunción sin el menor escrúpulo. Cualquiera puede morir a consecuencia, de lo que se llama, en términos vulgares, ataque de corazón, una entre varias causas diferentes. En realidad, el corazón de la señora Moody se hallaba en forma excelente, para su edad. Sufría una artritis, algo de reumatismo y de cuando en cuando el hígado le daba algo que hacer, pero ninguna de estas dolencias podía haberle ocasionado la muerte durante el sueño.

El doctor Murray hizo una pausa. Tommy despegó los labios para decir algo, pero guardó silencio. El médico bajó la cabeza, haciendo un gesto afirmativo.

—Sí, señor Beresford. Usted ve ya a dónde voy. La muerte en este caso se debió a una dosis excesiva de morfina.

—¡Santo Dios! —A Tommy se le escapó, involuntariamente, esta exclamación.

—Sí. La cosa parecía increíble, pero no se podía evitar el análisis. La pregunta era: «¿Cómo había sido administrada aquella morfina?». La señora Moody no necesitaba para nada la droga. La señora Moody no sufría dolores insoportables. Existían tres posibilidades; desde luego. Podía haber ido a parar a su cuerpo accidentalmente, Improbable. Podía haber sustraído la droga a otra interna, por error. Tampoco es esto probable. Ninguna persona delicada se provee normalmente de morfina y nosotros no aceptamos nunca personas adictas a las drogas, quienes podrían llevar las mismas encima. Pudo haber sido un suicidio, pero me niego a aceptar tal hipótesis. La señora Moody era una alborotadora contumaz, pero resultaba, en general, alegre y estoy convencido de que jamás entró en sus cálculos atentar contra su vida. Tercera posibilidad: alguien le administró una super dosis fatal, deliberadamente. ¿Quién? ¿Por qué?

»Naturalmente, existen allí provisiones de morfina y otras drogas. La señorita Packard, en su calidad de enfermera profesional, titulada, se halla legalmente autorizada para guardar en su poder semejantes cosas. Las tiene, ordinariamente, en un armario, bajo llave. En los casos de ciática y de artritis reumatoide, el dolor puede ser tan intenso que se procede a administrar una dosis de morfina. Estábamos esperanzados con la idea de que, en determinadas circunstancias, hubiese sido administrada por error a la señora Moody una dosis exagerada de morfina, ` o que ella misma consumiese la droga creyendo que era un buen remedio para la indigestión o el insomnio. Por más que hemos querido, no conseguimos ver la posibilidad de esas circunstancias. Lo que hemos hecho después, por sugerencia de la señorita Packard, de acuerdo con ella, ha sido estudiar el proceso de las muertes habidas en Sunny Ridge a lo largo de los últimos dos años. Me satisface declarar que no se han producido muchas. Creo que fueron siete, en total, una buena cifra dado el término medio de la edad de las internas en el establecimiento. Dos fallecimientos a causa de una

bronquitis, que no admitían ninguna duda, dos de gripe, el "asesino" siempre amenazador durante los meses de invierno, debido a la poca resistencia ofrecida por los organismos de unas mujeres frágiles, de edad avanzada. Y las otras tres…».

El doctor Murray hizo una pausa, para seguir diciendo a continuación:

—Señor Beresford: estas tres últimas muertes no me convencen, particularmente dos de ellas. Eran perfectamente probables, no eran inesperadas, pero… Después de reflexionar serenamente, tras mis investigaciones, decididamente, no me convencen. Me veo enfocado a admitir la posibilidad, por absurdo que parezca, de que hay en Sunny Ridge alguien que, posiblemente por razones mentales, es un asesino. Un asesino del que nadie sospecha.

Otro silencio que duró varios segundos. Tommy suspiró.

—No pongo en duda, desde luego, sus consideraciones —dijo aquel—. Sin embargo, con franqueza, eso se me antoja increíble. Cosas como estas… seguramente, no pueden darse en la vida real.

—¡Oh, sí! ¡Ya lo creo que pueden darse! —contestó el doctor Murray, gravemente—. Acuérdese de algunos casos de tipo patológico. Una mujer dedicó sus actividades al servicio doméstico. Trabajó en calidad de cocinera en varias casas. Era una persona agradable, cortés, de muy buen ver; prestaba unos servicios muy útiles, cocinaba estupendamente, se llevaba bien con sus señores… No obstante, antes o después, empiezan a suceder cosas que llaman la atención. Unas veces es un plato de bocadillos, o una cesta de merienda, que se lleva al campo, para amenizar una excursión. No hay motivos aparentes, pero lo cierto es que se procede a un añadido a base de arsénico. Hay dos o tres bocadillos envenenados en el montón. Al parecer, fue obra de la casualidad que los tomara este o aquel… Todo indicaba que no existía una intención personal. A veces no se presentaba la tragedia. La misma mujer continuó en su puesto tres o cuatro meses más y ya no hubo la menor huella de otros quebrantos. Nada. Luego, va a trabajar a otro sitio y en su nuevo empleo, a las tres semanas, dos familiares fallecían tras un desayuno a base de huevos y jamón. El hecho de que estos episodios tuviesen por escenarios diversos puntos de Inglaterra fue la causa de que la policía tardara algún tiempo en poder actuar eficazmente,

localizando una pista. La mujer cambiaba de nombre con la misma facilidad con que cambiaba de dueños. Como hay muchas cocineras agradables, capaces y de mediana edad, aquella era especialmente difícil de encontrar.

—¿Por qué llevaba a cabo sus crímenes?

—A mí me parece que nadie lo ha sabido. Existen diversas hipótesis, nacidas, principalmente, en los cerebros de los psicólogos. La mujer era religiosa a su manera. Por efecto de una tarea sagrada: librar al mundo de ciertas personas. Parece ser que no había por qué pensar en personales rencores.

»Tenemos luego el caso de la francesa Jeanne Gebron, a quien se llamó «El Ángel de la Misericordia». Se sentía tan afectada cuando los vecinos tenían a sus niños enfermos que corría a cuidar de ellos. Solía sentarse, muy recogida, a la cabecera del lecho del enfermito de turno. También aquí transcurrió algún tiempo antes de que la gente advirtiera que los niños que ella cuidaba no se recobraban jamás. Todos morían, ¿por qué? Es cierto que el suyo, siendo la mujer joven, se le había muerto también. El pesar parecía haberla atormentado hasta lo indecible. Quizás esta circunstancia fuese la motivadora de su criminal carrera. Su hijo había muerto y era lógico que muriesen, así mismo, los hijos de las demás mujeres. ¿Qué mentalidad, eh? Hubo alguien que pensó que su propio hijo había sido también víctima de sus criminales instintos…

—Está usted consiguiendo que sienta escalofríos —manifestó Tommy.

—He escogido los ejemplos más dramáticos —alegó el doctor—. Puede que haya casos más simples que los citados… ¿Se acuerda usted del caso Armstrong? Todo el que le ofendía o insultaba, de una manera real o como figuración suya, se veía por un procedimiento u otro invitado a tomar el té. En los bocadillos correspondientes había arsénico. Es un caso de suspicacia exagerada. Sus primeros crímenes no tuvieron más motivo que el lucro personal: dinero a base de herencia… Hubo la supresión de una esposa también, con el propósito de contraer matrimonio con otra mujer.

»Se presentó más adelante el caso de la enfermera Warriner, quien regía un establecimiento para personas de edad avanzada. Los

internos le cedían, cuanto poseían, garantizándoles ella, por su parte una cómoda vejez, hasta el momento de su muerte…, que no tardaba en presentarse, naturalmente. También aquí la morfina era el medio empleado… Era una mujer muy buena, sin el menor escrúpulo. Yo creo que se miraba a sí misma como una bienhechora.

—Si su suposición sobre esas extrañas muertes está correctamente planeada, ¿no posee usted ninguna idea por lo que atañe a su probable autor?

—No. No existen indicios de ningún género. Imaginémonos que el asesino es un demente… La demencia tiene manifestaciones muy difíciles de identificar. ¿Vamos a pensar en alguien a quien disgusta la gente entrada en años, que ha sido perjudicado por ella, que ha visto arruinada su existencia por ella? ¿Se trata de alguna persona que tiene sus ideas particulares sobre la caridad y que piensa que todo aquel ser que ha rebasado los sesenta años, debe ser exterminado por procedimientos suaves? ¿Será una de las internas? ¿Tendremos que mirar hacia los servidores de la casa, enfermeras o trabajadores domésticos?

»He hablado de esto extensamente con Millicent Packard, quien rige la casa. Es una mujer muy competente, de gran viveza, metódica, que supervisa constantemente la labor de las personas que tiene a sus órdenes, que además está pendiente de las internas. Ella insiste en que no tiene la menor sospecha, que no desconfía de nadie, y yo francamente la creo.

—Pero… ¿por qué recurre usted a mí? ¿Qué es lo que yo puedo hacer en este caso?

—Su tía, la señorita Fanshawe, vivió en Sunny Ridge varios años. Era una mujer de considerable capacidad mental, aunque ella pretendiera otra cosa. Poseía unos métodos muy personales a la hora de divertirse, haciendo gala de una aparente senilidad. Pero en realidad tenía la mente muy clara, muy despejada…

»Lo que yo quiero, señor Beresford, es que haga un esfuerzo y recuerde… También me gustaría que hiciera esto su esposa… En las palabras de la señorita Fanshawe, ¿no vio usted nunca nada raro, nada que llamara su atención, alguna sugerencia extraña que pudiese facilitarnos una pista? Ella pudo haber visto algo, haber

observado cualquier detalle curioso, sorprender una frase aislada de especial significación. Ha de saber que las personas ancianas son, normalmente, muy observadoras. La señorita Fanshawe podía saber mucho de lo que ocultamente sucedía en Sunny Ridge, Las señoras de su tipo no hacen nada, disponen de las veinticuatro horas del día, prácticamente, para mirar a su alrededor y llegar a unas conclusiones. Las hay fantásticas, en ocasiones, pero que no por eso dejan de ser enteramente correctas.

Tommy movió la cabeza, denegando.

—Ya lo entiendo… Pero la verdad es que no recuerdo nada en tal sentido.

—Su esposa se ha ausentado, ¿no? ¿No cree que ella pueda recordar algo que para usted haya pasado inadvertido?

—Se lo preguntaré… Sin embargo, lo dudo… —Tommy vaciló un momento, añadiendo—: Hay algo que preocupó a mi esposa. Verá… Es acerca de una, de las internas, una señora apellidada Lancaster.

»Mi mujer decía que la señora Lancaster había sido retirada de Sunny Ridge por unos supuestos parientes demasiado inesperadamente. La señora Lancaster regaló a mi tía un cuadro y mi esposa opinaba que lo correcto era devolvérselo, de manera que intentó establecer contacto con aquella, para consultarle el caso…

—Una actitud correctísima por parte de la señora Beresford, desde luego.

—Pero halló difícil localizarla. Consiguió las señas del hotel en que se suponía que habían estado la señora Lancaster y sus parientes… Resultó que allí nadie se había hospedado, de ese apellido, ni había reservado ninguna habitación.

—¡Qué raro!

—Sí. A Tuppence también le extrañó la cosa. No habían dejado dirección alguna en Sunny Ridge, Llevamos a cabo varios intentos para dar con la señora Lancaster, o con la señora… Johnson, creo que se llamaba su parienta… Todo fue inútil. Había por en medio un abogado que se encargaba de pagar todas las cuentas, me parece, y estaba al habla con la señorita Packard. Nos pusimos en comunicación con él. Lo único que pudo hacer el hombre fue darnos la dirección de un banco. Y ya se sabe —añadió Tommy,

secamente—, los bancos no dan informaciones confidenciales así porque sí.

—Sobre todo cuando existe una prohibición por parte de sus clientes.

—Mi esposa escribió a la señora Johnson, dirigiendo la carta al banco, y también a la señora Lancaster… No recibió ninguna contestación.

—Todo eso parece poco corriente. Claro que no siempre contesta la gente las cartas que recibe… Pudiera ser que esa familia se hubiese trasladado definitivamente al extranjero.

—Es posible. A mí, todo este asunto me tenía sin cuidado. La que estaba preocupada era mi esposa. Afirma estar convencida de que a la señora Lancaster le ha pasado algo. Me dijo que durante mi ausencia realizaría algunas investigaciones. No sé, concretamente, qué pensaba hacer. Me figuro que visitar el hotel, el banco… Bueno, lo que importa es que ella iba a intentar obtener más información.

El doctor Murray contempló atentamente el rostro de Tommy. Se advertía un aire de paciente fastidio en sus modales.

—¿Qué pensaba ella exactamente?

—Mi mujer cree que la señora Lancaster se halla en peligro, o que le ha sucedido algo desagradable…

El doctor enarcó las cejas.

—¡Oh! Yo apenas me atrevería a pensar…

—Esto es posible que le parezca a usted una estupidez —declaró Tommy—, pero he de notificarle que mi mujer telefoneó ayer, anunciando que estaría de vuelta por la noche… y…, sin embargo, no llegó a su hora.

—¿Puntualizó que volvía, sin lugar a dudas?

—Sí. Mi esposa conocía la fecha de mi regreso, tras la asamblea a que había asistido. En consecuencia, llamó por teléfono a nuestro servidor, Albert, diciéndole que llegaría a tiempo para la cena.

—¿Y no le parece natural el retraso tratándose de ella, verdad?

El doctor Murray contempló ahora a Tommy con algún interés.

—No me parece natural, desde luego. En Tuppence eso es algo completamente desusado. De haberse retrasado o haber alterado sus planes, habría vuelto a telefonear o hubiera cursado un telegrama.

—Y ahora, ella le preocupa, ¿no?

—Sí, desde luego, estoy preocupado.

—¿Ha hablado con la policía?

—No —replicó Tommy—. ¿Y qué me diría la policía? No tengo razones para pensar que pueda hallarse en una situación apurada, en peligro… De haber sufrido un accidente, de encontrarse en un hospital, me hubieran localizado en seguida, ¿no?

—Yo diría que sí, en efecto… Siempre y cuando hubiesen podido identificarla.

—Lleva consigo la licencia de conducción. Y también cartas, amén de algún que otro documento.

El doctor Murray frunció el ceño.

—¿Y bien?

Tommy se explicó:

—Hallándose todo planteado así, aparece usted, con toda esa historió acerca de Sunny Ridge… Personas que fallecen inesperadamente. Supongamos que esa anciana diera por casualidad con algo, que viese cualquier detalle raro, que sospechase de alguien, que comenzase a hablar más de la cuenta… El que lo observara pensaría que tenía que obligarla a guardar silencio por todos los medios a su alcance. Uno de ellos era quitarla de en medio, trasladándola a otro sitio, a un lugar donde no pudiera ser localizada. Tengo la impresión de que aquí hay varios puntos que presentan cierta relación entre sí.

—Es muy raro todo, por supuesto, muy raro… ¿Qué se propone hacer ahora?

—Voy a realizar por mi parte algunas investigaciones también… Probaré suerte con esos abogados, primeramente. Puede ser que no merezcan ninguna consideración, pero prefiero echarles un vistazo personalmente, obteniendo así mis propias conclusiones.

Capítulo XII

Tommy visita a un viejo amigo

Desde el lado opuesto de la acera, Tommy inspeccionó parte del edificio que en aquella calle ocupaban los señores Partingdale, Harris, Lockeridge y Partingdale.

Todo aparecía allí eminentemente respetable y con la pátina de lo antiguo. La placa de latón estaba perfectamente pulida.

Tommy cruzó la calle y pasó al interior por una puerta giratoria. Dentro, le saludó un rumor apagado de máquinas de escribir que estaban funcionando a toda velocidad.

Se Dirigió a una ventanilla en cuya parte superior había un rótulo que rezaba: «Información».

Dentro del pequeño recinto se encontraban tres mujeres que tecleaban en sus respectivas máquinas. Dos empleados varones, detrás de sus mesas, estaban absortos en sus tareas, manipulando unos documentos.

Una de las mujeres, que contaría treinta y cinco años de edad, aproximadamente, persona de severa expresión y rubios cabellos, que usaba una horquilla, abandonó su máquina para acercarse a la ventanilla.

—¿En qué puedo servirle?

—Desearía ver al señor Eccles.

La expresión de la mujer se tornó todavía más seria.

—¿Está usted citado con él?

—No. Acabo de llegar de Londres y…

—El señor Eccles está muy ocupado esta mañana. Tal vez pudiera atenderle otro miembro de la firma.

—Era el señor Eccles a quien yo quería ver. Nos hemos estado

escribiendo últimamente, ¿sabe?

—Ya. ¿Tiene la bondad de darme a conocer su nombre? Tommy facilitó su nombre y señas a la rubia. Esta se retiró de la ventanilla, descolgando el teléfono que tenía encima de su mesa. Después de haber sostenido una conversación breve y en voz baja con alguien, regresó junto a Tommy.

—Van a indicarle dónde se encuentra la sala de espera. El señor Eccles le atenderá dentro de diez minutos.

Tommy fue conducido a una estancia en la que había una estantería llena de pesados volúmenes sobre legislación, seguramente. La mesa redonda del centro se hallaba materialmente cubierta de folletos de tipo financiero. Tommy tomó asiento, pensando detenidamente en su plan de abordaje de aquel hombre. Se preguntó cómo sería el señor Eccles…

Al ser introducido en su despachó, el señor Eccles se puso en pie cortésmente. Tommy decidió, sin nada en que fundarse, que aquel individuo no era de su agrado. No. No parecía existir ninguna razón válida, que justificara aquella repugnancia. El señor Eccles era un hombre entre los cuarenta y cincuenta años. De canosos cabellos, que se volvían más claros a la altura de las sienes. Tenía una mirada triste, más bien, en un rostro de hierática expresión, ojos de astucia y una agradable sonrisa que de cuando en cuando, inesperadamente, quebraba la natural melancolía de su faz.

—¿El señor Beresford?

—Sí. Me trae aquí una minucia, más bien. Pero es que mi esposa ha estado bastante preocupada últimamente. Creo que le escribió, o que estuvo hablando con usted por teléfono, no estoy seguro… Deseaba saber si usted podía facilitarme, la dirección de una señora apellidada Lancaster.

—La señora Lancaster —dijo Eccles.

No se alteró ni un solo músculo de su «cara de póker». Aquello ni siquiera fue una pregunta. La frase quedó como colgando en el aire.

«He aquí un hombre cauteloso —pensó Tommy—. Claro que la cautela, en los abogados, es como su segunda naturaleza. Y uno, cuando los necesita, suele elegirlos así».

—La señora Lancaster ha vivido en una residencia denominada

Sunny Ridge… Se trata de un establecimiento para damas ancianas. Yo he tenido allí, durante cierto tiempo, a una tía mía. En Sunny Ridge se sintió hasta el momento de su muerte feliz, a gusto.

—¡Oh, sí! Naturalmente. Claro que me acuerdo de la señora Lancaster. Ya no vive allí, ¿verdad?

—Efectivamente, ya no vive allí.

—De momento, no recuerdo con precisión… —Eccles alargó una mano, en busca del teléfono—. Voy a ver si refresco la memoria…

—Le pondré al corriente de todo en pocas palabras —dijo Tommy—; mi esposa deseaba conocer las señas de la señora Lancaster porque ha entrado en posesión de una cosa que tiempo atrás perteneció a aquella. Un cuadro, concretamente. La señora Lancaster se lo regaló a mi tía, la señorita Fanshawe. Esta murió hace poco y todos sus efectos han venido a parar a nuestras manos. Figura entre ellos el lienzo de la señora Lancaster. A mi mujer le gusta mucho, pero imaginándose que la amiga de mi tía puede tener en mucho aprecio el cuadro, estima que lo correcto es ofrecerse para devolvérselo.

—Ya —dijo el señor Eccles—. Esa es una gran atención.

Tommy sonrió.

—Ya sabe usted los sentimientos tan especiales que suscitan los objetos más nimios en sus dueñas, cuando estas llegan a edades críticas. Para la señora Lancaster sería una satisfacción que el cuadro de que estamos hablando se hallase en posesión de su amiga, dispuesta siempre a admirarlo y apreciarlo en su justo valor, el efectivo y artístico. Pero al morir mi tía, no parece justo que el lienzo vaya a parar sin más a manos extrañas. El cuadro no tiene ningún título. Se ve en él una casa en plena campiña. Yo me imagino que será algún edificio familiar, relacionado de una manera u otra con la señora Lancaster.

—Si, sí, pero no creo…

Alguien llamó a la puerta del despacho. Se abrió la misma y entró un empleado, quien colocó una hoja de papel delante del señor Eccles. La mirada de este se detuvo en ella.

—¡Ah, sí! Ya me acuerdo. Sí. Creo que la señora… —Eccles bajó la vista, consultando la tarjeta de Tommy—, la señora Beresford llamó por teléfono, hablando conmigo. Le aconsejé que se pusiera,

en contacto con el Southern Counties Bank, sucursal de Hammersmith. Es la única disección que conozco. Las cartas dirigidas al banco, a nombre de la señora Johnson, serían reexpedidas oportunamente a la destinataria. La señora Johnson es, creo, una sobrina o prima lejana de la señora Lancaster. Fue aquella la persona que se puso de acuerdo conmigo para arreglar todo lo concerniente al ingreso de la anciana en Sunny Ridge. Me pidió que hiciera algunas averiguaciones sobre el establecimiento, ya que solamente lo conocía de oídas, por habérselo recomendado una amiga. Procedimos conforme a sus instrucciones, puedo asegurárselo. La residencia era excelente y en mi opinión, la señora Lancaster estuvo muy contenta todo el tiempo que residió allí.

—Sin embargo, salió de la residencia inesperadamente, más bien, para no volver —apuntó Tommy.

—Sí, sí, desde luego. La señora Johnson, al parecer, regresó recientemente de África oriental… ¡Como tanta otra gente en las circunstancias actúales! Ella y su marido han vivido por espacio de unos años en Kenya. Adoptaron nuevas disposiciones para el futuro, diciendo ocuparse personalmente de su anciana pariente. Desconozco actualmente el paradero de la señora Johnson. Recibí una carta de ella dándome las gracias por nuestra colaboración y saldando la cuenta que le habíamos abierto. Me indicó que si por cualquier motivo necesitaba ponerme al habla con ella dirigiera mis cartas al banco, pues no había decidido todavía con su marido qué ciudad elegirían para vivir. Señor Beresford le he dicho cuanto conozco sobre este asunto.

Los modales del señor Eccles eran suaves, pero firmes. No mostraba el menor embarazo y no se le veía inquieto, en absoluto. El tono de su voz lo decía todo. Finalmente, pareció ablandarse un poco.

—No debiera estar usted preocupado, señor Beresford —dijo, tranquilizador—. Es decir, no permita que su esposa se inquiete inútilmente. La señora Lancaster es una mujer ya anciana y, como tal, inclinada al olvido de ciertos detalles. Probablemente, no se acuerda ya del cuadro que regaló a su tía. Tendrá ya, me parece, setenta y cinco o setenta y seis años de edad. Cuando se llega a esta avanzada etapa de la vida, la memoria flaquea. Esto es lógico.

—¿La conoció personalmente?

—No. Nunca hablé con ella.

—Pero a la señora Johnson, sí, ¿verdad?

—Me entrevisté con la señora Johnson incidentalmente, cuando se presentó aquí para consultarme con respecto a las últimas disposiciones a adoptar. Se me antojó una mujer agradable, metódica. Y muy competente, a la hora de enjuiciar sus previsiones —el señor Eccles se puso en pie, añadiendo—: Lamento no poder serle más útil, señor Beresford.

Aquello era una disimulada, pero firme despedida. Tommy salió de la acera de la calle Bloomsbury, mirando a su alrededor, en busca de un taxi. El paquete que llevaba consigo era de poco peso, pero escasamente manejable, engorroso. Levantó la vista un momento, contemplando la fachada del edificio que acababa de abandonar. Eminentemente respetable; una construcción que tenía su historia. Nada podía objetársele, a primera vista. Nada raro había en la firma Partingdale, Harris, Lockeridge y Partingdale, ni en el señor Eccles… Su visita no había tocado ninguna alarma. Tommy se dijo que en las novelas, en una situación semejante, la sola mención de los nombres Lancaster y Johnson habría suscitado una mirada recelosa, un gesto de sobresalto, algo, en fin, que sugiriera que allí existía algo que no marchara bien. Seguramente, en la vida real las cosas no se daban así. Todo lo más, el señor Eccles tenía que parecerle un individuo demasiado cortés para quejarse porque le hicieran perder su precioso tiempo con motivo de una investigación tan ingenua como la que él, Tommy, había emprendido.

«Sin embargo —pensó Tommy—, ese señor Eccles no me gusta». Recordó vagamente algunos episodios del pasado; se acordó de otras personas con las cuales le había sucedido lo mismo. Muy a menudo, aquellas corazonadas —pues de corazonadas se trataba—, no le habían engañado. Pero quizá la cosa fuese más simple que todo eso. Cuando se alterna con personalidades muy diversas, uno adquiere una extraña experiencia. Es lo que le pasa al hombre acostumbrado, por razón de su oficio o actividad, a calibrar el valor de las antigüedades. Acaba por dejarse guiar por su instinto. Este le permite advertir la falsificación antes incluso de que los expertos inicien sus pruebas y reconocimientos. Siente que hay algo que

marcha mal en el objeto de su atención. Igual pasa con los que entienden de pinturas. Lo mismo ocurre, evidentemente con el cajero del banco a cuyas manos va a parar un billete falso.

»Todo en él parece correcto —se dijo Tommy—. Se mueve normalmente, habla bien… Y no obstante…

Movió frenéticamente un brazo, llamando a un taxi, cuyo conductor le correspondió con una mirada de indiferencia al tiempo que pisaba el acelerador a fondo. "Cerdo", pensó Tommy. Miró a un lado y a otro de la calle, en busca de otro taxi más asequible. Por la acera avanzaban unos grupos no muy numerosos de gente. Algunas personas apretaban el paso, otras caminaban indolentemente.

Más allá, un desconocido se había detenido para consultar la placa de latón que había junto a una entrada. Al cabo de unos segundos, el hombre dio la vuelta y los ojos de Tommy se dilataron a causa del asombro. Conocía aquella faz. Observó cómo el otro llegaba al final de la calle, deteniéndose, volviéndose sobre sus pasos. Alguien salió del edificio, a espaldas de Tommy y en aquel instante el del rostro familiar empezó a desplazarse más de prisa. Se Mantenía desde el otro lado de la calzada a la altura del que acababa de aparecer. Casi con seguridad que el individuo que había salido del domicilio social de Partingdale, Harris, Lockeridge y Partingdale era el señor Eccles. Tommy fijó la vista en su figura. En aquel momento, pasó a su lado, tentador un taxi más. Tommy levantó una mano y el vehículo se detuvo. Abrió la portezuela y se acomodó dentro».

—¿A dónde vamos?

Tommy vaciló, Fijó la vista en su paquete. Al ir a dar determinada dirección cambió súbitamente de parecer, respondiendo:

—Al número catorce de la calle Lyon.

Un cuarto de hora más tarde, llegaba a su destino. Tommy pagó al taxista. Luego, penetró en una entrada y oprimió el botón del timbre de una puerta. Preguntó por el señor Ivor Smith.

Al entrar en una de las habitaciones del segundo piso, un hombre sentado frente a una ventana, hizo girar en redondo su sillón, dibujándose en su cara una expresión de sorpresa.

—¡Hola, Tommy! ¿Cómo iba a figurarme que podías ser tú?

Hace mucho tiempo que no nos vemos. ¿Qué haces aquí? ¿Saludando a los viejos amigos?

—Ojalá estuviese dedicado hoy a esa grata tarea, Ivor. Supongo que te diriges a tu casa tras haber participado en esa asamblea.

—Pues sí.

—Mucho chau chau, como siempre, ¿eh? Seguramente, no habréis llegado a ninguna conclusión provechosa, ni se habrá dicho nada que sea de utilidad.

—Tienes razón. Todo se ha reducido a una lamentable pérdida de tiempo.

—Me imagino que os habréis pasado las horas escuchando las invectivas de Bogie Waddock… Es un fastidio ese hombre. Cada vez está más insoportable.

—¡Oh! Bien…

Tommy se sentó en la silla que Ivor Smith empujó hacia él. Aceptó un cigarrillo y dijo:

—Me preguntaba… Es una suposición un tanto arriesgada, pero… ¿Tú sabes algo de particular acerca de un individuo llamado Eccles, perteneciente a la firma Partingdale, Harris, Lockeridge y Partingdale?

—Vaya… —se limitó a murmurar Ivor Smith.

Este enarcó las cejas. Eran las suyas unas cejas ideales a la hora de cumplir tal función. En extremo interior, en cada una de ellas, se elevaba a la altura de la nariz y los otros opuestos se prolongaban inverosímilmente hacia las mejillas. El gesto en sí resultaba excesivamente acentuado. Pero en Ivor Smith era natural.

—¿Qué tienes contra Eccles?

—La verdad es que no sé una palabra sobre él.

—Y quieres estar informado, ¿eh?

—Sí.

—¡Hum! ¿Qué es lo que te ha hecho venir a verme?

—Vi a Anderson en la calle. También hacía mucho tiempo que no lo veía, pero pude reconocerle en el acto. Estaba vigilando a alguien. Se trataba de una persona procedente del edificio que yo acababa de abandonar. Hay dos firmas de abogados allí y una sociedad que se dedica a llevar la contabilidad. El individuo en cuestión puede pertenecer a cualquiera de las tres entidades. Ahora

bien, uno de los que caminaban acera abajo me pareció que era Eccles. Me pregunté entonces si por ventura aquel era el hombre que Anderson vigilaba.

Ivor Smith contestó:

—Bien, Tommy. Tú siempre fuiste muy perspicaz.

—¿Quién es Eccles?

—¿No lo sabes? ¿No posees la menor idea sobre él?

—No —repuso Tommy—. No quiero empezar ahora a referirte una larga historia… Recurrí a él para solicitar una información relacionada con una señora ya entrada en años que salió recientemente de una residencia para damas ancianas. El abogado que se encargó de todos los trámites para el internamiento de la mujer en el establecimiento fue Eccles. Parece haber actuado con todo decoro y eficiencia. Deseaba obtener las señas de la vieja. Me dijo que no las tenía. Es posible… Empecé a dudar, no obstante. Es el único camino que tengo para dar con ella.

—¿Y andas empeñado en localizarla todavía?

—Sí.

—Me parece que mi ayuda te va a servir de bien poco. Eccles es un abogado muy respetable, un profesional honesto que obtiene grandes ingresos, que posee una clientela magnífica, que trabaja para distinguidos terratenientes, hombres de carrera, soldados y marinos retirados, generales y almirantes y otras personas por el estilo. Es el colmo de la respetabilidad. Me imagino por lo que me has dicho que ha estado moviéndose estrictamente dentro del terreno de lo legal.

—Sin embargo… tú te interesas por él —señaló Tommy.

—Sí. Nosotros estamos muy pendientes de su persona —Ivor suspiró—. El señor James Eccles suscita nuestra curiosidad desde hace seis años, por lo menos. Y la verdad es que a pesar del tiempo transcurrido no hemos hecho muchos progresos…

—Muy interesante —respondió Tommy—, seguiré haciéndote preguntas. ¿Quién es exactamente nuestro señor Eccles?

—Quieres saber por qué Eccles nos inspira sospechas, ¿no? Pues para expresarlo en pocas palabras te diré que creemos que es uno de los mejores cerebros del país dentro de la actividad criminal organizada.

—¿Hablas de la actividad criminal?

Tommy se mostró francamente sorprendido.

—¡Oh, sí, sí! Bueno, aquí no se trata de aventuras de capa y espada; nada de labores de espionaje y contraespionaje. Llana y simplemente actividad criminal, querido. Hasta el momento presente no hemos podido averiguar que haya cometido ningún delito. Nunca ha robado nada. Jamás ha falsificado nada, nunca se ha quedado con el dinero de nadie… No hemos podido hacernos con ninguna prueba contra él. No obstante, siempre que se produce un robo a gran escala, bien planeado, por ejemplo, de una manera u otra, damos con el señor Eccles a mayor o menor distancia del hecho de turno…, llevando una vida impecable.

—Seis años —dijo Tommy, pensativamente.

—Es posible que llevemos más tiempo detrás de él. Necesitamos algunos meses para descubrir el orden con que se producían las cosas. Atracos a bancos, robos de joyas a particulares, etcétera. Esto es, operaciones en las que siempre había por en medio dinero en abundancia. Todas se realizaban de una manera particular, casi uniforme. Inevitablemente, se pensaba que habían sido planeadas por la misma mente. Los que dirigían las operaciones y quienes las ejecutaban nada tenían que ver con el planeamiento. Esos hombres hacían lo que se les ordenaba, se movían de acuerdo con unas indicaciones precisas, no se veían obligados a pensar. Las reflexiones corrían a cargo de otra persona.

—¿Y qué es lo que os llevó a pensar en Eccles? —Ivor Smith clavó la barbilla en su pecho.

—Esto es largo de contar. Eccles es un hombre que conoce a mucha gente, que tiene muchos amigos. Hay personas que juegan al golf con él; otras que atienden a los problemas mecánicos de su coche; hay firmas de corredores de bolsa que actúan por él. Algunas compañías desarrollan actividades perfectamente legales en las cuales él está interesado de un modo directo. Todo se va aclarando progresivamente, menos lo de su participación. Lo que sí se advierte sin lugar a dudas es su ausencia en ciertas ocasiones. Por ejemplo: se lleva a cabo el asalto a un banco, inteligentemente planeado (para el cual no se escatiman gastos, tenlo en cuenta), consolidándose la huida de sus autores y todo lo demás… Uno se

pregunta: ¿dónde está el señor Eccles en aquellos momentos? Pues en Montecarlo, o en Zurich, o, probablemente, en Noruega, dedicado tranquilamente a la pesca del salmón. Siempre existe la seguridad de que el señor Eccles va a encontrarse a un par de centenares de kilómetros del lugar en que se ha producido el acto delictivo.

—Y, sin embargo, vosotros sospecháis de ese hombre, ¿eh?

—Sí. Por lo que a mí respecta, estoy seguro de que procedo correctamente. Lo que ignoro es si llegaremos alguna vez a detenerlo. El hombre que abrió el túnel que había de conducirle a los sótanos del banco, aquel que golpeó al vigilante nocturno, el cajero que participó en la operación desde el principio, el director del establecimiento que suministró la información necesaria, no conocen nunca a Eccles y, probablemente, no le han visto jamás. Se da la existencia de una larga cadena, pero cada una de las personas complicadas sólo están al tanto de lo concerniente a su eslabón.

—¿El viejo y acreditado plan de organización de la célula?

—Eso es, más o menos, pero adicionado con alguna que otra idea original. El día menos pensado, nos enfrentaremos con nuestra oportunidad. Alguien que no debiera saber nada, logrará descubrir cualquier cosa. Será algo estúpido y trivial, quizá, pero suficientemente bueno para que nos sirva de prueba.

—¿Es casado ese hombre?

—No. Nunca ha querido correr esa clase de riesgos. Vive solo. Cuenta con los servicios de una asistenta, un jardinero y un criado. Alterna con otras personas normalmente y me atrevería a jurar que las que entran en su casa no son sospechosas de nada reprobable.

—¿Y no hay nadie que se esté haciendo cada vez más rico?

—Eso sí que sería poner el dedo en la llama, Thomas. Alguien debe de estar haciéndose inmensamente rico, en efecto. Debiéramos verlo… Pero este detalle está siendo también objeto de los máximos cuidados. Hay grandes ganancias en carreras de caballos, inversiones en papel y fincas. Todo es normal. Hay afluencia de dinero en cantidad y todo él es debido a transacciones aparentemente correctas. Mucho del dinero ha sido situado en diferentes países, en distintos sitios dentro de cada país. El negocio es grande, vasto, fructuoso. Lo que produce se mueve de una

manera constante, va de un lugar a otro…

—Pues nada, hijo —contestó Tommy—. Te deseo buena suerte. A ver si algún día llegas a pescar a tu hombre.

—Con esa confianza vivo. Nuestras esperanzas tendrían una base firme si pudiéramos sacarlo de quicio, si lográramos hacerle salir de su rutina con cualquier pretexto.

—¿Cómo?

—Todo se reduce a conseguir llevarlo a una situación en la que se sienta en peligro. Tendríamos que llevarlo al convencimiento de que estamos sobre él. Lo ideal sería que empezase a sentirse nervioso. Cuando un hombre pierde la serenidad está a punto de hacer tonterías, ¿no? Es posible que entonces cometiera un error. Así como nos hemos hecho a veces de determinados ejemplares de la fauna humana. Dime dónde está el individuo capaz de desenvolverse inteligentemente; sin un solo fallo. Ponle un poco de jabón e, invariablemente, resbalará. Es lo que estoy esperando. Y ahora, cuéntame tu historia. Quizá sepas algo que a nosotros pueda sernos útil.

—No es nada que tenga que ver con el mundo del crimen. Se trata de una cuestión de menor cuantía.

—Cuéntemelo todo primero y después hablaremos.

Tommy refirió a Ivor todo lo sucedido, sin formular excusas por lo trivial del asunto. Sabía qué Ivor era de los hombres que jamás despreciaba una menudencia. Inmediatamente, aquel se centró en el punto que determinara la puesta en movimiento de su amigo.

—Tu esposa ha desaparecido entonces, ¿eh?

—Una ausencia como la presente no es natural en ella.

—El asunto es grave.

—Para mí sí que lo es.

—Ya me lo imagino. Sólo he hablado una vez con tu mujer. La conceptuaré una persona inteligente.

—Cuando se lanza sobre una pista, se comporta como un sabueso que siguiera un rastro —dijo Thomas.

—¿No has recurrido a la policía?

—No.

—¿Por qué?

—En primer lugar, porque no creo que le pase nada de

particular. Siempre ha sido así con Tuppence. Concentrada en su tarea, es posible que no haya dispuesto de tiempo para telefonear.

—¡Hum! No me gusta la cosa. Anda buscando una casa, ¿me dijiste? Este dato podría interesarnos… Verás… Hemos llegado a conclusiones muy escasas y poco definidas, pero disponemos de una especie de pista que tiene algo que ver con las actividades de los agentes de la propiedad inmobiliaria.

—A ver, a ver, explícate —dijo Tommy, un tanto intrigado.

—Sí. Sabemos de varios agentes de esa clase, corrientes, de categoría media, situados en diferentes ciudades de Inglaterra, en pequeñas ciudades provincianas, ninguno de ellos muy lejos de Londres. Unas veces, el hombre interviene como abogado por la parte de los compradores y en otras ocasiones defiende los intereses de los vendedores.

»El señor Eccles realiza muy provechosas operaciones con esos profesionales y recurre a diversas agencias para atender a su clientela. Nos hemos preguntado por qué… Ninguna de las firmas parece ser muy floreciente…

—Pero, bueno, vosotros encontráis en ello algún significado, presentís que esta pista os puede conducir a alguna parte, ¿no?

—Acuérdate del robo de London Southern Bank, de hace varios años… Había una casa en la campiña, una solitaria vivienda, que fue el punto de cita de los ladrones. El dinero fue trasladado a aquel edificio. La gente que habitaba por las inmediaciones, a mayor o menor distancia, comenzó a forjar historias raras, preguntándose quiénes eran los desconocidos que iban y venían por aquellos parajes a las horas más quebradas del día y de la noche. Llegaban coches a altas horas de la madrugada, que se perdían luego por los oscuros caminos de la región. Sucede que en el campo la gente curiosea siempre en las vidas de los vecinos… La policía terminó por presentarse en aquel sitio, recuperando parte del botín y deteniendo a tres hombres, uno de los cuales fue reconocido e identificado.

—¿Y os llevó ese hecho a alguna parte?

—En realidad, no. Los hombres se negaron a hablar. Estuvieron bien defendidos y representados. Se les condenó a largos periodos de privación de libertad… y al cabo de un año y medio pisaban la

calle, campando de nuevo por ahí por sus respetos. Fueron unos rescates muy bien planeados.

—Recuerdo haber leído algo sobre el caso. Un hombre desapareció de la sala de justicia, a la cual había sido trasladado en compañía de dos guardianes.

—Exacto. Todo fue hábilmente arreglado y en el asunto de preparación de la huida se invirtió una gran cantidad de dinero.

»Pero nosotros opinamos que quienquiera que fuese el responsable del trabajo de los componentes de la pandilla, incurrió en un error al retener aquella casa demasiado tiempo, haciendo que la gente concentrara su atención en ella. Hubo alguien, quizá, que pensó en que era un método mejor disponer de viviendas distribuidas en diferentes sitios, ocupadas por inquilinos. Unas treinta, por ejemplo. Llega una familia y ocupa la casa… Lo ideal es que la familia se reduzca a una madre con su hija, o a una viuda, simplemente, o a un retirado del ejército con su esposa. Estas familias componen núcleos tranquilos, silenciosos. Llevan a cabo unas cuantas reparaciones en sus domicilios, mejoran las conducciones de agua, tal vez recurren a los servicios de una firma decoradora de Londres… Y luego, al cabo de un año o año y medio, se dan unas circunstancias favorables y los ocupantes del edificio lo venden y se van a vivir al extranjero. Algo por el estilo… Todo muy natural. Y entretanto, durante su ocupación, resulta que la casa ha sido utilizada para propósitos nada normales. Pero nadie sospecha lo más mínimo. Los amigos los visitan. No muy a menudo, por supuesto. Incidentalmente. Una noche, quizá, se celebra una reunión, con objeto de festejar un aniversario. Se trata de una pareja de mediana edad, o ya entrada en años. Muchos coches que van y vienen. Digamos que en un período de seis meses se producen cinco robos importantes. El botín desaparece. No en una de esas casas, sino en cinco distintas, perdidas en la campiña. Nos hallamos frente a una hipótesis solamente, mi querido Tommy, pero estamos explorándola a fondo. Imaginémonos que esa anciana se desprende de un cuadro en el que aparece una casa. Supongamos que esta tiene cierta significación… Supongamos que esa es la que tu esposa vio en alguna parte y que se ha lanzado a realizar una investigación. Sigamos suponiendo que hay alguien que tiene

interés en que no se fije en ella… Todas estas cosas pueden estar relacionadas perfectamente entre sí.

—Encuentro tu razonamiento muy traído por los pelos, Ivor.

—Pues sí… Estamos de acuerdo. Ahora bien, piensa que vivimos en una época muy especial… En nuestro mundo de hoy ocurren cosas increíbles a primera vista.

Un poco cansado, Tommy se apeó de su cuarto taxi del día y miró a su alrededor. El vehículo le había dejado en un pequeño
cul-de-sac
que quedaba discretamente escondido debajo de una de las protuberancias de Hampstead Heath. El
cul-de-sac
en cuestión había sido, seguramente, un modesto complejo artístico. Las casas, entre sí, eran absolutamente distintas. La que a él le interesaba parecía componerse de un gran estudio con tragaluces y de un grupo anexo (una especie de flemón de ladrillo y cal), que daba la impresión de albergar tres habitaciones. Una escalera de madera pintada de verde brillante ascendía por la parte exterior de la vivienda. Tommy abrió la pequeña puerta, dio unos pasos y, no logrando localizar el botón del timbre, utilizó el picaporte. No habiendo obtenido ninguna respuesta a su llamada, se quedó inmóvil y atento unos segundos, repitiendo por fin aquella, ahora con más fuerza.

La puerta se abrió tan de repente que estuvo a punta de retroceder, asustado. Una mujer se quedó plantada en el umbral. Lo primero que pensó Tommy fue que se hallaba ante una de las mujeres más ordinarias que había conocido. Tenía una cara grande y plana, como una torta, en la que campeaban dos ojos enormes, cuyas pupilas parecían ser de distintos colores, una verde y la otra castaño; de la despejada y noble frente arrancaban unos pelos en completo desorden, muy espesos. La mujer se cubría con un guardapolvo rojizo, en el que se distinguían manchas de arcilla. Tommy notó que la mano que se había apoyado en la puerta era

por su línea de una belleza excepcional.

—¡Oh! —exclamó la mujer, con voz profunda, bastante atractiva —. ¿Qué ocurre? Estoy muy ocupada en estos momentos.

—¿La señora Boscowan?

—Sí. ¿Qué desea?

—Me llamo Beresford. ¿Podría hablar con usted unos instantes?

—No lo sé. ¿Tiene usted que hablar conmigo forzosamente? ¿Qué pasa? ¿Se trata de algo relacionado con cuadros?

La mujer se había fijado ya en lo que Tommy llevaba bajo el brazo.

—Sí. La cuestión se relaciona con uno de los lienzos pintados por su marido.

—¿Qué quiere? ¿Venderlo? Tengo muchos cuadros suyos ya. Ya no quiero comprar más. Ofrézcaselo a las galerías de arte de la ciudad. Ahora están comprando sus obras. Bueno, usted no da a impresión de andar necesitado…

—No pretendo vender nada.

A Tommy le parecía muy difícil hallar el tono exacto para dirigirse a aquella mujer. Sus ojos, muy bellos, pese a la diferencia observada en cuanto al color, parecían mirar ahora por encima de su hombro, hacia algo que estaba situado a su espalda y que acababa de suscitar cierto interés en la ocupante de la vivienda.

—Por favor —dijo Tommy—. Le agradecería que me permitiese entrar. Es difícil de explicar lo que me trae aquí.

—Si es usted pintor, no tenemos nada que hablar —dijo la señora Boscowan a su vez—. Los pintores se me han antojado desde cualquier punto de vista, personas muy fastidiosas.

—No soy pintor.

—La verdad es que no lo parece tampoco —los ojos de la señora Boscowan lo repasaron de la cabeza a los pies—. Parece usted más bien un funcionario —añadió la mujer; con aire de desaprobación.

—¿Puedo entrar, señora Boscowan?

—No lo sé, con exactitud. Espere.

La mujer cerró la puerta más bien bruscamente. Tommy esperó. Pasaron cuatro minutos antes de que la puerta volviera a abrirse.

—De acuerdo —dijo ella—. Pase usted.

La mujer le condujo hasta una angosta escalera, penetrando

luego los dos en el amplio estudio. En un rincón de la estancia, vio Tommy una figura y al lado de la misma diversos elementos, útiles de trabajo: martillos y cinceles. También había una cabeza de arcilla. El estudio ofrecía un aspecto catastrófico, por el desorden que imperaba allí. Daba la impresión de haber sido saqueado recientemente por una pandilla de gamberros ciudadanos.

—Aquí no hay donde sentarse nunca —comentó la señora Boscowan.

Encima de una banqueta había varios objetos. La mujer los quitó en seguida y los puso en otro lado, ofreciéndola a Tommy.

—Siéntese aquí. Ya puede hablar.

—Ha sido usted muy amable al permitirme entrar…

—Sí, desde luego. Claro que le vi tan preocupado… Porque a usted le preocupa algo, ¿verdad?

—Sí, en efecto.

—Me lo figuré. Vamos a ver, ¿de qué se trata? ¿Cuál es el motivo de sus preocupaciones?

—Mi esposa —contestó Tommy, sorprendido ante su respuesta.

—¡Oh! ¿Le preocupa su esposa? Bueno, esto no tiene nada de particular. Los hombres andan siempre preocupados a causa de sus esposas. ¿Qué le pasa a la suya…? ¿Se ha ido con alguien? ¿Ha perdido la cabeza?

—No. No es nada de eso…

—¿Se está muriendo acaso? ¿Padece de cáncer, quizá?

—No —repuso Tommy—. Es que no sé dónde se encuentra en la actualidad.

—¿Y usted cree que yo puedo saber su paradero? Perfectamente. Dígame su nombre y señas personales, si es que cree que yo estoy en condiciones de localizársela. No estoy segura de poder serle útil en este aspecto. Es una advertencia.

—Gracias a Dios, veo que es más fácil hablar con usted de lo que en un principio creí.

—¿Qué tiene que ver el cuadro con todo eso? Es un cuadro, ¿no? Tiene que serlo, a juzgar por la forma del paquete.

Tommy quitó al lienzo el papel con que lo había envuelto.

—Es un cuadro firmado por su esposo. Quiero que me diga todo lo que sepa acerca de él.

—Ya. ¿Qué es lo que usted, concretamente, desea saber?

—¿Cuándo fue pintado? ¿Dónde?

La señora Boscowan contempló atentamente el cuadro y por vez primera Tommy vio en sus ojos un destello de interés.

—Sus preguntas no son muy difíciles de contestar —dijo la mujer—. Sí, puedo complacerle… Este cuadro fue pintado hace unos quince años… No. Hace mucho más tiempo. Es una de sus primeras obras. Yo diría que data de hace veinte años.

—¿Sabe usted dónde…? Quiero decir: ¿conoce el lugar?

—¡Oh, sí! Me acuerdo muy bien. Es un bonito lienzo. Siempre me gustó. El puente y la casa se hallan emplazados en las cercanías de Sutton Chancellor. Esta población queda a unos diez o doce kilómetros de Market Basin. La casa está situada a tres kilómetros, aproximadamente de Sutton Chancellor.

La señora Boscowan se acercó más al cuadro, mirándolo con más detenimiento.

—Es curioso —comentó—. Sí, resulta raro… Me deja extrañada.

Tommy no le prestó mucha atención.

—¿Cómo se llama la casa? —inquirió.

—No me acuerdo de tal detalle, en realidad. Fue rebautizada en varias ocasiones. No sé qué pasó allí… Creo que fue escenario de un par de episodios trágicos y los que vinieron después le cambiaron el nombre. Se denominó «La casa del Canal», o «Canal Side»… También fue llamada «La casa del Puente», y más tarde «Meadowside» o «Riverside»…

—¿Quién vivió allí? ¿Quién vive en la casa ahora? ¿Está usted informada?

—No es gente que yo conozca. La primera vez que la vi estaba ocupada por un hombre y una mujer. Pasaban en ella los fines de semana. No eran matrimonio… La joven era una danzarina. Quizá fuese una actriz… No. Creo que era una bailarina. De ballet. Una mujer muy bella, pero estúpida más bien. Muy simple. Recuerdo que William sentía debilidad por la chica.

—¿La pintó alguna vez?

—No. Raras veces hacía retratos. Dijo que se proponía tomar unos apuntes de ellos, hacer un par de bosquejos, pero me parece que la cosa no prosperó. Las faldas lo volvían loco siempre.

—¿Eran aquellas dos personas los ocupantes de la vivienda, cuando su esposo pintó el cuadro?

—Sí, creo que sí. La ocupaban parte del mes, de todos modos. Solamente aparecían por allí los fines de semana. Luego, pasó algo grave. Riñeron, me parece. No sé si él la dejó o fue ella quien lo dejó a él… Yo no me encontraba allí. Trabajaba entonces en Coventry, donde estaba haciendo un grupo. Luego, creo recordar que hubo allí una mujer y una criatura. Una niña. Ignoro quién era ella, no sé de dónde salió. Supongo que la mujer la tendría a su cargo, que sería la encargada de cuidar a la chica. Algo le pasó a esta posteriormente. O se la llevó su acompañante a otro lado o falleció, quizá. ¿Para qué necesita usted información acerca de las personas que habitaron la casa hace veinte años? Esto se me antoja una idiotez.

—Me interesa saber todo lo que se relacione con la casa —aseguró Tommy—. Tengo que decirle que mi esposa se ausentó para echarle un vistazo. Me indicó que la había contemplado desde el tren, durante un viaje.

—Cierto, cierto —contestó la señora Boscowan—. La vía férrea se encuentra al otro lado del puente. Se ve la casa muy bien desde ella —la mujer hizo una pausa, inquiriendo a continuación—: ¿Para qué desea localizar esa finca?

Tommy facilitó a la señora Boscowan una explicación muy abreviada. Ella contempló a su visitante ensimismada.

—Bueno, amigo, no habrá salido usted recientemente de ningún manicomio, ¿verdad?

—Me parece normal su reacción, señora Boscowan —se apresuró a decir Tommy—, pero la verdad es que todo es muy sencillo… Mi esposa deseaba hacer algunas averiguaciones sobre esta casa y repasó entonces los últimos viajes por tren que había realizado, para descubrir en el transcurso del cual la había visto. Estoy convencido de que descubrió la solución del enigma. Me inclino a pensar que se trasladó a ese sitio… ¿Cómo ha dicho que se llamaba? Algo así como Chancellor…

—Sutton Chancellor, sí. Era una población de poca monta; Claro que tal vez se haya transformado en los últimos años en un complejo turístico o en una de esas ciudades satélites de las que

tanto se habla ahora…

—Podría ser, por supuesto —manifestó Tommy—. Ella telefoneó anunciando su regreso, pero ya no hemos vuelto a tener noticias… Todo lo que pretendo saber es qué le ha sucedido. Me figuro que se entregó a sus investigaciones…, colocándose en una situación peligrosa.

—¿Qué puede haber de peligroso en la historia que me ha contado?

—Lo ignoro —replicó Tommy—. Nadie puede saberlo. También yo me formulé esa pregunta. Pero mi esposa no pensaba igual…

—¿Es una mujer de mucha imaginación su esposa?

—Sí. Y tiene sus corazonadas. ¿Nunca oyó usted hablar de una señora que lleva el apellido Lancaster? ¿Hace años? ¿Hace un mes tampoco?

—¿La señora Lancaster? No. Creo que no. Es un nombre fácil de recordar, ¿eh? Sin embargo… ¿Y qué le pasa a la señora Lancaster?

—Era la propietaria de la pintura. Tuvo un gesto amistoso con una tía mía y se la regaló. Luego abandonó, bastante inesperadamente la residencia para damas ancianas en que se encontraba. Se la llevaron sus parientes. He intentado localizarla, pero todo ha sido en vano.

—Bueno, ¿quién es la persona imaginativa de la familia: usted o su esposa? Usted ha reparado en muchísimos detalles curiosos. Parece andar por el mundo en trance, ¿eh?

—No es pequeño este por el cual paso ahora —repuso Tommy—. He tenido muchas inspiraciones, pero ninguna me sirve de nada. A eso quería usted aludir ahora, ¿no? Supongo que está en lo cierto.

—No. Yo no diría tanto —contestó la señora Boscowan, cuya voz se había alterado levemente.

Tommy la miró inquisitivo.

—Este cuadro tiene algo raro —declaró la mujer—. Muy raro: Lo recuerdo muy bien. Me acuerdo de la mayor parte de los lienzos de William, pese a que pintó un montón de ellos.

—¿Usted recuerda a quién fue vendido, si es que se vendió?

—De eso sí que no me acuerdo… Desde luego, venderse sí que se vendió. A raíz de una de sus exposiciones, pasó al público un gran número de cuadros suyos. Casi todos los que poseía. La

identidad de los compradores es lo que no he podido retener, naturalmente. Esto ya es pedir demasiado.

—Le estoy muy agradecido por todo lo que me ha dicho ya.

—Todavía no me ha preguntado por qué he dicho que encontraba algo raro en este cuadro, el que ha traído usted.

—¿Qué pasa? ¿No es de su esposo? ¿Es obra de otro pintor?

—No, no. Este lienzo lo pintó William, por supuesto. «Casa junto a un canal». Tal era su denominación en el catálogo, me parece. Pero no es como era antes… Se da un detalle extraño en él.

—¿Un detalle extraño?

La señora Boscowan apoyó un dedo manchado en arcilla en el lienzo, en un punto situado bajo el curvado puente que cruzaba el canal.

—¿Ve usted ese bote amarrado a la orilla?

—Sí —contestó Tommy, desconcertado.

—Pues bien, este bote no figuraba en el cuadro la última vez que lo vi. El bote no lo pintó William. Cuando el cuadro fue expuesto no había, en el mismo, ninguno.

—¿Quiere usted decir que alguien que no era su esposo pintó ese bote posteriormente?

—Sí. Es raro, ¿verdad? Primeramente, me quedé sorprendida al observar este detalle. Después me he confirmado en la idea de que no es obra de William. Eso ha sido cosa de otra persona. ¿Quién?

La mujer fijó la vista en Tommy.

—¿Quién? —repitió.

Tommy no podía ofrecerle ninguna respuesta. Escrutó a su vez atentamente el rostro de su interlocutora. Su tía Ada hubiera calificado a aquella mujer de extravagante. Pero Tommy no la juzgaba así, ahora. La señora Boscowan se mostraba vaga, saltando bruscamente de un tema a otro. Las cosas que decía no parecían tener relación con sus manifestaciones de momentos antes. Tommy se dijo que tal vez supiera más de lo que estaba dispuesta a revelar. ¿Había amado a su esposo? ¿Había sido una mujer celosa? ¿Había despreciado siempre a su marido? Guiándose de sus modales no podía llegar a una conclusión definitiva. Tampoco podían servirle de orientación sus palabras. Pero Tommy tenía la impresión de que aquel pequeño bote pintado debajo del puente había provocado en

ella cierta inquietud. Le disgustaba aquel detalle, evidentemente. Repentinamente, se preguntó si había sido realmente sincera del todo en sus manifestaciones. ¿Podía acordarse ella en realidad de si su marido había pintado o no aquel bote bajo el puente? El detalle, de puro menudo, resultaba insignificante. De haber transcurrido un año, por ejemplo, desde el día en que Boscowan pintara aquel cuadro… Pero, por lo visto, había pasado más tiempo. En cuanto al nerviosismo de la señora Boscowan… La miró de nuevo y observó que ella no le perdía de vista. Sus ojos, en los que había una clara expresión de curiosidad, le miraban, pero no desafiantes sino reflexivos, Sí. Muy, muy reflexivos.

—¿Qué piensa usted hacer ahora? —inquirió.

Esta pregunta, al menos, era fácil de contestar. Tommy sabía ciertamente las gestiones que iba a hacer a continuación.

—Me iré a casa…, para ver si hay allí ya noticias acerca de mi esposa, si hay alguna comunicación. De no ser así, mañana me trasladaré a esa población, a Sutton Chancellor. Espero encontrar a mi mujer allí.

—Depende… —comentó la señora Boscowan.

—¿De qué depende? —inquirió Tommy, con viveza.

La señora Boscowan frunció el ceño. Luego, murmuró, como si hubiese estado hablando consigo en voz alta:

—¿Dónde estará ella? Es lo que me pregunto…

—Usted se pregunta dónde está…, ¿quién?

La señora Boscowan había apartado la mirada de él. Ahora tornó a fijar los ojos en su rostro.

—¡Oh! Me refería a su esposa. Espero que se encuentre bien.

—¿Por qué no ha de encontrarse bien? Dígame, señora Boscowan: ¿pasa algo raro con ese pueblo? Estoy refiriéndome a Sutton Chancellor.

—¿Que si pasa…? ¿Con Sutton Chancellor? —la mujer reflexionó unos segundos, añadiendo—: No, yo creo que no. Con el pueblo no pasa nada de particular.

—He querido referirme a la casa —alegó Tommy—. A la casa que hay junto al canal, se entiende, no a la población de Sutton Chancellor.

—¡Oh, la casa! —exclamó la señora Boscowan—. Era una buena

casa, realmente ideal para unos amantes, ¿sabe usted?

—¿La frecuentaron algunos?

—En ocasiones. De tarde en tarde. Cuando una vivienda ha sido hecha para unos amantes, debe ser ocupada por ellos y por nadie más.

—Nada de darle otros usos.

—Entiende usted muy rápidamente las cosas. Me ha comprendido, ¿verdad? Una vivienda que fue construida para una cosa no debe ser dedicada nunca a otra. No caería bien de procederse así.

—¿Sabe usted algo acerca de las personas que la ocuparon en los últimos años?

La señora Boscowan movió la cabeza, denegando.

—No. No sé nada en absoluto acerca de esa finca. Nunca supuso nada importante para mí.

—Pero usted estaba pensando en algo… o en alguien, ¿no es así?

—Sí —respondió la señora Boscowan—. Creo que no se equivoca usted en eso… Yo estaba pensando en… alguien.

—¿Puede usted decirme en qué persona estaba pensando?

—No tengo nada que decirle, verdaderamente —repuso la mujer —. Es corriente, a veces, que una se pregunte dónde parará determinada persona o personas. ¿Qué ha sido de ellas?, necesita una saber de pronto. O, ¿cómo se han desenvuelto en la vida? Es como una sensación más… —La señora Boscowan mostró a su visitante elocuentemente las palmas de sus manos—. ¿Le gustará hacer un piscolabis? —inquirió inesperadamente.

—¿Un piscolabis?

Tommy había experimentado un sobresalto.

—Verá, usted… Siempre tengo algo que comer por aquí. He pensado que lo más lógico es que coma usted algo antes de tomar el tren. Su estación es la de Waterloo… Para ir a Sutton Chancellor, quiero decir. Había que hacer un cambio en Market Basin. Supongo que todavía se hará…

La señora Boscowan le estaba despidiendo. Tommy no opuso la menor resistencia.

Capítulo XIII

Albert sugiere una pista

Tuppence parpadeó. No lograba ver bien, distinguir perfectamente los objetos. Intentó levantar la cabeza, separarla de la almohada, pero entonces sintió un agudo dolor en ella, dejándola caer pesadamente. Cerró los ojos. A continuación volvió a abrirlos, parpadeando de nuevo.

Satisfecha de su reacción, reconoció sus inmediaciones. «Estoy en la sala de un hospital», pensó Tuppence. Habiendo comprobado un progreso de tipo mental, ya no se esforzó por llevar a cabo otras deducciones. Estaba en la sala de un hospital y le dolía la cabeza. ¿Por qué le dolía? ¿Por qué había ido a parar allí? De esto no estaba muy segura. «¿Un accidente?», pensó Tuppence.

Varias enfermeras se movían entre los lechos. Esto se le antojó natural. Cerró los ojos y probó a esbozar un pensamiento cauteloso. Una débil visión, la de una figura anciana embutida en un ropaje eclesiástico, desfiló por su pantalla mental. «¿El párroco?», se preguntó Tuppence, dudosa. «¿Es el párroco?». No acertaba a recordarlo. Suponía que sí…

«¿Pero qué hago yo en este hospital? —se preguntó a continuación Tuppence—. Quizás esté prestando servicio en el establecimiento. Muy bien. Siendo así; lo lógico es que estuviera vistiendo un uniforme, el de V. A. D.[4] ¡Ay!».

Se aproximó una enfermera al lecho.

—¿Se siente mejor, querida? —dijo la recién llegada con falsa cordialidad—. ¿Le viene bien ahora?

Tuppence no sabía a qué atenerse. ¿Qué era lo que podía irle bien en aquellos momentos? La enfermera le habló de una taza de

té.

«Al parecer, soy una paciente», se dijo Tuppence, con un gesto de desaprobación. Permanecía inmóvil. En su mente, aislados, emergían ideas y vocablos.

—Soldados —dijo Tuppence—. Del V. A. D. Eso es, desde luego. Soy un miembro del V. A. D.

La enfermera le llevó una taza de té, sosteniéndola para que se mantuviese un poco incorporada, mientras tomaba a sorbos su contenido. Otra vez notó en la cabeza el ramalazo de dolor.

—Un miembro del V. A. D. Sí. Eso es lo que soy —insistió Tuppence.

La enfermera la miró inquisitivamente.

—Me duele la cabeza —declaró Tuppence.

—Se sentirá usted muy aliviada dentro de unos momentos —repuso la enfermera.

Esta se retiró con la taza, abordando a una monja que en aquel instante pasaba por allí.

—El número catorce se ha despertado —informó—. Creo que se encuentra todavía un poco aturdida.

—¿Dijo algo?

—Dijo que era una V. I. P.[5]

La monja hizo una mueca de desdén, indicando que sólo esto le inspiraban aquellos pacientes anónimos que se juzgaban a sí mismos personas importantes.

—Ya nos ocuparemos de ella —respondió la monja—. Dése prisa, enfermera. No vaya a pasarse todo el día con esa taza en la mano.

Tuppence se quedó medio amodorrada. Los pensamientos afluían a su mente de un modo desordenado todavía. Se decía que había alguien que hubiera debido estar allí, alguien a quien ella conocía muy bien. Y en aquel hospital descubría algo muy extraño… No lograba recordar el establecimiento en que se hallaba. No recordaba haber estado trabajando en aquella sala. «Todos eran soldados en el mío —pensó—. Y yo pertenecía a la sala de cirugía, correspondiéndome las secciones A y B.» Entreabrió los párpados y echó otro vistazo como pudo a su alrededor. Decidió definitivamente que en aquel establecimiento no había estado jamás

y que aquella sala, por lo menos, nada tenía que ver con los casos quirúrgicos de personas militares o civiles.

«¿Qué hospital será este? —se preguntó Tuppence—. ¿Dónde se encontrará emplazado?». Rebuscó un nombre en su mente. Sólo se le ocurrió pensar en las ciudades de Londres y Southampton.

La monja de la sala se aproximó ahora al lecho.

—Espero que se encuentre mejor —dijo.

—Estoy muy bien —replicó Tuppence—. ¿Qué me ocurre?

—Se hizo daño en la cabeza… Le habrá dolido mucho, ¿verdad?

—Me duele la cabeza, sí. ¿Dónde estoy?

—En el Hospital Real de Market Basin.

Tuppence consideró detenidamente esta información. No le decía mucho…

—Un viejo sacerdote —murmuró.

—¿Cómo dice?

—No es nada de particular. Yo…

—No hemos podido todavía estampar su nombre en nuestras fichas —manifestó la monja.

Esta preparó su bolígrafo, mirando inquisitivamente a Tuppence.

—¿Mi nombre?

—Sí —dijo la hermana—. Tenemos que anotarlo en nuestros ficheros.

Tuppence guardó silencio, permaneciendo en actitud reflexiva. Su nombre. ¿Cuál era su nombre? «¡Qué tontería! —pensó Tuppence—. Al parecer, se me ha olvidado. Y, sin embargo…, yo debo tener un nombre». Repentinamente, experimentó una profunda sensación de alivio. Recordó claramente el rostro del viejo párroco y respondió con decisión: —Desde luego… Prudence, es mi nombre.

—¿P—r—u—d—e—n—c—e?

—Así es.

—Ese es su nombre de pila. ¿Y el apellido?

—Cowley, C—o—w—l—e—y.

—Me alegro de que hayamos podido aclarar este punto —contestó la monja, con el aire de una persona que acabara de solucionar una grave papeleta.

Tuppence se sintió complacida. Prudente Cowley, del V. A. D. Y

su padre era un sacerdote… En determinada parroquia… Durante la guerra… «Es curioso —pensó Tuppence—. Creo que me estoy haciendo un lío. Me parece que todo esto sucedió hace mucho tiempo —murmuró—: ¿Pensaba usted en su pobre criatura?». Hizo un gesto de extrañeza. ¿Era ella quien había pronunciado esta frase? ¿La había formulado otra persona?

La monja volvió a apostarse junto a la cama.

—Sus señas —dijo—. Cowley… ¿Señorita o señora Cowley? ¿Habló usted algo acerca de una criatura?

—¿Pensaba usted en su pobre criatura? ¿Me dijo alguien eso? ¿O estuve diciéndolo yo?

—Creo que en su lugar, yo procuraría dormir un poco —manifestó la monja.

La hermana salió de la sala, dando cuenta de la información obtenida o uno de los médicos del establecimiento.

—Parece haber vuelto en sí, doctor —declaró la religiosa—. Me ha dado un nombre, el de Prudence Cowley. Pero, por lo visto, no recuerda sus señas. También se refirió a una criatura…

—Está bien —contestó el doctor—. Le concederemos otras veinticuatro horas de reposo. Se está recuperando con toda normalidad.

Tommy introdujo la llave con cierta torpeza en la cerradura Antes de hacerla girar, la puerta se abrió, plantándose Albert en el umbral.

—Bien… ¿Ha vuelto? —inquirió Tommy.

Albert hizo un lento movimiento denegatorio de cabeza.

—No ha habido ninguna noticia…, ¿eh? ¿Ninguna comunicación telefónica? ¿Ninguna carta, ni telegrama?

—Nada, señor. Absolutamente nada. Esa gente… ha conseguido atraparla en alguna trampa. Eso es lo que me figuro. Se han apoderado de ella.

—¿Qué diablos quiere decir? ¿Qué se han apoderado de ella? Lee demasiado, Albert. ¿Quién puede haberse apoderado de ella?

—Usted me entiende. La pandilla de delincuentes.

—¿Qué pandilla?

—Una de esas que operan por ahí, sin el menor escrúpulo por parte de sus miembros. Quizá se trate de una organización internacional.

—No diga usted más tonterías, Albert. ¿Sabe lo que estoy pensando?

Albert miró a su señor inquisitivamente.

—Creo que mi esposa ha sido muy desconsiderada al no comunicar con nosotros, por un procedimiento u otro —señaló Tommy.

—Ya le comprendo, señor. Supongo que es usted muy dueño de exponer la cuestión así, de reducirla a eso. Si de tal modo se siente más tranquilo…

Las últimas palabras de Albert no habían sido muy atinadas o prudentes. El hombre cogió el paquete que llevaba todavía Tommy bajo el brazo.

—Veo que ha vuelto con el cuadro…

—Sí. Regreso con él, en efecto… No sé de qué me ha servido pasearlo por ahí.

—¿No ha conseguido averiguar nada con respecto a esta pintura?

—Mentiría si le contestase que no —declaró Tommy—. Me he enterado de algunas cosas relativas a este lienzo. Lo que no sé es si van a servirme de algo —Tommy hizo una pausa, inquiriendo a continuación—: ¿No ha telefoneado el doctor Murray? ¿No ha llamado la señorita Packard, desde Sunny Ridge? ¿No ha habido ninguna otra comunicación por el estilo?

—El único que ha llamado ha sido el encargado de la tienda de comestibles, para decirme que había recibido unas berenjenas excelentes. Le contesté que no se encontraba en casa, que se había ausentado. —Albert añadió—: Como cena para usted, tengo preparado un pollo.

—Es extraordinario, Albert. Todos los días piensa usted en el consabido pollo —contestó Tommy, descortés.

—Esta vez se trata de lo que llaman un *poussin* —manifestó Albert.

—De acuerdo, entonces —declaró Tommy.

Sonó el timbre del teléfono. Tommy se puso en pie de un salto.

—Diga… ¡Diga! Oyó una voz lejana.

—¿El señor Thomas Beresford? ¿Da usted su conformidad a una conferencia con Invergahly?

—Sí.

—No se retire, por favor.

Tommy esperó. Se estaba calmando paulatinamente. Tuvo que aguardar unos segundos más. Luego, oyó en el otro extremo del hilo telefónico una voz familiar, la de su hija.

—¿Eres tú, papá?

—¡Deborah!

—Sí. Oye, ¿a qué viene esa respiración jadeante? ¿Es que te has dado alguna carrera?

«A las hijas —pensó Tommy— no se les escapa nunca nada».

—Cosas muy propias de la edad, Deborah. ¿Cómo estás, hija?

—Muy bien, papá. Oye… Quería decirte que había visto una cosa en el periódico. Tal vez lo hayas leído tú también. Me ha dejado un poco intrigada. Es acerca de alguien que ha sufrido un accidente y que se encuentra ahora en un hospital.

—Pues no… No he leído nada. ¿Por qué me dices todo eso?

—Verás… No parece ser nada grave. He supuesto que se trataba de un accidente de automóvil o algo por el estilo: El periódico dice que la persona afectada era una mujer…, una mujer ya entrada en años…, la cual dio el nombre de Prudence Cowley. Hasta ahora no han podido averiguar sus señas.

—¿Prudence Cowey? ¿Quieres decir que…?

—Sí. Yo… yo me quedé muy extrañada. ¿No es Cowley el apellido de soltera de mamá? Pues en esto pensé en seguida.

—Es natural.

—De lo de Prudence no me acuerdo nunca. Jamás asociamos su persona con ese nombre, ni tú, ni yo, ni Derek…

—Es lógico —repuso Tommy—. No es el nombre de pila que cuadra precisamente a tu madre.

—Desde luego. Me quedé pensativa. ¡Qué raro! ¿No crees tú que esto podría tener alguna relación con ella?

—Supongo que sí. ¿Dónde ocurrió el accidente?

—Me parece que el periódico señalaba que la mujer estaba en el hospital de Marker Basin. En el establecimiento deseaban averiguar

algo más acerca de sus circunstancias personales. Me pregunté… Bueno, tiene que haber muchos Cowley por ahí y muchas mujeres que lleven el nombre de Prudence. Se me antojó lo más corto ponerme en comunicación con vosotros. He querido asegurarme, en una palabra, de que mamá se encontraba en casa y de que no ocurría nada anormal.

—Ya, ya…

—Bueno, papá, ¿está en casa o no?

—No —respondió Tommy—. Tu madre no está aquí y además no sé si se encuentra bien o no.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Deborah—. ¿Qué ha estado haciendo mamá últimamente? Me imagino que tú habrás asistido en Londres a esa estúpida reunión de todos los años, en la que los amigos de otra época revivís gloriosas y añejas aventuras.

—No te equivocas, Deborah. Regresé de ella ayer por la noche.

—Y entonces te encontraste con que mamá no se hallaba en casa. ¿O es que sabías que se tenía que ausentar? Vamos, papá, cuéntamelo todo. Te noto preocupado. Me doy cuenta perfectamente cuando estás inquieto. ¿Qué ha estado haciendo mamá últimamente? Llevaba algo entre manos, ¿no? A mí me gustaría mucho que ahora que ya tiene algunos años, se limitase a estar quietecita en su casa, desentendida en absoluto, de todo lo que no fuera cuidarse.

—Tu madre andaba preocupada —explicó Tommy—. Fue algo que sucedió hace poco y que guardaba relación con el fallecimiento de tía Ada.

—Concretamente, ¿qué fue?

—En la residencia que visitamos, una de las internas le, dijo unas palabras… La anciana suscitó en ella algunas preocupaciones. Examinando los objetos de tía Ada, convino que lo mejor era hablar con la interna en cuestión, pero nos enteramos que se había marchado del establecimiento inesperadamente.

—Bueno, eso parece una cosa completamente normal, ¿no?

—Sus parientes se presentaron allí y la mujer se fue con ellos.

—Sigue pareciéndome todo normal —dijo Deborah—. ¿Por qué había de sentirse soliviantada mamá?

—Se le metió en la cabeza que a la anciana le debía de haber

ocurrido algo desagradable —contestó Tommy.

—Ya.

—Y ahora parece habérsela tragado la tierra. No hemos sido capaces de descubrir su paradero…

—Entonces…, ¿es que mamá se ausentó en busca de algo?

—Sí. Anunció su regreso hace un par de días, pero no ha vuelto.

—¿Y no has vuelto a saber de ella?

—No.

—Bien sabe Dios que me gustaría que supieras cuidar de mamá más adecuadamente —dijo Deborah severa.

—Dentro de la familia, no ha habido una sola persona que sepa y pueda cuidar de ella —replicó Tommy—. Si vamos a eso, tú tampoco, Deborah. ¿Qué le sucedió durante la guerra, cuando estuvo haciendo cosas por ahí que nadie le había pedido que hiciera?

—La cosa cambia ahora. Quiero decir que tiene ya muchos años. Lo único que debe hacer es estar en casa, pasándolo lo mejor posible. Supongo que se aburre, en la actualidad. Esto es lo que hay en el fondo de todo este asunto.

—¿El hospital de Market Basin, es? —inquirió Tommy.

—En Meltordshire. Está a hora u hora y media de Londres, creo, por tren.

—Cerca de Market Basin hay una población llamada Sutton Chancellor.

—¿Y eso a qué viene ahora?

—Es una historia demasiado larga, Deborah, para que empiece a contársela… El dato tiene mucho que ver con cierto cuadro en el que se ve una casa junto a un canal Y un puente.

—Creo que no te he oído muy bien —dijo Deborah—. ¿De qué estabas hablándome?

—Es igual… Voy a telefonear al hospital de Market Basin, con objeto de efectuar unas cuantas averiguaciones. Me da el corazón que la mujer de que me acabas de hablar es tu madre. Las personas que sufren conmoción cerebral, ¿sabes?, suelen comenzar por recordar los episodios de una manera progresiva, pero lenta, al presente. Por eso mencionó su nombre de soltera. Es posible que haya sufrido un accidente de automóvil, pero tampoco me

sorprendería que alguien le hubiese dado un golpe en la cabeza. Tu madre se ha visto metida siempre en estas cosas… Ya te tendré al corriente de lo que vaya averiguando. Te diré ahora todo lo que sé sobre este asunto… con algún detalle.

Cuarenta minutos más tarde, Tommy Beresford echaba un vistazo a su reloj de pulsera, suspirando. Se sentía fatigado.

Entró en la estancia.

—¿Qué hay de la cena, señor? —inquirió aquel—. No ha comido usted nada en muchas horas y lamento decirle que me olvidé por completo del pollo que tenía en el horno… Se ha quemado. Se ha convertido en un carbón.

—No quiero comer nada ahora —dijo Tommy—. Lo que a mí me apetece es beber algo. Tráigame un *whisky* doble.

—En seguida, señor.

Tommy se tendió en su sillón preferido, un poco gastado por el uso, pero tan cómodo como siempre.

Albert le llevó lo que le había pedido.

—Y ahora, Albert, supongo que querrá que le ponga al corriente de todo.

En tono de excusa, el criado respondió:

—En realidad, señor, lo sé todo… Verá… Como se trataba del problema de la desaparición de la señora, me he permitido escuchar la conversación que ha sostenido con su hija descolgando el auricular de la prolongación telefónica del dormitorio. Me tomé esa libertad. Pensé que usted no se disgustaría por ello, por el hecho de tratarse de la señora…

—No tengo nada que reprocharle, Albert. En realidad, le estoy agradecido. Mira que si tuviese que empezar de nuevo a explicarle toda la historia…

—El hospital de Market Basin… —dijo Albert, reflexivo—. No oí en ningún momento a la señora referirse a ese lugar. Jamás lo mencionó como futura dirección.

—Nunca pensó tampoco que las señas del hospital fuesen las suyas cualquier día —manifestó Tommy—. Yo me figuro que mi esposa fue golpeada en la cabeza. Alguien la depositaría dentro de una cuneta para que fuese recogida y, huyó…

Tommy hizo una pausa.

—Mañana por la mañana va usted a llamarme a las seis y media. Quiero ponerme en marcha a primera hora.

—Lamento lo del pollo, señor. Lo había metido en el horno sólo para calentarlo y me olvidé por completo de él.

—Olvídese definitivamente de ese pollo, Albert, y de todos los demás. Tengo entendido que estos seres son los más estúpidos del reino animal, por lo que suelen terminar sus días bajo las ruedas de los coches. Entierre usted mañana el cadáver calcinado y resérvese un buen funeral.

—Ella no estará a las puertas de la muerte, ¿verdad, señor? Supongo que no será nada grave…

—Vamos, vamos, Albert, déjese usted de fantasías melodramáticas —dijo Tommy—. Si hubiera escuchado con la debida atención la conversación que sostuve con mi hija, habría comprendido que mi esposa se recupera normalmente, sabe quién es, o quién ha sido y dónde se encuentra… Por añadidura, la gente que la rodea, la retendrá hasta que me presente yo. En modo alguno le dejarán salir del establecimiento. Y menos para que se dedique a desarrollar actividades detectivescas.

—Ahora que habla usted de actividades detectivescas… Albert tosió, disponiéndose a seguir hablando.

Tommy le salió al paso.

—Es ese un tema que no tengo el menor interés de abordar —declaró Tommy—. Olvídese de él, Albert. Dedíquese a aprender contabilidad o jardinería. Es mejor.

—Es que estaba pensando… Quiero decir: por lo que respecta a algunas pistas…

—¿A qué pistas desea referirse?

—He estado reflexionando.

—Todas las complicaciones de la vida salen de ahí, Albert: de la función pensante.

—Ese cuadro, por ejemplo —dijo Albert—, es una pista, ¿no?

Tommy observó que su criado había vuelto a colgar el lienzo.

—Una pista tiene que conducir a algo En realidad, señor, yo estaba pensando ahora en el pupitre…

—¿Cómo?

—He dicho que estaba pensando en el pupitre.

—¿En cuál?

—Usted recordará que aquí entró uno, en compañía de la mesita, las dos sillas y otros efectos. Me dijo que eran muebles de la familia.

—Pertenecieron a mi tía Ada —señaló Tommy.

—En los muebles viejos (a eso quería referirme) se encuentran también a veces pistas.

—Es posible.

—No es cometido mío, ya lo sé… Supongo que no debiera haberlo hecho, pero la verdad es que no pude evitarlo… Fue durante su ausencia… Decidí echarle un ligero vistazo.

—¿Al pupitre?

—En efecto, Quise comprobar si contenía alguna pista. Los pupitres de ese tipo suelen tener cajones secretos.

—Es posible —repitió Tommy.

—Pues ya está. ¿Por qué no buscar en ese mueble el cajón secreto?

—Es una idea muy sugestiva —declaró Tommy—. Ahora bien, ¿por qué iba a esconder mi tía Ada cosas en cajones secretos?

—Con las personas de edad nadie sabe nunca a qué atenerse. Son muy reservadas, en ocasiones. Yo las comparo a las cornejas, o a las urracas. No sé. Uno de los dos animales tiene que ser. Podríamos pensar en un testamento secreto, en un documento escrito con tinta invisible, en un tesoro…

—Lo siento, Albert, pero me veo obligado a causarle una desilusión. Estoy seguro de que nada en particular hay dentro de ese bonito pupitre familiar que en otro tiempo perteneció a mi tío William. Otro hombre que se volvió muy brusco al llegar a la vejez. Aparte de ser sordo como una tapia, tenía muy mal genio.

—Bueno, ¿y qué hay de malo en mirar? Por otro lado, ese mueble hay que repasarlo a conciencia, limpiarlo bien. Usted sabe cómo acaban estas piezas de museo en manos de las mujeres ya ancianas. No se esmeran precisamente en su limpieza… Y menos cuando padecen reuma y les cuesta tanto trabajo agacharse.

Tommy reflexionó unos momentos. Se acordaba de que él y Tuppence habían examinado rápidamente los cajones, depositando lo que contenían en un par de grandes sobres, sacando de ellos,

además, madejas de lana, dos rebecas, una estola de terciopelo negro y tres fundas de almohada muy finas, de todo lo cual se desprendieron. Habían mirado también los papeles que había pasado a su poder. Nada existía en ellos de positivo interés.

—En el examen de las cosas que vinieron a parar a nuestras manos, Albert, invertimos mi esposa y yo dos noches. Vimos dos o tres cartas de gran interés, varias recetas de cocina, unos cuantos libros de cocina y tarjetas de racionamiento, con muchos de sus cupones, que databan de la guerra. No. No había allí nada de auténtico interés, aparte de las cartas a que me he referido. Todo lo demás era corriente y vulgar.

—Usted se ha referido principalmente a los papeles, objetos corrientes de esos muebles. Yo he pensado en lo que verdaderamente merece el calificativo de secreto. Tengo que decirle que, siendo yo un chico, trabajé durante seis meses al lado de un vendedor de antigüedades… También le ayudé a falsear algunas piezas. Así fue como empecé a saber de cajones secretos en los muebles de otras épocas. Habitualmente, respondían al mismo diseño. Había de tres o cuatro clases, cada una de las cuales contaba con su correspondiente variante. ¿No cree usted, señor, que debiéramos echarle un vistazo a ese pupitre? Para llevar a cabo tal cosa, necesito que esté usted presente.

Albert miró a Tommy con la misma expresión de un perro suplicante.

—Sí que vamos a mirar, desde luego. Explíquese.

—He aquí un mueble precioso —dijo Albert, paseando la mirada por los contornos del pupitre, uno de los objetos heredados de tía Ada por su señor—. Está perfectamente conservado y pulido. Es una muestra típica del arte de los carpinteros de otra época anterior.

—Adelante, Albert. Le ha llegado la hora de divertirse un poco. Ahora, no se esfuerce demasiado, ¿eh? Y cuidado con estropeármelo…

—Descuide. Siempre he sido un hombre muy cuidadoso. No tema, que no voy a golpearlo, ni a deslizar hojas de navaja por sus posibles aberturas. Primeramente, nos ocuparemos de la porción frontal, tirando de las dos tablas que salen. Frente a la de la izquierda debía de sentarse su tía Ada. Este es un bonito secante, de

nacarada empuñadura. Se hallaba en el cajón de la izquierda.

—Sí. Quedaron ahí un par de cosas.

Albert mostró a Tommy a continuación dos depósitos verticales.

—Vea… Aquí se pueden guardar papeles, pero esto no tiene por qué ser calificado de escondrijo secreto. El sitio más habitual es el armario del centro… en el fondo del mismo, generalmente, hay una ligera depresión. Retirando aquel, se encuentra un espacio. Existen, no obstante, otros dispositivos y sitios semejantes…

—Todo esto no me parece demasiado secreto, ¿eh? Basta con deslizar un panel y…

—Bueno, la cosa radica en que llega un momento en que usted cree que lo que piensa es todo lo que va a encontrar. Corrido el panel, hay una cavidad en la que uno puede guardar todo aquello que no quiere que manosee gente extraña. Pero eso no es todo… Mire: aquí tenemos un menudo tablero, a modo de repisa. Verá que se puede tirar de él.

—Sí, sí, ya lo veo. Muévalo.

—Es entonces cuando damos con otro reservado escondrijo, precisamente detrás del armario central.

—Pero no hay nada en él.

—No. Se queda uno desconcertado… Sin embargo, deslizando la mano dentro, tanteando el espacio, se advierte la existencia, hacia la izquierda, o a la derecha, de dos pequeños cajones. Hay un semicírculo labrado en la madera, arriba… Basta apoyar el dedo en el mismo y hacer una ligera presión —mientras hablaba, Albert había ido, adoptando diversas posturas, recordando a Tommy los laboriosos movimientos de un contorsionista—. A veces, la cosa está difícil… Espere… espere… Ya está.

El dedo índice de Albert había avanzado algo más. Siempre con suavidad, consiguió retirar el cajón de la abertura, dejándolo a la vista de Tommy con el aire de un perro que acabara de recoger una presa para su amo.

—Un momento, un momento, señor. Aquí dentro hay algo, algo metido en un sobre largo, de papel fino. Probemos por el lado opuesto.

Albert comenzó a operar con la otra mano, haciendo otro amago de exhibición de contorsionismo. Por fin salió a la luz un segundo

cajón, que colocó al lado del primero.

—También hay aquí algo más —señaló Albert—. Otro sobre que alguien escondió en el mueble en una época u otra. No he abierto ninguno de los dos… No me hubiera atrevido a hacer tal cosa. Usted es quien ha de hacer eso… Es lo que he dicho: estos sobres podían ser muy bien pistas.

Entre los dos sacaron lo que contenían los polvorientos cajones. Tommy cogió primeramente un sobre sellado, arrollado a lo largo, sujeto por una cinta de goma. Esta se partió nada más tocarla.

—Parece ser algo de gran interés —apuntó muy sorprendido Albert.

Tommy contempló perplejo, el sobre. Alguien había estampado en él una palabra: «Confidencial».

—Ya ve usted —dijo Albert—: «Confidencial». Es una pista, ciertamente.

Tommy abrió el sobre. Contenía una hoja de papel escrito a mano. La escritura se había desvanecido en parte y los rasgos parecían arañazos. Albert se inclinó sobre su hombro ansiosamente.

—«Receta para la crema de salmón de la señora McDonald» —leyó Tommy—. «Me la ha cedido como un favor muy especial. Prepárense unos cortes de salmón…». —Tommy miró a Albert—. Lo siento, Albert. Esta es una pista que sólo puede conducirnos a una buena mesa.

Albert produjo unos sonidos reveladores de su disgusto.

—Bueno, no hay que apurarse —dijo Tommy—. Aquí tenernos otro sobre para probar suerte.

El otro sobre no parecía ser tan antiguo. Presentaba dos sellos de lacre, con el dibujo en cada uno de una rosa silvestre.

—Estupendo —comentó Tommy—. ¡Qué fantasía la de tía Ada! Mediante este nuevo documento nos enteramos, seguramente, de cómo hay que preparar unos buenos bistecs a la plancha.

Tommy desgarró el sobre. Enarcó las cejas. De aquel se desprendieron diez billetes de banco de cinco libras cada uno, cuidadosamente plegados.

—Este papel moneda ya cuenta algunos años —explicó Tommy —. Fue usado durante la guerra. Es un papel muy bueno. Probablemente, este dinero ya no es de curso legal en la actualidad.

—¡Dinero! —exclamó Albert—. ¿Para qué guardaría ese dinero?

—¡Oh! Esto no es de extrañar en una anciana —manifestó Tommy—. La tía Ada siempre tuvo su escondrijo. Recuerdo que hace varios años me dijo, en cierta ocasión, que toda mujer debería tener guardadas cincuenta libras, por lo menos, en billetes de a cinco, para atender a inmediatas urgencias.

—Bien. Supongamos que este dinero es válido todavía…

—No creo que hayan sido retirados por completo de la circulación estos billetes, Usted, Albert, va a dar los pasos necesarios para cambiarlos en cualquier banco.

—Aquí queda otra cosa. En un cajón inmediato… —señaló Albert.

El otro sobre era más voluminoso. Tenía tres rojos sellos de lacre. En el mismo tipo de letra, se leían las siguientes indicaciones «Después de mi muerte, este sobre debe ser enviado sin abrir a mi abogado, señor Rockburry, de la firma Rockburry & Homkins, o a mi sobrino Thomas Beresford. No debe ser abierto por ninguna persona no autorizada».

Contenía el sobre en cuestión varias hojas de papel escritas. El tipo de escritura era defectuoso, de rasgos muy picudos, resultando ilegible en algunos puntos. Tommy leyó el texto con dificultad.

«Yo, Ada María Fanshawe, doy cuenta aquí de ciertos hechos que han llegado a conocimiento mío y que me han sido referidos por personas residentes en este establecimiento, llamado Sunny Ridge. No me es posible garantizar que la información conseguida sea correcta, pero existen razones para creer que esta casa es, o ha sido, marco de actividades censurables, probablemente de índole criminal. Elizabeth Moody, una mujer extravagante, pero en cuyas palabras, a mi juicio, se puede creer, declara haber identificado a un conocido delincuente. Es posible que haya entre nosotros un envenenador. Por lo que a mí respecta, prefiero mantenerme a la expectativa, estudiando lo que ocurre a mi alrededor. Me propongo tomar nota aquí de los hechos que vaya conociendo. Cabe la posibilidad de que todo resulte ser una falsa alarma. Pido a mi abogado, o a mi sobrino, Thomas Beresford, que lleven a cabo una detenida investigación».

—¿Ve usted? —inquirió Albert con aire de triunfo—. ¿Qué le

estaba diciendo? ¡Esto es una auténtica pista!

LIBRO CUARTO

Here is a church and here is the steeple.
Open the doors and there are the people.

He aquí una iglesia; he aquí la torre.
Se abren las puertas y aparece la gente.

Capítulo XIV

La mente en acción

—Supongo que lo que nosotros debiéramos hacer ahora es reflexionar —dijo Tuppence.

Tras una alegre reunión en el hospital, a Tuppence le había sido dada el alta. La famosa pareja se encontraba en aquellos momentos en el cuarto de estar de la mejor «suite» de «El Cordero y la Bandera», en Market Basin, comparando sus notas.

—Déjate de pensar, querida —dijo Tommy—. Ya sabes lo que te ha dicho el doctor antes de abandonar el hospital. Nada de preocupaciones, nada de ejercicios mentales y una bien dosificada actividad física… Tómate las cosas con la mayor calma posible.

—Bueno, ¿y qué es lo que estoy haciendo ahora? —inquirió Tuppence—. Permanezco con las piernas en alto y la cabeza apoyada en dos cojines, ¿no? En cuanto a lo de pensar… Pensar no ha de ser necesariamente un ejercicio mental No estoy haciendo cálculos matemáticos, ni me dedico a estudiar economía, ni estoy sumando las cuentas de la casa. Pensar consiste en descansar cómodamente, dejando la mente abierta a todo, por si capta algo interesante, importante, por las buenas, sin buscarlo. Y de todos modos, ¿no te gusta más acaso verme aquí, reflexionando tranquilamente? No preferirás que pase a la acción de nuevo, ¿verdad?

—De esto último puedes estar completamente segura —comentó Tommy—. Lo de antes se acabó. Quieras o no, permanecerás inmóvil, descansando. Y si es preciso no te perderé un instante de vista, ya que no confío lo más mínimo en ti.

—Muy bien —dijo Tuppence—. El sermón ha llegado a su fin.

Ahora, pensemos. Pensemos los dos a la vez. No prestes atención a lo que los médicos han dicho. Si tú supieras todo lo que yo sé acerca de los doctores…

—Olvídalo, querida. Limítate a hacer lo que yo te he estado diciendo:

—Conforme. La verdad es que actualmente no me apetece nada de la actividad física. Hablo en serio. Lo que yo me estaba diciendo era que debíamos comparar nuestras notas. Nos hemos enterado de un puñado de cosas. Y todos nuestros conocimientos son ahora un puro revoltijo, como de ordinario son las mesas de los mercados pueblerinos.

—¿A qué cosas te refieres?

—Me refiero a hechos, distintos entre sí, completamente distintos… y no solamente a ellos. Hay también habladurías, sugerencias, leyendas, murmuraciones. Mucha paja, en suma.

—Lo de la paja es cierto —afirmó Tommy.

—No sé si te estás mostrando insultante o modesto, querido —contestó Tuppence—. Sea lo que sea, estás de acuerdo conmigo, ¿no? Hay cosas erróneas y cosas atinadas, las hay importantes y carentes de importancia. Pero todo anda confusamente mezclado. No sabemos por dónde empezar.

—Yo, sí —aseguró Tommy.

—Está bien. ¿Por dónde empiezas?

—Yo empiezo por el instante en que alguien te golpeó en la cabeza —dijo Tommy.

Tuppence reflexionó un momento.

—No veo en eso un punto de arranque. Quiero decir que has hablado de lo último que sucedió y no de lo primero.

—Para mí es lo primero —declaró Tommy—. No quiero ver a nadie por ahí dedicado a la tarea de golpear a mi esposa. Además, en un punto real de arranque. No es un episodio nacido en la imaginación. Se trata de algo real, que sucedió realmente.

—No puedo estar de acuerdo contigo. Fui yo la persona golpeada, verdaderamente, y no lo olvido. He estado pensando en ello… Desde que recuperé la facultad de razonar.

—¿Tienes alguna idea sobre la posible identidad de tu atacante?

—Desgraciadamente, no. Me hallaba inclinada en aquel

momento sobre una lápida sepulcral…

—¿Quién pudo haberte golpeado?

—Supongo que debió de ser alguien que habita en Sutton Chancellor. Y sin embargo, esto parece bastante improbable. Había hablado con contadas personas.

—¿El párroco?

—No pudo haber sido el párroco —afirmó Tuppence—. En primer lugar, porque es una persona excelente. En segundo término, porque tenía que haber sido más fuerte. En tercer lugar, porque es un individuo asmático. De haberse apostado detrás de mí habría advertido en seguida su jadeante respiración.

—Pues si eliminamos al párroco…

—¿Si eliminamos?

—Sí. Yo también estoy dispuesto a prescindir de él. Tú sabes que fui a verle, que estuve hablando con él. Hace años que está en el pueblo y todo el mundo lo conoce. Supongo que puede darse la posibilidad de que alguien se haga pasar por sacerdote, y de los buenos, pero este papel se puede representar tan sólo por espacio de unos días, no durante diez o doce años.

—El siguiente sospechoso, entonces, habrá de ser la señorita Bligh. Nellie Bligh. Aunque sabe Dios por qué. Es imposible que ella se figurara que me disponía a robar una lápida.

—¿Tú crees que puede haber sido ella?

—En realidad…, no. Desde luego, posee suficientes facultades para hacer una cosa así. De haber querido seguirme, para ver a qué me dedicaba, intentando después golpearme, lo más probable es que se hubiese salido con la suya. Y, al igual que el párroco, se encontraba en el lugar… Vivía en Sutton Chancellor, salía y entraba en su casa, para hacer esto o aquello, y pudo haberme visto en el pequeño cementerio, acercándose entonces a mí caminando de puntillas, impulsada por la curiosidad. Pudiera haberle parecido mal, por un motivo u otro, que anduviera curioseando por entre las tumbas, asestándome un golpe con cualquiera de los jarrones metálicos de la iglesia o algún otro objeto que hubiese encontrado a mano. Ahora bien, no me preguntes por qué. No parece existir una razón determinada.

—¿La persona sospechosa siguiente, Tuppence? ¿La señorita

Cockerell? ¿Se llama así?

—La señora Copleigh. No. No pudo haber sido ella.

—¿Por qué te muestras tan segura? También vive en Sutton Chancellor. Pudo haberte visto salir de la casa, siguiéndole luego.

—¡Oh, sí, sí! Pero es que habla demasiado.

—No sé qué tiene que ver esto con la costumbre de hablar por los codos.

—Si tú te hubieses pasado, como yo, toda una velada escuchándola —dijo Tuppence—, habrías llegado a la conclusión de que una persona que habla tanto como ella no puede ser a la vez una mujer decididamente abocada a la acción. Es absolutamente improbable que hubiese sido capaz de aproximarse a mí en silencio, con la lengua voluntariamente trabada.

Tommy consideró las últimas palabras pronunciadas por su mujer.

—Tus razonamientos, Tuppence, no me parecen disparatados. Eliminamos a la señora Copleigh, ¿quién queda?

—Amos Perry —declaró Tuppence—. Se trata del hombre que vive en la Casa del Canal (Elijo este nombre entre los muchos que ha tenido, en ocasiones raras, esa edificación. Además, originalmente, se denominó así). Es el esposo de la bruja amable. Se le nota algo raro a ese individuo. Es un tipo de mentalidad elemental, pero muy vigoroso al mismo tiempo, perfectamente capaz de quitarse de en medio a quien fuera por la violencia. Le creo, por añadidura, con arrestos suficientes. Pero no sé exactamente por qué había de golpearme él. Como sospechoso, lo antepongo a la señorita Bligh, en fin de cuentas una de esas eficientes y pesadas mujeres que se encuentran en todas las parroquias: habituadas a meter las narices en todo. No es, a mi juicio, la persona capaz de llegar al ataque físico, de no mediar razones de carácter emocional muy poderosas —Tuppence añadió, con un escalofrío—: Tú sabes que sentí miedo la primera vez que me enfrenté a Amos Perry. El hombre procedió a enseñarme su jardín. Pensé, de repente, que no me habría gustado verme a solas con él en una carretera, de noche. Experimenté la impresión de que no era un individuo frecuentemente dado a arrebatos, pero que podía ser violento si alguien lo conducía por el camino de la

violencia.

—Bien. Amos Perry. El número uno.

—Tenemos que pensar ahora en su esposa —prosiguió diciendo Tuppence, lentamente—. Es la mujer que he dado en llamar la bruja amable. Me fue simpática desde el principio… No quiero que sea ella; no pienso que fuera ella la atacante… Pero resulta que anda mezclada en ciertas cosas, las cuales guardan relación con la casa. Otra cuestión, Tommy… No sabemos qué es realmente lo que importa en todo esto… He comenzado a pensar que todo se mueve en torno a esa casa, que la misma es el punto central del asunto. En cuanto al cuadro… El cuadro significa algo, ¿no te parece, Tommy?

—Sí, sí.

—Yo me presenté aquí buscando a la señora Lancaster… Pero al parecer nadie ha oído hablar de ella. ¿Lo enfocaría yo todo erróneamente? ¿Estaría la señora Lancaster en peligro (yo he estado siempre segura de que se halla amenazada) a causa de poseer el cuadro? Ni siquiera me imaginé que estuviera en Sutton Chancellor. Me figuraba que aquí le habían regalado o había comprado el lienzo. Insistiré en que este significa algo, en que es, de una forma u otra, una amenaza para alguien.

»La señora «Chocolate» (es decir, la señora Moody), dijo a tía Ada que había reconocido en Sunny Ridge a alguien relacionado con «actividades criminales». Creo que estas actividades tienen que ver con el cuadro y con la casa del canal, y con una niña que quizá fue asesinada allí.

—A tía Ada le gustaba mucho el cuadro de la señorita Lancaster y esta se lo regaló… Quizá le hablara de él, quizá le dijera dónde lo había conseguido, o quién se lo había dado, dónde se encontraba la casa.

—La señora Moody fue quitada de en medio por haber reconocido precisamente a la misteriosa persona «relacionada con actividades criminales».

—Refiéreme otra vez tu conversación con el doctor Murray —solicitó Tuppence.

—Tras haberte hablado de la señora «Chocolate», se refirió a determinados tipos de asesinos, citando ejemplos de la vida real. Protagonista de una de sus historias fue una mujer que regentaba

una residencia para personas ya entradas en años… Recuerdo vagamente haber leído algo acerca de ese caso, pero soy incapaz de acordarme del nombre de la mujer en cuestión. Su propósito se reducía, en esencia, a quedarse con el dinero de sus huéspedes, que se veían bien cuidadas y alimentadas hasta el día de su muerte, desposeídas de todo problema de tipo económico. Vivían felices… Lo malo era que su existencia no se prolongaba más allá del año. Fallecían pacíficamente, mientras dormían. Por último, la gente comenzó a darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. La mujer fue juzgada y condenada, por asesinato… No mostró, sin embargo, ningún remordimiento. Alegó que ella había hecho un favor a las ancianas desaparecidas…

—Tampoco yo me acuerdo del nombre de la protagonista de esa tremenda historia —declaró Tommy —. No importa… Luego, el doctor Murray citó otro caso. El de la criada, o cocinera, o doncella. La mujer trabajó en diferentes casas. En algunas no ocurrió nada. En otra hubo envenenamientos en masa o poco menos. Alimentos en malas condiciones, preparados. Los síntomas no dejaban lugar a dudas. Algunas de las víctimas se recuperaron. Solía preparar los bocadillos que los miembros de la familia de turno llevaban en sus excursiones. Era una servidora agradable, complaciente, y cuando se producían aquellos típicos accidentes, ella misma figuraba entre los enfermos. Probablemente, exageraba los efectos… Viajaba de un sitio a otro de Inglaterra. La cosa se prolongó por espacio de varios años.

—Cierto. Nadie, creo, fue capaz de comprender por qué hacía aquello. ¿Se convirtió eso en un hábito para ella? ¿Es que su proceder, simplemente, le divertía? Nadie supo en realidad a qué atenerse. No dio nunca muestras de haber mirado con mala voluntad a las personas cuya muerte provocara. ¿Estaría mal de la cabeza?

—Supongo que debía estar loca…

—El tercer caso era todavía más raro… El de la francesa. Sufría terriblemente. Había perdido a su marido y a su único hijo. Tenía el corazón destrozado y se la consideraba el ángel de la caridad. Recuerdo perfectamente las circunstancias del caso. La llamaban «el ángel Givon», pues este era el pueblo en que residía, me parece. Se

presentaba en las casa de los vecinos, cuidándolos cuando se encontraban enfermos. Dedicaba sus atenciones a los niños, preferentemente. Se mostraba abnegada con ellos. Pero antes o después, tras un ligero restablecimiento, las criaturas empeoraban y fallecían. En los funerales era un mar de lágrimas y todos los padres declaraban que no hubieran sabido cómo desenvolverse en los momentos más críticos de no haber sido por aquel «ángel de la caridad», que había hecho cuanto estuviera en sus manos para atenderlos como requerían las circunstancias.

—¿Por qué has querido volver sobre todo esto, Tuppence?

—Porque me has preguntado qué razón tenía el doctor Murray para aludir a dichos casos.

—¿Quieres decir que relacionó…?

—Pienso que él relacionó los tres casos típicos entre sí, intentando ver si se ajustaban luego a alguien que se hallaba en Sunny Ridge. Me figuro que, en cierto modo, alguno de ellos es aplicable a lo sucedido en la residencia. La señorita Packard encaja en el primero. Es la eficiente regidora de una residencia, en efecto…

—Creo que te ensañas con esa mujer. A mí me ha sido siempre simpática.

—Es frecuente que los criminales causen buena impresión en los demás. Es lo que ocurre, por ejemplo, con los timadores, que parecen siempre tan serios y honestos. Yo me atrevo a decir que los delincuentes de verdad parecen siempre personas agradables o algo por el estilo. Repara en que la señorita Packard es una mujer muy eficiente y que tiene a su alcance todos los medios para causar una muerte, la de cualquiera de sus internas, sin suscitar ninguna sospecha. Solamente una señora «Chocolate» podría desconfiar de ella. La señora «Chocolate» podía recelar de la señorita Packard porque andaba mal de la cabeza y los que andan mal de la cabeza se comprenden mutuamente, en muchas ocasiones. También pudo suceder que la conociera de antes.

—No creo que la señorita Packard sacase algún provecho de la muerte de sus internas.

—¿Y tú qué sabes? —inquirió Tuppence—. Quizás utilizara cierta táctica denotadora de su inteligencia. Es posible que no le reportaran provechos todas las muertes sino algunas de ellas. Podía

haber una o dos ancianas ricas, que dejaran mucho dinero, y al lado de ellas varias de escasos recursos económicos… Habría muertes rentables y no rentables, sabiamente entremezcladas. Es posible que el doctor Murray se fijara en la señorita Packard, diciéndose al observar lo que he dicho: «Tonterías. Estoy imaginando verdaderos desatinos». Esto no quiere decir que la idea lo abandonase…

»El segundo caso por él mencionado encajaría en cualquier trabajadora doméstica, o cocinera, o enfermera, incluso. Alguien la colocó en la residencia… Era una mujer de —mediana edad, en la que se podía confiar. Pero su mente albergaría aquella especial locura. Tal vez odiara a algunas de las internas. No podemos seguir formulando hipótesis debido a que no conocemos al personal de Sunny Ridge como debiéramos conocerlo.

—¿Y qué me dices del tercer caso?

—El tercero es el más difícil —admitió Tuppence—. Aquí se trata de una persona, entregada por completo a su labor…

—¿Y si procedía así para causar buena impresión en los que la rodeaban? —preguntó Tommy, quien añadió—: Esa enfermera irlandesa…

—Aquella tan simpática, a la que regalamos la estola de piel, ¿no?

—Sí, la que tan bien le había caído a tía Ada. Una persona muy afectuosa. Parecía querer a todo el mundo, sentir la desaparición de las que morían. Andaba bastante preocupada cuando nos entrevistamos con ella. Se marchaba de Sunny Ridge y no nos explicó por qué.

—Supongo que podría tratarse de un tipo neurótico. Las enfermeras no deben ser demasiado mimosas. Esto es malo para sus pacientes. Deben ser más bien frías y eficientes, procurando en todo momento inspirar confianza.

—La enfermera Beresford al habla —dijo Tommy, sonriendo.

—Centremos ahora nuestra atención en el cuadro. Encuentro muy interesante todo lo que me referiste acerca de la señora Boscowan, así como tu entrevista con ella.

—Es que en la esposa del pintor hemos de ver, realmente, a la más interesante de las personas que hemos conocido dentro de toda esta historia. Da la impresión de saber cosas y no porque se haya

dedicado a imaginarlas. Es como si supiera algo acerca de este lugar que tú y yo ignoramos. Lo cierto es esto, sin embargo; que sabe algo.

—Resulta muy extraño lo que declaró sobre el bote —indicó Tuppence—. En el cuadro, inicialmente, no aparecía ninguna embarcación. ¿Qué es lo que hizo crear tal detalle?

—Pues no lo sé —murmuró Tommy.

—¿Tenía el bote algún nombre pintado en la proa? Yo no me acuerdo de eso… Nunca me fijé en ello.

—Waterlily, se lee en la proa de la embarcación.

—Un nombre muy apropiado para un bote, desde luego… ¿Qué es, concretamente, lo que me recuerda a mí?

—No tengo la menor idea.

—Y por otro lado estaba segura de que su marido no había pintado eso… Tal vez lo hiciera más tarde.

—Me dijo que no… En esto fue terminante.

—Desde luego —manifestó Tuppence—, existe otra posibilidad que no hemos examinado. Me refiero ahora al episodio de que fui protagonista… Alguien pudo seguirme hasta aquí desde Market Basin aquel día, para comprobar qué pasos estaba dando. No en balde había estado haciendo yo indagaciones en la población mencionada. Había ido a ver a unos agentes de la propiedad, a Bloget & Burgess y los demás. Me apartaron, virtualmente, de la casa que suscitaba mi interés. Todos se mostraron evasivos. Tan evasivos que no me pareció natural aquella actitud. Me pasó lo mismo, casi, que cuando anduve empeñada en averiguar el paradero de la señora Lancaster. Abogados y bancos, un propietario con el que no hay modo de ponerse en comunicación, por hallarse en el extranjero… La disposición general es la misma. Esa gente envía a alguien para que siga mi coche; desean ver qué estoy haciendo y en la primera ocasión que se presenta me propinan un buen golpe en la cabeza. Lo cual —añadió Tuppence—, nos lleva a la lápida del pequeño cementerio ante la cual me detuve. ¿Quién era el que estaba interesado en evitar que curioseara por entre las viejas tumbas?

—Me dijiste que había en la lápida, pintadas o burdamente labradas, unas palabras…

—Sí. Habían sido labradas con un cincel, a mi entender. Fue obra de alguien que debió de renunciar a finalizar su trabajo, muy torpe, ciertamente. El nombre… Lily Waters… Y la edad: siete años… Esto estaba bien hecho… Luego, venían las restantes palabras… Me parece que eran: «Al que escandalizare a uno de estos…», y a continuación…

—Parecen, más que nada por su disposición, vocablos de una cita familiar.

—Concretamente: una cita bíblica, cosa a tono con el lugar, utilizada por alguien que no estaba muy seguro de su actitud.

—Es muy raro todo eso.

—¿Por qué había de disgustar mi actitud a nadie…? Yo sólo me proponía ayudar al párroco… El pobre intentaba localizar a la perdida criatura… Ya estamos de vuelta, ocupándonos nuevamente de este tema… La señora Lancaster habló de una criatura emparedada en una pared de chimenea, y la señora Copleigh se pasó horas aludiendo a unas monjas emparedadas y a unos chicos asesinados, refiriéndose de pasada a una madre que mató a su pequeño, a un amante, a un hijo ilegítimo, a un suicida… ¡Qué budín más fantástico elaboró la buena mujer con la sarta de habladurías y leyendas lugareñas que conoce! No obstante, Tommy, había allí un hecho real…, que no era habladuría ni leyenda…

—A ver, explícate.

—Estaba pensando, sencillamente, en la chimenea de la Casa del Canal, en la muñeca destrozada… Una muñeca infantil. Había estado allí mucho tiempo, mucho. Se hallaba cubierta por una capa de hollín y polvo…

—¡Qué lástima que no la tengamos! —exclamó Tommy.

—¡La tengo yo, hombre! —contestó Tuppence con aire triunfal.

—¿Saliste de la casa con ella?

—Sí. La muñeca me impresionó mucho. Deseaba examinarla tranquilamente, a solas, y me la llevé. Me imagino que los Perry la hubieran arrojado al cubo de la basura inmediatamente. La tengo aquí.

Tuppence se levantó, acercándose a su maleta. Rebuscó dentro de la misma un poco y sacó un paquete. Había envuelto aquel objeto en unas hojas de papel de periódicos.

—Aquí la tienes, Tommy. Échale un vistazo.

Tommy, curioso, deshizo el paquete, sacando de entre los papeles la destrozada muñeca. Le colgaban brazos y piernas desmadejadamente y lo que restaba del vestido se desprendía nada más tocarlo. El cuerpo parecía haber sido hecho con una fina piel de Suecia, debidamente cosida en los sitios menos visibles. Había unos cuantos orificios por los que poco a poco había ido saliendo el serrín con que había sido rellenado el juguete.

Como Tommy insistiera en su examen, pese al cuidado que puso en esto, el cuerpo de la muñeca pareció ir a desintegrarse de pronto, al producirse en aquel una especie de desgarrón o herida, saliendo por esta un puñado de serrín mezclado con cierta cantidad de menudos guijarros, todo lo cual fue a parar al suelo.

Tommy se agachó para recoger las piedrecitas, estudiándolas detenidamente.

—¡Dios mío! —exclamó—, ¡Dios mío!

—Es raro, ¿verdad? —señaló Tuppence—. La muñeca está llena de guijarros. Supongo que en esto tendrá que ver la parte interior de la chimenea de esa casa, que acabará cayéndose a pedazos. Restos del yeso o del recubrimiento…, ¿no crees?

—No —replicó Tommy—. Ten en cuenta que estos guijarros se hallaban dentro de la muñeca.

Concentraron la atención en ellas exclusivamente. Tommy introdujo un dedo en el desgarrón e hizo caer unas piedrecitas más. Se acercó con ellas a la ventana, dándoles vueltas sobre la palma de una mano. Tuppence lo observaba en silencio.

—¿A quién se le ocurriría hacer el relleno del cuerpo de la muñeca con una mezcla de serrín y piedras? —dijo ella.

—Bueno, estos guijarros no son corrientes. Existiría una buena razón para proceder así…

—No te entiendo.

—Échales un vistazo. Coge unos cuantos.

Tuppence obedeció.

—Son piedras simplemente —manifestó—. Unas son más grandes que otras, sí. ¿A qué viene ahora tu agitación Tommy?

—Es que, mira, Tuppence, estoy empezando a comprender por dónde va todo. Esto que ves aquí, querida, no son piedras

Corrientes: son diamantes.

Capítulo XV

Una noche en el vicariato

—¡Diamantes! —exclamó Tuppence.

Con la vista fija en las piedras que tenía todavía en la palma de la mano, añadió:

—¿Estos polvorientos guijarros son diamantes?

Tommy asintió.

—Todo está empezando a tener sentido ahora Tuppence. Todo guarda relación entre sí. La casa del canal. El cuadro. Espera, espera a que Ivor Smith se entere de la existencia de esa muñeca. Un ramo de flores te espera ya, Tuppence…

—¿Por qué razón?

—Por haber contribuido a la detención de una banda de delincuentes.

—¿Qué me dices? ¡Ivor Smith! Ya sé dónde has estado la semana pasada. Me abandonaste en mis últimos días de convalecencia, en aquel terrible hospital… Precisamente cuando necesitaba un rato de sana conversación, cuando necesitaba que me animaran constantemente.

—Te visité en las horas permitidas; todas las noches, prácticamente.

—No me contaste nada.

—Aquel dragón disfrazado de monja que había en la sala me previno, diciéndome que tenía que evitarte emociones. Pero, bueno, Ivor Smith va a presentarse aquí pasado mañana y celebraremos una pequeña reunión social por la noche en el vicariato.

—¿Quién asistirá a ella?

—La señora Boscowan, uno de los grandes terratenientes del

distrito, tu amiga, la señorita Nellie Bligh, el párroco, desde luego, tú y yo…

—En cuanto al señor Ivor Smith… ¿Cuál es su verdadero nombre?

—Por lo que yo sé hasta ahora, Ivor Smith.

—Te muestras siempre muy cauteloso… —Tuppence se echó a reír.

—¿Qué es lo que te ha hecho tanta gracia?

—Estaba pensando que me habría gustado mucho verte a ti, con Albert, descubriendo cajones secretos en el pupitre de tía Ada.

—El mérito de esos descubrimientos corresponde por entero a Albert. La verdad es que me dedicó toda una conferencia sobre el tema. La información que posee sobre el mismo data de sus años mozos, de cuando estuvo colocado en un establecimiento dedicado a la venta de antigüedades.

—Es difícil imaginarse a tu tía Ada redactando un documento secreto como el que tú me has dicho, con sus sellos de lacre y todo. No sabía en realidad nada, pero estaba dispuesta a admitir que dentro de Sunny Ridge había una persona peligrosa. ¿Sabría que era la señorita Packard?

—Esta última idea ha salido de tu cabeza.

—Reconocerás que la idea es excelente en el caso de que estemos persiguiendo a una organización criminal. La banda en cuestión necesitaría un sitio como Sunny Ridge, un establecimiento bien regido y respetable, con una persona competente en las lides de las actividades delictivas al frente. Habría así alguien adecuadamente calificado para tener acceso a las drogas siempre que las necesitara. Y al aceptar las muertes que se produjeran como naturales, el doctor de la residencia se sentiría influido, certificando su legalidad.

—Tú dirás lo que quieras ahora, pero la verdad es que empezaste a recelar de la señorita Packard porque te disgustaban sus dientes…

—Voy a decirte una cosa, Tommy… Supongamos que ese cuadro, el cuadro de la Casa del Canal… no perteneció nunca a la señora Lancaster.

—Nosotros sabemos que sí era suyo —Tommy miró atentamente

a su mujer.

—No es cierto. Nosotros sólo sabemos lo que dijo la señorita Packard… Esta nos informó que la señora Lancaster se lo había regalado a tía Ada.

—Pero ¿por qué iba a…? —Tommy no acabó la frase.

—Quizá por eso se llevaron a la señora Lancaster, para que no nos dijera que el cuadro no era suyo y que no se lo había regalado a tía Ada.

—Me parece que estás forzando los hechos.

—Es posible… Veamos… El lienzo fue pintado en Sutton Chancellor… La casa del cuadro se encuentra en Sutton Chancellor… Tenemos motivos para creer que la casa es, o fue utilizada como escondite por una organización criminal… Nos figuramos que es el señor Eccles quien la dirige. El señor Eccles fue la persona que envió a la señora Johnson a Sunny Ridge, con el fin de retirar de allí a la señora Lancaster. Yo no creo que la señora Lancaster estuviese en alguna ocasión en Sutton Chancellor, ni que haya estado en la Casa del Canal, ni que poseyera un cuadro representando la misma, si bien me imagino que oyó hablar a alguien en Sunny Ridge de ello… ¿A la señora «Chocolate», quizás? En consecuencia, comenzó a hablar, y esto era peligroso, por lo cual se imponía su traslado… Y el día menos pensado averiguaré su paradero, tenlo en cuenta, Tommy.

—«Los trabajos, aventuras y mixtificaciones de la señora Thomas Beresford», será el título de la obra en que se relate tu odisea, querida.

—Permítame que le diga que tiene usted un aspecto magnífico, señora Beresford —manifestó Ivor Smith.

—Vuelvo a sentirme igual de bien que antes —contestó Tuppence—. He sido una estúpida al dar motivo para sufrir un ataque de esa naturaleza, creo.

—Se merece usted una medalla… Especialmente por el asunto de la muñeca rota. No consigo comprender por más que me devano los sesos, cómo se las arregla para llegar a tan estupendos resultados en todo lo que emprende.

—Es un sabueso perfecto —declaró Tommy—. Cuando huele un rastro, ya no hay fuerza humana capaz de detenerla.

—Supongo que tomaré parte en la reunión de esta noche, ¿eh? —dijo Tuppence, recelosa.

—¡No faltaba más! He de decirle que han sido aclarados muchos hechos. No acierto a expresarles mi gratitud… Francamente, en la actualidad ya apuntamos a algo concreto por lo que respecta a esta bien montada asociación criminal, responsable de los robos más destacados de los últimos cinco o seis años. Como ya le dije a Tommy cuando se presentó en mi despacho para preguntarme si sabía algo acerca del señor Eccles, nosotros hacía mucho tiempo que sospechábamos de él. Ahora, no es fácil hacerse de pruebas contra un hombre como este. Es demasiado cauteloso. Ejerce su profesión de abogado… Regenta una firma auténtica, que posee clientes nada ficticios.

»Tal como le notifiqué a Tommy, uno de los puntos más importantes ha sido esta cadena de casas. Se trata de viviendas respetables, ocupadas por inquilinos honestos…, por poco tiempo, que acababan yéndose.

»Ahora, gracias a usted, señora Beresford, gracias a las investigaciones realizadas en determinada chimenea, con sus pájaros muertos, hemos dado con toda certeza con una de tales casas. En esta fue hallada una importante parte del botín. No es nada malo el método de guardar las joyas sustraídas y otros objetos por el estilo en paquetes corrientes, que eran escondidos hasta que sonaba la hora de proceder a su traslado al extranjero, por vía aérea o marítima, cuando ya se habían acallado los rumores y la alarma subsiguiente a cada audaz operación.

—¿Qué hay sobre los Perry? ¿Anda mezclado en el asunto el matrimonio? Yo desearía que no…

—No se puede afirmar nada con seguridad todavía —declaró el señor Smith—. Yo tengo la impresión de que la señora Perry, por lo menos, sabe algo o supo algo en otro tiempo.

—¿La juzga un miembro más de la banda?

—Es posible que no tenga nada que ver con esa gente. Cabe la posibilidad también de que dispusieron de un medio persuasivo para retenerla.

—¿De qué modo?

—Bueno, espero que no hagan uso de lo que voy a deciros. Conozco su discreción… Sucede que la policía local ha abrigado siempre la sospecha de que Amos Perry fue el responsable de la ola de asesinatos de niños que tuvo por fondo este distrito, hace ya muchos años. No anda muy bien de la cabeza. Los médicos han dicho que pudo haber sentido un terrible impulso de atacar a los pequeños. No hubo nunca pruebas directas, pero quizá su esposa se extralimitó, mostrándose demasiado ansiosa a la hora de proporcionar coartadas a su marido. Era esta una base excelente para que los otros la gobernaran a su antojo, asignándole el papel de inquilina de la casa (de parte de la casa), convencidos de que sería reservada. Hasta puede ser que se procuraran pruebas contra el esposo. Usted los conoce, señora Beresford. Me refiero a la pareja… ¿Qué impresión le produjeron los viejos la primera vez que los vio?

—Ella me agradó desde el primer momento —replicó Tuppence —, la califiqué de bruja —recordó, sonriente— porque iba vestida como tal, con motivo de una función de teatro, que preparaban los vecinos. Esta bruja, en todo, caso, me dije, practicaba la magia blanca y no la negra.

—¿Y qué le pareció él?

—Él me dio miedo —dijo Tuppence—. No en todo momento, a lo largo de nuestra entrevista. En un instante determinado, creo que fue de repente, se me antojó un hombre atemorizador. No podría decir qué fue lo que me asustó de él. Me dio miedo, simplemente… Claro que no se puede estar absolutamente seguro…

—¿Qué es lo que vamos a hacer en el vicariato esta noche?

—Formular algunas preguntas. Ver algunas caras. Averiguar detalles que nos llevarán a la ampliación de las informaciones que ya poseemos.

—¿Estará presente el comandante Waters? Me refiero al hombre que escribió al sacerdote para que localizara aquella tumba…, la de la niña.

—¡Allí no había ninguna niña enterrada! Donde la antigua lápida fue removida, se halló un ataúd, un ataúd infantil, forrado de plomo… Y este contenía todo un botín. Eran joyas y objetos de oro

procedentes de un robo que fue cometido cerca de St. Albans, La carta que recibió el sacerdote fue escrita con el fin de averiguar qué había sido de la tumba. Los vandálicos actos de los pequeños gamberros locales habían complicado algo las cosas…

—Cuánto siento lo ocurrido, mi querida señora —dijo el sacerdote, saliendo al encuentro de Tuppence con ambas manos extendidas, muy afectuoso—. Sí, de veras que lamento que le haya sucedido eso, a usted, que tan amable se mostró conmigo. Me considero el culpable del desgraciado episodio. No debí permitir que usted se quedara allí sola, revisando las lápidas… Claro que no había ninguna razón para creer…, ninguna razón, en absoluto, que una pandilla de jóvenes gamberros…

—Bueno, padre, no se altere usted —medió la señorita Bligh, apareciendo inesperadamente junto al sacerdote—: La señora Beresford sabe perfectamente, estoy segura de ello, que lo sucedido no es culpa suya. Ella fue muy amable al ofrecerse para ayudarle, pero el caso es que todo ha terminado ya y que la señora Beresford se ha recuperado por completo del percance. ¿Verdad, señora?

—Naturalmente que es verdad —replicó Tuppence, algo irritada porque la señorita Bligh diera por las buenas como definitiva su recuperación.

—Siéntese aquí. Voy a ponerle un cojín en la espalda para que se encuentre más cómoda —dijo la señorita Bligh.

—No necesito ningún cojín —dijo Tuppence, negandose también a aceptar la silla que la señorita Bligh le acababa de ofrecer.

Se dejó caer, por el contrario, en otra de recto respaldo, nada cómoda por cierto, situada en el lado opuesto. Llamaron a la puerta y todos estuvieron a punto de ponerse en pie. Intervino, una vez más, la señorita Bligh.

—No se preocupe, padre —dijo—. Ya voy yo.

—Puesto que es usted tan amable…

Se Oyeron unas voces en el vestíbulo. La señorita Bligh regresó en compañía de una mujer corpulenta que lucía un vestido de brocado, a la que seguía un hombre muy alto y delgado, un hombre de cadavérico aspecto. Tuppence lo estudió atentamente. Una negra

capa colgaba de sus hombros y su alargada y sombría faz recordaba las de otras épocas históricas. Tuppence se dijo que aquel hombre parecía haberse escapado de cualquiera de los cuadros, de «El Greco».

—Me alegro mucho de verle por aquí —dijo el sacerdote. Volviéndose hacia los demás, añadió—: Permítanme que les presente a *sir* Philip Starke. El señor y la señora Beresford, el señor Ivor Smith. ¡Ah! La señora Boscowan. Hacía muchos, muchos años que no la veía… el señor y la señora Beresford.

—Conocía al señor Beresford ya —replicó la señora Boscowan. Miró a Tuppence, añadiendo—: ¿Cómo está usted? Encantada de conocerla. Tengo entendido que sufrió un accidente.

—Sí. Ya me encuentro bien.

Terminadas las presentaciones, Tuppence se recostó en su asiento. Se sentía fatigada con más frecuencia que anteriormente. Se decía que esto era a consecuencia del golpe sufrido: Sin moverse, con los párpados entreabiertos, podía sin embargo, escrutar los rostros de las personas que se hallaban en aquella habitación. No estaba atenta a la conversación, miraba simplemente, a los que hablaban. Tenía la impresión de que varios de los personajes del drama —el drama en el cual involuntariamente participaba—, se habían reunido allí igual que hubiesen podido hacerlo unos actores sobre el escenario de un teatro.

Las distintas piezas del «puzzle» se estaban reagrupando, formando un núcleo compacto. La llegada de *sir* Philip Starke y la señora Boscowan marcaban una etapa en aquel proceso. Habían estado presentes siempre en la historia, pero fuera de su círculo. Ahora, en cambio, quedaban dentro. Se hallaban complicados inapelablemente en aquel caso. De una manera u otra, sí. Estaban allí, ¿por qué?, se preguntó Tuppence. ¿Quién los había llamado? ¿Ivor Smith? ¿Les había ordenado que se personaran en aquella casa o se lo había rogado? Quizás estuvieran tan distanciados de él como de ella: Tuppence pensó: «Todo empezó en Sunny Ridge, pero Sunny Ridge no es realmente el corazón de esta historia. Todo se centra, siempre se ha centrado aquí, en Sutton Chancellor. Todo lo ocurrido aquí. No últimamente… Hace tiempo. Son cosas que nada tenían que ver con la señora Lancaster…, pero con las cuales esto

ha ido complicándose. En consecuencia, ¿dónde para en la actualidad la señora Lancaster?».

Tuppence se estremeció. Había sentido un escalofrío. «Es posible.., es posible que haya muerto», pensó.

De ser así, ella había fracasado. Se Había puesto en movimiento preocupada por la suerte de la señora Lancaster, creyendo que esta se hallaba amenazada por un grave peligro. Había decidido, por último, localizarla y protegerla.

«Y si no ha muerto —se dijo Tuppence—, todavía me saldré con la mía».

Sutton Chancellor… Aquí era donde se había dado el comienzo de algo significativo peligroso. La casa del canal formaba parte de eso. Quizá fuese el centro… ¿O había que buscar este en Sutton Chancellor? En este lugar había habido personas que se movieron de distinto modo, viviendo allí, llegando a aquel, huyendo, desvaneciéndose, apareciendo y reapareciendo…

Como *sir* Philip Starke.

Sin mover la cabeza, Tuppence fijó la mirada en *sir* Philip. No sabía nada acerca de él, exceptuando lo que la señora Copleigh le dijera en el curso de su monótono monólogo sobre los habitantes de la población. Era un hombre sereno, un erudito, un botánico, un industrial… Al menos, poseedor de grandes bienes en el mundo de la industria. Era, por consiguiente, un hombre rico… Además, una persona que amaba extraordinariamente a los niños.

Ya estaba de vuelta a lo mismo. Los niños de nuevo. La casa junto al canal; el pájaro de la chimenea; la muñeca infantil que encontrara en esta… Una muñeca que contenía un puñado de diamantes…, producto de un robo. Aquel era uno de los cuarteles generales utilizados por una organización criminal. Pero se habían dado delitos más graves que el robo. La señora Copleigh había dicho: «Siempre me imaginé que tal vez fuese el autor de todo, él».

Sir Philip Starke. ¿Un asesino? Siempre con los párpados entreabiertos Tuppence, lo estudió, dándose cuenta de que…, se esforzaba por ver si encajaba en el concepto que ella tenía, en general, del asesino… Un asesino de indefensas criaturas, por añadidura.

¿Qué edad tendría? —se preguntó—. Setenta años, por lo

menos, Quizá más. Su faz era la del asceta. Sí. Concretamente. Podía decirse de ella que era una torturada faz.

Unos ojos grandes y negros. Los ojos de El Greco. Un cuerpo extraordinariamente delgado.

¿Por qué se había presentado allí? Los ojos de Tuppence se fijaron en la señorita Bligh. Estaba nerviosa en su silla. De cuando en cuando se levantaba para modificar la posición de una mesita, para ofrecer un cojín a alguien, para cambiar la posición de la caja de los cigarrillos de la caja de cerillas. No paraba. No perdía de vista a *sir* Philip Starke. Siempre que se relajaba, su penetrante mirada se centraba en él.

«Es una devoción total la que ese hombre le inspira —pensó Tuppence—, yo creo que han estado enamorados alguna vez. Me inclino a pensar que ella sigue enamorada». El amor hacia una persona no se atenúa en virtud del paso de los años. Los que son como Derek y Deborah no opinan igual. Ellos no aciertan a imaginarse una persona enamorada que no sea joven. Pero yo creo que… ella todavía ama a ese hombre, sin esperanzas, devotamente. ¿Quién dijo… (¿Fue la señora Copleigh?, ¿fue el sacerdote?), que la señorita Bligh había sido su secretaria en los años de juventud, que todavía cuidaba de sus asuntos allí?

«Bien. Esta no es ninguna cosa del otro mundo. Es frecuente que las secretarias se enamoren de sus jefes. Gertrude Bligh, pues, amó a Philip Starke. ¿Fue este un hecho positivo? ¿Había sabido o sospechado la señorita Bligh que la calmosa y ascética personalidad de *sir* Philip Starke ocultaba una horrible amenaza de locura? Tan aficionado a los niños siempre…». “A mi juicio —había dicho la señora Copleigh—, demasiado amante de los niños”.

Así pasaban las cosas… Quizá fuese aquella la causa motivadora de la atormentada expresión de su rostro. «Sólo los patólogos o los psiquiatras saben algo acerca de los asesinos locos —pensó Tuppence—, ¿por qué matan estos a los niños? ¿Qué es lo que fundamentalmente los impulsa? ¿Preocupan a estos hombres las consecuencias de sus actos? ¿Se sienten irritados, desesperadamente desgraciados? ¿Tienen miedo?».

En aquel momento, observó que la mirada de *sir* Philip se había detenido en ella. Los dos se observaron abiertamente ahora y

parecieron intercambiar un extenso mensaje.

«Usted está pensando en mí —decían aquellos ojos—. Sí. Es verdad lo que usted se imagina. Soy un hombre acosado».

En efecto. Esto era lo que le cuadraba exactamente: era un hombre acosado.

Tuppence miró hacia otro lado. Su mirada tropezó con el rostro del sacerdote. Este le era simpático. Parecía muy bueno. ¿Sabía algo de toda aquella maraña? Tuppence pensó que sí, probablemente. También cabía la posibilidad de que viviera inmerso en la complicada historia sin enterarse de nada. Muy posiblemente, en torno a él se habían desarrollado aquella serie de acontecimientos, sin que él advirtiera el más mínimo detalle. La inocencia del sacerdote no podía ponerse en tela de juicio.

¿Y la señora Boscowan? Pero resultaba difícil que la señora Boscowan estuviese informada. Era una mujer de mediana edad, una mujer con personalidad, pero como Tommy dijera, esto no expresaba mucho.

Como si Tuppence la hubiera llamado, la señora Boscowan se puso de repente en pie.

—¿Podría ir arriba a lavarme las manos? —inquirió.

—¡Oh! Desde luego —la señora Bligh se puso en pie de un salto —. Yo me encargaré de acompañarla…

—Sé muy bien el camino, no se moleste —dijo la señora Boscowan—. ¿Señora Beresford?

Tuppence se sobresaltó ligeramente.

—¿Quiere usted acompañarme? —inquirió la viuda del pintor—. Quiero darle unas explicaciones.

Tuppence se mostró obediente como una criatura.

La señora Boscowan salió del vestíbulo. Tuppence avanzaba detrás de ella. La primera empezó a subir las escaleras…

—La habitación destinada a los huéspedes está arriba —manifestó la señora Boscowan—. Se encuentra siempre preparada. Cuenta con un cuarto de baño anexo.

Abrió una puerta, accionó el conmutador de la luz. Tuppence entró detrás de ella.

—Me alegro de haberla encontrado aquí —declaró la señora Boscowan—. Esperaba verla. Usted me inspiró algunas

preocupaciones. ¿Se lo dijo su esposo?

—Sé que usted le habló…

—Pues sí, estaba preocupada. La mujer cerró la puerta.

—¿Ha advertido ya que Sutton Chancellor es un sitio peligroso? —inquirió la señora Boscowan.

—Tengo pruebas de que lo es, en efecto —contestó Tuppence.

—Estoy informada. Ha sido una suerte que la cosa no tuviese peores consecuencias…

—Usted sabe algo —dijo Tuppence—. Usted sabe algo acerca de todo esto, ¿no?

—Sí y no, según se mire —respondió Emma Boscowan—. Una tiene su instinto. Este asunto de la organización criminal se sale de lo corriente. Y no parece tener nada que ver con…

La mujer guardó silencio de pronto.

—Quiero decir que es una de esas cosas que están en marcha, que parecen haber estado en marcha desde siempre. Pero esa gente se halla muy bien organizada ahora, como si se tratara de una entidad comercial. Lo esencial es saber dónde radica el peligro y cómo guardarse contra él. Tiene usted que tener cuidado, señora Beresford. De veras… Usted es una de esas personas que inesperadamente irrumpen en determinados sitios o situaciones y ello implicaría ahora un gran riesgo para usted.

Tuppence respondió, vacilante:

—Mi tía…, es decir, la tía de mi marido, de Tommy… Alguien le dijo, en la residencia en que se encontraba, que había entre las huéspedes y el personal de la casa un criminal…

Emma asintió.

—Hubo dos muertes en esa residencia —añadió Tuppence—. El médico de la misma sospechaba algo raro.

—¿Fue eso lo que la llevó a pasar a la acción?

—No. Hubo otra cosa antes.

—¿Tendría usted la bondad de explicarme rápidamente (lo más rápidamente posible, por si alguien nos interrumpe), qué es lo que sucedió en esa residencia de señoras ancianas, o lo que sea, para que decidiera a emprender determinadas investigaciones por su cuenta?

—Se lo explicaré con muy pocas palabras.

Tuppence la puso al corriente de todo en unos momentos.

—Ya —respondió Emma Boscowan—. Y ahora usted no sabe dónde para la señora Lancaster, ¿verdad?

—En efecto, no lo sé.

—¿Usted cree que puede haber fallecido?

—Es posible… Podría ser.

—¿Porque sabía algo?

—Sí. Ella debía de estar al tanto de algún detalle reservado. Un crimen, quizá, por ejemplo. Tal vez se tratara del asesinato de una criatura.

—Yo creo que en esto se equivoca —afirmó la señora Boscowan —. A mi entender, todo es fruto de una confusión por parte de su señora Lancaster. Mezclaría el recuerdo de esa criatura con otro tipo de asesinato.

—Supongo que lo que dice usted es posible. A los viejos les pasa eso. Pero por aquí hubo años atrás un individuo que asesinó a varios niños. Esto es lo que me contó la dueña de la casa en que estuve alojada…

—Varios niños murieron a manos de un criminal en esta parte del país, sí. Pero de eso hace mucho tiempo. No hablo ahora con mucha seguridad. El párroco debe estar bien informado sobre el asunto… ¡No! Espere. No puede saber nada directamente, debido a que por aquellas fechas todavía no había llegado aquí. La señorita Bligh, sí, en cambio. Desde luego, ella sí que estaría en el pueblo. Debía de ser entonces una mujer bastante joven.

Tuppence inquirió:

—¿Estuvo siempre enamorada de *sir* Philip Starke? —Se ha dado cuenta, ¿eh? Pues sí, a mí me parece que sí. Yo me inclino a pensar que ese hombre es para ella como un ídolo. Nada más llegar aquí, William y yo advertimos lo que pasaba.

—¿Qué es lo que les hizo venir aquí? ¿Vivieron acaso en la Casa del Canal?

—No. Nosotros no hemos vivido nunca allí. A él le gustaba pintarla. La pintó varias veces. ¿Qué ha sido del lienzo que su esposo me enseñó?

—Volvió a colocarlo en su sitio, en casa —informó Tuppence—. Me dio a conocer su comentario sobre el bote del cuadro,

notificándome que según usted no lo había pintado su marido… Me refiero al Waterlily.

—Desde luego, ese bote no salió de los pinceles de mi marido. Yo he conocido el cuadro sin la embarcación. Esta es obra de otra persona.

—Y la llamó Waterlily… Y un hombre que no existía, un tal comandante Waters… escribió una carta relacionada con la tumba de una niña… una niña llamada Lilian… Pero no había ninguna criatura enterrada en la tumba. Esta contenía solamente un ataúd infantil, en el que había sido guardado el producto de un gran robo. Ese bote debió de ser un mensaje, un mensaje en el que se decía dónde se hallaba guardado el botín… Todo parece tener relación con el crimen…

—Sí, efectivamente… Pero no se puede asegurar que… —Emma Boscowan se interrumpió bruscamente, agregando apresurada—: Sube ya… Viene a buscarnos… Entre en el cuarto de baño…

—¿A quién se refiere usted?

—A Nellie Blligh. Entre en el cuarto de baño. Eche el pestillo.

Tuppence inmediatamente se dispuso a obedecer, comentando:

—Esa mujer es una entrometida.

—Y algo más que eso —repuso la señora Boscowan. Tuppence desapareció por fin en el cuarto de baño. La señorita Bligh abrió la puerta de la habitación, entrando en la misma, activa y servicial como siempre.

—Espero que haya encontrado lo que necesitaba —dijo—. Habrá visto toallas limpias y jabón por aquí, ¿no? La señora Copleigh cuida normalmente de las cosas del párroco, pero yo después suelo echar un vistazo por la casa, por si se le ha olvidado algo.

La señora Boscowan y la señorita Bligh bajaron las escaleras juntas. Tuppence se unió a ellas en el momento en que llegaban a la puerta del salón de estar. *Sir* Philip Starke se puso en pie al entrar ella en la estancia, cambiando de sitio su silla para instalarse a su lado.

—¿Está usted cómoda, señora Beresford?

—Sí, muchas gracias.

—Lamento lo de su accidente. En nuestros días suceden cosas muy raras…

Tuppence pensó que la voz del caballero, tenía un raro encanto. Era algo fantasmal, por así decirlo, muy profunda y como lejana…

La mirada de *sir* Philip no se apartaba de su rostro y Tuppence pensó: «Me está estudiando con el mismo detenimiento con que lo estudié yo antes». Miró de reojo a Tommy, pero este hablaba en aquellos momentos con Emma Boscowan.

—¿Qué es lo que la hizo venir a Sutton Chancellor, señora Beresford?

—Pues, verá, usted. Estábamos buscando una casa en el campo que nos conviniera —replicó Tuppence—. Mi esposo se había ausentado porque tenía que participar en una asamblea y entonces yo pensé entretenerme durante la espera, dando una vuelta por este distrito, que me agradaba mucho. Deseaba saber por dónde andaban los precios, por si nos decidíamos por adquirir alguna.

—Me parece haber oído decir que le llamó la atención la casa que hay junto al canal.

—Sí: Estaba convencida de haberla visto anteriormente desde el tren. Es muy atractiva… desde fuera.

—En efecto, Creo, no obstante, que anda necesitada de algunas reparaciones, principalmente en el tejado. El otro lado de la finca no llama tanto la atención, ¿verdad?

—Desde luego. Y la casa está dividida de una manera muy curiosa.

—¡Oh! —exclamó *sir* Philip Starke—. En cuanto a eso… Cada uno tiene sus ideas.

—¿No ha vivido usted nunca en ella? —inquirió Tuppence.

—No. Mi casa fue pasto de un incendio hace muchos años. Quedó una pequeña parte de ella. Supongo que la habrá visto… Está más arriba de esta, en la ladera del vecino promontorio. No tuvo nunca nada de particular. Mi padre la construyó hacia 1.890, aproximadamente. Era una mansión presuntuosa. Detalles góticos y de Balmoral. En la actualidad, nuestros arquitectos vuelven a admirar estas cosas si bien hace cuarenta años las mismas suscitaban una completa indiferencia. Contenía todo lo que debía contener la vivienda de un caballero —la voz de *sir* Philip sonaba ligeramente irónica—; un salón de billar, un salón para damas, un comedor colosal, un salón de baile y unos catorce dormitorios…

Cuidaban del edificio alrededor de quince servidores.

—Usted me da la impresión de que no era muy de su agrado.

—Nunca me gustó. Esto constituyó una desilusión para mi padre. Mi padre fue un gran industrial, que triunfó en sus negocios. Esperaba que yo siguiese sus pasos. No fue así. Me trató bien. Me asignó una renta excelente y permitió que siguiera mi camino.

—He oído decir que había dedicado sus actividades a la botánica.

—La botánica constituyó uno de mis pasatiempos favoritos. Salí por el mundo en busca de flores silvestres, visitando, entre otros sitios, los Balcanes, ¿no ha estado usted nunca allí? Es un lugar maravilloso para este género de trabajos.

—Sí que debe serlo… ¿Regresó usted más tarde, para vivir aquí?

—Hace muchos años que falto de aquí… Desde la muerte de mi esposa no había estado en el pueblo.

Tuppence se agitó en su asiento, ligeramente embarazada.

—¡Oh! Siento mucho haberle hecho recordar eso.

—Ha pasado mucho tiempo ya desde entonces. Mi mujer murió antes de la guerra. En 1.938. Era muy bella.

—¿Conserva usted algún retrato suyo en la casa?

—No. La casa está vacía. Todos los muebles, cuadros y demás efectos fueron sacados de allí y trasladados a un almacén. Se cuenta solamente con un dormitorio, un despacho y un cuarto de estar, que ocupa mi administrador cuando visita esta población con cualquier motivo.

—¿No fue vendida nunca?

—No. Hubo un tiempo en que se habló de que las tierras, por aquí, iban a revalorizarse extraordinariamente. No sé qué pasó. Bueno, a mí eso me tuvo siempre sin cuidado. Mi padre es quien había aspirado a constituir una especie de dominio feudal con lo nuestro. Tenía que sucederlo yo en el gobierno del mismo. Después vendrían mis hijos, y los hijos de mis hijos… —*sir* Philip hizo una pausa, agregando—: Pero Julia y yo no tuvimos descendencia.

»En consecuencia, nada había aquí en definitiva que me atrajera. ¿A qué venir? Cuando hay que hacer algo es Nellie Bligh quien se encarga de todo —*sir* Philip sonrió, complacido—. Es la más maravillosa de las secretarias. Todavía se ocupa de mis asuntos,

trátese de una cosa u otra.

—Y pese a su prolongada ausencia, usted, sin embargo, nunca quiso vender…

—Naturalmente. He procedido así por una buena razón —dijo Philip Starke.

Una débil sonrisa iluminó su faz de asceta.

—Es posible que heredara de mi padre, a despecho de todo, parte de su sentido comercial. La tierra vale más cada vez, aunque la revalorización no haya sido, según se esperaba, espectacular. Vale más que el dinero que por ella me pudieran dar. Deja más beneficios. Por último, andando el tiempo, este distrito se convertirá en ciudad satélite. Es lo que se llama un negocio redondo.

—¿Será usted rico, entonces?

—Seré más rico que en la actualidad —respondió *sir* Philip—. Y en la actualidad no tengo motivos de queja, ni mucho menos, en tal aspecto.

—¿A qué dedica su tiempo?

—Viajo. Tengo ciertos intereses en Londres. Poseo allí una galería de arte. Voy camino a convertirme en un negociante de objetos artísticos. Mis actividades de este tipo llenan agradablemente mi vida… La lleno así. Hasta que la ruano inexorable caiga sobre mi hombro para advertirme que ha sonado la hora de emprender el viaje definitivo…

—No diga eso. Sus palabras suenan en mis oídos de una manera especial. Me producen escalofríos.

—No tiene usted por qué asustarse. Usted, señora Beresford, va a vivir todavía muchos años, que además estoy seguro de que serán felices.

—De momento sí que soy feliz —contestó Tuppence—. Supongo que con el tiempo tendré los achaques propios de la gente de edad; me quedaré sorda, veré menos, me atormentara el reuma, etcétera.

—Probablemente, si llega todo eso, usted le dará menos importancia de lo que se figura. Usted y su marido, señora Beresford, si me permite decirlo, parecen haber sido muy felices en su matrimonio.

—Desde luego —replicó Tuppence—. Y supongo que en la vida no hay nada mejor que una pareja feliz.

Un segundo después, Tuppence se arrepintió de haber pronunciado estas palabras. Al escrutar el rostro de su interlocutor, un hombre que durante tantos años había lamentado la pérdida de una esposa a la que amara apasionadamente, se sintió irritada consigo misma.

Capítulo XVI

A la mañana siguiente

Transcurría la mañana del día siguiente al de la reunión…

Ivor Smith y Tommy hicieron una pausa en su conversación para fijar la vista en Tuppence, quien se había quedado pensativa, contemplando el piso de la chimenea. En aquellos momentos parecía estar muy lejos de allí.

—¿Dónde nos habíamos quedado? —inquirió Tommy.

Con un suspiro, Tuppence concentró de nuevo su atención en los dos hombres.

—A mí se me antoja que todo anda un poco embrollado todavía —dijo—. Vamos a ver… ¿Cuál era el fin perseguido al organizar la reunión de anoche? ¿Qué significaba realmente? —ahora se dirigió concretamente a Ivor Smith—. Yo me imagino que usted sí sabrá a qué atenerse claramente. ¿Está usted al tanto de la situación, de veras?

—Yo no iría tan lejos —respondió Ivor—. Todos no perseguimos lo mismo, ¿verdad?

—Por supuesto —replicó Tuppence.

Los dos hombres la miraban inquisitivamente.

—Está bien —manifestó Tuppence—. Yo soy una mujer dominada por una obsesión. Quiero encontrar a la señora Lancaster. Deseo tener la seguridad de que no le ha ocurrido nada malo.

—Primero tendrás que dar con la señora Johnson —dijo Tommy —. Nunca encontrarás a la señora Lancaster si antes no das con aquella.

—La señora Johnson… Sí. Todo lo que me pregunto es… Pero, en fin, supongo que esta parte del caso no le interesa a usted, señor

Smith.

—¡Oh! Ya lo creo que me interesa, señora Beresford. Y mucho.

—¿Qué hay acerca del señor Eccles? —Ivor sonrió.

—Me parece que el señor Eccles no tardará en recibir la justa recompensa a que se ha hecho acreedor por sus hazañas. No obstante, no quiero aventurarme. Se trata de un hombre que encubre sus reales actividades con un derroche de auténtico ingenio. Hasta el punto de que uno llega a dudar de la existencia de rastros comprometedores —Ivor Smith agregó, como si reflexionara en voz alta—: Es un cerebro. Sabe planear las cosas bien.

—Anoche… —comenzó a decir Tuppence, vacilante—. ¿Puedo formular algunas preguntas?

—Puedes hacerlas, desde luego —replicó Tommy—, pero no creas que vas a obtener respuestas satisfactorias por parte de Ivor.

—Quería referirme a *sir* Philip Starke… ¿Qué papel desempeña en este asunto? A mí no me parece un criminal… A menos que sea de los que…

Tuppence se interrumpió, pensando en las suposiciones de la señora Copleigh al aludir a los asesinatos de varios niños en el distrito de Sutton Chancellor.

—*Sir* Philip Starke viene a ser aquí una valiosa fuente de información —manifestó Ivor Smith—. Es uno de los más ricos terratenientes de Inglaterra, dentro de esta región y algunas otras…

—¿En Cumberland también?

Ivor Smith miró atentamente a Tuppence.

—¿Por qué ha mencionado usted Cumberland? ¿Qué sabe usted de Cumberland?

—Nada —dijo Tuppence—. Por un motivo u otro se me vino a la cabeza —frunció el ceño, dando muestras de perplejidad—. Lo mismo que pensé en una rosa a rayas rojas y blancas, una de esas flores heráldicas de otros tiempos…

Movió la cabeza, dudosa.

—¿Es *sir* Philip Starke el propietario de la Casa del Canal?

—Es el dueño de la tierra… Posee la mayor parte de las tierras de los alrededores.

—Sí. Es lo que me dijo anoche.

—A través de él hemos sabido de muchos arriendos que han sido

hábilmente embrollados, mediante trapicheos legalistas…

—Quiero referirme ahora a esos agentes de la propiedad cuyas oficinas visité en la plaza de Market Basin… ¿Han incurrido en falsedades o he soñado yo esto?

—No, no lo ha soñado. Esta mañana vamos a hacerles una visita. Pensamos formularles unas cuantas preguntas que tienen difíciles respuestas.

—Magnífico —comentó Tuppence.

—Vamos desenvolviéndonos estupendamente ahora. Ya hemos aclarado la gran incógnita del robo de la estafeta de correos en 1.965, y conocemos la solución de los casos planteados en Albury Cross y con motivo del robo del tren correo de Irlanda. Hemos logrado dar con parte del botín. En esas casas eran montadas habitaciones muy curiosas. Sabemos el secreto de un nuevo cuarto de baño que fue instalado en una de las viviendas, de un insospechado piso de servicio, con dos habitaciones sospechosamente pequeñas en relación con el resto, disposición que permitía la existencia de unos espacios disimulados… ¡Oh, sí! Conocemos muchas cosas ya.

—¿Pero qué me dice de la gente alojada, en esas viviendas? —inquirió Tuppence—. Apartémonos del señor Eccles… Tenía que haber alguna otra persona que estuviese en el secreto de todo.

—Claro. Había un par de hombres… Uno de ellos dirigía un club nocturno: Happy Hamish, le llamaban. Escurridizo como una anguila. Y una mujer, Killer Kate… Bueno, de eso hace mucho tiempo… Era una de nuestras más interesantes criminales Muy bella, no andaba bien de la cabeza, sin embargo. Se la quitaron de en medio… Podía haber sido un gran peligro para ellos. La sociedad que esa gente había constituido apuntaba hacia el robo y no al crimen de sangre…

—¿Y fue la Casa del Canal uno de sus escondites?

—La casa se denominó en cierta época «Ladymead». Tuvo muchos nombres, además de ese.

—Supongo que para hacer más difíciles las cosas, para aumentar la confusión —aventuró Tuppence—. «Ladymead». Yo me pregunto si este detalle se halla relacionado con algo determinado.

—¿Con qué?

—Bueno, no, en realidad —dijo Tuppence—. La idea citada me ha hecho pensar en otra cosa. Lo malo es que a veces yo misma me hago un lío con todo lo que estoy pensando. Veamos… El cuadro, por ejemplo, Boscowan pintó el lienzo. Luego, alguien le agregó un bote, en cuyo casco estampó un nombre…

—Tiger Lily.

—No: Waterlily. Y la esposa de Boscowan asegura que no fue su marido el que pintó en cuadro la pequeña embarcación.

—¿Tenía que darse cuenta ella forzosamente de eso?

—Yo me figuro que sí. La esposa de un pintor, especialmente si es artista también, acaba familiarizándose con el estilo de su cónyuge. Impone un poco…

—¿Quién? ¿La señora Boscowan?

—Sí. No sé si acierto a expresarme correctamente. No sé… La veo muy enérgica. Rebosa energía, en efecto.

—Es posible.

—Conoce muchas cosas —dijo Tuppence—. Ahora bien, ignoro si las conoce por las buenas, porque sí… ¿Me comprende?

—Yo, desde luego, no te entiendo, querida —manifestó Tommy.

—Verás… Hay una forma de entrar en el conocimiento de ciertos hechos, el que podríamos llamar directo. La otra manera es como si se presintieran…

—Este es el método por el cual tú te riges, Tuppence.

Tuppence parecía estar siguiendo trabajosamente un razonamiento de última hora.

—Dígase lo que se diga, todo gira en torno a Sutton Chancellor, concretamente, alrededor de «Ladymead», «La Casa del Canal» o como se llame la vivienda. Hay que pensar también en la gente que vivió en ella, antes y ahora. Algunas cosas del momento actual pudiera ser que arrancasen de muchos años atrás.

—Usted acaba de acordarse de la señora Copleigh.

—En suma, yo pienso que la señora Copleigh, al referirse a tantos hechos a la vez, no hizo más que contribuir a incrementar mi confusión. A mí me parece que se ha armado un lío al mezclar unas fechas con otras.

—En la gente del campo esto es corriente —afirmó Tommy.

—Lo sé perfectamente —declaró Tuppence—. En fin de cuentas,

yo me crié en un distrito rural. Los aldeanos fijan fechas guiándose por los acontecimientos más destacados, sin hablar casi para nada de años. No dicen nunca «esto sucedió en 1.930» o «aquello pasó en 1.925»… Suelen decir «Eso sucedió en el año en que el viejo molino fue pasto de las llamas», o: «Aquello pasó el año en que cayó el rayo sobre el roble gigante, matando al granero James», o: «Eso ocurrió el año en que hubo la epidemia de polio». En consecuencia, naturalmente, las cosas que ellos recuerdan siguen un orden muy convencional. Todo lo expuesto es difícil de desentrañar. Sorprendemos retazos de verdad aislados… —Tuppence adoptó el aire de una persona que acaba de realizar un importante descubrimiento—. Lo peor de todo es que una ya se siente vieja.

—Usted será joven siempre —dijo Ivor galantemente.

—No sea usted necio —contestó Tuppence con acritud—. Soy vieja porque yo también recuerdo las cosas de esa manera. He retrocedido, me he vuelto primitiva en cuanto a los medios empleados para ayudar a mi memoria en sus cada vez más precarias funciones retentivas. Tuppence se puso en pie, comenzando a dar paseos por la habitación.

—Este hotel no puede ser más cargante —comentó. Pasó al dormitorio y regresó en seguida, moviendo expresivamente la cabeza.

—No hay ninguna Biblia…

—¿Cómo?

—Sí. En los hoteles antiguos siempre había una Biblia junto a la cama. Supongo que la colocación en la mesita de noche por si alguien necesitaba asegurar su salvación, durante el día o después de haber oscurecido. Pues no, no hay ninguna aquí…

—¿Quieres una, ahora?

—Pues sí que me agradaría tener una a mano. Fui educada como Dios manda y conozco el libro como debe conocerlo toda hija de pastor que se precie. Claro que ciertos pasajes se olvidan, andando el tiempo. Esto pasa porque no se leen como antes. Se recurre a nuevas versiones que a lo mejor, desde el punto de vista técnico, son perfectas, pero que no nos dicen mucho —Tuppence agregó de repente—. Mientras ustedes dos van a ver a esos agentes de la propiedad, yo me acercaré en el coche a Sutton Chancellor.

—¿Con qué fin? Te lo prohíbo terminantemente, Tuppence —dijo Tommy.

—¡Bah! No voy allí de sabueso esta vez. Me limitaré a entrar en la iglesia, con objeto de echarle un vistazo a la Biblia. Si se trata de una moderna versión, preguntaré al sacerdote si tiene otra. La que yo busco, la que me interesa, la «versión autorizada».

—¿Para qué la quieres ahora?

—Pretendo refrescar mi memoria, en relación con las palabras que leí en la lápida de aquella tumba infantil… Me inspiraron un gran interés desde el primer momento.

—Todo esto está muy bien, Tuppence, pero la verdad es que desconfío de ti… ¿No acabarás metiéndote en algún lío en cuanto te haya perdido de vista?

—Te doy mi palabra de honor de que no me dedicaré a husmear por entre aquellas tumbas. ¿Qué peligros pueden encerrar para mí la iglesia, en el transcurso de una soleada mañana, y el estudio del buen sacerdote?

Tommy miró a su esposa, no muy convencido, accediendo…

Habiéndose apeado del coche, Tuppence miró a su alrededor cuidadosamente antes de entrar en la zona perteneciente a la iglesia. Se sentía poseída por una natural desconfianza. Había vivido unos momentos muy críticos en aquel lugar. En aquello ocasión, sin embargo, no parecía haber nadie oculto por los alrededores o entre las tumbas.

Penetró en la iglesia. Una mujer ya entrada en años pulía unos metales. Tuppence se aproximó andando de puntillas al atril, examinando detenidamente el libro que descansaba en el mismo. La vieja observó sus movimientos con una mirada de desaprobación.

—No se preocupe que no pienso llevármelo —le dijo Tuppence para tranquilizarla.

Luego, cerrando de nuevo el libro, se encaminó a la puerta, siempre andando de puntillas.

Le hubiera gustado entonces examinar el punto en que habían sido efectuadas las excavaciones, pero…

—Quienquiera que ofenda… —murmuró—. Tendría que haber

alguien que…

Fue en el coche hasta el vicariato, se apeó y echó a andar por el camino que conducía hasta la puerta de la casa. Pulsó el botón del timbre, pero no oyó el sonido de este en el interior. «Supongo que está estropeado», pensó Tuppence, sabiendo lo que sucedía siempre con aquellos timbres, por experiencia. Empujó levemente la puerta y esta cedió…

Se Detuvo en el vestíbulo. Sobre la mesita del vestíbulo vio un sobre grande, con un sello extranjero. Leyó el nombre de una sociedad misionera africana.

—Me alegro de no ser misionera —se dijo en un susurro Tuppence.

Tras aquella vaga idea había algo más, algo relacionado con una mesita del vestíbulo situado en no sabía qué casa, algo que ella tenía que recordar, forzosamente… ¿Flores? ¿Hojas? ¿Alguna carta o paquete?

En aquel momento salió el sacerdote por una puerta que quedaba a la izquierda de Tuppence.

—¿Quién es? ¡Ah! ¡Pero si es la señora Beresford!

—Exacto. He venido para preguntarle si tiene usted a mano una Biblia.

—Una Biblia… —el sacerdote vaciló—. Una Biblia…

—Estimé que con toda seguridad la tendría…

—Claro, claro… En realidad, me parece que son varias las que tengo. También poseo un Testamento Griego. Me imagino que no es eso lo que usted querrá, ¿eh?

—No —contestó Tuppence, con firmeza—. Lo que yo quiero es la «versión autorizada».

—¡Oh! Desde luego, tiene que haber varias por aquí. Sí, varias. Siento decirlo, pero no utilizo esa versión en la iglesia, ahora. Uno se ve obligado a seguir las directrices del obispo, partidario de la modernización, de las novedades, amigo de la gente joven. Es una lástima, a mi juicio. Tengo aquí muchos libros, algo amontonados, además, viéndome precisado de colocarlos en dos filas en los estantes. No obstante, creo que podré localizar la que a usted le interesa. De no ser así, nos pondremos al habla con la señorita Bligh. Ella aquí lo hace todo, desde limpiar los jarrones, a veces,

hasta colocar las flores.

El sacerdote dejó a Tuppence en el vestíbulo, volviendo a entrar en la habitación que abandonara pocos momentos antes.

Tuppence no lo siguió. Frunció el ceño, pensativa. Levantó la vista repentinamente al advertir el ruido de una puerta que se abría al final del vestíbulo. Llegaba la señorita Bligh…, portadora de un jarrón de metal muy pesado.

Varias ideas parecieron completarse mutuamente en el cerebro de Tuppence.

«Desde luego, desde luego…», se dijo.

—¿En qué puedo servirla? ¡Ahí! ¡Pero si es la señora Beresford!

—Sí —manifestó Tuppence—. Y usted es la señora Johnson, ¿no?

El pesado jarrón fue a parar al suelo. Tuppence se agachó, cogiéndolo. Lo sopesó cuidadosamente.

—Un arma terrible, ¿verdad? Algo ideal para asestar un golpe a alguien en la cabeza. La autora del golpe fue usted, ¿eh, señora Johnson?

—Yo… yo… ¿Qué ha dicho usted? Yo… yo… yo… nunca…

Pero Tuppence ya no necesitaba más. Había podido comprobar el efecto de sus palabras. Al mencionar por segunda vez a la señora Johnson, la señorita Bligh se había delatado de una manera inconfundible. Temblaba. Se había apoderado de ella un pánico terrible.

—El otro día había una carta sobre la mesita de su vestíbulo —dijo Tuppence—, dirigida a una tal señora Yorke, de Cumberland. A Cumberland la llevó, ¿verdad?, cuando sacó a la anciana de Sunny Ridge. Es donde se encuentra ahora, ¿eh, señora Johnson? La señora Yorke o la señora Lancaster, ya que usted utiliza ambos nombres. York y Lancaster, como la rosa a rayas rojas y blancas del jardín de Perry…

Tuppence dio la vuelta, saliendo rápidamente del vestíbulo. La señorita Bligh se había quedado paralizada. Apoyándose en la, barandilla de la escalera, con la boca abierta, clavó la mirada en su espalda. Tuppence llegó hasta donde dejara el coche, acomodándose tras el volante, marchándose luego. Miró hacia la puerta principal, pero no vio que emergiera nadie por allí.

Tuppence dejó atrás la iglesia, emprendiendo el regreso a Market Basin, pero de pronto, cambió de idea. Dio la vuelta al coche y repasó el camino, enfilando otro situado a mano izquierda, que conducía a la Casa del Canal. Poco más tarde se apeaba de su automóvil para comprobar si alguno de los Perry se hallaba en el jardín de la vivienda. No descubrió ni el menor rastro de ellos. La puerta se hallaba cerrada, lo mismo que las ventanas.

Tuppence se sintió irritada. Pensó que, probablemente, Alice Perry se había ido de compras a Market Basin. Ella tenía un interés especial en verla. Tuppence llamó a la puerta de la casa, suavemente primero, con fuerza después. Nadie respondió. Manipuló en el tirador, pero la puerta no cedió. Estaba cerrada con llave. Se quedó paralizada, indecisa.

Quería formular unas preguntas a Alice Perry, Tal vez la señora Perry se encontrase en Sutton Chancellor. ¿Y si se trasladaba allí? Lo más enojoso de la casa del Canal era que nunca había nadie a la vista. El tráfico, en el puente, no existía, casi… No tenía a quién preguntar dónde podían encontrarse los Perry aquella mañana.

Capítulo XVII

La señora Lancaster

Tuppence no sabía qué hacer. Inesperadamente, la puerta de la casa se abrió. Abrió la boca, presa del mayor asombro, retrocediendo un paso. Aquella persona que tenía delante era la última del mundo que había esperado ver allí. Efectivamente, en el umbral, vestida exactamente igual que en Sunny Ridge, sonriendo con la misma expresión vagamente amistosa, estaba la señora Lancaster.

Tuppence no pudo reprimir una exclamación delatora de su sorpresa.

—Buenos días. ¿Estaba usted esperando a la señora Perry? —inquirió la señora Lancaster—. Hoy es día de mercado, ¿lo sabía? Es una suerte que pueda facilitarle la entrada, Durante un buen rato no fui capaz de dar con la llave. Debe de ser una duplicada, ¿no cree usted? Pero; en fin, entre Tal vez le agrade saborear a esta hora una taza de té o comer algo.

Tuppence cruzó el umbral… Le parecía estar soñando en aquellos instantes. La señora Lancaster condujo con graciosa naturalidad, siempre afable, a Tuppence al cuarto de estar.

—Siéntese. Creo que no sé dónde paran las tazas y todo lo demás. Llevo aquí solamente uno o dos días. ¡Ah! Vamos… Es que… usted y yo nos hemos visto antes, ¿verdad?

—Sí —replicó Tuppence—. Cuando usted se hallaba en Sunny Ridge.

—Sunny Ridge, Sunny Ridge… Este nombre me dice algo… ¡Ah! Ya recuerdo… La señorita Packard. Sí. Un lugar muy agradable.

—Salió usted de allí inesperadamente —subrayó Tuppence.

—Hay gente muy mandona —contestó la señora Lancaster—.

Dan prisa para todo. No le dan tiempo a una a veces para arreglar debidamente sus cosas, para empaquetarlas adecuadamente. Claro que proceden así por afecto, de esto estoy segura. Naturalmente, quiero mucho a Nellie Bligh… Lo malo es que es de esas personas a las que tanto les gusta mandar. Pienso en ocasiones… —la señora Lancaster se inclinó hacia Tuppence—. Pienso, en ocasiones, que no anda muy bien… —se tocó significativamente la frente—. Desde luego, estos casos se dan. Especialmente entre las solteras. Dedican sus vidas a hacer buenas obras, pero incurren en extrañas manías. Es frecuente que los sacerdotes tengan que sufrirlas en muchas parroquias. Se figuran que el pastor de turno va a proponerles el matrimonio cuando aquel ni ha pensado en eso. ¡Oh, sí! ¡Pobre Nellie! Una mujer tan sensata en ciertos aspectos… Desarrolla una labor ejemplar en esta parroquia. Y siempre fue una secretaria de las de primera categoría, creo. No obstante, se le ocurren extrañas ideas de cuando en cuando. Como la de sacarme de repente de Sunny Ridge, llevándome luego a Cumberland, a una casa de aspecto sombrío, para traerme aquí de pronto, de nuevo…

—¿Vive usted aquí? —preguntó Tuppence.

—Vivir, lo que se dice vivir… Ha habido un arreglo muy especial. Llevo aquí dos días, solamente.

—Y antes estuvo usted en Rosetrellis Court, en Cumberland…

—Sí. Ese creo que era el nombre… No es un nombre tan bonito como Sunny Ridge, ¿verdad? En realidad, nunca me consideré definitivamente instalada, ¿me comprende? El establecimiento se hallaba bien dirigido. El servicio, esto sí, dejaba algo que desear. El café no era bueno, por ejemplo. No obstante, me ambienté pronto allí y llegué a trabar relación con dos o tres personas interesantes. Una de ellas había conocido a una tía mía que vivió hace muchos años en la India. Esto de tener ocasión de relacionarse con los demás es siempre agradable.

—Naturalmente —dijo Tuppence.

La señora Lancaster continuó hablando animadamente.

—Veamos… Usted fue a Sunny Ridge, pero no con la intención de quedarse, me parece. Yo creo que se presentó allí para visitar a una de las huéspedes.

—En efecto. Era la tía de mi esposo… La señorita Fanshawe.

—¡Oh, sí! Desde luego. Ya me acuerdo. ¿Y no hubo algo acerca de una criatura suya que se encontraba detrás de la pared de la chimenea?

—No —replicó Tuppence—. No era mía…

—Sin embargo, usted se presentó aquí por ese motivo, ¿no? En esta casa hubo problemas con una chimenea. Tengo entendido que cayó en ella un pájaro. El edificio anda necesitado de algunas reparaciones. A mí no me gusta estar aquí. No, en absoluto. Voy a decírselo a Nellie tan pronto como la vea.

—¿Está usted alojada en esta casa con la señora Perry?

—Pues… En cierto modo, sí. O no, según se mire. Supongo que puedo confiarle un secreto.

—Confíe en mí, señora Lancaster.

—Mi sitio no es este, Este lugar de la casa, quiero decir. Esta parte del edificio corresponde a los Perry —la señora Lancaster se inclinó hacia su interlocutora—. Yo tengo la otra, ¿sabe? No hay más que subir unas escaleras, Acompáñeme. Yo la llevaré hasta allí.

Tuppence se levantó. En aquellos instantes le parecía estar viviendo un sueño.

—Cerraré la puerta con llave. Es más seguro —advirtió la señora Lancaster.

Condujo a Tuppence, por una estrecha escalera, a la planta superior. Cruzaron un dormitorio de dos camas, que presentaba señales de haber sido ocupado recientemente. Se Trataba, seguramente, de los Perry. Luego, pasaron a otra estancia que contenía un lavabo y un gran armario de madera de arce y nada más. La señora Lancaster abrió el armario, manipulando en el fondo del mismo. El mueble se desplazó a un lado con sorprendente facilidad. Detrás de él, cosa extraña, había lo que a Tuppence se le figuró el hueco de una chimenea. En la repisa de esta vio un espejo. Debajo de él se alineaban una serie de pájaros de porcelana.

Con gran asombro por parte de Tuppence, la señora Lancaster colocó la mano sobre el pájaro que ocupaba el mismo centro de la repisa, tirando con fuerza… Por lo visto, la pequeña figura se hallaba firmemente adherida al estante. Disimuladamente, Tuppence comprobó que este era el caso de los restantes. Como resultado del movimiento de la señora Lancaster, se oyó un leve

chasquido y toda la parte anterior de la chimenea se desplazó hacia delante…

—Muy ingenioso, ¿verdad? —inquirió la anciana—. Esto fue hecho hace muchos años atrás, ¿sabe?, al ser introducidas ciertas reformas en la casa. «El nido del cura» fue el nombre que le dieron a esta habitación. No sé por qué… Esto no debe de haber tenido nada que ver con curas nunca. Pase usted. Aquí es donde vivo ahora.

La señora Lancaster, mediante otra manipulación semejante a la anterior, hizo volver la parte de pared que se había desplazado a su posición correcta.

Tuppence se vio en el centro de una habitación grande y atractiva, dotada de ventanas que daban al canal.

—¿Verdad que es muy bonita esta habitación? —preguntó la señora Lancaster—. La vista es preciosa. Siempre me gustó mucho la estancia. De pequeña viví aquí algún tiempo.

—¿Sí?

—Esta casa no es la de la buena suerte, precisamente —manifestó la anciana—. Siempre se dijo eso de ella. Creo que está usted informada en este sentido —la señora Lancaster añadió—: Voy a ver si ha quedado bien en su sitio el muro. Todas las precauciones son pocas.

—Supongo —dijo Tuppence—, que este acceso fue ideado en la época en que la casa se utilizaba como escondite.

—Se hicieron múltiples innovaciones en ella —replicó la anciana —. Siéntese. ¿Le gustan las sillas altas o las bajas? A mí me agradan más de las primeras… Soy reumática, ¿sabe? Usted, sin duda, pensaría que ahí había el cuerpo de una criatura. Una idea absurda, realmente, ¿no cree?

—Sí, quizá.

—Un cuento de policías y ladrones —dijo la señora Lancaster adoptando un aire indulgente—. De joven, una se comporta neciamente con frecuencia, ¿verdad? Todo lo que se refiere entonces acerca de grandes robos y de pandillas de delincuentes llama la atención. Una llega a pensar que ser la amante de un pistolero es la experiencia más emocionante del mundo. Yo también pensé así en otro tiempo. Créame… —la anciana se inclinó sobre

Tuppence, tocando levemente una de sus rodillas—. Créame… Eso no es exactamente cierto. No lo es, realmente. Yo pensé así antes, pero se desea algo más, ¿sabe? No se encuentra toda la emoción que se busca con el simple robo de objetos y luego la huida. Es necesaria además una buena organización, por supuesto.

—¿Quiere usted decir que la señora Johnson o señorita Bligh… como quiera que ustedes la llamen…?

—Bueno, ella será siempre Nellie Bligh para mí. Pero por una razón u otra, para facilitar las cosas, dice, se llama a sí misma señora Johnson de cuando en cuando. No llegó a contraer matrimonio, ¿sabe usted? ¡Oh, no! Es una solterona.

Se Oyó un golpe en la planta baja.

—Esos deben de ser —los Perry, que regresan. No creí que fuesen a volver tan pronto.

El golpe inicial se repitió…

—Tal vez sería mejor facilitarles la entrada —sugirió Tuppence.

—No, querida. No vamos a hacer nada de eso —contestó la anciana—. Me fastidia la gente… Siempre están mediando en todo. No más interrupciones. Nosotras nos encontramos aquí ahora, charlando muy a gusto, ¿no?, y aquí seguiremos… ¡Oh! Al pie de la ventana me parece que llaman ahora. Asómese, por favor. Vea usted quién es. Tuppence se acercó a la ventana.

—Es el señor Perry —dijo. Perry gritó desde abajo:

—¡Julia! ¡Julia!

—¡Qué impertinencia! —exclamó la señora Lancaster—. Nunca he permitido a la gente de la categoría de Amos Perry que me llame por mi nombre de pila. De veras que no. No se preocupe, querida. Aquí estamos a salvo de toda interrupción. Podremos charlar tranquilamente, sin que nadie nos moleste. Se lo contaré todo acerca de mí. Mi vida es pródiga en sucesos interesantes… Puedo referirle muchos episodios curiosos. He pensado en algunas ocasiones que debía escribir mi biografía. Yo era una chica con muchos pájaros en la cabeza, ¿sabe? Y anduve mezclada con una pandilla de delincuentes. Nada de paliativos. Algunos de sus miembros eran personas verdaderamente indeseables. Había también gente muy estupenda, agradable, gente de clase.

—¿La señorita Bligh?

—No, no. La señorita Bligh no tuvo nunca nada que ver con el mundo del crimen. Nellie Bligh… ¡No! ¡Ni hablar! Nellie se pasa la vida en la iglesia. Siempre ha sido muy religiosa. Pero, bueno, hay muchos tipos de religión. Es posible que usted sepa de esto, ¿no?

—Tengo entendido que son muy numerosas las sectas existentes —contestó Tuppence.

—Sí. Las hay de varias clases. Son para la gente corriente. Pero todo no es gente corriente en este mundo. Existen personas especiales, que siguen unas orientaciones muy particulares. Hay legiones de elegidos. ¿Usted me comprende, querida?

—Creo que no —dijo Tuppence—, ¿no piensa usted que deberíamos facilitar la entrada en la casa a los Perry? En este momento deben de sentirse nerviosos…

—No. No vamos a permitir la entrada a los Perry en el edificio. Luego… Después. Cuando le haya contado todo lo que quiero contarle, ¿eh? Se trata de algo completamente, completamente natural, inofensivo. No sufrirá ningún dolor. Será como si se quedara dormida. No hay nada malo en ello.

Tuppence miró fijamente a su interlocutora. A continuación se puso en pie de un salto, acercándose a la puerta del muro.

—No podrá usted salir por ahí —dijo la señora Lancaster—. Usted no sabe cómo accionar el mecanismo. No se encuentra donde usted cree. Solamente yo lo sé… Yo conozco todos los secretos de esta casa. Viví aquí en compañía de esos delincuentes de que le he hablado siendo una niña. Hasta que logré salvarme. Es una salvación muy especial la mía. Se me dio una orden, para que expiara mi pecado… Esa criatura, ¿sabe..? La maté yo. Yo era una bailarina… No quería tener hijos… Ahí, en el muro, ahí está mi retrato…, de cuando era bailarina…

Tuppence miró hacia el punto señalado por el sarmentoso dedo de la anciana. De la pared colgaba una acuarela. Veíase en el cuadro una danzarina, con el blanco traje de baile, con una leyenda al pie «Waterlily».

—El de Waterlily fue siempre uno de mis mejores papeles. Es lo que afirmaba todo el mundo.

Tuppence retrocedió poco a poco, sentándose de nuevo lentamente. Escrutó el rostro de la señora Lancaster. Recordó ciertas

palabras, unas palabras oídas en Sunny Ridge: «¿Pensaba usted en su pobre criatura?». Se había sentido asustada entonces, asustada. Volvía a sentir miedo ahora. ¿Por qué? Lo ignoraba. Contemplaba sin saber qué pensar aquella faz de benévola expresión que tenía delante, aquella amable sonrisa…

—Me habían sido ordenadas ciertas cosas… Yo tenía que obedecer. Era preciso que hubiese agentes destructores. Yo fui designada como tal. Acepté la misión… Ellos estaban libres de pecado. Me refiero a los niños. No habían tenido tiempo para pecar todavía. Y los envié a la Gloria, tal como se me había mandado. Inocentes todavía. Todavía desconocedores del mal. Usted ya comprende… Era un gran honor figurar entre los elegidos. Yo siempre amé a los niños. No tuve ningún hijo… Esto era una crueldad terrible, ¿verdad? Sí, era cruel. Aquello suponía mi expiación por lo que hiciera. Usted sabe, quizá qué fue lo que hice.

—No —respondió Tuppence.

—¡Y yo creí que usted sabía tantas cosas! Me figuré que sabría eso también. Conocí la existencia de un doctor… Fui a verle. Tenía dieciocho años solamente y yo estaba asustada. Me dijo que todo marcharía bien, que no le costaría nada deshacerse del niño, que nadie se enteraría de ello. Pero no fue tan bien la cosa como él se figurara. Comencé a sufrir pesadillas. Soñaba que el niño se plantaba delante de mí, preguntándome por qué no había podido llegar al mundo. Esta criatura me decía que necesitaba la compañía de algunos amiguitos. Bueno, era una niña, ¿sabe usted? Sí. Estoy segura de que era una niña. Me dijo que necesitaba disfrutar de la compañía de otros niños. Luego, advertí el mandato. Yo no podía tener hijos ya. Me casé, imaginándome que los tendría; mi marido los deseaba apasionadamente. Pero no llegaron nunca, porque yo estaba maldita, ¿comprende? ¿Me comprende? Pero había una forma de expiar mi culpa, de expiar mi gran pecado. Yo había cometido un crimen y este sólo se puede expiar con otros crímenes, que no son ya realmente tales crímenes, sino sacrificios. Es decir, ofrecimientos… Usted se da cuenta de la diferencia que hay entre ambos conceptos, ¿no? Los niños sacrificados iban a hacer compañía a mi hija. Eran criaturas de distintas edades, pero criaturas en fin de cuentas. Me había sido encomendada aquella

misión y yo la cumplimentaba con agrado. Además —la señora Lancaster tornó a inclinarse sobre Tuppence, tocándola ahora en un hombro—, me sentía feliz, con mi cometido. Me comprende, ¿verdad? Experimentaba un gran consuelo al saber que aquellos seres abandonaban esta vida sin haber pecado. Yo, en cambio… Por supuesto, no podía explicárselo a nadie. Nadie me habría comprendido. Todo tenía que seguir siendo un secreto. Forzosamente. Pero surgieron personas que quisieron hacer averiguaciones, que sospecharon algo. Desde luego… Era preciso que murieran también, para mantenerme yo a salvo. Siempre lo conseguí. ¿Me comprende?

—No… Por completo, no.

—Usted, sin embargo, conoce mi secreto. ¿No fue esa la razón de su presencia aquí? Usted estaba enterada de todo. Usted recordará lo que le pregunté en Sunny Ridge. Pude observar su expresión. Le pregunté: «¿Pensaba usted en su pobre criatura?». Me dije que vendría a verme… La tomé por una madre más. Una de las madres a las que privé de sus hijos. Esperaba que volviera en cualquier ocasión para saborear un vaso de leche, en mi compañía, las dos juntas. Habitualmente, se trataba de leche. En otras ocasiones, era chocolate. Estas bebidas eran para todas aquellas personas que sabían a qué atenerse con respecto a mí.

La señora Lancaster cruzó la habitación, abriendo las puertas de un armario.

—¿Fue una de esas personas… la señora Moody? —inquirió Tuppence.

—¡Oh! Se acuerda de ella, ¿eh? No era una de las madres… Había trabajado como modista en el teatro. Me reconoció. Así, pues, tenía que desaparecer.

La señora Lancaster se volvió repentinamente en este momento hacia Tuppence. Llevaba un vaso de leche en la mano y sonreía, persuasiva.

Se plantó ante ella.

—Bébaselo —ordenó lacónicamente.

Tuppence continuó sentada durante unos segundos. De repente, se levantó, echando a correr en dirección a la ventana.

Cogiendo una silla por el respaldo, la descargó con todas sus

fuerzas contra los cristales, los cuales se hicieron añicos. Seguidamente, se asomó por la abertura practicada gritando:

—¡Socorro! ¡Socorro!

La señora Lancaster se echó a reír. Dejó el vaso sobre una mesa y tomó asiento. Al recostarse en su silla, soltó una carcajada.

—¡Qué estúpida es usted, amiga mía! ¿Quién cree que puede acudir aquí? ¿Quién? Los que vinieran tendrían que derribar puertas y también algún muro. Además, dispongo de otros medios. No hay por qué aferrarse al vaso de leche. Este procedimiento es la fórmula más cómoda La leche, sí, como el chocolate, y el té, incluso. A la menuda señora Moody le administré chocolate… Le gustaba con locura el chocolate.

—En cuanto a la morfina… ¿Cómo se la procuraba?

—¡Bah! Eso era fácil… Hubo un hombre con el que viví hace años. Padecía un cáncer… El médico me facilitaba drogas para él. No todas fueron consumidas. Me hice así de un pequeño depósito, figurándome que tal vez algún día me fuese de utilidad… —La señora Lancaster mostró a Tuppence el vaso de leche—. Bébaselo. Es el procedimiento más cómodo. El otro… Lo malo es que no se donde lo he dejado exactamente.

La anciana se puso en pie, comenzando a ir de un lado para otro de la habitación.

—¿Dónde lo puse? ¿Dónde? Cada día ando peor de memoria…

Tuppence gritó de nuevo.

—¡Socorro!

Pero en la orilla del canal no debía de haber absolutamente nadie.

La señora Lancaster continuaba yendo de una puerta a otra del cuarto.

—Me parece que… ¡Ah, ya!… En el bolso de costura estará, seguro.

Tuppence se volvió desde la ventana. La anciana avanzaba hacia ella.

—¡Qué tonta es usted, amiga mía! —exclamó—, ¿por qué preferir este método?

El brazo de la señora Lancaster salió como disparado. Su mano izquierda se aferró al hombro más próximo a ella de Tuppence. A la

vista de esta apareció la fina hoja de acero de un puñal. Tuppence forcejeó para desasirse. Pensó: «Me desharé de ella fácilmente. Es una anciana. Es débil No podrá…».

Dé repente, sintió un escalofrío. «También yo soy una mujer entrada en años —se dijo—. No soy tan fuerte como me figuro. No soy tan fuerte como ella. Sus manos, sus dedos, como garfios… Supongo que son tan poderosos porque está loca. Siempre oí decir que la locura duplica las fuerzas de la persona que la sufre».

La centelleante hoja de acero se aproximaba lentamente a ella. Tuppence dio un grito. Bajo la ventana, a unos metros, a sus pies, oyó un rumor de voces y golpes. Era como si alguien la hubiera emprendido contra ventanas y puertas, intentando forzarlas. «Nunca llegarán hasta aquí, sin embargo —se dijo Tuppence—. Nadie puede utilizar la entrada secreta, si no conoce el mecanismo».

Se debatió fieramente, pero la señora Lancaster era más fuerte. Y más corpulenta. Sonreía todavía, pero la expresión de aquella faz ya no era de bondad. Una maligna mirada brillaba en sus ojos. Parecía estar recreándose y disfrutando con la inútil resistencia de Tuppence.

—Killer[6] Kate —murmuró Tuppence.

—¿Conoce usted mi apodo? Sí… Pero yo le he dado, un sentido sublime. Soy la mano de Dios al matar. Voy a matarla porque esta es Su voluntad. Por tal motivo, no hay delito ni pecado en ello por mi parte, ¿se da cuenta? ¿Lo comprende?

Tuppence estaba siendo empujada contra una silla. La señora Lancaster la mantenía en aquella posición. La presión ejercida aumentaba. Imposible retroceder ya más. La hoja de acero que empuñaba la anciana se aproximaba lentamente a Tuppence.

Tuppence pensó: «Tengo que dominarme… No puedo dejar llevarme del pánico…». Y en seguida se formuló insistentemente una pregunta: «¿Qué hacer para evitarlo?». No había conseguido nada con sus redoblados esfuerzos.

Tenía miedo… y la primera indicación del mismo había surgido en el marco de Sunny Ridge…

«¿Pensaba usted en su pobre criatura?».

Este había sido el primer avisó… Pero no lo había interpretado bien… Ignoraba su carácter…

Sus ojos no se apartaban del estilete. No obstante, no era la fría hoja de acero y su significado de muerte lo que le asustaba más, dejándola como paralizada. Era el rostro que observaba cada vez más cercano lo que la amedrentaba hasta lo indecible… Era la sonrisa de la señora Lancaster, delatadora de una profunda satisfacción. Tenía delante a una mujer que se aprestaba a cumplir una misión, la que ella misma se había impuesto, sin desenfrenados gestos, suavemente, casi razonablemente.

«No parece estar loca —pensó Tuppence—. He aquí lo más terrible… Bueno, ella, interiormente, se cree normal. Ella se tiene por un ser humano absolutamente normal, capaz de razonar correctamente. Es lo que piensa… ¡Oh, Tommy! ¡Tommy! ¡Qué situación más apurada la mía!».

Se Notó de pronto inmersa en una profunda oscuridad. Sus músculos se relajaron… Advirtió un estrépito de cristales rotos. El alboroto fue apagándose lentamente, igual que si se perdiera en la lejanía. Tuppence se sumergió en la inconsciencia.

—Esto ya es otra cosa… Ya vuelve en sí… Bébase esto, señora Beresford.

Tuppence notó que alguien oprimía contra su labio inferior el borde de un vaso… Se resistió con fiereza… Leche envenenada… ¿Quién le había hablado de eso? No pensaba bebérsela. Sin embargo… No era leche. Aquel líquido tenía otro color.

Se Echó hacia atrás. Entreabrió los labios, tomando un sorbo…

—Es coñac —murmuró Tuppence.

—Justamente. Un sorbito más…

Tuppence obedeció. Se recostó en los cojines, echando un vistazo a su alrededor. En la ventana vio la parte superior de una escalera. En el suelo, dentro de la habitación, había un puñado de cristales rotos.

—Oí el ruido de los vidrios al romperse…

Rechazó ahora el vaso de coñac y su mirada se deslizó por la mano y el brazo que tan cerca tenía, hasta llegar al rostro del

hombre que había estado hablándole.

—El Greco —murmuró Tuppence.

—¿Qué ha dicho?

—Da igual. No importa. Volvió a mirar en torno a ella.

—¿Dónde está…? Me refiero a la señora Lancaster.

—Está… descansando… en la habitación de al lado…

—Ya comprendo.

Pero no estaba segura de haber comprendido. Lo entendería todo mejor después. Ahora solamente un pensamiento cruzaba por su cabeza.

—*Sir* Philip Starke —dijo lentamente, vacilando al pronunciar las tres palabras.

—Sí… ¿Por qué mencionó usted hace unos instantes a El Greco?

—Su aire de hombre que ha sufrido…

—No lo entiendo.

—El cuadro… En Toledo… O en el Prado… Pensé en algo sucedido hace mucho tiempo… No, hace mucho tiempo no… Anoche… Una reunión… En el vicariato…

—Se está usted recobrando admirablemente —dijo él para animarla.

Parecía tan natural aquello de estar allí, sentada en el interior de aquella habitación, con el suelo cubierto de cristales rotos, hablando con este hombre…, el de la faz morena y angustiada…

—Cometí un error… en Sunny Ridge. Me equivoqué en todo con ella… Tuve miedo entonces… Se apoderó de mí el pánico… Pero incurrí en un error… No me dio miedo lo que pudiera venir de ella… Temí por ella… Pensé que podía pasarle algo. Me propuse protegerla… salvarla… Yo… —Tuppence parpadeó, dudosa—. ¿Usted me entiende? ¿O cree que mis palabras sólo son una sarta de disparates? Nadie puede comprenderla mejor que yo, nadie…

Tuppence frunció el ceño.

—¿Quién… quién era ella? Quiero decir, la señora Lancaster, la señora Yorke… ¿Quién era ella realmente?

Philip Starke recitó con voz ronca:

—¿Quién era ella? ¿Ella misma? La real, la verdadera. ¿Quién era ella, con la señal de Dios sobre su frente? ¿Ha leído usted a Peter Gynt, señora Beresford?

El hombre se aproximó a la ventana. Permaneció un momento mirando a lo lejos… Luego, dio la vuelta.

—Era mi esposa, Dios me valga…

—¿Su esposa…? Pero ¡si ella murió…! La inscripción de la iglesia…

—Murió durante una estancia en el extranjero… Tal fue la historia que puse en circulación… Y entonces mandé colocar una lápida conmemorativa en la iglesia, La gente no suele hacer muchas preguntas al hombre que habiendo enviudado se siente presa de la mayor desolación. Ya no volví a vivir aquí, además.

—Hubo quien afirmó que ella lo había dejado…

—También esa era una historia aceptable.

—Usted se la llevó cuando averiguó… lo de los niños…

—¿Conoce ese episodio?

—Me lo refirió ella… Se me antojó increíble…

—Casi siempre se conducía de una manera normal… Nadie hubiera adivinado la verdad. Pero la policía comenzó a sospechar… Me vi forzado a obrar, de actuar rápidamente… Tenía que salvarla, protegerla… ¿Comprende usted? ¿Comprende usted al fin?

—Sí —repuso Tuppence—. Lo comprendo perfectamente.

—Fue una mujer muy bella, muy atractiva… —la voz de *sir* Philip Starke pareció quebrarse—. Fíjese en ese cuadro —el hombre indicó a Tuppence el cuadro que colgaba de la pared—, waterlily… Fue siempre una muchacha nada fácil de gobernar. Su madre fue la última de los Warrender, una vieja familia… Helen Warrender abandonó de joven el hogar paterno. Se juntó con un mal sujeto, carne de presidio… La hija fue a parar a los escenarios teatrales, después de estudiar danza. El de Waterlily fue su mejor y más popular papel. Luego vinieron las malas compañías, uniéndose a una pandilla de delincuentes. Todo por el afán de saborear nuevas emociones… Nada le producía ilusión…

»Después de romper con todo aquello, se casó conmigo… Aspiraba a vivir normalmente, en paz, dentro de un hogar…, con sus hijos. Yo era rico… Podía darle todo lo, que quisiera. Pero no tuvimos hijos. Nuestro pesar fue inmenso. Ella comenzó a sentirse obsesionada por eso… Tal vez hubiese sido siempre una mujer desequilibrada… No sé… ¿Qué importa ahora las causas? Ella era…

»Yo la amé mucho… —añadió *sir* Philip Starke, con un gesto de desesperación—. Siempre… Me tenía sin cuidado lo que había sido, lo que hizo… Deseaba ponerla a salvo de todo peligro… No quería verla encerrada, presa para siempre, muerta en vida. Y logré lo que me proponía durante muchos años, lo logramos…

—Habla usted en plural.

—Estaba pensando en Nellie, mi querida y fiel Nellie Bligh. Era maravillosa… Ella se encargaba de arreglarlo todo. Pensamos en las residencias para ancianas. Comodidades, lujos, incluso, sí. Nada de tentaciones, nada de niños… Había que apartar a los niños de su camino… El plan dio resultado… Las casas estaban en lugares distantes Cumberland, Gales… Nadie le reconocería allí. Es lo que nos figuramos, al menos. Contábamos con la ayuda del señor Eccles, un inteligente abogado. Me cobraba mucho, pero podía confiar enteramente en él.

—¿Chantaje? —sugirió Tuppence.

—Nunca pensé en eso. Le tenía por un amigo y colaborador eficiente.

—¿Quién pintó el bote del cuadro, el que lleva el nombre de Waterlily?

—Yo. A ella le gustó mi idea. Le recordaba la época de sus triunfos en el escenario. Era uno de los lienzos de Boscowan. A mi mujer le gustaban sus cuadros. Luego, un día escribió un nombre sobre el puente. Entonces pinté el bote, bautizándole tan pronto lo hube terminado, con el nombre de Waterlily.

La puerta del muro se abrió… Por la abertura se deslizó la figura de la «bruja amable».

Primero, la recién llegada miró y *sir* Philip Starke y luego a Tuppence.

—¿Se siente ya bien? —inquirió la mujer con toda naturalidad.

—Sí.

Lo mejor de la «bruja amable» era aquella serenidad con que se producía en todas las situaciones.

—Su esposo está abajo, aguardándole en el coche. Le dije que vendría a buscarla para conducirla hasta él, si usted no tiene nada que oponer a eso.

—Me parece todo perfecto —replicó Tuppence.

—Me lo figuré —la mujer miró hacia la puerta del dormitorio—. ¿Está… dentro?

—Sí —declaró *sir* Philip Starke.

La señora Perry entró en el cuarto, saliendo unos segundos después…

Miró a *sir* Philip Starke inquisitivamente.

—Ofreció a la señora Beresford un vaso de leche… La señora Beresford lo rechazó…

—Y luego, supongo, optó por bebérselo ella. —Él vaciló.

—En efecto.

—El doctor Mortimer vendrá más tarde —anunció la señora Perry.

Fue a ayudar a Tuppence, para que se pusiera en pie. Pero Tuppence se las arregló sola para echar a andar.

—No estoy herida —manifestó—. Fue solamente la impresión. Me encuentro ya bien.

Se Enfrentó con Philip Starke. Ninguno de ellos parecía tener nada que decir. La señora Perry esperaba.

Tuppence fue quien rompió el silencio.

—Si en algo pudiera servirle…

—Antes de que se marche he de decirle una cosa… Fue Nellie Bligh quien la golpeó en la cabeza aquel día, hallándose usted en el cementerio.

Tuppence asintió.

—Ya me figuré que pudo haber sido ella días atrás. Se sintió asustada; no supo lo que hacía. Se imaginó que estaba sobre su pista, que era inevitable el descubrimiento por su parte de nuestro secreto. Ella… Yo siento unos terribles remordimientos cuando pienso que la he obligado a lo largo de los pasados años. Es más de lo que una mujer puede aguantar…

—Creo que la impulsaba el amor que por usted sentía —manifestó Tuppence—. Bien. He de advertirle que no va a proseguir la búsqueda de la señora Johnson… ¿No quería usted referirse a eso?

—Gracias, señora Beresford… Le quedo muy reconocido.

Hubo otra pausa. La señora Perry esperaba pacientemente. Tuppence miró a su alrededor. Se acercó a la ventana, la de los

cristales rotos, contemplando el pacífico canal, a sus pies.

—Lo más seguro es que no vuelva a poner los pies en esta casa. Me he fijado bien en todo para acordarme de ella más tarde en sus menores detalles.

—¿Quiere tenerla bien presente en su memoria?

—Pues sí, Alguien me dijo que a esta vivienda se le había dado un uso erróneo. Sé perfectamente ya lo que quisieron insinuarme.

El hombre miró inquisitivamente a Tuppence, pero no pronunció una sola palabra.

—¿Quién le envió aquí, en mi busca? —preguntó ella.

—Emma Boscowan.

—Me lo figuré.

Tuppence se unió a la señora Perry. Las dos mujeres franquearon el umbral de la puerta secreta, trasladándose a la otra planta.

Emma Boscowan había dicho a Tuppence que aquella casa había sido hecha para dos amantes. Ahora quedaba en poder de estos… La mujer había muerto… Él hombre seguía viviendo y sufriendo…

Tommy la esperaba junto a la puerta, en el coche. Tuppence se despidió de la «bruja amable», subiendo al automóvil.

—Tuppence… —dijo Tommy.

—Sé lo que vas a decirme.

—No vuelvas a hacer eso nunca más.

—De acuerdo, Tommy.

—Ahora te muestras dócil, pero seguramente volverás a incurrir en el mismo error.

—No. Ya no. Me siento demasiado vieja.

El coche arrancó.

—¡Pobre Nellie Bligh! —exclamó Tuppence.

—Pobre… ¿por qué?

—Continúa enamorada de Philip Starke, A lo largo de muchos años ha hecho cuanto le ha pedido… ¡Cuánta devoción malgastada!

—¡Tonterías! —dijo Tommy—. Supongo que habrá disfrutado lo suyo también a ratos, portándose así. A muchas mujeres les pasa eso.

—Eres rudo, a veces, Tommy. No tienes corazón.

—¿A dónde vamos ahora…? ¿A «El Cordero y la Bandera», de Market Basin?

¡Ni hablar! —contestó Tuppence—. Quiero irme a casa. A casa, Thomas. Para no moverme de ella…

—Amén —dijo el señor Beresford—. Y en esta ocasión, si Albert nos da la bienvenida con un pollo chamuscado, ¡lo mato!

Notas

[1] Colina soleada. <<

[2] «A juzgar por el picor de mis pulgares, algo malo se acerca por este camino…». < <

[3] K. M.: Knight of Malta, caballero de Malta; C. B.: Companion of the Batb, miembro de la Orden del Baño; D. S. O.: Distinguished Service Orden, de la Orden de Servicios Distinguidos, todas ellas recompensas británicas. < <

[4] Siglas de «Voluntary Aid Departament». (Departamento de la Ayuda Voluntaria). < <

[5] «Very Important Person». (Persona muy importante). <<

[6] Killer, en inglés, es «persona que mata, que destruye», entre otras aceptaciones. < <